HERÓDOTO

HISTORIA

LIBRO IX

CALÍOPE

EDITORIAL GREDOS

HERÓDOTO

HISTORIA

Libro IX CALÍOPE

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

CARLOS SCHRADER



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 130

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por BEATRIZ CABELLOS ÁLVAREZ.



Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1989.

Depósito Legal: M. 31919-1989.

ISBN 84-249-1399-X.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1989. — 6280.

LIBRO NOVENO

CALÍOPE

SINOPSIS

SEGUNDA GUERRA MÉDICA: LAS OPERACIONES MILITARES DEL AÑO 479/478 A. C. (1-122).

Los persas, desoyendo los consejos de los tebanos, toman por segunda vez Atenas (1-3).
Nuevas propuestas de paz de Mardonio a los atenienses. Lapidación del buleuta Lícides (4-5).
Desde Salamina los atenienses envían a Esparta una embajada con un ultimátum para que los lacedemonios envíen tropas (6-11).
- Los efectivos lacedemonios parten hacia el Istmo (9-11).

Informado por los argivos del avance espartano, Mardonio se repliega a Beocia (12-18).
- Atenas es incendiada de nuevo (13).
- Festín en honor de Mardonio organizado por Atagino de Tebas (16).
- Mil hoplitas focenses se unen a las fuerzas persas (17-18).

Los griegos en Beocia. Preliminares y desarrollo de la batalla de Platea (19-85).
- En una escaramuza al pie del Citerón los aliados rechazan a la caballería persa (20-24).
- Los griegos toman posiciones delante de Platea (25).
- Altercado entre atenienses y tegeatas en su pretensión de ocupar el ala izquierda (26-27).
- Formación y efectivos de los dos ejércitos (28-32).
- Adivinos y sacrificios en ambos ejércitos (33-38).
  - Excurso sobre Tisámeno (33-36).
  - Historia de Hegesístrato de Élide (37-38).
- Los persas, a instancias de los tebanos, interceptan un convoy griego en el Citerón y hostigan con su caballería al ejército aliado (39-40).

VARIANTES RESPECTO A LA EDICIÓN OXONIENSIS DE HUDE

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
7 β, 1	ἡμῖν [τὸν Πέρσην]	ἡμῖν τὸν Πέρσην (codd.)
9, 2	ἀκούσας δὲ [ταῦτα]	ἀκούσας δὲ ταῦτα
17, 2	ὁ Μαρδόνιος [ἱππέας] ἐκέλευε	ὁ Μαρδόνιος ἱππέας ἐκέλευε (Vide quae ad versionem italicam adnotavit Masaracchia)
21, 2	Μεγαρέες λέγουσι	Μεγαρέες ⟨τάδε⟩ λέγουσι (addidit Legrand coll. VIII 140, 1)
26, 7	τὸ ἕτερον κέρας ἤ περ	τὸ ἕτερον κέρας ⟨μᾶλλον⟩ ἤ περ (addidit Stein coll. IX 27, 1)
51, 2	σχιζόμενος [ὁ] ποταμός	σχιζόμενος ὁ ποταμός (Vide quae ad versionem gallicam adnotavit Legrand)
55, 1	μούνους Λακεδαιμονίων	μούνους Λακεδαιμονίους (codd. pl.)
55, 2	τοὺς ξείνους [λέγων τοὺς βαρβάρους]	τούς ξείνους λέγων τοὺς βαρβάρους (coll. III 22, 4)
55, 2	καλέων ἐκεῖνον [πρός τε]	καλέων ἐκεῖνον ⟨τραπόμενός⟩ τε πρὸς (coniecit Stein)
57, 2	ὅσον τε τέσσερα στάδια	ὅσον τε δέκα στάδια (codd. Vide quae ad versionem adnotavi)

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
74, 1	οἱ πολέμιοι ἐκπίπτοντες	οἱ πολέμιοι ἐσπίπτοντες (coniecit Legrand)
74, 2	ἐφόρεε [ἐπίσημον] ἄγκυραν	ἐφόρεε ἐπίσημον ἄγκυραν (Vide quae ad versionem italicam adnotavit Masaracchia)
81, 2	τάλαντα	ἅρματα (coniecit Stein)
83, 2	καὶ γομφίους	καὶ ⟨τοὺς⟩ γομφίους (addidit Aldus)
84, 1	†ἐπείτε δὲ†	ἐπεί γε δὴ (coniecit Stein)
91, 1	ὁ ξεῖνος ὁ Σάμιος	[ὁ ξεῖνος] ὁ Σάμιος (seclusit Stein)
92, 2	ἀπέπλεον· μετὰ	Post ἀπέπλεον lacunam statuit Legrand
93, 3	ἀλλ' ὡς	ἀλλά κως (coniecit Stein)
98, 4	ἔπειτε ἀνενειχθέντα	ἔπειτα ἀνενειχθέντα (A B C P)
116, 3	στρατεύεσθαι Πρωτεσίλεων	στρατεύσασθαι Πρωτεσίλεων (coniecit Van Herwerden)

Los persas, desoyendo los consejos de los tebanos, toman por segunda vez Atenas

Entonces [1] Mardonio, al notificarle Ale- 1
jandro, a su regreso [2], la decisión de los atenienses [3], abandonó Tesalia [4] y, a marchas forzadas, condujo su ejército contra Atenas, reclutando tropas en todas las zonas por las que iba pasando [5]. (Los caudillos tesalios [6], sin abrigar remordimiento alguno por su anterior comportamiento, apremiaban al Persa con mucha

---

1 La primera frase del libro noveno *(Mardónios dé...)* se halla en correlación con la última del libro octavo *(hoi mèn...)*, lo que prueba que, entre ambos, no había solución de continuidad. Para la división de la *Historia* en libros, obra de la filología alejandrina, cf. nota VIII 1.

2 A su regreso de Atenas, a donde Alejandro I, rey de Macedonia (cf. notas VIII 178 y 708), había sido enviado por Mardonio, en enero del año 479 a. C., a fin de intentar que Atenas pactara con los persas en condiciones ventajosas para ambas partes (cf., *supra*, VIII 140 *a*, 2, y notas *ad locum*).

3 Su firme propósito de no aceptar la oferta de Mardonio (cf. nota VIII 768).

4 Donde Mardonio y sus efectivos habían pasado el invierno de 480/479. Cf. VIII 113, 1, y nota VIII 575.

5 Sin duda porque, al concluir la campaña del año 480, los diferentes contingentes de aliados griegos con que contaban los persas (cf. IX 32, 2) habían sido licenciados.

6 Fundamentalmente los Alévadas (cf. VII 6, 2, y nota VII 31), quienes, para hacer frente a las facciones democráticas (cf. M. SORDI, *La lega tessala fino ad Alessandro Magno*, Roma, 1958, págs. 59 y sigs.), apelaron a la ayuda persa (cf. VII 130, 3; y nota VII 622). Vid., en general, H. D. WESTLAKE, «The Medism of Thessaly», *Journal of Hellenic Studies* 56 (1936), págs. 12 y sigs.

mayor insistencia; y, en concreto, Tórax de Larisa [7], que con sus efectivos había escoltado a Jerjes en su huida [8], facilitó abiertamente a Mardonio su acceso a Grecia en aquellos momentos [9].)

2 Cuando el ejército, en el curso de su avance, llegó a Beocia, los tebanos trataron de retener a Mardonio con una serie de recomendaciones [10], indicándole que no había lugar más idóneo que aquel para que estableciese su campamento [11], e intentaron que no progresara hacia el Sur:

---

[7] El jefe del clan de los Alévadas, que había sido nombrado *tagós* (equivalente a comandante supremo de las fuerzas de caballería de la Liga tesalia), un cargo que se desempeñaba temporalmente y en el que quiso perpetuarse (cf. D. Hegyi, *Medismos. Perserfreundliche Richtungen in Griechenland, 508-479 v. u. Z.*, Budapest, 1974, págs. 48 y sigs.). Tórax aparece citado en la primera oda que conservamos de Píndaro (*Pítica* X 64; cf. R. W. B. Burton, *Pindars Pythian Odes*, Oxford, 1962, págs. 1 y sigs.), que se data hacia 498 a. C. Larisa se encuentra al norte de Tesalia.

[8] Cf., *supra*, VIII 115 y sigs.

[9] La afirmación constituye una exageración retórica para subrayar la actitud propersa de los Alévadas, ya que es indudable que los persas debían controlar las Termópilas y tener establecidas guarniciones en diversas zonas de Grecia Central (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion of Greece*, Oxford, 1963, pág. 266).

[10] Para salvaguardar los intereses de su ciudad era comprensible que los oligarcas tebanos, adversarios políticos e ideológicos de Atenas, apoyaran a Persia. Además, resulta anacrónico aplicar la noción de patriotismo panhelénico, usual después, a los primeros lustros del siglo v a. C. (cf. D. Hegyi, «Boiotien in der Epoche der griechisch-persischen Kriege», *Annales Universitatis Budapestinensis* 1 (1972), págs. 21 y sigs.; y J. Wolski, «*Mēdismós* et son importance en Grèce à l'époque des guerres médiques», *Historia* 22 (1973), págs. 3 y sigs.). El resto de Beocia, salvo Platea y Tespias —por diferencia de intereses con Tebas—, siguió el ejemplo de los tebanos (cf. R. J. Buck, «The formation of the Boeotian League», *Classical Philology* 57 (1972), págs. 94 y sigs.; y, en general, C. J. Dull, *A Study of the leadership of the Boeotian League*, Madison (Wiss.), 1975).

[11] Ya que, al sur del Citerón, el aprovisionamiento persa podía verse

debía asentar allí sus reales y procurar someter toda Grecia
sin librar batalla. De hecho, si entre ellos reinaba la con- 2
cordia, imponerse por la fuerza de las armas a los griegos
que en las operaciones precedentes ya habían estado coli-
gados, resultaba una empresa difícil incluso para todo el
género humano [12]. «En cambio —siguieron diciendo—, si
haces lo que te vamos a sugerir, controlarás sin problemas
todos sus planes: envía dinero a las personas más influ- 3
yentes en sus ciudades, pues, con ello, sembrarás la discor-
dia en Grecia; y, acto seguido, con ayuda de tus partida-
rios, reducirás fácilmente a quienes no abracen tu causa [13]».

Ese fue el consejo que le dieron los tebanos; sin em- 3
bargo Mardonio no les prestó oídos [14]: en su corazón ha-

---

comprometido. En Beocia, por otra parte, la caballería persa, en el supuesto de que Mardonio fuese atacado por los aliados, podía en principio ser utilizada con eficacia. Pero los tebanos piensan, ante todo, en una solución política para al conflicto greco-persa.

[12] Los tebanos tienen presente, sobre todo, el resultado de la batalla de Salamina. Sobre el número de aliados griegos en la campaña de 480, cf., *supra*, VIII 42 y sigs. (y nota VIII 254). La hipérbole de los tebanos alude a que resultaría dudoso que pudiera imponerse a la coalición griega un ejército mucho más numeroso que el de Mardonio (cf. nota VIII 509), para el que la crítica da unas cifras que van desde los cincuenta mil soldados de H. Delbrück (*Die Perserkriege und die Burgunderkriege*, Berlín, 1887, pág. 98), a los setenta mil de K. J. Beloch (*Griechische Geschichte*, II, 1, Estrasburgo, 1916, págs. 125 y sigs.), los cien mil de W. W. How, J. Wells (*A commentary on Herodotus*, II, Oxford, 1928, pág. 368), o los ciento veinte mil de A. Boucher («La bataille de Platées d' après Hérodote», *Revue Archéologique* 2 (1915), pág. 288).

[13] El soborno para la consecución de los objetivos políticos era frecuente en Grecia; cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks. The Defence of the West, c. 546-478 B. C.*, Londres, 1962, pág. 502. Entre las propias filas atenienses no debían faltar partidarios de Persia (cf., *infra*, nota IX 26; y, en general, D. Gillis, *Collaboration with the Persians*, Wiesbaden, 1979).

[14] Mardonio debía estar enterado de las tensiones existentes entre Atenas

bía anidado un irresistible deseo de tomar por segunda vez Atenas, motivado, en parte, por una estúpida arrogancia [15] y, en parte, porque, mediante señales transmitidas, de isla en isla, con hogueras [16], tenía pensado comunicarle al monarca, a la sazón en Sardes [17], que se había apoderado
2 de Atenas. Pero, a su llegada al Ática, tampoco en esta ocasión encontró a los atenienses; al contrario, se enteró de que la mayoría se hallaban en Salamina y a bordo de sus naves [18], de manera que ocupó la ciudad desierta.

---

y Esparta sobre la estrategia conjunta a seguir (cf. nota IX 18), y por eso decide llevar a cabo un último intento para conseguir quebrar la alianza de los Estados antipersas (o para forzarlos a luchar por tierra en un terreno favorable a sus intereses), aunque ello fuera en detrimento de los beocios, que no aprobarían la posibilidad de que Atenas pudiera llegar a un acuerdo con los persas si en el Ática se mantenía el régimen democrático. Como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 272), «this policy can hardly have been acceptable to some of the states on the Persian side, notably the Boiotians, but Mardonios' situation was so critical that he could not afford to be swayed by sentimental considerations. It was obvious that the resistance of the enemy at the Isthmus lines could only be overcome if their position was turned by a landing in their rear, but to achieve this the Persians must first recover control of the sea».

[15] Sobre los rasgos negativos que, en la *Historia*, presenta la figura de Mardonio, cf. notas VIII 141 y 504.

[16] Como, al oeste de Delos, los persas no controlaban las islas del Egeo (cf. VIII 132), las señales tendrían que haberse transmitido por una ruta continental (Citerón, Eubea, Pelión, Atos) hasta Lemnos. Pero el propósito recuerda el sistema citado por Esquilo (*Agamenón* 282 y sigs.) para notificar la toma de Troya.

[17] Cf., *infra*, IX 107, 3. La presunta estancia del monarca en Sardes (en persa *Sparda*, la capital de la satrapía lidia) debía de tener como objetivo evitar, con su presencia, una eventual sublevación general de Jonia, al tiempo que, si las noticias de la derrota de Salamina causaban inestabilidad en otras zonas del Imperio, podía adoptar las medidas oportunas para reprimir cualquier intento de rebelión.

[18] Como la flota griega destacada en Delos (cf. VIII 131, 1) contaba sólo con 110 naves (cf. nota VIII 673), cabe deducir que Atenas decidió

Y por cierto que la toma de Atenas por parte del rey precedió en nueve meses [19] a la posterior invasión de Mardonio.

Nuevas propuestas de paz de Mardonio a los atenienses. Lapidación del buleuta Lícides

Una vez en Atenas, Mardonio envió a 4
Salamina a Muríquidas, un natural del
Helesponto [20], con las mismas proposi-
ciones que ya transmitiera a los atenien-
ses Alejandro de Macedonia [21]. Y despa- 2
chó esta segunda embajada, pese a que
tenía constancia de la animadversión de los atenienses, en

---

concentrar sus esfuerzos militares por tierra, desechando la idea de Temístocles (cf. VIII 108, 2) de una ofensiva naval en el Helesponto y Jonia, en el supuesto de que, al ver cortadas sus comunicaciones con Asia —con los problemas de abastecimiento que ello habría implicado—, los persas tendrían que optar por la retirada (Salamina no había liberado Atenas, pero sí que había alejado el peligro de un desembarco persa en el Peloponeso). Esta tesis de Temístocles sería apoyada en la primera mitad del año 479 por Esparta, que comprendió que, de no efectuarse una ofensiva naval, sus hoplitas estarían forzados a luchar por tierra. La estrategia de ambos Estados había, pues, cambiado (así se explicaría la entusiasta acogida de que fue objeto Temístocles en Esparta; cf. VIII 124, 2-3), y de ahí que el estadista ateniense no aparezca expresamente citado en las operaciones del año 479. Cf. R. Flacelière, «Sur quelques points obscurs de la vie de Thémistocle», *Revue Études Anciennes* 55 (1953), págs. 19 y sigs.

[19] Mardonio, por tanto (el texto griego presenta un adjetivo numeral inclusorio; cf. nota VIII 711), entró en Atenas en junio del año 479 (cf. nota VIII 325; y G. Busolt, *Griechische Geschichte,* II^{2}, Gotha, 1895, pág. 722). Ambas ocupaciones se produjeron, según eso, en el mismo año oficial ateniense (cf. nota VIII 263).

[20] Cf. nota VII 475. Quizá Muríquidas había sido un *cleruco* (cf. nota V 365) ateniense en el Quersoneso durante la dominación de Atenas en la zona (cf. VI 34 y sigs.), y por eso lo enviaba ahora Mardonio a cumplir esta misión (vid. R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth & ninth Books,* Nueva York, 1973 (= Londres, 1908), I, pág. 599).

[21] Cf. nota IX 2. Pese a que la embajada de Alejandro tuvo como

la esperanza de que renunciarían a su estúpida obstinación [22], habida cuenta de que toda el Ática había sido conquistada y se hallaba bajo su control [23]. De ahí que enviara a Muríquidas a Salamina.

Este último, a su llegada, compareció ante la *bulé* [24] y expuso lo que le había encargado Mardonio. Entonces Lícides, un miembro de la *bulé*, manifestó que, a su juicio, lo mejor era aceptar la oferta que les presentaba Muríqui-

---

destino Atenas, del texto griego podría inferirse aparentemente que Heródoto, en este pasaje, estaba pensando en Salamina. Pero tiene razón Ph. E. Legrand (*Hérodote. Histoires. Livre IX*, París, 1954, pág. 11, nota 1), al subrayar que «il ne faut voir dans l' emploi de *diepórthmeuse* aucune allusion à un bras de mer —le bras de mer séparant Salamine du continent—, qu' Alexandre aurait dû traverser pour accomplir sa mission; c' est en Attique, à Athènes même, avant le second exode das Athéniens, qu' il s' était présenté. Ici... le second élément n'a qu'une valeur métaphorique: c'est le préfixe qui exprime l'essentiel, l'idée d'une *transmission* par un intermédiaire».

[22] Irónicamente Heródoto hace que Mardonio impute a los atenienses un defecto capital de su propia personalidad, la *agnōmosýnē* (cf. IX 3, 1), que, como señala A. Masaracchia (*Erodoto. La sconfita dei persiani. Libro IX delle Storie*, Milán, 1978, pág. 150), «indica la mancanza di tranquillo, prudente discernimento, che si esprime in esagerata fiducia in sé stessi, in egoistica testardaggine, in vanità e faciloneria».

[23] Con lo que, para los atenienses, la victoria de Salamina —a diferencia de la tranquilidad que otorgaba a los peloponesios sobre desembarcos persas al sur del Istmo de Corinto, ya irrealizables— no había evitado la segunda invasión del Ática. Esta sensación de impotencia, y el descontento que sin duda producía en las masas atenienses, era lo que pretendía aprovechar Mardonio. Cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums*, Stuttgart, 1901, 1.ª ed., III, pág. 402.

[24] Cf. nota V 343, y M. Zambelli, «L'origine della Bule dei Cinquecento», *Miscellanea greca e romana* 4 (1975), págs. 103 y sigs. El Consejo ateniense seguía, pues, celebrando sus sesiones tras la segunda evacuación a Salamina.

das y someterla a la consideración del pueblo [25]. Esta fue, 2 en definitiva, la opinión que expresó Lícides, bien fuera porque en realidad había recibido dinero de Mardonio o, simplemente, porque la solución le parecía oportuna [26]. Los atenienses, sin embargo, montaron en cólera de inmediato —tanto los de la *bulé* como quienes se encontraban fuera, en cuanto se enteraron— y, rodeando a Lícides, lo acribillaron a pedradas [27]; al helespontio [Muríquidas], en cambio, lo dejaron marchar sano y salvo [28].

---

[25] Es decir, a la Asamblea *(ecclesía)* constituida por todos los ciudadanos y que representaba el poder soberano fundamental, interviniendo ampliamente en la gestión político-administrativa. La convocatoria y presidencia de la *ecclesía* corría a cargo de la bulé, organismo al que había que someter todas las propuestas y que confeccionaba también el orden del día (la asamblea podía exigir de la bulé que se le sometiera a consideración, en la siguiente sesión, cualquier asunto, así como proponer enmiendas o un texto nuevo a las propuestas presentadas, e incluso aprobar un proyecto estimado desfavorable por la bulé). Vid. P. J. Rhodes, *The Athenian Boule,* Oxford, 1972, págs. 52 y sigs.

[26] Pese a que la fuente de información de Heródoto no sea clara sobre el particular, es muy posible que no sólo Lícides hubiera sido de esa opinión. Quizá hay que relacionar con este episodio el movimiento oligárquico a que alude Plutarco, *Arístides* 13, que pudo ser abortado por este político ateniense (el pasaje, no obstante, viene narrado *ad Aristidem gloriam,* y la crítica no es unánime en su datación; cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...,* págs. 525 y sigs.). En cualquier caso, y como señala Ed. Will (*Le monde Grec et l' Orient. Le Ve siècle (510-403),* París, 1972, pág. 118), «on ne saurait écarter ce complot, qui fut étouffé, mais qui révèle le trouble de certains milieux, et fournissait aux partisans de la résistance des arguments à faire valoir auprès des Spartiates, pour les inviter à se hâter». Naturalmente, los informadores del historiador, cuyo propósito estribaba en subrayar el fervor patriótico y la unidad de los atenienses en su lucha contra el invasor, mantuvieron en silencio estas disensiones internas.

[27] El incidente pasó a formar parte de la tradición panegírica ateniense en su lucha contra los persas, y aparece también en Demóstenes (*Sobre la corona* 204), aunque con una cronología y una víctima diferentes,

3 Ante el tumulto que se produjo en Salamina con lo de Lícides, las mujeres de los atenienses se enteraron de lo que ocurría e, instigándose las unas a las otras y solidarizándose entre sí, se dirigieron espontáneamente a la residencia de Lícides y lapidaron tanto a su mujer como a sus hijos [29].

Desde Salamina los atenienses envían a Esparta una embajada con un ultimátum para que los lacedemonios envíen tropas

6 Y por cierto que los atenienses habían pasado a Salamina debido a lo siguiente: mientras estuvieron esperando la llegada en su auxilio de un ejército procedente del Peloponeso, permanecieron en el Ática. Pero, en vista de que los aliados actuaban con una dilación y una indolencia excesivas [30], y se decía que el invasor se encontraba ya en la mismísima Beocia, fue por lo que pusieron a salvo todas sus pertenencias y, por su parte, pasa-

---

y en Licurgo (*Contra Leócrates* 122), quien, sin dar el nombre de la víctima, cita un decreto en el que se la condenaba a muerte. No obstante, la falsedad del decreto (que puede haber tenido como objetivo la legitimación retrospectiva del linchamiento de Lícides) parece fuera de toda duda; cf. Chr. Habicht, «Falsche Urkunden zur Geschichte Athens im Zeitalter der Perserkriege», *Hermes* 89 (1961), pág. 21.

[28] Cf. nota VII 634.

[29] Cf. nota V 407, y D. C. Richter, «The position of women in classical Athens», *Classical Journal* 67 (1971), págs. 1 y sigs.

[30] Las razones del retraso peloponesio han sido diversamente interpretadas por la crítica. K. J. Beloch (*Griechische Geschichte...*, II, 1, pág. 52) y Ed. Meyer (*Geschichte des Altertums...*, III, págs. 404 y sigs.) suponían que los peloponesios se vieron sorprendidos por la rapidez del avance de Mardonio, cuando estaban aguardando a recoger la cosecha. Más verosímil resulta la hipótesis de J. A. R. Munro («Some Observations on the Persian Wars. III: The Campaign of Plataea», *Journal Hellenic Studies* 24 (1904), págs. 147 y sigs.), que apunta como motivo los problemas internos del Peloponeso, ya que Esparta podía temer la actitud ambigua de Argos —y quizá de Mantinea y Élide (cf. IX 77)—, así

ron a Salamina. Asimismo, despacharon embajadores a Lacedemón [31] para recriminarles a los lacedemonios que hubiesen consentido que el Bárbaro [32] invadiera el Ática, en lugar de unirse a sus efectivos para hacerle frente en Beocia [33], y, de paso, para recordarles todo lo que el Persa había prometido darles [34], si cambiaban de bando, y para hacerles saber que, si no acudían en socorro de Atenas,

---

como el peligro a una sublevación de hilotas, si sus tropas abandonaban Laconia. No obstante, la *vera causa* de la actitud espartana hay que suponer que respondía a la discrepancia estratégica de los Estados Mayores de Atenas y Esparta, pues, si los atenienses propugnaban, en 479, una ofensiva terrestre en Beocia, Esparta debía preferir una ofensiva naval, a fin de evitar tener que enfrentar a sus tropas con la peligrosa caballería persa (cf. H. B. Wright, *The Campaign of Plataea*, New Haven, 1904, pág. 49).

[31] El nombre oficial que, junto al de Esparta, recibía la capital de Laconia. Según Idomeneo de Lámpsaco (F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischer Historiker* (= *FGrHist*) 338, fr. 6), autor, a comienzos del siglo III a. C., de una 'Historia de los políticos atenienses', el jefe de la embajada ateniense fue Aristides. Plutarco (*Arístides* 10, 7-9), sin embargo, afirma que a este estadista se debió en realidad un decreto para el envío de la embajada (y cita los nombres de los embajadores); la información, con todo, debe de ser errónea (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 505, nota 49).

[32] Cf. nota VII 155; y D. Hegyi, «Der Begriff *Bárbaros* bei Herodotos», *Annales Univ. Budapest.* 5-6 (1977-1978), págs. 53 y sigs.

[33] Que era lo que deseaba Mardonio. Como señala A. R. Burn (*Persia and the Greeks...*, pág. 504), «the Spartans probably really thought, selfishly perhaps but not unnaturally, that it would be the best strategy to make Mardonios' position untenable by sea-borne expeditions to the coasts or Thrace and Ionia, while the loyal Peloponnesians held the Isthmus, provisioned the displaced Athenians in accordance with their promise, and 'contained' the Medizers within... Their most deep-seated motive was an intelligible one: the desire not, if it could be avoided, to commit their limited man-power to a severe and bloody campaign».

[34] Cf. VIII 140 *a*, 1-2, y nota VIII 737.

ellos, personalmente, ya encontrarían algún medio para protegerse.

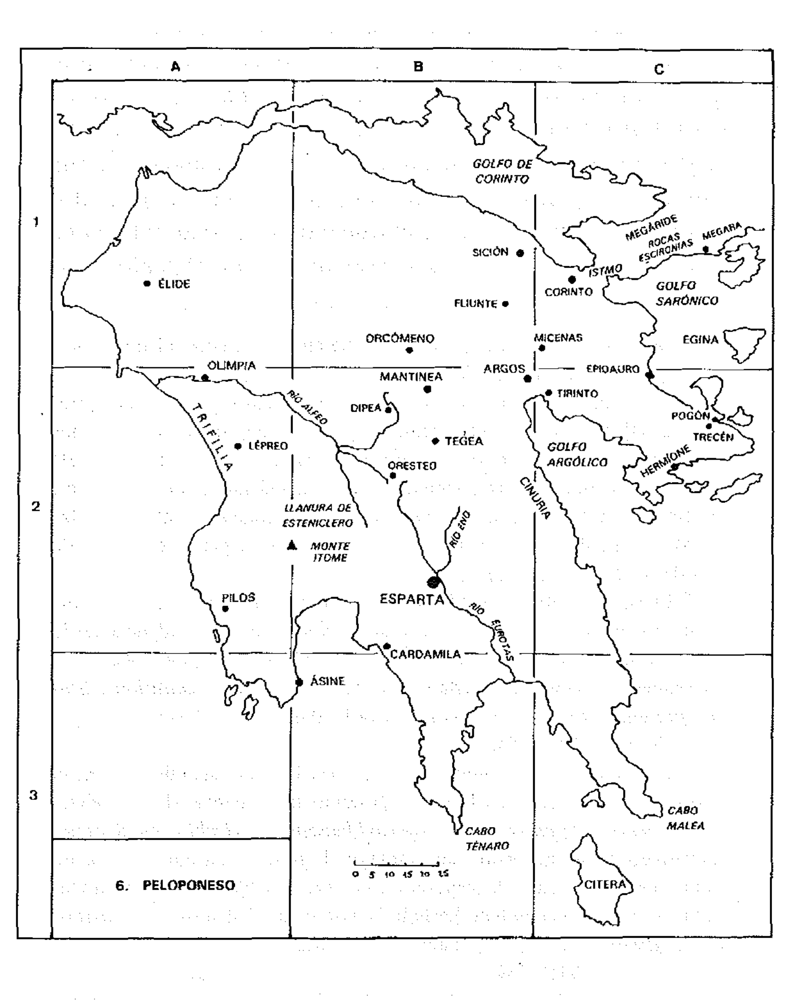
7 Resulta que, en ese preciso momento, los lacedemonios se hallaban celebrando una festividad (concretamente, festejaban las Jacintias [35]), y concedían la máxima importancia al cumplimiento de sus deberes religiosos [36]; además, su muro —el que construían en el Istmo [37]— estaba ya siendo almenado.

---

[35] Festividad predoria de carácter agrario que rememoraba el antiguo ritual de la aspersión, en el que la tierra era fertilizada mediante sangre de un adolescente sacrificado al efecto. Se celebraban anualmente en Amiclas, a unos 3 km. al sur de Esparta, por lo regular durante el mes de mayo (cf. JENOFONTE, *Helénicas,* IV 5, 1), aunque las de 479 pudieron haberse celebrado, como señala Heródoto, en junio, por la inclusión en el calendario espartano de un mes intercalar, para adecuar el calendario lunar al solar (cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...,* II, pág. 722, nota 2; y C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...,* págs. 283-284). Las fiestas (que duraban tres días; cf. PAUSANIAS, III 16, 2-19, 3) estaban consagradas a Apolo y Jacinto (o Hiacinto, personificación de la vegetación), hijo del mítico rey de Esparta Amiclas, que murió accidentalmente al ser alcanzado por un disco lanzado por el dios (en su memoria, y de la sangre de Jacinto, brotó una flor roja, una variedad de lirio; no el jacinto europeo, que fue introducido en el continente por los turcos). Cf., en general, H. POPP, *Die Einwirkung von Vorzeichen, Opfern und Festen auf die Kriegführung der Griechen im 5. und 4. Jahrhundert v. Chr.,* Wurzburgo, s. a. (= Erlangen, 1957), págs. 106-113; y W. BURKERT, *Griechische Religion der archaischen und klassischen Epoche,* Stuttgart, 1977, pág. 47.

[36] Algo muy arraigado en el carácter espartano (cf. V 63, 2). Pese a que la celebración de una festividad religiosa, como impedimento para el envío de tropas por parte de Esparta, constituye un aparente *tópos* en la *Historia* (cf. VI 106, 3 [y nota VI 531], para las *Carneas* y Maratón; y VII 206, 1, para esas mismas fiestas y la expedición de las Termópilas), otros testimonios (cf. JENOFONTE, *Helénicas,* IV 5, 11; PAUSANIAS, III 10, 1; IV 19, 4) coinciden en subrayar la devoción de los lacedemonios por las *Jacintias.*

[37] Cf., *supra,* VIII 71, 2; y nota VIII 362. Como los trabajos habían



6. PELOPONESO

Cuando los embajadores comisionados por Atenas llegaron a Lacedemón, acompañados de representantes de Mégara y de Platea [38], comparecieron ante los éforos [39] y
a dijeron lo que sigue: «Nos han enviado los atenienses para comunicaros que el rey de los medos [40] no sólo va a restituirnos nuestra patria, sino que quiere convertirnos en sus aliados en condiciones de estricta igualdad [41], sin fraudes ni engaños [42]; y, asimismo, quiere concedernos, además del nuestro, otro país: el que elijamos personalmente.
2 Nosotros, sin embargo, por respeto a Zeus Helenio [43], y

comenzado un año antes, es posible que fueran suspendidos mientras Mardonio permaneció en Tesalia.

[38] Que también estaban interesadas en una ofensiva aliada por tierra: Mégara habría sido irremediablemente conquistada, si los peloponesios se hubieran atrincherado tras el muro del Istmo de Corinto (cf. VIII 60 *a*); Platea, por su parte, seguía siendo una fiel aliada de Atenas (cf. VI 108 [y nota VI 539], para la presencia de contingentes plateos en Maratón) y se había opuesto constantemente al avance persa (cf. VII 132, 1; VIII 1, 1; VIII 50, 2).

[39] Pues, entre otros cometidos que les correspondían, corría a su cargo la recepción de embajadores, y la convocatoria y presidencia de la *gerusia* y la *apella*. Cf. notas III 747; V 167; y A. Andrewes, «The Government of classical Sparta», *Ancient Society and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, págs. 8 y sigs.

[40] Cf. nota VIII 586.

[41] Los atenienses, en *interpretatio graeca*, habían entendido, pues, la oferta de Jerjes (cf. VIII 140 *a*, 1-2) como una alianza al uso heleno (cf. P. Bonk, *Defensiv- und Offensivklauseln in griechischen Symmachieverträgen*, Bonn, 1978). Sin embargo, la monarquía aqueménida no trataba en condiciones de igualdad con otros pueblos; cf. G. Walser, «Zum griechisch-persischen Verhältnis vor dem Hellenismus», *Historische Zeitschrift* 220 (1975), págs. 529 y sigs.

[42] Cf. nota VIII 744.

[43] La divinidad principal del panteón griego, que aquí representa los sentimientos de piedad de todo el pueblo heleno. No hay que ver en este pasaje una referencia a la advocación con que Zeus era venerado

por considerar una infamia traicionar a Grecia, no hemos accedido; al contrario, hemos rehusado aunque nos sentimos agraviados y desamparados por los griegos, y a pesar de que somos conscientes de que es más ventajoso llegar a un acuerdo con el Persa que estar en guerra con él. Con todo, no pactaremos con el enemigo por propia iniciativa [44]. ¡Tan íntegra es nuestra actitud para con los griegos!

En cambio vosotros, que en cierta ocasión [45] abrigasteis un pánico cerval ante la posibilidad de que llegásemos a un acuerdo con el Persa, tras percataros inequívocamente de nuestras intenciones (que jamás vamos a traicionar a la Hélade), y como quiera que el muro que estáis levantando a través del Istmo se halla prácticamente terminado, no prestáis ya la menor atención a los atenienses; así, pese a que convinisteis [46] con nosotros que os opondríais al Persa en Beocia, nos habéis traicionado y habéis consentido que el Bárbaro invadiera el Ática. Como es natural, en la actualidad los atenienses están indignados con vosotros, porque vuestro proceder no ha sido el adecuado. Por eso, en estos instantes, os exigen que enviéis con nosotros, sin dilación alguna, un ejército para que podamos afrontar al Bárbaro en el Ática; pues, dado que hemos perdido la oportunidad de hacerlo en Beocia, el lugar más idóneo de nues-

---

en Egina (cf. PÍNDARO, *Nem.* V 10; y M. P. NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion,* I, Munich, 1955, 2.ª ed., pág. 393).

[44] Los emisarios atenienses amenazan veladamente a los espartanos, al establecer un límite (la necesidad) a su anterior rechazo absoluto de las ofertas persas (cf. VIII 143, 2; y nota VIII 763).

[45] Con motivo de la visita de Alejandro de Macedonia a Atenas (cf. VIII 141, 1; 144, 1).

[46] Semejante acuerdo no había tenido lugar, ya que, tras haber oído la respuesta ateniense (cf. VIII 144, 4-5), los emisarios espartanos habían regresado a su patria.

tra patria para librar una batalla es, sin lugar a dudas, la llanura de Tría [47]».

8 El caso es que, al oír estas palabras, los éforos aplazaron su respuesta para el día siguiente; y, al llegar éste, la pospusieron para el siguiente, cosa que repitieron por espacio de diez días, aplazándola de un día para otro. (En el ínterin, todos los peloponesios, con arduo empeño, seguían construyendo el muro del Istmo, que casi tenían terminado.)

2 Ahora bien, no puedo precisar por qué motivo, a la llegada de Alejandro de Macedonia a Atenas, pusieron tanto empeño en evitar que los atenienses abrazasen la causa de los medos, y, sin embargo, en aquellos momentos no mostraron preocupación alguna, a no ser que, en realidad, se debiera a que, por tener amurallado el Istmo, consideraban que ya no necesitaban para nada a los atenienses [48];

---

[47] Cf. nota VIII 320. Inicialmente, sorprende, sin embargo, la mención a esta llanura (aunque su referencia se atiene a los principios de la táctica hoplítica citados en VII 9 *b*), ya que en ella la caballería persa habría resultado extremadamente peligrosa.

[48] Como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, págs. 284-285), «the tradition here followed by Herodotus, though defaced by additions designed to heighten the unfavourable impression of Sparta's behaviour in this crisis, was right on the essential points, that there was serious friction between Athens and Sparta at this time, that its causes were the failure of the Spartan leaders to mobilize their army soon enough to defend Attica and their continued reluctance to take the offensive on land... Whatever may have been the reasons for that policy, it must have been strongly resented by the Athenians, and the bitterness against Sparta in the tradition here recorded by Herodotus may well be contemporary». No hay que descartar, sin embargo, una tradición antiespartana posterior a las Guerras Médicas, que habría contribuido a enfatizar la actitud de Esparta (cf. H. B. Wright, *The Campaign of Plataea...*, pág. 54). Vid., en general, A. French, «Topical influences on Herodotus' narrative», *Mnemosyne* 25 (1972), págs. 9 y sigs.

pues, cuando Alejandro llegó al Ática, el muro todavía no estaba erigido, sino que se hallaban trabajando en él a causa del enorme terror que sentían hacia los persas [49].

Los efectivos lacedemonios parten hacia el Istmo

9 Finalmente, la respuesta de los espartiatas [50] y la partida de su ejército se produjo de la siguiente manera: la víspera de la que iba a ser la última audiencia, Quíleo de Tegea [51], el extranjero más influyente en Lacedemón [52], se enteró pormenorizadamente, por mediación de los éforos, de todos los términos que aducían los atenienses. Y, al oír sus palabras, he aquí que 2
Quíleo les dijo lo que sigue: «La situación, éforos, presenta este cariz: si los atenienses no mantienen relaciones cordiales con nosotros y se alían con el Bárbaro, aunque un poderoso muro se halle levantado a través del Istmo, el Persa cuenta con importantes vías de acceso para penetrar en el Peloponeso [53]. Por consiguiente, prestadles atención

---

[49] Cf. nota VIII 291.

[50] Cf. nota VIII 129.

[51] Localidad de Arcadia, a unos 45 km. al norte de Esparta. Pese a que los tegeatas —como, por lo regular, ocurría en Grecia con los Estados vecinos, cf. nota VIII 636— fueron, durante el siglo VI a. C., enconados rivales de los lacedemonios (cf. I 66-68), ya habían tomado parte en la defensa de las Termópilas con quinientos hombres (cf. VII 202), e iban a tener un destacado papel en Platea (cf. IX 62, 1; 70, 3).

[52] Según PLUTARCO, *De Herodoti malignitate* 41, algunos éforos mantenían vínculos de hospitalidad (cf. nota V 333) con Quíleo. Pese a que el biógrafo indica que Quíleo se encontraba por aquel entonces en Esparta de manera fortuita, es posible que su presencia en la ciudad se debiera a la convocatoria —realizada por los éforos durante el intervalo transcurrido desde la llegada de los emisarios atenienses, megareos y plateos— de una asamblea peloponesia para discutir la petición de los embajadores.

[53] Pues la flota ateniense, de aliarse con los persas, habría permitido a éstos desembarcar en el Peloponeso sin tener que asaltar el muro del Istmo.

antes de que los atenienses adopten alguna medida que entrañe una desgracia para la Hélade [54]».

10 Este fue el consejo que Quíleo brindó a los éforos, quienes de inmediato tomaron en consideración sus palabras y, sin decir nada a los embajadores llegados de las ciudades [55], hicieron partir, todavía de noche, a cinco mil espartiatas [56] (a quienes asignaron siete hilotas [57] por per-

---

[54] En la figura de Quíleo vuelve a aparecer la del *Warner* o *practical adviser,* el sabio consejero. Cf. L. Lattimore, «The wise adviser in Herodotus», *Classical Philology* 34 (1939), págs. 24 y sigs.; y, en general, A. Bischoff, *Der Warner bei Herodot,* Leipzig, 1932.

[55] No de las ciudades (salvo, quizá, en el caso de Mégara) propiamente dichas, sino comisionados por sus respectivos Estados. Es posible también que tengamos aquí una alusión a los embajadores pertenecientes a las ciudades miembros de la Liga Peloponesia, que se hallarían presentes en Esparta, convocados por los éforos, para replantear la nueva estrategia a seguir en la campaña de 479 (cf. nota IX 18) ante las presiones atenienses, el temor al peligro argivo y la ambigüedad arcadia (cf. nota IX 30). De hecho, en Platea, salvo tegeatas y orcomenios (cf. IX 28), no figuraron arcadios entre los efectivos griegos (cf. D. Lotze, «Selbstbewusstsein und Machtpolitik. Bemerkungen zur machtpolitischen Interpretation spartanischen Verhaltens in den Jahren 479-477 v. Chr.», *Klio* 52 (1970), págs. 255 y sigs.).

[56] Como indica A. R. Burn (*Persia and the Greeks...,* pág. 505), «within Sparta too, there must have been already a strong party in favour of a campaign on land; for, once the decision to march was taken, it was carried out with a will, and with an efficiency that indicates preparation well in advance». La cifra de espartiatas que entraron en campaña era considerable, si admitimos que su número total por esas fechas debía elevarse a unos ocho mil hombres (cf. VII 234, 2). Pese a que E. Obst, *Der Feldzug des Xerxes,* Leipzig, 1914, pág. 64, suponía que en este contingente hay que incluir a los cinco mil periecos citados en IX 11, 3, no pueden aducirse, para rebajar el número de espartiatas, los datos que sobre el ejército lacedemonio contamos a finales del siglo v y comienzos del iv a. C., ya que las bajas que causó el terremoto del año 464 en Esparta debieron de ser considerables (cf. Plutarco, *Cimón* 16, 4-5).

sona), confiando su dirección a Pausanias [58], hijo de Cleómbroto. Lo cierto es que el mando le correspondía a Plis- 2
tarco (hijo de Leónidas), pero este último era todavía un muchacho, siendo Pausanias su tutor (era también primo suyo [59]). Resulta que Cleómbroto, padre de Pausanias e hijo de Anaxándridas, ya no se hallaba con vida: había muerto no mucho tiempo después de haber ordenado regresar del Istmo a las tropas que trabajaron en la construcción del muro. (La razón de que Cleómbroto ordenara a 3
las tropas regresar del Istmo se debió a que, mientras esta-

Aunque no hay que descartar la posibilidad de que Heródoto esté redondeando las cifras, el ejército espartano se hallaba dividido en cinco *lóchoi,* o batallones, que podían estar integrados por mil hombres cada uno (para la habitual organización del ejército lacedemonio en época posterior, cf. P. CONNOLLY, *Los ejércitos griegos,* Madrid, 1981, págs. 30-31).

[57] Cf. nota VII 1071; y J. DUCAT, «Aspects de l' hilotisme», *Ancient Society* 9 (1978), págs. 5 y sigs. Es indudable que la orden de movilización de un contingente tan elevado de hilotas tuvo que haberse producido con suficiente antelación. Dado que, en VII 229, 1, se alude a un hilota como escudero de cada hoplita espartano (a quien le llevaba la pesada armadura cuando no se hallaban en plenas operaciones militares), cabe pensar que esta leva en masa pudo responder al temor lacedemonio a dejar en su patria un número excesivo de hilotas mientras el grueso de sus tropas se hallaba fuera (al margen de que pueda ser acertada la observación de H. STEIN [*Herodotos. Buch IX,* Dublín-Zurich, 1969 (= 5.ª ed., 1893), pág. 128], en el sentido de que «diesmal wurden sie in Masse aufgeboten, weil die Bewaffnungsart der Feinde gerade von diesen leichten Truppen *(psiloí)* viel erwarten liess»).

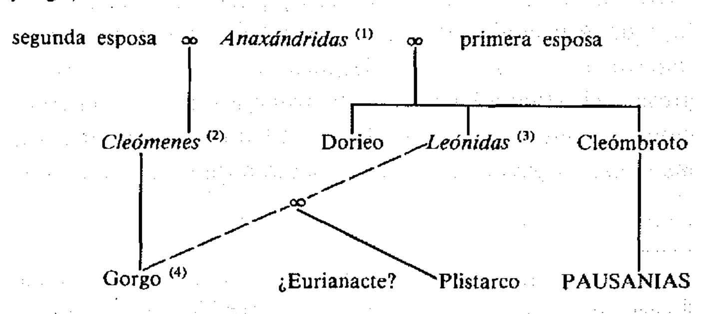
[58] Miembro de la familia de los Agíadas (cf. nota VI 245; y G. GIARIZZO, «La diarchia di Sparta», *Parola del Passato* 13 (1950), págs. 192 y sigs.), que acaudilló a las tropas griegas en Platea (cf. J. F. LAZENBY, «Pausanias, son of Kleombrotos», *Hermes* 103 (1975), págs. 235 y sigs.). Sobre Cleómbroto, primer tutor de Plistarco, cf. nota VIII 360.

[59] Pues Leónidas y Cleómbroto eran hermanos (el trono correspondía a Plistarco por ser hijo del primero). La genealogía es la siguiente (sobre

ba ofreciendo un sacrificio relativo a la contienda con el Persa [60], el sol se oscureció en el cielo [61].)

---

la historia de los dos matrimonios de Anaxándridas, cf., *supra*, V 39 y sigs.):



(1) Rey de Esparta de 560 a 520 a. C.
(2) Rey de Esparta de 520 a 488.
(3) Rey de Esparta de 488 a 480.
(4) Hija unigénita.

[60] Tal y como hace notar C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 274), «it is a reasonable conjecture that the idea of a Greek offensive on land was suggested by the withdrawal of the Persian army from Attica and that the sacrifice had something to do with a plan for harassing the enemy's retreat. How far Kleombrotos seriously entertained this plan is doubtful; some have seen in the eclipse an excuse rather than the true reason for his subsequent inaction, and hold that it merely confirmed his own disinclination to advance beyond the Isthmus lines. There were, indeed, sound military reasons for such reluctance; a large proportion of the hoplite forces of the patriotic Greeks was still on board the fleet, and those serving with Kleombrotos were not yet numerous enough to risk a collision with the main Persian army».

[61] Es decir, que se produjo un eclipse de sol (que fue parcial y que, en la zona de Corinto, alcanzó su máxima intensidad a las 14 horas y 20 minutos), que tuvo lugar el 2 de octubre del año 480 (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 715, nota 1). La retirada, al margen de lo que cuenta Heródoto, debió llevarse a cabo por la llegada del mal tiempo, época en que las tropas griegas permanecían inactivas.

Para que compartiera con él el mando, Pausanias designó a Eurianacte, hijo de Dorieo, que pertenecía a su misma familia [62]. Pausanias y sus hombres, en definitiva, se habían puesto en campaña, abandonando Esparta.

Entretanto, al rayar el día, los embajadores, que nada 11
sabían de la partida de las tropas, comparecieron ante los éforos con el firme propósito de marcharse, también ellos, a sus respectivas ciudades. Y, una vez en su presencia, dijeron lo que sigue: «Vosotros, lacedemonios, podéis quedaros aquí, en Esparta, celebrando las Jacintias, en medio de diversiones [63], después de haber traicionado a vuestros aliados, que los atenienses, al verse agraviados por vosotros, y debido a su carencia de aliados [64], firmarán como
puedan la paz con el Persa. Y, una vez firmada —como 2
quiera que, evidentemente, nos convertiremos en aliados del rey—, figuraremos entre sus efectivos para atacar la

[62] Probablemente Eurianacte no era nieto de Anaxándridas, ya que, a la muerte de Cleómenes I, tendría que haberle sucedido (a no ser que, al ausentarse Dorieo de Esparta [cf. V 42 y sigs.], hubiese renunciado a los derechos que tanto él como sus descendientes tenían al trono). El Dorieo aquí mencionado sería, pues, simplemente un Heráclida (cf. nota VIII 587).

[63] Mientras que, durante el primer día de celebración de las Jacintias (cf. Pausanias, III 19, 3), tenían lugar las honras fúnebres de Jacinto, por lo que el luto era la nota predominante, el segundo día de la festividad consistía en un festival gozoso consagrado a Apolo (cf. Pausanias, III 16, 2), con intervenciones musicales, carreras de caballos, procesiones, etc. (no contamos con noticias de las celebraciones que tenían lugar durante el tercer día).

[64] Como observa A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 155), «il linguaggio attinge all' alta caratura dell' epica e la situazione che viene suggerita, con sintassi epica, è quella usuale del ritiro del più forte dalla guerra, per cui sarà aggravata la posizione di chi resta solo: si pensi al tema dell' ira di Meleagro e dell'ira di Achille». Cf., además, *supra*, IV 118, 2; VIII 62.

región que nos indiquen. Entonces apreciaréis las consecuencias que puede acarrearos nuestra decisión».

Ante estas manifestaciones de los embajadores, los éforos respondieron, bajo juramento, que suponían que las tropas que se dirigían contra los «extranjeros» se encontraban ya en Oresteo [65] (los lacedemonios denominaban «ex-
3 tranjeros» a los bárbaros). Los embajadores, a su vez, como no se hallaban al corriente, les pidieron explicaciones sobre lo que estaban diciendo; y, con sus preguntas, se enteraron de toda la verdad, por lo que, llenos de perplejidad, se pusieron en camino tras los pasos de las tropas sin perder un instante. Y con ellos hicieron lo propio cinco mil periecos [66] lacedemonios de élite.

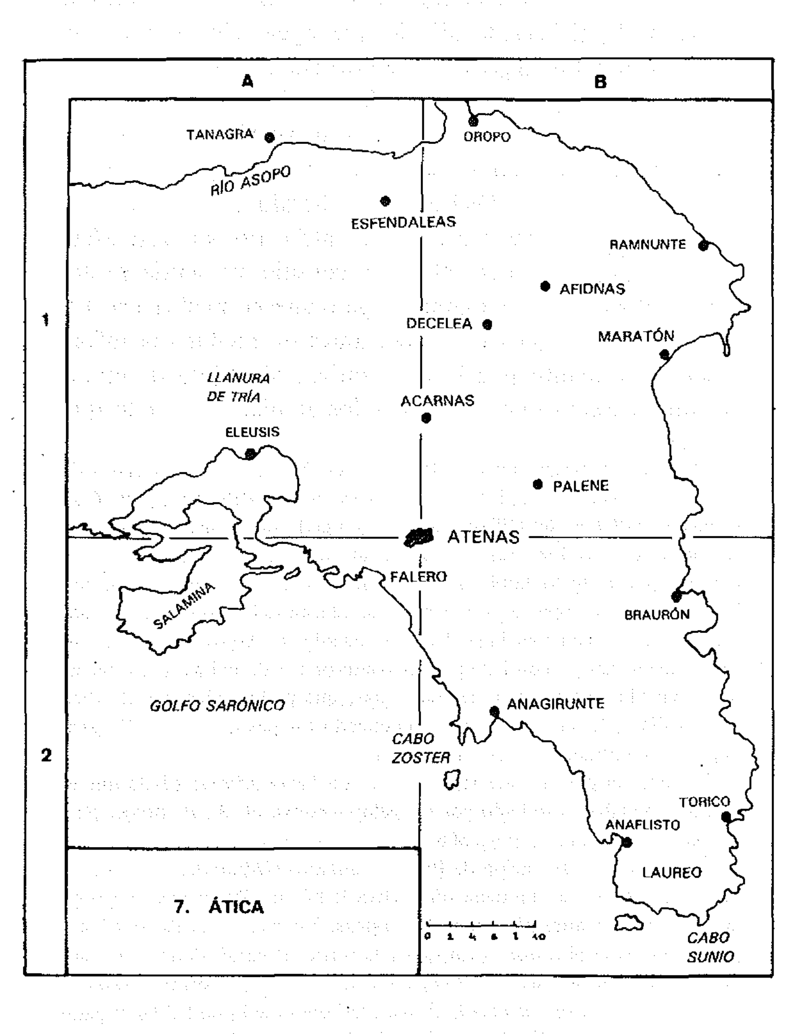
Informado por los argivos del avance espartano, Mardonio se repliega a Beocia

12 Embajadores y periecos se apresuraron, pues, a dirigirse al Istmo. Por su parte los argivos, en cuanto tuvieron conocimiento de que Pausanias y sus hombres habían salido de Esparta, enviaron al Ática, en calidad de heraldo, al mejor correo [67] que pudieron encontrar, pues, con anterioridad, le habían prometido a Mardonio impedir personalmente que

[65] Localidad de Arcadia situada a unos 40 km. al noroeste de Esparta, en la margen derecha del Alfeo (cf. Tucídides, V 64; Plutarco, *Arístides* 10; y Pausanias, VIII 3, 1, que la denomina Orestasio). Los espartanos, pues, remontaron el curso del Eurotas, en lugar de seguir el valle del Eno (el único afluente importante del Eurotas por la izquierda), para evitar avanzar por la ruta que conducía directamente a Selasia, Tegea y Mantinea, y que se hallaba próxima a la Argólide (vid. el capítulo siguiente para las razones de ello).

[66] Cf. nota VII 1087. Los efectivos totales que da Heródoto para los lacedemonios ascendían, pues, a diez mil hoplitas (cf. nota VII 389), constituyendo los hilotas fuerzas de infantería ligera.

[67] Un *hemerodromo*. Cf. nota VI 521; y Livio, XXXI 24 («hemerodromos vocant Graeci ingens die uno cursu emetientes spatium»). Argos dista de Atenas unos 120 km.


A
B
1
2
TANAGRA
OROPO
RÍO ASOPO
ESFENDALEAS
RAMNUNTE
AFIDNAS
DECELEA
MARATÓN
LLANURA DE TRÍA
ACARNAS
ELEUSIS
PALENE
ATENAS
FALERO
SALAMINA
BRAURÓN
GOLFO SARÓNICO
ANAGIRUNTE
CABO ZOSTER
TORICO
ANAFLISTO
LAUREO
7. ÁTICA
CABO SUNIO

2 los espartiatas abandonaran su territorio [68]. A su llegada a Atenas [69], el heraldo dijo lo que sigue: «Mardonio, me han enviado los argivos para notificarte que la élite del ejército lacedemonio ha salido de su país, y que los argivos no están en condiciones de evitar su partida [70]. Procura, en consecuencia, tomar una resolución adecuada».

Atenas es incendiada de nuevo

13 Dicho esto, el heraldo, como es natural, regresó a su patria. Por su parte Mardonio, al oír el mensaje, no sentía ya deseo alguno de permanecer en el Ática. Lo cierto es que, antes de recibir esa información, se mantuvo a la expectativa, al objeto de conocer qué decisión iban a adoptar los atenienses, por lo que

[68] Pese al antiespartanismo de Argos (cf. V 49, 8; VI 76 y sigs.; IX 35, 2; y T. KELLY, «Argive foreign policy in the fifth century B. C.», *Classical Philology* 69 (1974), págs. 81 y sigs.), su actitud propersa, de ser cierta (cf. VII 148-152), no habría sido todo lo eficaz que se pretendía, ya que, si se lo hubiesen propuesto, los argivos hubieran podido impedir que las tropas espartanas se ausentaran del Peloponeso amenazando Laconia con una invasión. Un acuerdo de Argos con Mardonio simplemente habría consistido en el compromiso de avisar a los persas de la partida de las tropas lacedemonias, que podían alcanzar el Ática en tres días (cf. VI 120) y haber bloqueado los pasos del Citerón para impedir la retirada de sus adversarios.

[69] Sobre la posible ruta seguida por este *hemerodromo* (dado que el Istmo se hallaba custodiado por los peloponesios), cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, pág. 506.

[70] Pese a la observación de PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 17, nota 1: «au moment où parlera le héraut, Pausanias sera sorti de Sparte; il n'y aura plus, pour les argiens, à constater qu'ils *sont* incapables *(ou dynatoì... eisí)* d'empêcher la sortie. Il paraît donc nécessaire ou bien de remplacer *eisí* par *êsan,* ou bien —ce que je crois préférable— de supprimer *mḕ ouk exiénai),* el *hemerodromo* debió de habler llegado a Atenas el mismo día de su salida de Argos, cuando su patria no se encontraba, en aquellos momentos, en condiciones (que Heródoto no especifica) de evitar que los espartanos abandonaran el Peloponeso.

se abstuvo de devastar y de saquear el Ática, con la esperanza de que, a la larga, llegarían a un acuerdo con él. Pero, en vista de que no lograba convencerlos, y al co- 2
rriente ya de todo lo ocurrido, decidió replegarse antes de que Pausanias y sus hombres irrumpiesen en el Istmo; previamente, empero, ordenó incendiar Atenas [71], así como demoler y arrasar todo resto de murallas [72], de edificios y de santuarios que pudieran quedar en pie [73]. La causa de 3
su retirada estribaba en que el Ática no era apropiada para el empleo de la caballería [74] y en que, si presentaba batalla y resultaba derrotado, no había ruta de escape que no discurriera por senderos angostos [75], de manera que hasta un

---

[71] La ciudad propiamente dicha *(ásty)*, ya que la Acrópolis había sido incendiada, a instancias de Jerjes, el año anterior (cf. VIII 53, 2).

[72] Heródoto debía pensar que, como ocurría en sus días, Atenas había estado totalmente amurallada en tiempos de la expedición persa, cosa que no es del todo segura (cf. nota V 298).

[73] La afirmación es exagerada, ya que en Atenas se conservaron edificios anteriores a las Guerras Médicas (cf. TUCÍDIDES, I 89, 1; PAUSANIAS, I 18, 1; 20, 2). Por otra parte, si el deseo de Mardonio, al conocer la partida de las tropas espartanas, era abandonar el Ática, cabe suponer que no habría hecho que sus hombres emplearan excesivo tiempo en las tareas de destrucción.

[74] Sí en la llanura de Falero (cf. V 63, 4; aunque la zona podía estar nuevamente forestada) y en la de Tría (cf. IX 7*b*, 2). Pero el principal temor de Mardonio era que los griegos se negaran a presentar batalla y ocuparan los pasos del Citerón y del Parnés, con lo que se habría visto seriamente comprometida la llegada de suministros para sus tropas. La caballería persa (los peloponesios y los atenienses carecían de ella, cf. nota VI 130) constituía su mejor fuerza operativa, habiendo heredado su empleo de los asirios; cf. J. CASSIN-SCOTT, *The Greek and Persian Wars*, Londres, 1977, págs. 35-36.

[75] En la actualidad hay seis pasos a través de la línea Citerón-Parnés (cf. G. B. GRUNDY, *The Great Persian War and its Preliminaries*, Londres, 1901, págs. 445 y sigs.; S. UFER, en J. KROMAYER (ed.), *Antike Schlachtfelder*, IV, Berlín, 1924, págs. 110 y sigs.), que, de Este a Oeste,

número reducido de personas podrían bloquearlos. Decidió, por lo tanto, retirarse en dirección a Tebas y presentar batalla en las proximidades de una ciudad amiga y en una zona apropiada para el empleo de la caballería.

14 Mardonio, pues, inició el repligue; pero, cuando se hallaba ya en camino, le llegó la noticia de que otro ejército, integrado por mil lacedemonios, había llegado a Mégara en calidad de avanzadilla. Al tener conocimiento de ello, estudió la estrategia a seguir, al objeto de intentar primero [76] aniquilarlos, si es que resultaba factible. De ahí que

---

son los siguientes: 1. La ruta Atenas-Decelía, por el Parnés (monte cuya máxima altura alcanza los 1415 m.), en dirección al valle del Asopo (por esa ruta se retiró Mardonio del Ática; cf. IX 15, 1). 2. La ruta Atenas-Tebas, por el demo de File, que sube de Acarnas, en la llanura del Ática, a Fide (a 685 m. sobre el nivel del mar), atraviesa la meseta de Escurta y desciende hacia el Asopo a la altura de Escolo (cf. A. W. Gomme, *Essays in Greek History and Literature*, Oxford, 1937, págs. 22 y sigs.); según W. K. Pritchett («New Light on Plataia», *American Journal of Archaeology* 61 (1957), pág. 20), esta ruta no podía ser utilizada por un ejército numeroso con sus bagajes. 3. La ruta Eleusis-Tebas, por Eleuteras, a través del Citerón, que poseía, a su vez, tres ramales: 3.1. El actual paso de Giptocastro (el más bajo de los tres, con 649 m. de altura), ya en uso en el siglo v a. C. (cf. E. Kirsten, *s.v.* «Plataia», *Real Encyclopädie*, 20, 2, Stuttgart, 1950, col. 2292). 3.2. El actual paso de Vilia (la moderna carretera lo cruza), de 825 m. de altura, que probablemente también se usaba en el siglo v (cf. Pritchett, págs. 18-19). 3.3. El paso más occidental, entre Eleuteras y Platea (también el más alto, ya que alcanza los 900 m.), que quizá no se utilizaba en el siglo v, y que, en todo caso, si era practicable para tropas de infantería, no lo era para carros con bagajes. 4. El paso más occidental de los seis lo constituía una ruta de montaña, que bordeaba las estribaciones del Citerón, por el Oeste, desde el puerto beocio de Creusis (a orillas del Golfo de Corinto) hasta la ciudad megarea de Egostena (también en dicho golfo); esta ruta era peligrosa (cf. Jenofonte, *Helénicas*, V 4, 17), y posiblemente no se utilizaba a comienzos del siglo v a. C.

[76] Antes de dirigirse a Beocia.

volviera sobre sus pasos, dirigiendo sus tropas contra Mégara, y que la caballería, a la vanguardia, realizase correrías por la Megáride [77]. Precisamente ese fue el punto más occidental [78] de Europa que alcanzó este ejército persa.

Posteriormente a Mardonio le llegó la noticia de que 15
los griegos [79] estaban congregados en el Istmo, por lo que efectuó la retirada por la ruta de Decelea [80]. Resulta que

---

[77] Pausanias (I 44, 4) afirma que arqueros persas alcanzaron las proximidades de Pagas, a orillas del Golfo de Corinto. Pero el relato de Heródoto resulta difícilmente aceptable, ya que Mardonio no debió de enviar muchos efectivos a la región de Mégara; y esos contingentes tendrían otra misión. G. B. Grundy (*Great Persian War...*, págs. 448 y sigs.) suponía que la incursión consistió, en realidad, en un reconocimiento, encomendado a fuerzas de caballería, para ver de descubrir los movimientos de los griegos en el Istmo, y que esa misión debió de llevarse a cabo varios días antes de la fecha en que la data Heródoto. Otra posibilidad estriba en mantener la fecha que da el historiador para la incursión (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 292), pero considerando que el objetivo de la caballería persa era proteger la retirada de su infantería. No obstante, y como señala A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 156), «è probabile però che la tradizione presente in questo capitolo sia autonoma rispetto a quella dei capitoli precedenti. Erodoto potrebbe averla accolta nel suo racconto perché essa conteneva un cenno al punto più avanzato raggiunto dai persiani nell' invasione della Grecia».

[78] Más concretamente, el punto situado más hacia el Sudoeste, ya que el ejército persa, en su avance por Tesalia, había penetrado más al Oeste de lo que lo está la región de Mégara (el texto griego, literalmente, dice: «más lejos en dirección del sol poniente», pues, como sistema de orientación espacial, el historiador suele referirse a los vientos, la posición solar, etc.; cf. I 6, 1; 193, 2; III 98, 2; 102, 1; 114; VII 58, 2; etc.). Sobre las concepciones geográficas de Heródoto, vid. Ch. Van Paasen, *The classical traditions of Geography*, Groningen, 1957, págs. 65 y sigs.

[79] Las fuerzas lacedemonias, a las que se fueron uniendo los demás contingentes del Peloponeso. Los atenienses se incorporaron al ejército griego en Eleusis (cf. IX 19, 2).

[80] Demo (cf. nota V 330) del Ática, a unos 22 km. al nordeste de

los *beotarcas* [81] habían hecho que acudieran los asopios [82] de las cercanías, y estos últimos lo guiaron hasta Esfenda-
2 leas [83] y, desde allí, hasta Tanagra [84]. Tras pernoctar en la citada ciudad, al día siguiente se dirigió a Escolo [85], alcanzando territorio tebano. En dicha zona, y pese a que

---

Atenas (cf. Tucídides, VII 19, 2), en la ruta Atenas-Oropo (cf. nota IX 75), que atravesaba el Parnés. La retirada de Mardonio, por la ruta oriental, debía responder a su temor a que los griegos le cortaran la retirada por los pasos occidentales, o a su explícito propósito de dejarlos expeditos para inducir a los griegos a avanzar en su persecución hasta Beocia.

[81] Los magistrados (su número era de once miembros, aunque hay testimonios que lo reducen a siete; cf. Tucídides, IV 91, 1; Jenofonte, *Helénicas,* III 4, 4; Diodoro, XV 52) que integraban el poder ejecutivo de la Liga Beocia, y que eran elegidos anualmente; cf. J. Ducat, «La confédération béotienne et l'expansion thébaine à l'époque archaïque», *Bulletin Correspondance Hellénique* 97 (1973), págs. 59 y sigs.

[82] Los habitantes del curso medio del Asopo (cf. Estrabón, 408), río de Beocia, de unos 60 km. de longitud, que nace a la altura de Leuctra y desemboca en el Golfo de Eubea, a unos 5 km. al oeste de Oropo, ya en territorio ático.

[83] Demo del Ática, a unos 10 km. al norte de Decelía, donde se bifurcaba el camino, conduciendo al Oeste hacia Tanagra (que fue el que siguieron los persas) y al Norte hacia Oropo. Cf. D. Müller, *Topographischer Bildkommentar zu den Historien Herodots. Griechenland,* Tubinga, 1987, pág. 715 (obra fundamental para todos los topónimos herodoteos relativos a lo que en la actualidad constituye Grecia).

[84] Ya en Beocia, a unos 20 km. al oeste de la desembocadura del Asopo, en cuya margen izquierda se hallaba emplazada; cf. D. W. Roller, «An historical and topographical survey of Tanagra in Boiotia», *Harvard Studies Classical Philology* 76 (1972), págs. 299 y sigs.

[85] Localidad de Beocia. Pese a que es situada por Estrabón, 408, al sur del Asopo, se hallaba en su margen izquierda (cf. J. M. Fossey, «Therapnai and Skolos in Boiotia», *Bulletin Inst. Class. Studies* 18 (1971), págs. 106 y sigs.), a unos 15 km. al oeste de Tanagra, con lo que Tebas distaba sólo 10 km. de Escolo en dirección Oeste (vid., asimismo, D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...,* págs. 577-579).

los tebanos abrazaban la causa de los medos, mandó talar los campos, no porque abrigara animadversión alguna hacia ellos, sino por absoluta necesidad: quería dotar a su campamento de un muro defensivo [86], para que, si el resultado del combate no era el que anhelaba, la obra constituyera un refugio. Su campamento, por cierto, se extendía 3
a partir de Eritras, y, pasando por Hisias, se prolongaba hasta territorio plateo, hallándose emplazado a lo largo del río Asopo [87]. No obstante, el muro propiamente dicho no se erigió con tales dimensiones: cada lado tenía como máximo unos diez estadios poco más o menos [88].

---

[86] Como indica PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 18, nota 3), «cet ouvrage, désigné d'abord par le mot imprécis *éryma*, ne serait pas une simple palissade; il comporterait une enceinte fortifiée susceptible de servir de refuge et de soutenir un siège (ch. 70): une muraille solide *(teîchos)* flanquée de tours *(pýrgoi)*; le tout en bois».

[87] El pasaje es de difícil interpretación, y controvertida la situación de las localidades mencionadas. Eritras debía de encontrarse en los contrafuertes septentrionales del Citerón, a unos 4 km. al sur del Asopo, en la ruta File-Tebas (cf. nota IX 75; y J. A. R. MUNRO, «The campaign of Plataea»..., pág. 157, con el que discrepa W. K. PRITCHETT, «New Light on Plataia»..., págs. 13 y 23). Hisias, por su parte, se hallaba, al parecer, al oeste de Eritras, en la ruta Eleuteras-Tebas (cf. PAUSANIAS, IX 1, 6), a la derecha de la salida del paso de Giptocastro (cf. nota IX 75), y a unos 5 km. al este de Platea, también en los contrafuertes septentrionales del Citerón (cf. J. G. FRAZER, *Pausanias' Description of Greece*, Nueva York, 1965 (= 1898), V, pág. 4; y PRITCHETT, pág. 23). Por otra parte, y a pesar de que del texto parece desprenderse que el ejército persa se hallaba acampado también al sur del Asopo (el fuerte se construyó en la margen izquierda del río; cf., *infra*, IX 59), es posible que la indicación de Heródoto se refiera a que la posición persa se extendía, al norte del Asopo, desde Platea, al Oeste, hasta Eritras, al Este, pero enfrente de las localidades que cita (cf. IX 19, 3; y E. KIRSTEN, *RE*..., col. 2291).

[88] Casi 1,8 km. Como apunta A. R. BURN (*Persia and the Greeks*..., pág. 511), «the area is 12 to 14 times that of a Roman camp for one

4 Mientras los bárbaros se consagraban a esa faena, Atagino [89] de Tebas, hijo de Frinón, realizó suntuosos preparativos e invitó a un banquete de hospitalidad al mismísimo Mardonio y a los cincuenta persas más importantes, que aceptaron la invitación. (El festín [90] tuvo lugar en Tebas.)

Festín en honor de Mardonio organizado por Atagino de Tebas

16 Pues bien, lo que a continuación voy a relatar lo escuché de labios de Tersandro de Orcómeno [91], un personaje que, en su ciudad, gozaba de la más alta reputación. Tersandro me contó que también él fue invitado por Atagino al festín en cuestión, así como cincuenta tebanos, sin que los convidados de ambas naciones se recostaran por separado [92]: en cada diván lo hicieron un persa y un tebano [93].

---

legion; and the Romans may have economised space better by superior orderliness. It would thus be consistent with an army of the order of magnitude of 60-70.000 men, of whom 10.000 might be cavalry... Man for man, the Persians were probably outnumbered by the great Peloponnesian-Athenian army; though the Greek light-armed with their javelins were inferior in armament to the Iranian infantry with bow and short sword, and the Persians had in their cavalry an advantage to set against the Greek advantage in armoured foot».

[89] Uno de los oligarcas tebanos que más decididamente apoyaban a Mardonio (cf. IX 86, 1; y PLUTARCO, *De Herodoti malignitate* 31).

[90] ATENEO, 148e, enumera los alimentos que se sirvieron: pastelillos dulces, pescado hervido, fritura de pescado, anchoas, salchichón, costillas con ajo y potaje de legumbres.

[91] Sobre Orcómeno, a unos 35 km. al noroeste de Tebas, cf. nota VIII 176. Tenemos aquí uno de los cuatro casos, a lo largo de la *Historia*, en que Heródoto cita el nombre de su informador (cf. II 55, 1; III 55, 2; IV 76, 6; y C. SCHRADER, «La investigación histórica en Heródoto», *Estudios en homenaje a A. Beltrán*, Zaragoza, 1986, págs. 667 y sigs.).

[92] Interpreto el verbo que aparece en el texto griego *(klînai)* con valor intransitivo, pese a que con tal valor sólo se halla documentado a partir

Una vez concluido el banquete, y mientras los asistentes 2
bebían a discreción, el persa que con él compartía el diván le preguntó, expresándose en griego, que de dónde era, a lo que Tersandro le respondió que era de Orcómeno. «Pues mira —le dijo entonces el persa—, ya que has compartido conmigo mesa y brindis, quiero dejarte un testimonio de mi perspicacia, para que, prevenido de antemano, puedas adoptar personalmente la decisión que más te convenga. ¿Ves a esos persas que asisten al banquete? ¿Re- 3
cuerdas al ejército que hemos dejado acampado a la orilla del río? En breve plazo comprobarás que, de entre todos ellos, los supervivientes son sólo unos cuantos [94].» Y, al tiempo que manifestaba ese comentario, el persa se deshacía en llanto. Entonces Tersandro, perplejo ante su afir- 4
mación, le dijo: «¿Pero es que no hay que comunicarle estas impresiones a Mardonio y a los persas que le siguen

---

de Jenofonte, *Memorables,* III 5, 13; y Aristóteles, *Fisiognómica* 812b 3. De poseer valor transitivo, el sujeto sería Atagino, que habría actuado como maestro de ceremonias, por lo que habría que traducir: «sin que Atagino hiciera que los convidados de ambas naciones se recostaran por separado».

[93] En Grecia era habitual que, en los banquetes, sólo dos personas ocuparan cada diván (cf. Platón, *Banquete* 175c), en tanto que en el *lectus* romano se acomodaban tres personas.

[94] Si la historia que cuenta Heródoto es cierta, el episodio es ilustrativo de la baja moral que debía reinar entre los persas. Los planes de Mardonio de ganarse a los atenienses habían fracasado y sólo quedaba la alternativa de librar una batalla en Beocia; batalla que, por los problemas de aprovisionamiento que acuciaron a los persas durante la campaña de los años 480-479, tenía que librarse cuanto antes. Quizá por ello Mardonio, en contra de la opinión de Artabazo (cf. IX 46), decidió construir el fuerte al norte del Asopo; para ver si, con la perspectiva de conseguir un importante botín, los aliados se decidían a enfrentarse a él en el lugar en que más partido podía sacar a sus contingentes de caballería: al norte del río.

en rango?» «Amigo —respondió el persa a sus palabras—, lo que por voluntad divina se ha de cumplir, no está al alcance del ser humano evitarlo [95]; de ahí que nadie quiera prestar oídos ni a quienes proclaman hechos dignos de crédito. Y, aunque esto que te digo lo sabemos muchos persas, seguimos adelante, pues somos prisioneros de lo ineluctable. Por eso, la peor angustia del mundo estriba en tener conciencia de muchas cosas pero no poder controlar ninguna [96].» Esto es lo que oí de labios de Tersandro de Orcómeno; y, a lo dicho, agregó que, de inmediato —antes

[95] El carácter ineluctable del destino es un tema presente constantemente en la *Historia* (cf. P. Hohti, «Über die Notwendigkeit bei Herodot», *Arctos* 9 (1975), págs. 31 y sigs.); y, pese a que en la obra de Heródoto, pugna por imponerse la tendencia a buscar en el hombre la causa de su destino, la moralización del mismo no es completa: hay ejemplos de mentalidad primitiva que resisten a la racionalización, con lo que el destino se convierte inicialmente en una fuerza premoral que se impone de manera inexorable (cf. I 8, 2; II 161, 3; III 43, 1; 65, 3; V 33, 2; etc.). Se trata de una idea profundamente arraigada en Oriente y que en el pensamiento griego aparece formulada de manera imprecisa, porque si «hasta para un dios —manifiesta la Pitia en I 91, 1— resulta imposible evitar la determinación del destino», tenemos también ejemplos en que divinidad y destino se alían (cf. III 76-77), o en que la voluntad del destino se identifica con la de la divinidad, como se evidencia en los inicios del libro VII a propósito de la decisión, finalmente adoptada por Jerjes, de atacar Grecia. Sea como fuere, es frecuente en la *Historia* que el castigo divino sustituya a la acción del hombre cuando las fuerzas del ser humano son demasiado limitadas para poder restablecer un justo equilibrio.

[96] El pensamiento presenta concomitancias con Sófocles (*Edipo Rey* 316), con quien Heródoto muestra numerosos puntos de contacto (cf. nota VII 267), aunque la dualidad teológica y humana que preside la obra del historiador (los precedentes son claramente épicos, de acuerdo con el principio de la doble motivación factual, de manera que los hechos pueden ser causados por intervención divina o actuación humana, indistinta e interactivamente) posee un estrecho parangón con Esquilo.

de que tuviera lugar la batalla de Platea—, él personalmente refirió el episodio a diversas personas [97].

Mil hoplitas focenses se unen a las fuerzas persas

Mientras Mardonio permanecía acampado en Beocia [98], todos los griegos de la zona [99] que abrazaban la causa de los medos le habían proporcionado tropas [100] y habían cooperado con él en la invasión de Atenas; los únicos que se abstuvieron de participar en la invasión fueron los focenses [101], pues, pese a que, de hecho, también ellos abrazaban con decisión la causa de los medos, no lo hacían por propia iniciativa, sino a la fuerza [102]. El caso es que, no muchos días después de

17 (margin, beside "Mientras Mardonio permanecía acam-"); 2 (margin, beside "la fuerza. El caso es que")

[97] Con lo que el episodio no podía considerarse un *vaticinium post eventum*.

[98] La frase hace referencia a la primera estancia de Mardonio en Beocia, tras abandonar Tesalia (cf. IX 2).

[99] Es decir, los habitantes de Grecia Central: beocios, locrios, melieos y tesalios (cf. IX 31, 5).

[100] Sobre su posible número, cf. IX 32, 2.

[101] Los habitantes de Fócide, en Grecia Central (cf. VIII 32, 2).

[102] El texto plantea problemas, ya que, si los focenses apoyaban a los medos por necesidad, parece una contradicción que su apoyo fuera decidido; por eso A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, págs. 23 y 159) considera incidental la frase, y traduce: «solo i focesi non vi avevano preso parte (e sì che anch'essi erano ferventi sostenitori dei persiani), non per propria volontà ma per necessità», indicando en el comentario que «l'avverbio *sphódra* [= 'con decisión'] si concilierebbe male con la spiegazione che si trattava di un atteggiamento forzato. Il motivo di questo atteggiamento va ricercato a VIII 30, dove è detto che i focesi erano nemici dei persiani per ostilità contro i tessali. La suddetta affermazione è ora precisata e corretta nel senso che i focesi sono in maggioranza filopersiani (cf. IX 31, 5): la necessità che impedisce di tradurre in atto i loro sentimenti è evidentemente la presenza degli odiati tessali nel campo di Mardonio. Ad un certo punto, però, la vicinanza minacciosa dei persiani li obbliga a mandare un contingente». Es posible, sin embargo, que estemos ante una tradición exculpatoria de los focenses por haber figura-

la llegada de Mardonio a Tebas [103], se presentaron mil hoplitas [104] focenses a las órdenes de Harmocides, uno de sus ciudadanos más prestigiosos. Y, al llegar también esos efectivos a Tebas, Mardonio les envió unos jinetes con la orden de que se acantonasen en la llanura [105] al margen
3 de los demás. Nada más hacerlo, se les aproximó toda la caballería, de ahí que, a raíz de ello, se propagara, por el campamento de los griegos [106] aliados de los medos, el rumor de que iban a acabar con los focenses a flechazos [107], rumor que también se propagó entre las filas de estos últi-
4 mos. En esa tesitura, pues, su jefe, Harmocides, los arengó en los siguientes términos: «Focenses, como, evidentemente, esos sujetos pretenden hacernos víctimas de una muerte segura (debido, presumo, a las calumnias de que

---

do entre los efectivos persas (cf. F. J. Groten, «Herodot's use of variant versions», *Phoenix* 17 (1963), págs. 79 y sigs.), y creo que tiene razón Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre IX*..., pág. 20, nota 4), al señalar que «leur zèle était sans doute un zèle affecté, un zèle de commande; lorsqu' Artabaze battit en retraite, il se garda bien de leur dire le vrai motif de sa marche précipitée (ch. 89); certains d' entre eux, d' ailleurs, avaient refusé de se soumettre et continuaient une guerre de guerillas (cf. 31)».

[103] A su regreso del Ática. La referencia a Tebas se realiza en sinécdoque por Beocia, como antes se ha citado Atenas por el Ática.

[104] Cf. nota VII 389.

[105] La llanura que se extiende al norte del Asopo, donde las tropas de Mardonio habían acampado (cf. nota IX 87).

[106] O «entre los efectivos griegos», que, en todo caso, debían acampar juntos.

[107] La caballería persa no efectuaba sus ataques cargando contra el enemigo, sino aproximándose a cierta distancia para acribillarlo con proyectiles y flechas (sobre la pericia de los persas en el manejo del arco, cf. nota VI 568) y, en el caso de los hoplitas griegos, intentar que la formación adversaria se desorganizase. Este tipo de táctica de ataque iba a ser capital para la suerte de la batalla de Platea (cf. nota IX 361).

somos objeto por parte de los tesalios [108]), preciso es, en estos instantes, que todos y cada uno de vosotros os comportéis en consecuencia como unos valientes; pues es preferible que terminemos nuestros días en plena acción defensiva, que dejarnos aniquilar sufriendo el más infame de los destinos. Por eso, que todos ellos —unos bárbaros [109]— se percaten de que han tramado una carnicería contra unos soldados griegos [110]».

Esta fue la arenga que les dirigió Harmocides. Por su 18
parte los jinetes persas, tras haberlos rodeado, se lanzaron contra los focenses como si pretendiesen exterminarlos, hasta el punto de que llegaron a tensar sus arcos [111] como si se dispusieran a dispararlos; e incluso es posible que alguno lo hiciese. Los focenses, sin embargo, se agruparon, en compacta formación, lo mejor que pudieron, y les hi-

[108] Sobre la enemistad ancestral entre tesalios y focenses, cf. VIII 27 y sigs.

[109] El término aparece aquí en sentido peyorativo (cf. nota VIII 762).

[110] Se ignora el exacto significado del episodio que narra Heródoto (cf. H. R. Immerwahr, *Form and Thought in Herodotus*, Cleveland, 1966, pág. 143, nota 184, que alude a un presunto 'cavalry motif', del que otros parangones en la *Historia* serían I 80; IV 128, 3; VI 112, 2; VII 84-87; 196; y VIII 28; vid., asimismo, A. E. Wardman, «Tactics and the tradition of the Persian Wars», *Historia* 9 (1959), págs. 49 y sigs.), que se configura como una *diápeira* épica, como la del canto II de la *Ilíada* (la propia arenga de Harmocides es de corte homérico [cf., por ejemplo, *Ilíada*, V 529], y la moral que en su alocución se exalta es la del guerrero homérico y el hoplita ciudadano, tal y como aparece en las elegías de Calino y Tirteo).

[111] O «llegaron a blandir sus venablos», con lo que, en el parágrafo 3 del capítulo anterior, habría que traducir *katakontieî spheas* por «iban a acabar con los focenses con sus proyectiles (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 294).

cieron frente por doquiera [112]. La caballería, entonces, volvió grupas, retirándose.

2 Ahora bien, no puedo precisar a ciencia cierta si los jinetes persas se acercaron para, a petición de los tesalios, exterminar a los focenses, y, temerosos de sufrir algún desastre [113], al ver que aquellos se aprestaban a la defensa, fue por lo que se retiraron, pues así se lo había ordenado Mardonio, o si este último quiso comprobar si los focenses
3 eran gente aguerrida. El caso es que, cuando la caballería se hubo retirado, Mardonio, por mediación de un heraldo [114] que les envió, les dijo lo siguiente: «No tengáis miedo, focenses, porque, al contrario de lo que había oído decir [115], habéis demostrado ser unos valientes. En adelante, arrostrad con decisión esta guerra, pues desde luego, en generosidad, no nos superaréis ni a mí ni al rey». Así terminó el asunto de los focenses.

---

[112] Es decir, sin dejar desprotegidos los flancos. El empleo táctico de los hoplitas consistía en avanzar en formación cerrada, a paso lento o ligero, y chocar con sus lanzas contra el adversario que cada hombre tenía enfrente, despreocupándose de los restantes, con lo que el combate se resolvía en una serie de contactos en forma de choques individuales, reemplazando los de las filas de atrás a los que caían. Aquí los focenses, seguramente inmóviles, debieron de formar dos frentes centrales de falange contrapuestos y dos laterales con menos profundidad.

[113] Porque los focenses habían mantenido la formación. Mientras que los hoplitas griegos contaban con eficaces elementos defensivos en su armadura (cf. nota VII 389), los jinetes persas (en IX 49 son considerados arqueros a caballo) iban escasamente protegidos.

[114] Para hacerles saber a los focenses que las hostilidades quedaban suspendidas. Vid., en general, D. J. Mosley, *Envoys and diplomacy in ancient Greece*, Wiesbaden, 1973.

[115] A los tesalios, sin duda.

Los griegos en Beocia. Preliminares y desarrollo de la batalla de Platea

Entretanto [116], al llegar al Istmo, los lacedemonios establecieron allí su campamento. Y, al tener noticia de ello, todos aquellos peloponesios que simpatizaban con la causa más noble (pero sólo cuando advirtieron que los espartiatas entraban en campaña [117]) consideraron que era de justicia no mantenerse al margen de la expedición. Todos ellos, por consiguiente, en vista de que los presagios resultaron favorables, abandonaron el Istmo, llegando a Eleusis [118]. Allí realizaron nuevos sacrificios y, como los presagios continuaban siéndoles favorables [119], prosiguieron su avance acompañados por los ate-

19 … 2

[116] Heródoto reanuda el relato —interrumpido en el capítulo 12— de las operaciones llevadas a cabo por los efectivos griegos en su avance hacia el Norte.

[117] Sigo la interpretación de PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 22, y nota 3), pese a que, como hace A. BARGUET (*Hérodote. L'enquête*, París, 1964, pág. 611), el texto podría interpretarse en el siguiente sentido: «à cette nouvelle, le reste des Péloponnésiens qui avaient choisi le parti le plus noble, et d'autres aussi qui voyaient les spartiates passer à l'action...». No sólo hay una contraposición entre aliados y propersas (como, aparentemente, Argos), o por lo menos neutrales, sino entre espartiatas y demás peloponesios. Es posible que la fuente sea de origen lacedemonio para exaltar el decisivo papel de Esparta en la campaña de Platea.

[118] Cf. nota VIII 320.

[119] El doble sacrificio debió responder a un diferente objetivo. Como Eleusis no se encuentra en la ruta más directa entre el Istmo y Beocia (que pasa por Mégara y Eleuteras), es posible que los aliados pensaran poder enfrentarse a Mardonio en el Ática, para lo cual realizarían el primer sacrificio, que resultó favorable. El segundo perseguiría averiguar la conveniencia, o no, de proseguir adelante. Las incongruencias, por falta de información entre los efectivos griegos, que esta dualidad de planes conllevaría en apariencia, hicieron que F. JACOBY, *s.v.* «Herodotos», *RE*, supl. 2, 1913, col. 464, considerara todo el parágrafo segundo

nienses, que habían pasado al continente procedentes de
3 Salamina, reuniéndose con ellos en Eleusis [120]. Pues bien,

---

de este capítulo como una interpolación que pretendía exaltar la participación ateniense.

[120] Allí se habría prestado el llamado *Juramento de Platea,* del que tenemos noticias por los testimonios de Licurgo (*Contra Leócrates* 81, que lo sitúa en la propia región de Platea) y Diodoro (XI 29, 3, que lo sitúa en el Istmo), además de por una inscripción (que difiere en ciertos detalles de las fuentes literarias) del siglo IV a. C. (*editio princeps*: L. Robert, *Études épigraphiques et philologiques,* París, 1938, págs. 302 y sigs.), encontrada en Acarnas en el año 1932. El contenido del 'Juramento' (que en la estela se halla precedido por el 'Juramento de los Efebos') dice así (cf. M. N. Tod, *A selection of Greek Historical Inscriptions,* Oxford, 1948, II, núm. 204, líneas 22-52):

> «Juramento que prestaron los atenienses [entendiéndose que los demás aliados también lo hicieron] cuando se disponían a enfrentarse a los bárbaros: 'Lucharé hasta la muerte, sin apreciar más la vida que la libertad. No abandonaré, ni vivo ni muerto, a mi *taxíloco* o a mi *enomotarca;* y tampoco retrocederé, a menos que los *hegemones* me ordenen hacerlo. Cumpliré las instrucciones de los *estrategos,* y daré sepultura en el campo de batalla, sin dejar a ninguno insepulto, a mis camaradas que pierdan la vida. Una vez obtenida la victoria militar sobre los bárbaros, diezmaré la ciudad de Tebas, y no atacaré Atenas, Esparta, Platea ni ciudad alguna de mis aliados. Además —reine entre nosotros la paz o la guerra—, no permitiré que sean víctimas del hambre, ni los privaré de suministro de agua. Y, si me atengo al contenido del juramento, que mi patria se vea a salvo (pero que no lo esté, si lo incumplo), que mi patria no sea nunca saqueada (pero que lo sea, si lo incumplo), que mi tierra produzca frutos (pero que sea estéril, si lo incumplo), que nuestras mujeres engendren hijos parangonables a sus progenitores (pero que alumbren monstruos, si lo incumplo), y que nuestro ganado produzca ejemplares de su especie (pero monstruos, si lo incumplo)'. Tras haber prestado este juramento, cubrieron con sus escudos las víctimas sacrificadas y, al son de una trompeta, lanzaron una maldición: los juramentados incurrirían en sacrilegio si violaban sus juramentos y no se atenían a su contenido».

al llegar a Eritras [121], en Beocia, fue cuando averiguaron que los bárbaros se hallaban acampados a orillas del Asopo, por lo que, teniendo en cuenta esta circunstancia, se apostaron frente a ellos al pie del Citerón [122].

En una escaramuza al pie del Citerón los aliados rechazan a la caballería persa

Por su parte Mardonio, en vista de 20
que los griegos no bajaban a la llanura, envió contra ellos a toda la caballería [123], a cuyo frente se hallaba Masistio (a quien los griegos denominan Macistio [124]), un personaje de gran prestigio entre los persas que montaba

---

Pese a que P. Siewert (*Der Eid von Plataiai,* Munich, 1972) ha defendido su autenticidad, el llamado «Juramento de Platea» se inserta en la serie de falsificaciones de decretos, relativos a las Guerras Médicas, que surgieron en el siglo IV a. C. (cf. Chr. Habicht, «Falsche Urkunden...», págs. 1 y sigs.), entre los que se cuentan el «Decreto de Temístocles» (vid. apéndice VIII al libro VII) y —sin pruebas epigráficas— la «Paz de Calias» (vid. apéndice IX al libro VII).

[121] Cf. nota IX 87. Los griegos (aunque pudieron haberlo hecho por más rutas) debieron de penetrar en la llanura de Platea por el paso de Giptocastro (cf. nota IX 75), tras de lo cual se habrían desplazado hacia el Este, hasta alcanzar Eritras (cf. E. Vanderpool, «Roads and forths in northwestern Attica», *California Studies in Classical Antiquity* 11 (1978), págs. 227 y sigs.).

[122] La máxima altura del Citerón (la cadena montañosa que separa el Ática de Beocia) alcanza los 1.411 m. a unos 4 km. al suroeste de Platea. Al tomar posiciones en su vertiente septentrional, los griegos pretendían evitar los ataques de la caballería persa, además de controlar los pasos que conducían al Ática y por los que podían recibir suministros y refuerzos (cf., *infra,* IX 28, 2; 38, 2; 39, 2). En todo caso, resulta inverosímil que los aliados sólo conocieran la posición de Mardonio (incluido el fuerte que había ordenado construir) una vez cruzado el Citerón.

[123] Como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...,* pág. 299), «the Greek position on the foothills of Kithairon offered no scope for the normal tactics of the Persian cavalry, and forced them to make frontal attacks on the Greek spearmen. It is not clear what Mardonios hoped to gain by such attacks; perhaps he wished to discover by experiment what his

un caballo neseo [125] con freno de oro y, en general, bellamente enjaezado. Al lanzarse en aquellos momentos contra los griegos, los jinetes atacaron por escuadrones y, con ocasión de sus ataques, les infligieron importantes daños al tiempo que los tildaban de mujeres [126].

21 Se daba la circunstancia de que, casualmente, los megareos se encontraban apostados en el punto más vulnerable de todo el frente [127], que era por donde con mayor saña se producían las acometidas de la caballería. Pues bien, al verse en dificultades ante los ataques de los jinetes, los

---

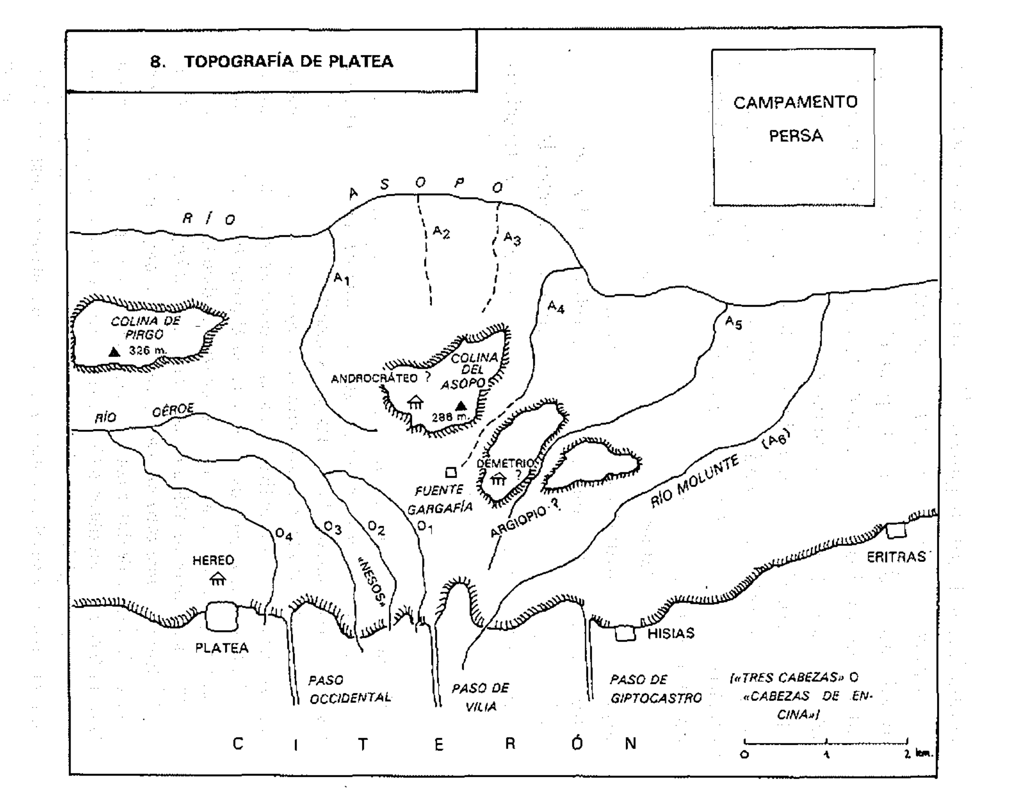
cavalry could achieve under such conditions». Con todo, del texto griego no se infiere claramente si todos los aliados habían acampado ya o si todavía estaban cruzando el paso.

[124] Por su gran estatura (cf. IX 25, 1), los griegos adaptaron su nombre persa a su superlativo *mḗkistos,* que significa «muy grande». Pese a que tanto H. Stein, *Herodotos. Buch IX...,* pág. 138, como R. W. Macan, *Herodotus... ninth...,* I, pág. 629, consideran que el historiador debe de tener presente, para este doblete antroponímico, una fuente escrita, el motivo es de clara tradición oral (cf. *Ilíada,* I 403 y sigs.; VI 402 y sigs.). Masistio había sido comandante de alarodios y saspires en 480 a. C. (cf. VII 79; y G. Strasburger, *Lexikon zur frühgriechischen Geschichte,* Zurich-Munich, 1984, págs. 278-279).

[125] Cf. nota VII 242.

[126] El peor insulto en labios de un persa (cf. IX 107, 1).

[127] Resulta imposible, a partir del testimonio de Heródoto, trazarse una idea exacta de la posición que ocupaban los griegos cuando se produjeron los primeros ataques de la caballería persa. Mientras que J. A. R. Munro, «The Campaign of Plataea»..., pág. 157, y E. Kirsten, *RE,* 20, 2, col. 2292, los sitúan en el ala izquierda de los efectivos griegos, G. B. Grundy, *Great Persian War...,* págs. 460 y sigs., y H. B. Wright, *The Campaign of Plataea...,* pág. 54, ubican a los megareos en el centro de la formación. Lo más que se puede suponer, admitiendo que el ejército griego hubiera cruzado ya en su totalidad el paso de Giptocastro, es que los megareos ocupaban una posición menos elevada que el resto de los efectivos aliados.


8. TOPOGRAFÍA DE PLATEA
CAMPAMENTO PERSA
RÍO ASOPO
A1
A2
A3
A4
A5
(A6)
COLINA DE PIRGO
326 m.
COLINA DEL ASOPO
288 m.
ANDROCRÁTEO ?
RÍO OÉROE
DEMETRIO ?
FUENTE GARGAFÍA
ARGIOPIO ?
RÍO MOLUNTE
O1
O2
O3
O4
«NESOS»
HEREO
PLATEA
HISIAS
ERITRAS
PASO OCCIDENTAL
PASO DE VILIA
PASO DE GIPTOCASTRO
[«TRES CABEZAS» O «CABEZAS DE ENCINA»]
C I T E R Ó N
0
1
2 km.

megareos despacharon a los generales griegos [128] un heral-
2 do que, a su llegada, les dijo lo siguiente: «He aquí el comunicado de los megareos [129]: 'Aliados, nosotros solos [130] no somos capaces de contener a la caballería persa defendiendo como defendemos la posición que ocupamos desde un principio. Lo cierto es que, pese a vernos en dificultades, hasta este momento hemos resistido tenaz y valerosamente; pero, si no enviáis de inmediato otros efectivos para que nos releven, tened presente que vamos a abandonar
3 nuestro puesto'». Esto fue, en definitiva, lo que les notificó el heraldo.

Entonces Pausanias sondeó a los griegos para saber si algún otro contingente se prestaba a trasladarse voluntariamente a la zona en cuestión y a relevar a los de Mégara [131]. Y, ante la negativa de los demás, fueron los atenienses quienes se ofrecieron; concretamente los trescien-

---

[128] Que debían haber establecido una sede permanente para su Estado Mayor, aunque también es posible que haya una exclusiva referencia a los jefes lacedemonios, Pausanias y Eurianacte.

[129] Cf. nota III 215. Como sucede en el epos, el mensaje de los megareos se articula sobre motivos tópicos, y presenta sensibles similitudes con el pronunciado por los atenienses en Esparta (cf. IX 7): voluntad de resistir, petición de ayuda y amenaza de abandono.

[130] Los efectivos de Mégara ascendían a tres mil hoplitas (cf. IX 28, 6).

[131] Estamos ante otro motivo épico, el de la *apópeira*, o comprobación de la moral de los combatientes, tal y como aparece en el canto II de la *Ilíada*. Según observa C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 300), «critics have complained that these chapters show a marked pro-Athenian bias, but the only suspicious item in them is the allegation that the Athenians alone volunteered for the post of danger when the rest of the army (presumably including the Spartans) had refused. It is more likely that Pausanias called on the Athenians for this service because they alone had a body of archers».

tos soldados de élite [132] que capitaneaba Olimpiodoro, hijo de Lampón [133].

Estos soldados fueron quienes, tras haber dispuesto que los reforzaran los arqueros [134], se comprometieron a ello y se apostaron en Eritras [135] a la vanguardia del resto de los griegos allí presentes. 22

Durante un cierto tiempo ambos adversarios estuvieron combatiendo, pero, al cabo, la batalla concluyó de la siguiente manera: con ocasión de uno de los ataques que, por escuadrones, realizaba la caballería, el caballo de Masistio, que iba a la cabeza de las tropas [136], recibió un fle-

---

[132] Se ignora el origen y operatividad de esta unidad ateniense de élite (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, páginas 294-295).

[133] Posiblemente Olimpiodoro fue el padre (entre los griegos era frecuente que un nieto recibiera el mismo nombre que su abuelo paterno) del famoso adivino Lampón (cf. Aristófanes, *Aves* 521; Plutarco, *Pericles* 6), amigo personal de Pericles y uno de los diez comisionados enviados por Atenas para fundar, en 444/443, la colonia panhelénica de Turios, por lo que cabe suponer que trató personalmente a Heródoto (cf. H. Strasburger, «Herodot und das perikleischen Athen», *Historia* 4 (1955), págs. 23 y sigs.).

[134] Que quizá fuesen ochocientos, lo que explicaría la cifra que Heródoto da, en IX 29, para el total de efectivos griegos armados a la ligera (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 360 y 408). Este cuerpo de arqueros atenienses (integrado por ciudadanos de las clases más modestas, los *thêtes* o jornaleros) se creó con posterioridad al año de la batalla de Maratón (cf. Esquilo, *Persas* 460; Plutarco, *Temístocles* 14). Sobre la actuación de los arqueros atenienses en Platea, cf. A. E. Wardman, «Tactics and the Tradition of the Persian Wars»..., páginas 49 y sigs.

[135] Esto es, en el territorio de Eritras, ya que parte del ejército griego debió dirigirse hacia el Este al salir del paso de Giptocastro.

[136] O, según traduce M. F. Galiano (*Heródoto*, Barcelona, 1951, página 202), «que se distinguía bien de los otros». Pero el *dē* que aparece posteriormente hace preferible la versión que propongo.

chazo en el flanco, y el dolor hizo que se encabritara y
2 derribase al jinete. Nada más caer Masistio, los atenienses se abalanzaron sobre él, con lo que, como es natural, se apoderaron de su caballo y a él, pese a su resistencia, lo mataron. No obstante no pudieron conseguirlo de buenas a primeras, pues iba equipado como sigue: llevaba encima una coraza con láminas de oro [137] y, sobre ella, se había puesto una túnica de color púrpura. Mientras le estuvieron dando golpes en la coraza, los atenienses no le hicieron nada; finalmente alguien acertó a comprender lo que ocurría y le hirió en un ojo, siendo entonces cuando cayó,
3 perdiendo la vida. Este episodio se desarrolló, al parecer, sin que el resto de los jinetes lo advirtiera: no repararon en la caída de Masistio del caballo ni en su muerte; y, al volver grupas, replegándose [138], no se percataron de lo que sucedía [139]. Fue al hacer alto cuando de inmediato lo echaron en falta, ya que no había nadie que les diese órdenes. Entonces, al comprender lo que había ocurrido, se

[137] Esta coraza (los soldados persas las llevaban de hierro; cf., *supra,* VII 61, 1) fue consagrada por los atenienses en el Erecteo (cf. Pausanias, I 27, 1). Corazas y cotas de mallas semejantes a las aquí descritas se han encontrado en Persépolis (cf. D. B. Thompson, «The Persian Spoils in Athens», en *The Aegean and the Near East,* Nueva York, 1956, pág. 283).

[138] Ya que en estas maniobras estribaba la táctica de ataque de la caballería persa (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...,* pág. 21, nota 3: «légèrement armés, montés sur des chevaux rapides (VII 196), les cavaliers perses sont... des archers à cheval, qu'une infanterie lourde était incapable de joindre s'ils ne le voulaient pas [precisamente la muerte de Masistio se debió a la intervención de los arqueros atenienses]. En face d'une troupe d'hoplites, ils fondaient sur elle à toute bride, s'arrêtaient à bonne distance pour la cribler de flèches et de javelots (ch. 49), et se retiraient prestement hors d'atteinte».).

[139] Que Masistio no regresaba con ellos.

dieron mutuos ánimos y todos espolearon sus caballos para, al menos, intentar recuperar el cadáver.

Por lo que a los atenienses se refiere, al ver que los 23
jinetes persas ya no los atacaban por escuadrones, sino todos en bloque, llamaron en su auxilio al resto del ejército. Y, mientras toda la infantería acudía en su ayuda, en el ínterin se desencadenó una encarnizada batalla alrededor del cadáver. Pues bien, en tanto que los trescientos es- 2
tuvieron peleando solos, se vieron netamente superados y tuvieron que abandonar el cuerpo de Masistio; pero, al acudir en su ayuda el grueso del ejército, fueron entonces los jinetes quienes no pudieron ya resistir su ataque [140], por lo que no les resultó posible recuperar el cadáver; al contrario, además de a Masistio, perdieron incluso a varios de los suyos. Se alejaron, pues, a unos dos estadios [141] de distancia para considerar lo que había que hacer; y, ante la carencia de un comandante, decidieron regresar junto a Mardonio.

Al llegar la caballería al campamento, todo el ejército, 24
incluido Mardonio, guardó el más riguroso duelo por la pérdida de Masistio: los bárbaros se cortaron el pelo [142], hi-

[140] Si lo que dice el historiador es exacto, y todos los hoplitas aliados hicieron frente a la caballería persa, la superioridad de los griegos era notoria (al margen de que el terreno les favorecía), pues su número triplicaba ampliamente al de los jinetes. No existía, además, el peligro de un ataque inmediato de la infantería de Mardonio, ya que la posición persa se encontraba a unos 4 km. de la que debían ocupar los griegos.

[141] Algo más de 355 m.

[142] Una norma usual en el mundo antiguo en caso de duelo; cf., *supra*, II 36, 1 (y nota II 136). Pese a que el corte de las crines de los caballos era una manifestación de pesar en Tesalia (cf. EURÍPIDES, *Alcestis* 428; PLUTARCO, *Pelópidas* 34), por lo que es posible que los griegos aliados de Mardonio también tuvieran que guardar luto, estamos sin duda ante un universal del dolor frente a la muerte.

cieron lo propio con las crines de sus caballos y acémilas, y se entregaron a interminables lamentos cuyo eco se extendía por toda Beocia, pues había muerto un personaje que —después, eso sí, de Mardonio— gozaba de la más alta consideración ante los persas y ante el monarca [143]. Los bárbaros, en definitiva, honraron a su manera la muerte de Masistio.

Los griegos toman posiciones delante de Platea

25 Por su parte los griegos, como habían contenido los ataques de la caballería y, posteriormente, la habían rechazado, cobraron renovados ánimos. Y la primera medida que adoptaron fue depositar el cadáver en un carro que hicieron circular a lo largo de sus filas. (El cadáver merecía contemplarse por su estatura y su prestancia; de ahí que llegaran, incluso, a romper filas
2 para ir a contemplar a Masistio [144].) Acto seguido decidieron bajar a Platea [145], pues, en su opinión, la zona de

[143] Se ignora la razón de esta afirmación de Heródoto, ya que Masistio no era un aqueménida (cf. apéndice VI al libro VII), y, por ejemplo, entre los expedicionarios persas, figuraban personajes como Artabazo (cf. nota VII 357). Es posible que estemos ante una versión magnificadora de origen ateniense.

[144] El texto plantea problemas y se han propuesto diferentes soluciones (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 25, nota 1). Interpreto *taûta* con valor catafórico. De considerarlo anafórico, la traducción sería: «precisamente esa fue la razón de que tomaran esa precaución, pues los soldados rompían filas para ir a contemplar a Masistio».

[145] Los aliados abandonaron, pues, la 'primera posición' —en la que se habían enfrentado a la caballería persa— para avanzar hacia sus adversarios. Al margen de que los motivos que da Heródoto para este avance (confianza de los efectivos griegos en sus posibilidades, y necesidades de aprovisionamiento de agua) se consideran correctos, Pausanias, tras la muerte de Masistio, debió de comprender que, si no descendían de los contrafuertes del Citerón, los persas no insistirían en sus ataques. El paso a la 'segunda posición' debió responder, en definitiva, al deseo

Platea era mucho más idónea que la de Eritras para establecer en ella su campamento, sobre todo por su mayor abundancia en agua. Decidieron, pues, que había que alcanzar esa zona, llegando hasta la fuente Gargafia [146] —que se encuentra en ella—, y acampar en formación de combate; así que recogieron sus armas [147] y, bordeando 3
las estribaciones del Citerón, se dirigieron, por las inmediaciones de Hisias [148], a la región de Platea. Y, a su llega-

del Estado Mayor griego de inducir a Mardonio a cruzar el Asopo con su infantería para que presentara batalla.

[146] Toda la topografía del escenario de la batalla conlleva interpretaciones hipotéticas (cf., para las diversas localizaciones, W. K. Pritchett, «New light on Plataia»..., págs. 9 y sigs.; y D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...*, págs. 546 y sigs.). Heródoto dice (IX 51, 1; 52) que la fuente Gargafia se encontraba, respectivamente, a 10 (= 1,75 km.) de la 'Isla' del río Oéroe y a 20 estadios (= 3,5 km.) del Hereo de Platea. Pero, al margen de que no conocemos con exactitud cuál era la extensión de la ciudad en tiempos de la batalla (cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 1, págs. 315, nota 2), es impensable que la caballería persa pudiera haber desalojado a los lacedemonios de la fuente (cf. IX 49, 2), si ésta se encontraba en una zona elevada. Hay que suponer, por lo tanto, que la fuente Gargafia se hallaba situada en la depresión existente entre el Citerón y la colina del Asopo (la posición conocida como *Asopos Ridge* entre la historiografía británica); cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 427-428 (y pág. 302, nota 5).

[147] Dado el pesado equipo que llevaban los hoplitas (cf. nota VII 389), éstos sólo portaban sus armas al entrar en acción. Hay que destacar que Heródoto no nos informa sobre cuánto tiempo permanecieron los griegos en la 'primera posición'.

[148] El avance griego a la 'segunda posición' no consistió, pues, en un mero descenso, sino que se desplazaron también lateralmente hacia el Oeste, lo que, posteriormente, obligó a los persas a hacer lo propio (cf. IX 31, 1). Es posible que el territorio de Platea (la Plataide) y el de Hisias (la Hisíade) se encontraran separados por el río Molunte (cf. IX 57, 2).

da, formaron por naciones [149], cerca de la fuente Gargafia y del recinto del héroe Andrócrates [150], en un terreno llano jalonado por unas colinas de escasa altura [151].

---

[149] Es inverosímil que, hasta entonces, los aliados no hubieran mantenido un orden con arreglo a los diferentes Estados que integraban sus efectivos, o que se hubiesen desorganizado durante el avance a esta nueva posición. «Il dettaglio narrativo —señala A. Masaracchia, *Erodoto. Libro IX...*, pág. 163— serve comunque a introdurre la contesa tra tegeati e ateniesi.»

[150] Uno de los siete héroes (cf. nota V 204; y G. S. Kirk, *Myth: Its meaning and functions in ancient and other cultures* = *El mito. Su significado y funciones en las distintas culturas* [trad. española A. Pigrau], Barcelona, 1973, págs. 209 y sigs.) de quienes descendían las principales familias de Platea (cf. Plutarco, *Arístides* 11). Tucídides, III 24, 1-2, sitúa el *Androcrateo* a la derecha de la ruta Platea-Tebas, a unos 1200 m. de la primera ciudad (testimonio que acepta G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 467), con lo que se ubicaría a 1 km. al suroeste del 'Asopos Ridge', una posición que parece conformarse al orden de batalla griego en esta fase de las operaciones. Parte de la crítica, sin embargo, como el texto de Tucídides presenta problemas interpretativos (el testimonio de Plutarco, *Arístides* 11, 6-8, no posee valor independiente), prefiere situarlo en la propia colina del Asopo, donde se halla la actual iglesia de San Juan (cf. J. A. R. Munro, «The Campaign of Plataea»..., pág. 159; W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai», *Journal Hellenic Studies* 18 (1898), págs. 38 y sigs.).

[151] Como el texto griego, literalmente, dice «a través de unas colinas no elevadas y de un terreno lleno», el ejército griego debía de estar desplegado desde el 'Asopos Ridge' (una colina, cuya máxima altura alcanza los 100 m. sobre el nivel del río Asopo en la zona, situada a unos 4,5 km. al nordeste de Platea y distante, en dirección Sur, unos 3 km. del río), donde se encontraría el ala derecha, hasta la colina de Pirgos, a unos 3 km. al noroeste (por en medio de ambas colinas discurría la ruta Platea-Tebas), donde figuraría el ala izquierda, ya que, aceptando la cantidad de hoplitas que Heródoto atribuye al ejército griego (cf. IX 29, 1), su frente se extendería por lo menos a lo largo de esa distancia, y sería el centro del ejército griego el que se hallara apostado en las cercanías del Androcrateo (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 306-307, para las diversas hipótesis).

Altercado entre atenienses y tegeatas en su pretensión de ocupar el ala izquierda

26 Justo entonces —mientras se asignaban las diferentes posiciones— se produjo un violento altercado verbal entre tegeatas y atenienses [152], pues unos y otros, alegando recientes y antiguas gestas, se consideraban con derechos para ocupar con sus efectivos una de las alas [153]. En ese sentido, los de
2 Tegea aducían lo siguiente: «En todas las expediciones combinadas realizadas hasta la fecha por los peloponesios [154], tanto en tiempos pretéritos como recientes, la totalidad de los aliados nos viene considerando, absolutamente siempre, merecedores de ocupar esa posición desde aquella época en que los Heraclidas, tras la muerte de Euris-

[152] Es posible que una disputa entre tegeatas (sobre Tegea, cf. nota VI 347) y atenienses se produjera realmente por la razón que indica Heródoto, pero no en el momento en que el historiador la sitúa (de admitir su veracidad, habría que datarla en Eleusis, cuando peloponesios y atenienses unieron sus efectivos; cf. IX 19, 2). En todo caso, la digresión introducida por Heródoto (sobre su gusto por los excursos, cf. IV 30, 1), de probable origen ateniense, incide en el *tópos* de la generosidad de Atenas durante la Segunda Guerra Médica (cf. nota VIII 16), siempre dispuesta a subordinar cuestiones de prestigio a las necesidades urgentes del momento.

[153] Literalmente, «la otra ala» (con referencia a la ala izquierda), pues tegeatas y atenienses dan por supuesto que los espartanos van a figurar en el ala derecha, el puesto de más responsabilidad en los ejércitos hoplíticos (cf. nota VIII 428).

[154] La intervención de los de Tegea presupone la existencia de la Liga Peloponesia (cf. notas VIII 12 y 757), anacrónicamente, con anterioridad a la penetración doria. Sin embargo, y aunque, durante la Guerra del Peloponeso, Tegea permaneció fiel a Esparta (cf. TUCÍDIDES, V 32,4; 40, 3; 57, 2; 67, 1), sus relaciones mutuas no fueron siempre amistosas (cf., *supra,* I 66-68, para su enfrentamiento durante el siglo VI a. C.; e, *infra,* IX 35, 2, para la guerra que ambos Estados mantuvieron entre los años 473-470).

3 teo, intentaron regresar al Peloponeso [155]. La hazaña que a la sazón nos hizo acreedores a esa prerrogativa fue la siguiente: cuando, en unión de los aqueos y los jonios [156] que por aquellas fechas residían en el Peloponeso, acudimos al Istmo [157] para defenderlo, asentamos nuestros reales frente a los invasores; pues bien, según cuentan, Hilo en esa tesitura proclamó que no era necesario que ambos ejércitos corriesen el riesgo de un mutuo enfrentamiento, sino que se batiese con él, en combate singular y con arreglo a unas determinadas condiciones, el soldado peloponesio a quien estos últimos designasen como campeón entre
4 sus propios efectivos. Los peloponesios estimaron que había que aceptar la propuesta y ambos bandos formalizaron solemnemente [158] el siguiente acuerdo: si Hilo derrotaba al adalid peloponesio, los Heráclidas regresarían a la patria de sus antepasados [159]; en cambio, si Hilo era de-

---

[155] A la muerte de Heracles (quien, para intentar conseguir la inmortalidad, tuvo que ponerse a las órdenes de su primo Euristeo, rey de Micenas y de Tirinto), sus hijos (los Heraclidas, nombre que se reserva a los hijos que el héroe tuvo con Deyanira) se vieron perseguidos por Euristeo, refugiándose en la Atenas de Teseo, que los ayudó a imponerse a su tío. Al pretender, a continuación, regresar al Peloponeso, acaudillados por Hilo, el mayor de los hermanos, lo hicieron antes de la fecha dictada por un oráculo delfio e Hilo encontró la muerte a manos del rey de Tegea (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica,* Madrid, 1975, págs. 256 y sigs.). En el mito del 'retorno de los Heraclidas' tenemos una traducción legendaria de las «invasiones» dorias (cf., sin embargo, nota VI 249).

[156] Sobre los pobladores del Peloponeso, cf. VIII 73 y notas *ad locum.* Acerca de la relación predoria entre aqueos y jonios, cf. I 145-146; y vid., en general, A. M. Snodgrass, *The Dark Age of Greece,* Edimburgo, 1971.

[157] El Istmo de Corinto (cf. Pausanias, I 44, 10).

[158] Cf. nota IV 690.

[159] Es decir, al Peloponeso.

rrotado, los Heráclidas volverían con sus tropas sobre sus
pasos y, por espacio de cien años [160], no intentarían retor-
nar al Peloponeso. Pues bien, de entre todos los aliados, 5
la elección recayó en Équemo (hijo de Eéropo y nieto de
Fegeo [161]), a la sazón nuestro caudillo y soberano, que se
había ofrecido como voluntario y que se batió en combate
singular con Hilo, dándole muerte. Merced a esa gesta,
y a juicio de los peloponesios de aquella época, nos hici-
mos acreedores, entre otras importantes prerrogativas que
continuamos disfrutando, a comandar una de las alas del
ejército siempre que se organiza una expedición combinada.
Desde luego, lacedemonios, con vosotros no entramos en 6
liza; al contrario, os damos a elegir el ala que prefiráis
mandar, aceptando vuestra decisión [162], pero insistimos en
que, al igual que en el pasado, a nosotros nos corresponde
comandar la otra. Al margen de esa gesta que hemos rela-
tado, contamos con más méritos que los atenienses para
ocupar ese puesto. De hecho, espartiatas, con vosotros 7
hemos librado —y con éxito— numerosos enfrentamien-
tos, y lo mismo hemos hecho con otros adversarios [163].

[160] Lo que equivalía a tres generaciones (cf. II 142, 1), tal y como había profetizado el oráculo que sucedería, pues los Heráclidas no debían retornar al Peloponeso hasta la «tercera cosecha». Sobre los problemas que la cronología de época mítica suponía para Heródoto, cf. nota VIII 229; y H. Strasburger, «Herodots Zeitrechnung», *Historia* 5 (1956), págs. 129 y sigs.; y W. den Boer, «Herodot und die Systeme der Chronologie», *Mnemosyne* 20 (1967), págs. 30 y sigs.

[161] O, según Apolodoro (I 9, 16; II 7, 3; III 9, 1) y Pausanias (VIII 5, 1), Cefeo, antiguo rey de Tegea, lo cual ha hecho pensar en un *lapsus calami* en la genealogía que facilita Heródoto (sobre la misma, cf. Píndaro, *Ol.*, X 66; Pausanias, I 44, 10; VIII 5, 1; 53, 10).

[162] Por la condición de rectora de la Liga Peloponesia que poseía Esparta (cf. nota IX 154).

[163] La ética militar de que hacen gala los tegeatas se halla inserta,

De ahí que sea justo que nosotros, y no los atenienses, ocupemos una de las alas, pues desde luego ellos no han realizado hazañas, ni recientes ni antiguas, comparables a las nuestras».

27 Eso fue lo que adujeron los tegeatas; y, ante sus manifestaciones, los atenienses respondieron como sigue [164]: «Somos conscientes de que este ejército [165] se ha movilizado para luchar contra el Bárbaro, y no para pronunciar discursos; pero, dado que el representante de Tegea ha abierto un debate [166] sobre las antiguas y recientes proezas que ambos pueblos hemos realizado a lo largo de nuestra existencia, nos vemos en la obligación de demostraros

---

como ocurre frecuentemente en la *Historia*, en la llamada «cultura de vergüenza» (cf. nota VIII 84).

[164] En PLUTARCO, *Arístides* 12, es este estadista ateniense (cf. notas VIII 405, 406 y 480) quien, al mando de los hoplitas de su ciudad, replica a las pretensiones de los tegeatas mediante un discurso más diplomático y desprovisto de alusiones míticas. En este pasaje de Heródoto, en cambio, tenemos un eco de las alabanzas al pasado ateniense, usuales en los discursos fúnebres pronunciados en el Cerámico, y que la oratoria del siglo IV a. C. esgrimiría constantemente (cf. ISÓCRATES, *Panegírico* 54-70; *Panatenaico* 168 y sigs., 193 y sigs.; *Plataico* 53; PLATÓN, *Menéxeno* 239; PSEUDO LISIAS, *Epitafio* 3 y sigs.; PSEUDO DEMÓSTENES, *Epitafio* 8; y, en general, M. NOUHAUD, *L'utilisation de l'histoire par les orateurs attiques*, París, 1982), aunque en esta intervención ateniense las referencias a sus glorias míticas se abordan en orden inverso al cronológico: primero, la guerra contra Euristeo, que la tradición situaba en tiempos de Demofoonte, hijo de Teseo; luego, los enfrentamientos con tebanos y amazonas, que formaban parte de la leyenda de Teseo; por último, la Guerra de Troya, la gesta más antigua de todas las citadas.

[165] Interpreto el término en sentido militar, aunque también podría hacerse en su acepción forense («que esta sesión se ha convocado»), suponiendo que el Estado Mayor griego se había reunido para tratar la cuestión que enfrentaba a tegeatas y atenienses.

[166] Sigo la interpretación de PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 28, nota 2.

por qué nosotros, debido a nuestro permanente valor, tenemos un derecho ancestral, con preferencia a los arcadios, a figurar en puestos de privilegio. Por lo que se 2
refiere a los Heraclidas (a cuyo caudillo los tegeatas se jactan de haber dado muerte en el Istmo), cuando hasta entonces —en su intento por escapar al yugo de los de Micenas— se veían rechazados por todos los griegos a los que apelaban, nosotros fuimos los únicos que los acogimos, y pusimos fin a la arrogancia de Euristeo al derrotar en una batalla, con su concurso, a quienes a la sazón eran dueños del Peloponeso [167]. Por otra parte, cuando los ar- 3
givos que acompañaron a Polinices en su ataque a Tebas perdieron la vida y permanecían insepultos, podemos jactarnos de haber organizado una expedición contra los cadmeos y de haber recuperado los cadáveres, sepultándolos en nuestra patria: en Eleusis [168]. También nos aureola 4

[167] Fue Teseo quien acogió en Atenas a los hijos de Heracles y derrotó con ellos a Euristeo, que murió a manos de Hilo (cf. Diodoro, IV 57-58; Apolodoro, II 8), aunque la leyenda presenta variantes según los diferentes autores (cf. Eurípides, *Heraclidas* 843 y sigs.; 928 y sigs.; 1030 y sigs.; Estrabón, VIII 6, 19; Pausanias, I 44, 9; y, en general, vid. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, pág. 257). Al socorrer a los Heraclidas, los atenienses habían prestado un servicio a los espartanos, ya que sus reyes se consideraban descendientes de Hilo (cf., *supra*, VII 204).

[168] Alusión al mito de los 'Siete contra Tebas', expedición que, a la muerte de Edipo, acaudilló, con apoyo argivo, su hijo Polinices para tratar de recuperar el trono de Tebas (los cadmeos son, para Heródoto, los habitantes prebeocios de la ciudad; cf., *supra*, V 57, 1; Tucídides, I 12, 3), que se negaba a entregarle su hermano Eteocles. El historiador está transmitiendo la versión ateniense del mito (en su versión más antigua, Adrasto, el monarca argivo, conseguía de los tebanos la entrega de los cadáveres, que fueron enterrados en Tebas; cf. Pausanias, I 18, 2), según la cual Adrasto consiguió el apoyo de Teseo, quien, por medios diplomáticos (cf. Isócrates, *Panatenaico* 168-171; Plutarco, *Teseo* 29, 4), o bélicos (cf. Eurípides, *Suplicantes* 634 y sigs.; Isócrates, *Panegírico* 58), logró que los tebanos devolvieran los cuerpos de los caídos, que

una triunfal gesta contra las amazonas, que, procedentes del río Termodonte, invadieron en cierta ocasión el Ática [169]; y en la Guerra de Troya no fuimos inferiores a nadie [170]. Pero la verdad es que de nada sirve tener en cuenta todo eso, pues podría ser que pueblos que en tiempos eran valerosos sean en la actualidad más bien cobardes, y pueblos que en tiempos eran cobardes sean en la actualidad más bien valientes [171]. Basta, pues, de hablar de antiguas

---

fueron sepultados en Eleusis (cf. Pausanias, I 39, 2). Los *Siete contra Tebas* de Esquilo, y la *Antígona* de Sófocles, que presentan otra versión del problema de la sepultura de los asaltantes abatidos, se basan en una tradición tebana local (cf. Pausanias, IX 25, 2; y W. Schmid, O. Stählin, *Geschichte der griechischen Literatur*, Munich, 1934, I, 2, pág. 215).

[169] Teseo raptó a Antíope (o Hipólita), la reina de las amazonas, un legendario pueblo de mujeres (el término puede ser armenio, significando 'mujeres luna', o iranio, equivaliendo a 'guerreros'; cf. J. Pokorny, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, Berna-Munich, 1959, I, página 697), que se hallaba establecido en Capadocia (el río Termodonte desembocaba en el Mar Negro; cf., nota IV 405). Ese rapto tuvo lugar (pues la leyenda presenta variantes) mientras el monarca ateniense acompañaba a Heracles en el cumplimiento de su noveno trabajo (apoderarse del cinturón de la reina de las amazonas; cf. Plutarco, *Teseo* 26, 1), cuando se encontraba acompañado por su amigo el lapita Pirítoo (cf. Píndaro, fr. 175 Snell [= B. Snell, *Pindari Fragmenta*, Leipzig, 2.ª ed., 1964]), o bien lo hizo solo (cf. Plutarco, *ibíd.*). Las amazonas, para vengarse, invadieron el Ática, asediaron la Acrópolis (cf. Esquilo, *Euménides* 655 y sigs.) y se vieron derrotadas en la Pnyx (las luchas entre ellas y los atenienses fueron representadas por Fidias en el escudo de la estatua de Atenea Parteno y en las metopas del Partenón, y por Micón en la *Stoá Poikílē*; cf. Pausanias, I 15, 2; 17, 2).

[170] Cf. VII 161, 3.

[171] Como en la lírica (cf. H. Fränkel, *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums*, Munich, 1962, 3.ª ed., pág. 586), el ser humano, en la *Historia*, se siente sujeto a inestabilidad («el hombre es pura contingencia», le recuerda Solón a Creso, en I 32, 4) e impotente ante los designios divinos; de ahí que la idea de la inestabilidad del mundo se halle latente en toda la obra y, por eso, Heródoto desarrolla su investigación

gestas. Ahora bien, nosotros, aun suponiendo que no hayamos llevado a cabo ninguna otra hazaña [172] (cuando lo cierto es que, más que cualquier otro pueblo griego, hemos realizado numerosas y triunfales proezas), por la gesta de Maratón somos, empero, dignos de obtener ese privilegio, así como otros adicionales, pues a fe que fuimos los únicos griegos que nos medimos al Persa en singular batalla [173] y, en la colosal empresa que afrontamos, obtuvimos la victoria, imponiéndonos a cuarenta y seis naciones [174]. ¿No 6

(historíē) «ocupándome por igual de las pequeñas y de las grandes ciudades de los diferentes pueblos, ya que las que antaño eran grandes, en su mayoría son ahora pequeñas; y las que en mis días eran grandes, fueron antes pequeñas. En la certeza, pues, de que el bienestar humano nunca es permanente, haré mención a unas y otras por igual» (I 5, 3-4). Estamos ante una formulación de la teoría del ciclo, del ritmo natural de la existencia que oscila pendularmente (cf. Arquíloco, fr. 67a Diehl), como Creso, antes de la expedición persa contra los maságetas, advierte claramente a Ciro (cf. I 207, 2: «ten, ante todo, presente que, en el ámbito humano, existe un ciclo que, en su sucesión, no permite que siempre sean afortunadas las mismas personas»). Por eso, por ejemplo, la constante fortuna de que goza Polícrates no es propia del hombre, y su final es horrible (cf. III 125).

[172] Como bien señala Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre IX...*, página 29, nota 1), «l'orateur feint d'accepter, quitte à la rejeter aussitôt, l'hypothèse que la victoire de Marathon est le seul titre des Athéniens à occuper un poste d'honneur».

[173] Igual que Équemo se batió en combate singular *(emounomáchēse)* con Hilo, así lo hicieron *(mounomachēsantes)* los atenienses con los persas y sus súbditos. Volvemos a encontrarnos (cf. VII 10, *b* 1; y nota VII 82) con la omisión de la participación de los plateos en la batalla de Maratón, un *tópos* que sería desarrollado en el siglo iv a. C. (cf. Platón, *Menéxeno* 240c; *Leyes* 698e; Isócrates, *Panegírico* 86; y C. Schrader, «El mito de Maratón», *Cuadernos de Investigación. Historia* 7 (1981), págs. 17 y sigs.).

[174] Ese número de naciones es el que integraba el ejército de Jerjes (cf. VII 61-80), no la expedición de Datis y Artáfrenes. Los atenienses no aluden a su decisiva participación en la batalla de Salamina, pues

es, por consiguiente, de justicia que, en virtud de esa gesta sin par, ocupemos el puesto objeto del debate? No obstante, y como quiera que, en un trance como éste, no es oportuno rivalizar por un puesto, estamos decididos, lacedemonios, a obedeceros y a situarnos donde os parezca más oportuno y frente al adversario que sea, pues en cualquier posición procuraremos comportarnos con bravura. Dictadnos vuestras órdenes, que os obedeceremos».

Formación y efectivos de los dos ejércitos

28 Esta fue la respuesta que dieron los atenienses. Entonces todo el ejército lacedemonio manifestó por aclamación [175] que los atenienses contaban con más méritos que los arcadios para ocupar el ala. Así fue, en definitiva, como los atenienses ocuparon dicho puesto en detrimento de los tegeatas [176].

2 Acto seguido los griegos recién incorporados a la campaña y los que habían participado en ella desde un principio [177] se alinearon como sigue [178]: el ala derecha la ocu-

de lo que aquí se trata es de recordar sus hazañas por tierra (cf., no obstante, R. W. Macan, *Herodotus...*, I, pág. 648, para una posible motivación antitemistoclea en la omisión).

[175] El método habitual de aprobar una moción entre los lacedemonios (cf. Tucídides, I 87, 2; Plutarco, *Licurgo* 26, 4).

[176] La verdadera razón de que los atenienses ocuparan el ala izquierda venía dada por su elevado contingente de hoplitas, el segundo en número tras los lacedemonios.

[177] La distinción que establece Heródoto debe hacer referencia a que los griegos iban recibiendo, por los pasos del Citerón, constantes refuerzos (quizá uno de los motivos que animaron a los griegos a bajar a su 'segunda posición' en Platea fue, precisamente, que su número se había visto considerablemente engrosado desde su llegada a la zona de operaciones).

[178] La relación que a continuación sigue ha suscitado serias reservas entre la crítica (cf., en general, C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, páginas 435 y sigs., que acepta el testimonio del historiador), pues, si los nombres

paban diez mil lacedemonios [179] (entre ellos, los cinco mil
que eran espartiatas contaban con una guardia de treinta
y cinco mil hilotas armados a la ligera, a razón de siete por
cada hoplita [180]). Los espartiatas, tanto para honrarlos co- 3
mo debido a su valor, optaron por que, a su lado, estuvieran
situados los tegeatas, que contaban con mil quinientos ho-

---

de los Estados que integraban la coalición griega corresponden a los que figuraban en el trípode de Delfos (cf., *infra,* IX 81, 1), no hay constancia de si los efectivos que Heródoto atribuye a cada contingente responden a cálculos personales o a datos procedentes de alguna fuente escrita (que es lo más probable). La posición de los hoplitas griegos se facilita (incluyo número de orden) de derecha a izquierda, distribuidos de la siguiente manera (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...,* págs. 523-524):

HOPLITAS ALIADOS (38.700 HOMBRES)

ALA IZQUIERDA (8.600)	CENTRO (cf. IX 52): 18.600 HOPLITAS		ALA DERECHA (11.500)
	Centro izquierda (cf. IX 69): 7.300	*Centro derecha* (cf. IX 69): 11.300	
20. Plateos (600)	11. Fliasios (1.000)	3. Corintios (5.000)	1. Lacedemonios (10.000)
21. Atenienses (8.000)	12. Hermioneos (300)	4. Potideatas (300)	2. Tegeatas (1.500)
	13. Eretrieos y Estireos (600)	5. Orcomenios de Arcadia (600)	
	14. Calcideos (400)	6. Sicionios (3.000)	
	15. Ampraciotas (500)	7. Epidaurios (800)	
	16. Leucadios y Anactorios (800)	8. Trecenios (1.000)	
	17. Paleos (200)	9. Lepreatas (200)	
	18. Eginetas (500)	10. Micénicos y Tirintios (400)	
	19. Megareos (3.000)		

[179] Los cinco mil espartiatas (cf. IX 10, 1; y nota IX 56) y los cinco mil periecos de élite (cf. IX 11, 3).

[180] De este contingente de hilotas, cinco mil eran escuderos de los hoplitas espartiatas (a razón de uno por hoplita; cf. VII 186, 2; 229, 1). Los demás debían de estar encargados de tareas auxiliares (aprovisionamiento, vigías, etc.).

plitas. Acto seguido, figuraban cinco mil corintios [181], que recibieron de Pausanias autorización para que, junto a ellos, estuvieran situados los trescientos potideatas de Palene pre-
4 sentes en Platea [182]. Inmediatamente después figuraban seiscientos arcadios de Orcómeno, seguidos de tres mil sicionios [183]. A continuación se hallaban ochocientos epidaurios, junto a quienes se alinearon mil trecenios, seguidos de doscientos lepreatas, de cuatrocientos soldados de Mi-

---

[181] Pese a que K. J. Beloch (*Griechische Geschichte...*, II, 2, páginas 75 y sigs.) consideraba excesivo el número de hoplitas corintios presentes en Platea (así como el de sicionios y megareos), porque en la segunda mitad del siglo v a. C. Corinto no podía movilizar a más de tres mil (cf. Tucídides, I 27, 2; 29, 1; V 57, 2; Jenofonte, *Helénicas*, IV 2, 17), los datos de ese período, tras la rivalidad existente con Atenas, no son aplicables al primer cuarto de la centuria. Sobre Corinto, cf. notas III 250 y 267; y G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, páginas 232-233.

[182] Sobre Potidea y Palene, en la Calcídica, cf., *supra*, VIII 127 y sigs. Aunque la crítica alemana de comienzos de siglo consideraba improbable que los potideatas (unos colonos de Corinto; cf. Tucídides, I 56), al igual que los eubeos, hubieran tomado parte en la campaña, tiene razón C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 436), al señalar que «there is no reason why the Euboians or the Poteidaians should have been absent from the Greek army in 479. The Euboians had probably shaken off the Persian yoke after Salamis... and the Poteidaians, who had also revolted, had successfully thwarted Artabazos' attempt to reduce them by siege; as the Persian fleet had withdrawn from the West Aegean there was nothing to prevent the Poteidaians from sending a contingent of 300 men by sea to swell the forces of their mother-city Corinth».

[183] Los de Orcómeno, ciudad de Arcadia nororiental, fueron, con los tegeatas, los únicos arcadios (Heródoto distingue esta ciudad de la que, en Beocia, poseía el mismo nombre; cf. IX 16, 1) presentes en Platea (dado que los mantineos llegaron tarde; cf. IX 77, y nota IX 30), y ya habían tomado parte en la campaña de las Termópilas (cf. VII 202) y en la construcción del muro del Istmo (cf. VIII 72). Sobre Sición, en el Peloponeso nororiental, a unos 20 kms. al nordeste de Corinto, cf. V 67 y sigs.; y nota VIII 6.

cenas y Tirinto, y de mil de Fliunte [184]. A su lado fi-
guraban trescientos hermioneos, seguidos de seiscientos 5
soldados de Eretria y Estira, de cuatrocientos calcideos,
y de quinientos ampraciotas [185]. A continuación figuraban
ochocientos soldados de Léucade y Anactorio, seguidos de
doscientos paleos llegados de Cefalenia [186]. A continuación 6

[184] Para Epidauro y Trecén, cf. nota VIII 6. Ambas ciudades enviaron efectivos al Istmo, bajo Cleómbroto (cf. VIII 72), y participaron en las actividades de la flota (cf. VIII 43), destacándose los trecenios en Mícala (cf. IX 105). Lépreo se encontraba en la región de Trifilia, en el Peloponeso occidental, al sur de Élide (cf. VIII 73, 2). Micenas ya había enviado tropas a las Termópilas (cf. VII 202), prueba de su independencia —al igual que ocurría con Tirinto— por esta época; ambas ciudades fueron destruidas por Argos con posterioridad al año 468 (posiblemente aprovechando que los espartanos, en 464, estaban inmersos en la tercera guerra mesénica y en sofocar la sublevación de los hilotas; cf. VI 83, 2; Diodoro, XI 65; Pausanias, II 16, 5; 25, 8; V 23, 3; VII 25, 6; y Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 325 y sigs.). Sobre Fliunte (que también había enviado tropas al Istmo el año anterior; cf. VIII 72), vid. nota VIII 366.

[185] Para Hermíone (con cuyo contingente acaba la enumeración de las fuerzas peloponesias), que había participado en la fortificación del Istmo (cf. VIII 72) y en las operaciones navales de Salamina (cf. VIII 44), vid. nota VIII 222. Sobre Eretria y Estira (que habían enviado naves a Salamina; cf. VIII 44), vid. notas VIII 238 y 6, respectivamente (que estas ciudades pudieran enviar contingentes a Platea es quizá una prueba de que los persas habían perdido, tras Salamina, el control de Eubea). Probablemente los calcideos aquí citados no eran *clerucos* atenienses (cf. nota VIII 5), pues cabe suponer que, de haberlo sido, habrían sido integrados entre los contingentes de Atenas. Ampracia, en Grecia occidental, al sureste del Epiro, al igual que Anactorio y Léucade (la capital se llamaba como la isla, que dista de la costa, al oeste de Ampracia, unos 200 m.), era una colonia de Corinto (cf. VIII 45; 47; Tucídides, I 55, 1).

[186] Pale era una localidad situada en la zona occidental de Cefalenia, isla próxima a Ítaca, en el mar Jónico (cf. Tucídides, I 27, 2). Como este gentilicio es el único, de todos los citados en este pasaje, que no aparece en el trípode délfico (cf. IX 81, 1), mientras que sí lo hacen

se alinearon quinientos eginetas, y a su lado lo hicieron tres mil megareos, seguidos de seiscientos plateos [187]. En último término, pero en una destacada posición [188], se alinearon ocho mil atenienses, que, a las órdenes de Arístides [189], hijo de Lisímaco, ocupaban el ala izquierda.

29 Estos contingentes (a excepción de los efectivos asignados a los espartiatas a razón de siete hombres por cada uno de ellos) estaban integrados por hoplitas y su número

los eleos (que llegarían tarde a Platea; cf. IX 77), se ha pensado que estamos ante un error de Heródoto, que habría leído paleos (en griego, ΠΑΛΕΙΟΙ) por eleos (en griego FΑΛΕΙΟΙ), que aparecerían en el trípode debido al control que ejercían sobre Olimpia. Pero es preferible suponer (pues doscientos eleos resultaría una cifra demasiado exigua) que, al igual que sucedió, por ejemplo, con Crotón (cf. VIII 47), Serifos (cf. VIII 46; 48) o los locros opuntios (cf. VII 203; 207; VIII 1-2), su nombre, dada la poca importancia de su aportación militar, no se incluyó en la ofrenda.

[187] El escaso número de hoplitas eginetas que participaron en la campaña terrestre del año 479 se debe posiblemente (teniendo en cuenta la importancia de la isla a comienzos del siglo v a. C.; cf. nota V 383, y N. G. L. Hammond, «The war between Athens and Aegina, c. 505-481 B. C.», *Historia* 4 (1955), págs. 406 y sigs.) a su masiva presencia entre los efectivos de la flota griega. Los plateos debieron de tomar parte en las operaciones con todos sus efectivos (cf. Tucídides, II 78, 3).

[188] Como, literalmente, el texto griego dice «los últimos y también los primeros», podría interpretarse la frase en sentido geográfico, referida al orden de marcha del ejército griego hacia el Noroeste desde su posición al pie del Citerón (cf. nota IX 148): los atenienses ocupaban el ala izquierda (el último lugar empezando a contar desde la derecha) y por eso avanzaban en cabeza. Ello corroboraría que el orden de la formación había sido establecido previamente.

[189] Cf. notas VIII 405, 406 y 480. Arístides, el único estratego citado al margen de Pausanias, había sido reelegido para dicho cargo en primavera del año 479 (cf. nota VIII 479), pero, a diferencia de la cantidad de detalles que, en su biografía, proporciona Plutarco sobre su actividad en ese año, ésta es la única vez que aparece mencionado por Heródoto a lo largo del libro IX.

ascendía, en total, a treinta y ocho mil setecientos hombres. Tal era la suma total de hoplitas que se habían reunido contra el Bárbaro. Por su parte, la cifra de soldados armados a la ligera era la siguiente: en el contingente espartiata figuraban treinta y cinco mil hombres (dado que había siete por cada hoplita), todos ellos en condiciones de combatir; la infantería ligera del resto de los lacede- 2
monios y de los demás griegos ascendía a treinta y cuatro mil quinientos hombres, dado que había uno por cada hoplita [190]. La cifra total de soldados armados a la ligera aptos para entrar en combate [191] ascendía, pues, a sesenta y nueve mil quinientos hombres.

Por lo tanto, el total de los efectivos griegos congre- 30
gados en Platea, contando a hoplitas y a tropas de infantería ligera aptas para entrar en combate, se elevaba a ciento ocho mil doscientos hombres; pero, con los tespieos allí presentes, se redondeaba la cifra de ciento diez mil soldados. (Resulta que los tespieos que habían salvado la vi-

---

[190] La cifra resulta errónea, ya que, descontados los cinco mil espartiatas a los que se habían asignado siete hilotas por hoplita, debería ascender a 33.700. Quizá los ochocientos soldados de infantería ligera que faltan para redondear el número facilitado por Heródoto eran los arqueros atenienses mencionados en IX 22, 1 y 60, 3 (cf. A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques,* París, 1894, pág. 461). En cualquier caso, los cálculos del historiador están realizados (suponiendo que la cifra de hoplitas provenga de algún documento preciso) en función de atribuir un infante ligero a cada hoplita, cosa que no debía suceder en todos los contingentes enumerados en el capítulo anterior (cf. J. Labarbe, *La loi navale de Thémistocle,* París, 1957, págs. 188-192).

[191] Cf. nota IX 180. A lo largo de las operaciones bélicas desarrolladas en Platea, Heródoto no menciona ninguna acción llevada a cabo por la infantería ligera (y los propios espartiatas apelan a los arqueros atenienses al verse en dificultades; cf. IX 60, 3).

da [192], cuyo número ascendía a mil ochocientos [193], figuraban asimismo entre las tropas, si bien tampoco ellos disponían de armas pesadas [194].)

31 Los efectivos griegos, pues, una vez determinada su formación de combate, permanecieron acampados a orillas del Asopo [195]. Entretanto, tras celebrar los funerales de Masistio [196], los bárbaros de Mardonio, al tener conocimiento de que los griegos se hallaban en la zona de Platea [197], se presentaron, también ellos, a orillas del Asopo,

[192] En las Termópilas habían caído setecientos tespieos (cf. VII 202; 222; 226), y la ciudad había sido destruida con ocasión del avance de Jerjes, refugiándose sus habitantes en el Peloponeso (cf. VIII 50). Sobre Tespias, cf. nota VIII 258.

[193] Dadas las penalidades por las que había pasado la ciudad, no menores a las vividas por Platea, el número se considera exagerado —cuando no meramente arbitrario— por parte de la crítica (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 435).

[194] Es decir, que no contaban con *panoplias* (cf. nota III 620).

[195] Más exactamente, al sur del río. Pese a que G. B. Grundy (*Great Persian War...*, págs. 470 y sigs.) pensaba que el curso de agua aquí mencionado hace referencia al llamado 'Asopo Plateo' (un arroyo que desemboca en el río, bordeando por el oeste el 'Asopos Ridge'), con lo que los griegos, en su 'segunda posición', habrían ocupado exclusivamente la colina en cuestión, «Munro [«The Campaign of Plataea»..., página 161] and Boucher [«La bataille de Platées»..., pág. 291] must be right —señala C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 309-310— in making the Greek line stretch westwards from the Asopos Ridge across the Plataian plain to the hill of Pyrgos beyond it, and in assuming that this hill was occupied by the Athenians on the Greek left. This defensive position was certainly more exposed that one confined to the Asopos Ridge would have been, but it was for that reason more likely to tempt Mardonios to attack, and Pausanias may have calculated that if he posted his two wings on higher ground they would be able to repel any charge by the Persian cavalry, while the centre in the plain between them would at least be protected by its own wings against a charge on either flank».

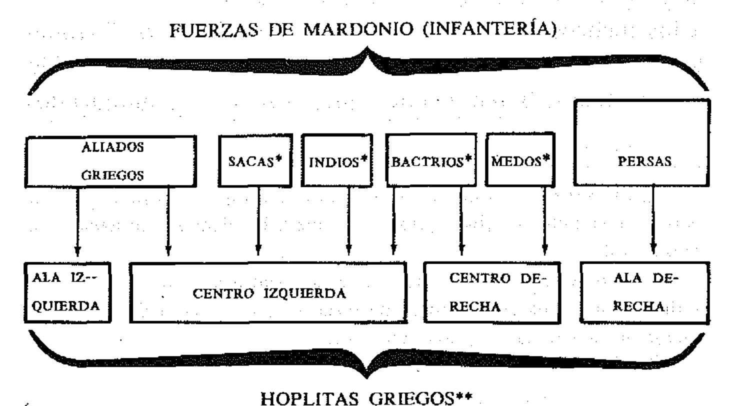
[196] Cf. IX 24.

[197] La ciudad, al igual que Tespias, había sido incendiada por los persas el año anterior (cf. VIII 50, 2).

que corre por dicha región [198]. Y, a su llegada, Mardonio, para oponerse a los griegos, les hizo adoptar la siguiente formación [199]: frente a los lacedemonios situó a los per- 2

[198] Como los persas habían acampado en la orilla septentrional del río (cf. IX 15, 3), hay que entender que lo que hicieron, al ver el desplazamiento del ejército griego desde el Citerón a la 'segunda posición', fue dirigirse hacia el Oeste bordeando el Asopo.

[199] Las divergencias que, con relación a la posición de los contingentes griegos, se observan en este capítulo respecto al 28 (y que afectan a la ubicación de tirintios y micénicos; anactorios y leucadios; y atenienses, plateos y megareos) deben responder a la(s) fuente(s) de información de Heródoto —que luego el historiador no habría coordinado— para la formación del ejército de Mardonio, una(s) fuente(s) de carácter oral, posiblemente, y quizá no demasiado autorizadas, pues, de lo contrario, serían de esperar más detalles de los que facilita acerca de los efectivos de Mardonio (nombres de los diferentes comandantes, mayor precisión numérica, etc.). La disposición de esos efectivos (aunque el paralelismo que se ofrece debe considerarse meramente orientativo), entre los que no se incluye a la caballería (posiblemente situada en las alas; la persa a la izquierda, y la de los griegos propersas a la derecha), se atiene a una distribución étnica y puede esquematizarse de la siguiente manera:



* Más contingentes de frigios, misios, tracios, peonios, etíopes, egipcios, etc.

** Cf. nota IX 178.

sas [200]; y, como quiera que estos últimos contaban con muchos más contingentes que sus adversarios, dio mayor profundidad a sus filas, que, además, también tenían enfrente a los tegeatas. (Por cierto que Mardonio los alineó de la siguiente manera: seleccionó a los mejores elementos de las tropas persas y los situó ante los lacedemonios, mientras que frente a los tegeatas hizo que formaran las tropas menos eficaces. Y adoptó esta medida a instancias y suge-
3 rencia de los tebanos [201].) A continuación de los persas alineó a los medos [202], que tenían enfrente a los de Corinto, Potidea, Orcómeno y Sición. A continuación de los medos alineó a los bactrios [203], que tenían enfrente a los de Epidauro, Trecén, Lépreo, Tirinto, Micenas y Fliunte.
4 Después de los bactrios situó a los indios [204], que tenían enfrente a los de Hermíone, Eretria, Estira y Calcis. A continuación de los indios alineó a los sacas [205], quienes tenían enfrente a los de Ampracia, Anactorio, Léucade,
5 Pale y Egina. A continuación de los sacas alineó, ante atenienses, plateos y megareos, a los beocios, a los locros, a los melieos, a los tesalios y a los mil focenses [206] (pues lo cierto es que no todos los focenses abrazaban el partido de los medos: había algunos que, pese a verse bloqueados

---

[200] Cf. VII 61, y notas *ad locum*, para su equipo, gentilicio, etc. (no para su comandante, observación extensiva a los demás contingentes de Mardonio).

[201] Bien conocedores (cf. IX 2) de la excepcional capacidad militar y disciplina de los espartanos, que sería lo que acabaría decidiendo la suerte de la batalla (cf. nota IX 360).

[202] Cf. VII 62, 1, y notas.

[203] Cf. VII 64, 1; y nota VII 343.

[204] Cf. VII 65, y notas.

[205] Cf. VII 64, 2, y notas.

[206] Para los aliados griegos de Mardonio, cf. VII 132, 1; VIII 66,

en el Parnaso [207], cooperaban incluso con la causa de la Hélade, ya que, tomando dicha zona como base de operaciones, sometían a saqueos y pillajes a las tropas de Mardonio y a las de los griegos que lo acompañaban). Frente a los atenienses, Mardonio alineó, asimismo, a los macedonios y a las gentes que residen en las inmediaciones de Tesalia [208].

Los pueblos que he citado eran los más importantes 32
que se hallaban a las órdenes de Mardonio, siendo, además, los más conocidos y famosos. Pero en su ejército había también elementos de otros pueblos: frigios, misios, tracios, peonios [209] y otros; había también etíopes y egipcios [210] (concretamente, los egipcios que reciben el nombre de Hermotibios y Calasirios, que iban armados con dagas y que, en Egipto, constituyen la única casta guerrera [211]).
Resulta que, cuando todavía se encontraba en Falero [212], 2
Mardonio había ordenado a los egipcios que desembarcaran de las naves, donde figuraban en calidad de *epibátai* [213], ya que sus efectivos no habían integrado el ejército de tierra que llegó a Atenas con Jerjes [214].

2; y nota VII 626. Sobre los mil focenses propersas, cf. IX 17-18.

[207] Cf. nota VIII 146. Para los focenses leales a la causa griega, cf. VIII 32.

[208] Dólopes, enianes, perrebos, locros epicnemidios, magnesios y aqueos de Ftiótide (cf. VII 132, 1; y notas VII 612 y 626).

[209] Para estos contingentes y pueblos, cf., respectivamente, VII 73 (y nota VII 386); VII 74 (y nota VII 253); VII 110 (y nota VII 542); VII 113, 1 (y nota VII 551).

[210] Cf. VII 69, 1 (y nota VII 370); VII 89, 3.

[211] Cf. II 164, 2 (y nota II 584).

[212] Cf. nota VIII 209.

[213] Cf. notas VIII 4 y 415.

[214] Como señala C. HIGNETT (*Xerxes' invasion...*, pág. 264), «after Salamis the position of the whole Persian expedition was one of extreme

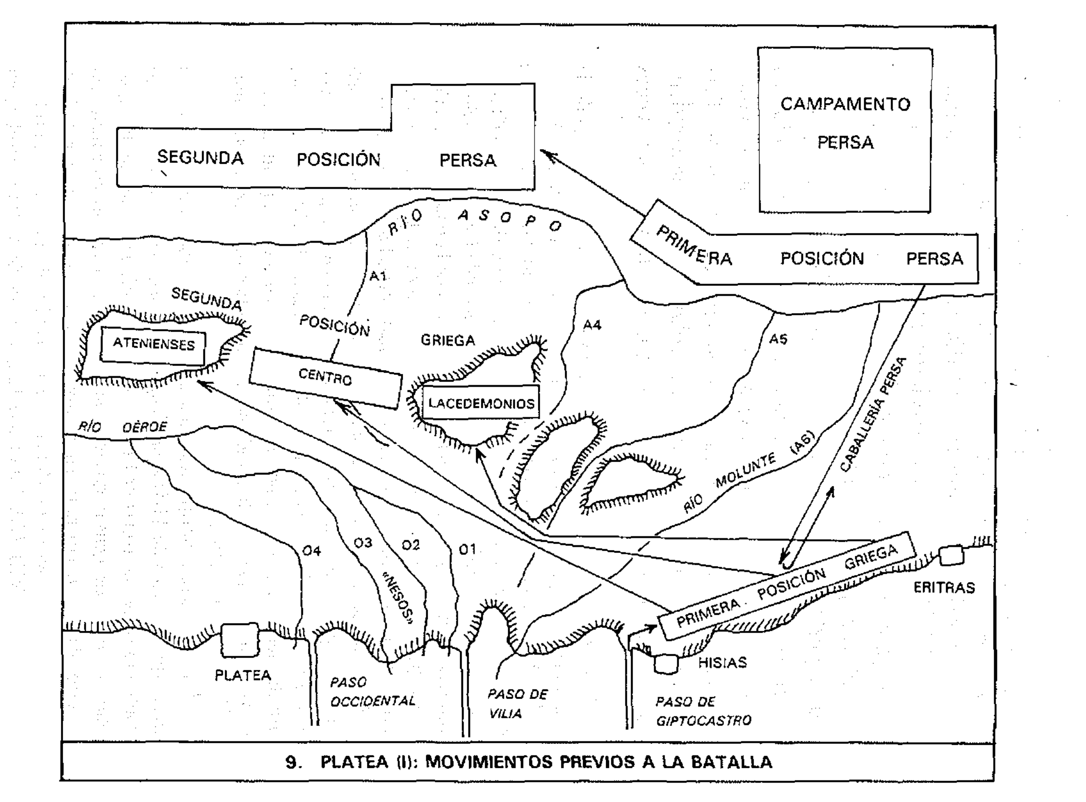
Pues bien, como ya he indicado con anterioridad [215], los bárbaros contaban con trescientos mil hombres. Por lo que a los griegos aliados de Mardonio se refiere, nadie conoce su número (pues lo cierto es que no se procedió a su recuento); pero, puestos a conjeturar, estimo que sus efectivos alcanzaban los cincuenta mil hombres [216]. Los contingentes alineados en formación de combate constituían fuerzas de infantería, ya que la caballería había sido situada aparte [217].

danger and it is clear from the events which followed that in the decisions taken on the day after the battle the Persian leaders had proceeded on the assumption that no attempt could be made to recover the command of the sea in the near future; that they had decided to disband some if not all of their fleet is shown by the disembarkation of the marines from the Egyptian ships at Phaleron and their incorporation in the land forces». Como los egipcios habían aportado 200 naves a la flota de Jerjes (cf. VII 89, 3), su número en el ejército de Mardonio (teniendo en cuenta, además, que en los enfrentamientos navales previos a su desembarco tenían que haberse producido bajas) no superaría los tres mil hombres (cf. nota VII 145). La razón de su incorporación al ejército de tierra, con preferencia a otros *epibátai*, estribaba, sin duda (y pese a las reticencias de Mardonio sobre su valor; cf. VIII 100, 4) en que iban provistos de armas pesadas (cf. VII 89, 3).

[215] Vid. VIII 113, 3 (donde la caballería se incluye en el total), y nota VIII 509.

[216] Como sus contingentes se oponían a los de atenienses, plateos y megareos (que contaban con 11.600 hoplitas), posiblemente hay que reducir esta cifra a la mitad (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 300).

[217] Las operaciones de la caballería de Mardonio mencionadas en IX 39 y 69 permiten suponer que se hallaba situada en las alas (cf. nota IX 199).



9. PLATEA (I): MOVIMIENTOS PREVIOS A LA BATALLA

Adivinos y sacrificios en ambos ejércitos. Excurso sobre Tisámeno

33 El caso es que, tras haber alineado Mardonio a todos sus efectivos por naciones y por unidades, fue cuando —concretamente, al día siguiente [218]— ambos bandos ofrecieron sacrificios [219]. Por parte griega el encargado de ese menester era Tisámeno, hijo de Antíoco, pues precisamente este personaje (que era eleo y que pertenecía a la estirpe de los Yámidas [220], pero a quien los lacedemonios habían concedido su ciudadanía) figuraba, en el ejército griego, con el cargo de adivino.
2 Resulta que, en cierta ocasión en que Tisámeno formulaba en Delfos una consulta relativa a su descendencia [221], la Pitia [222] le respondió que obtendría cinco veces

[218] Es decir, un día después de que los griegos hubieran ocupado la denominada 'segunda posición', al sur del Asopo (cf. IX 25, 3).

[219] Para saber si los presagios resultaban o no favorables a fin de presentar batalla. Esta digresión sobre los adivinos de ambos ejércitos tiene por objeto justificar los ocho días de inactividad en las operaciones militares de la infantería, al tiempo que se mantiene la tensión dramática. «Ancient armies —apunta R. W. MACAN, *Herodotus...*, I, págs. 664-665— approached each other very nearly... It must often have been necessary to devise some plan for restraining the impatience of the men in such close proximity to the foe from breaking line and charging forward. The necessity for a 'sign' could obviously be utilized. In the present case, with the deep Asopos bed, not dry either, between them, a great advantage lay with the side which could induce the other to cross the stream».

[220] Cf. nota V 191.

[221] Posiblemente porque no tenía hijos. Como PAUSANIAS (III 11, 5) afirma que un nieto de Tisámeno, llamado Hagias, desempeñaba el cargo de adivino entre las tropas de Lisandro con ocasión de la batalla de Egospótamos, hay que pensar que o bien Tisámeno tuvo descendencia con posterioridad a su consulta en Delfos, o bien que adoptó como suyo a un hijo de su hermano Hagias, mencionado al final del capítulo.

[222] Cf. nota VIII 189. Dado que la respuesta de la Pitia resulta, en apariencia, poco coherente con la pregunta formulada, puede pensarse que Heródoto ha omitido parafrasear la primera parte de la contestación

la victoria en los más importantes certámenes. Pues bien, Tisámeno, sin acertar a comprender el significado del oráculo [223], se consagró al entrenamiento atlético, en la creencia de que sus victorias las obtendría en certámenes atléticos; pero, al participar en el *pentatlo* [224], no obtuvo el triunfo en los Juegos Olímpicos por una sola prueba: la lucha (su rival fue Jerónimo de Andros [225]). Los lacedemonios, 3
por su parte, comprendieron que el vaticinio dictado a Tisámeno no se refería a certámenes atléticos, sino a enfren-

(donde se abordaría la cuestión de la descendencia de Tisámeno), o bien que la Pitia hace un juego de palabras entre «falto de descendencia» (en griego *ágonos*) y «certámenes» (en griego *agônes*).

223 A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 169) apunta que «Erodoto non manca di una sottile ironia quando mostra che l'indovino spartano ha rivelato totale incapacità nell'interpretare un oracolo che lo riguardava». Heródoto es, sin embargo, un buen representante de la concepción tradicional griega en materia de religión (cf. M. Pohlenz, *Herodot, der erste Geschichtsschreiber des Abendlandes*, Berlín, 1937, página 107), y en su obra los oráculos son manifestaciones de la divinidad sobre lances decisivos del acontecer humano, respondiendo a niveles de pensamiento propios de la religión popular (cf. J. Kirchberg, *Die Funktion der Orakel im Werke Herodots*, Gotinga, 1965), de tal manera que la desatención del hombre hacia ellos, su errónea interpretación o la sobreestimación de las facultades humanas para interpretarlos es causa de desastres.

224 Cf. nota VIII 138.

225 El orden de las pruebas del pentatlo era el siguiente (cf. Eustacio, *ad Il.*, XXIII 621): salto de longitud, lanzamiento de disco, lanzamiento de jabalina, carrera de velocidad y lucha. Como Pausanias (III 11, 6) dice que Tisámeno batió a Jerónimo de Andros (sobre la isla, vid. nota VIII 331) en la carrera y el salto, hay que suponer que fue derrotado por este último en los lanzamientos, por lo que la lucha, la última prueba (cf. Jenofonte, *Helénicas*, VII 4, 29), que se celebraba al mejor de tres derribos (cf. Esquilo, *Euménides* 589 y sigs.; Eurípides, *Orestes* 434; Platón, *Fedro* 256b; *Eutidemo* 277d), era decisiva. Cf. L. Moretti, «Olympionikai», *Memor. Accad. Naz. Lincei* 8 (1957), págs. 61 y sigs.

tamientos bélicos, y, a fuerza de dinero, trataron de convencerlo para que compartiera con sus reyes, descendientes de Heracles [226], la dirección de las operaciones militares [227].
4 Entonces Tisámeno, al ver el gran interés que tenían los espartiatas en granjearse su amistad, lo comprendió todo y elevó sus pretensiones, haciéndoles saber que se prestaría a ello si lo nombraban conciudadano suyo permitiéndole participar de todos sus derechos [228], pero que, a otro pre-
5 cio, no aceptaría. En un principio, los espartiatas, al oír sus exigencias, se indignaron y renunciaron de plano a sus propósitos; pero, finalmente, ante el pánico cerval que la expedición persa que nos ocupa les infundía, fueron a buscarlo accediendo a lo que pedía. Tisámeno, sin embargo, al comprobar que los lacedemonios habían cambiado de parecer, manifestó que ya no se contentaba únicamente con sus anteriores pretensiones, sino que, además, debían nombrar espartiata a su hermano Hagias en condiciones idénticas a las suyas.

34 Con esta exigencia, y en la medida en que es posible comparar a quienes pretenden un reino con quienes solicitan ser nombrados ciudadanos, Tisámeno imitaba a Melampo [229]. En efecto, resulta que, cuando las mujeres de

---

[226] Cf. nota V 187.

[227] No para que desempeñara la jefatura del ejército, sino a fin de que cooperase con los reyes espartanos en las funciones sacerdotales (cf. VI 56) que éstos desempeñaban antes de una batalla (cf. Jenofonte, *Const. Laced.* 13).

[228] Sobre los mismos, cf. M. I. Finley, «Sparta and Spartan Society», en *Economy and Society in Ancient Greece*, Nueva York, 1982, págs. 24 y sigs.; y, en general, F. Kiechle, *Lakonien und Sparta. Untersuchungen zur ethnischen Struktur und zur politischen Entwicklung Lakoniens und Spartas bis zum Ende des archaischen Zeit*, Munich-Berlín, 1963.

[229] Un héroe originario de Pilos, en Mesenia (cf. *Odisea*, XI 285 y sigs.; XV 225 y sigs.; Apolodoro, I 9, 11 y sigs.). Fue, según la tradi-

Argos se volvieron locas [230] y los argivos quisieron contratarlo para que acudiera desde Pilos y librase a sus mujeres de su enfermedad, Melampo, por su parte, se avino a hacerlo a cambio de la mitad del reino. Los argivos se ne- 2 garon a ello y se fueron; pero, en vista de que el número de mujeres que se volvían locas aumentaba, acabaron por transigir ante las pretensiones de Melampo y regresaron dispuestos a concederle lo que pedía. Mas, al ver que los argivos habían cambiado de parecer, fue cuando Melampo aumentó sus exigencias, indicándoles que, si no le concedían, asimismo, a su hermano Biante la tercera parte del

ción, el primer taumaturgo, adivino y médico que existió, y el primero en erigir un templo consagrado a Dioniso (cf., *supra,* II 49, sobre la relación entre Melampo y esa divinidad). Para la traducción, sigo la conjetura de Stein, aunque se ha propuesto también mantener la lectura de los manuscritos (cf. A. Masaracchia, «Herodot. IX 34, 1», *Museum Criticum* 10-12 (1975-1977), págs. 151 y sigs.).

[230] Según el mito (cf. *escolio* a *Od.,* XV 225; Hesíodo, frs. 132 y 133, Merkelbach-West; Apolodoro, II 2, 2; Servio, *In Vergilii Buc.,* VI 48), las hijas de Preto, rey de Argos, habían ofendido a Hera, y la diosa las castigó transtornándolas (creían que eran vacas; la primitiva representación zoomórfica de la divinidad) y haciéndoles contraer una enfermedad cutánea, hasta que Melampo las sanó. En el relato de Heródoto, sin embargo, nos encontramos una contaminación del mito de Preto con el dionisíaco del rey Anaxágoras, hijo de Preto, que consiguió que Melampo curara a las mujeres argivas, a quienes Dioniso había enloquecido por negarse a tomar parte en sus ritos (cf. Diodoro, IV 68, 4; Apolodoro, I 9, 12; Pausanias, II 18, 4; Eustacio, *ad Il.* 56, 6). M. P. Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion...,* I, págs. 613 y sigs., suponía que la narración herodotea alude sólo al mito dionisíaco (dado que Preto no aparece mencionado), pero la contaminación entre ambas versiones debe de ser anterior al historiador, ya que Apolodoro (II 2, 2) atribuye a Hesíodo una versión según la cual las hijas de Preto habían sido enloquecidas por Dioniso, sin que esté demostrado que, con prioridad a este testimonio, deba preferirse el de Probo (*In Verg. Buc.,*

reino [231], no haría lo que querían. Entonces los argivos, dado el apuro en que se hallaban sumidos, también accedieron a esta demanda.

35 Paralelamente, los espartiatas, como necesitaban a Tisámeno de manera imperiosa, aceptaron todas sus pretensiones. Una vez que los espartiatas hubieron aceptado esas nuevas exigencias fue cuando Tisámeno de Élide, adquirida la condición de espartiata, les ayudó, con sus artes adivinatorias [232], a triunfar en cinco importantísimas batallas. (Precisamente su hermano y él han sido las únicas personas del mundo que consiguieron la ciudadanía espar-
2 tiata [233].) Las cinco batallas fueron las siguientes: una —fue, además, la primera—, ésta que se libró en Platea; después, la que tuvo lugar en Tegea contra los tegeatas y los argivos [234]; posteriormente, la de Dipea, librada con-

---

VI 48 = Hesíodo, fr. 131, Merkelbach-West), para quien en Hesíodo la causante de la locura de las mujeres es la diosa Hera.

[231] Lo más verosímil es suponer que Melampo propuso un nuevo reparto del territorio argivo en tres partes (una para Anaxágoras, otra para su hermano Biante, y la tercera para él mismo); cf. Diodoro, IV 68; Pausanias, II 18, 4; *escolio* a Píndaro, *Nem.*, IX 30. También se ha pensado, hipercríticamente (cf. R. W. Macan, *Herodotus...*, I, pág. 669), que Melampo exigió para su hermano un tercio de la mitad que, en su primera demanda, dejaba en poder de Anaxágoras; es decir, un sexto del total.

[232] Interpretando acertadamente los presagios obtenidos de las víctimas antes de emprender las operaciones militares.

[233] La afirmación se circunscribe a época histórica, no a hechos míticos, cuando sí se habían producido concesiones de ciudadanía por parte de Esparta (cf., *supra*, IV 145; Aristóteles, *Política*, II 9, 17). Sobre la restricción lacedemonia al otorgamiento de la ciudadanía, cf. H. Michell, *Sparta*, Cambridge, 1964, págs. 36 y sigs.

[234] La escueta información que facilita Heródoto en este capítulo constituye, sin embargo, un testimonio básico que revela la existencia de un amplio movimiento antiespartano en el Peloponeso, que permitiría a Ate-

tra todos los arcadios salvo los de Mantinea [235]; después, la de Istmo, en Mesenia [236]; y, finalmente, la que tuvo lugar en Tanagra contra los atenienses y los argivos [237]. La batalla de Tanagra, insisto, fue la última de las cinco.

---

nas el desarrollo de su política imperialista, en los años setenta y sesenta del siglo v a. C. (cf. J. K. Davies, *Democracy and Classical Greece = La democracia y la Grecia clásica* [trad. esp. de M. Ruiz], Madrid, 1981, págs. 47 y sigs.). La batalla de Tegea debió de tener lugar entre 473 y 470 a. C. (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 121 y sigs.), cuando Argos contaba con un gobierno democrático ante el que pudo intrigar Temístocles (cf. W. G. Forrest, «Themistokles and Argos», *Classical Quarterly* 10 (1960), págs. 221 y sigs.; y M. Wörrle, *Untersuchungen zur Verfassungsgeschichte von Argos in 5. Jahrhundert von Chr.*, Erlangen, 1964, págs. 120 y sigs.). Pese a que Esparta se alzó con la victoria, el comportamiento de los tegeatas debió de ser muy valeroso (cf. Simónides, fr. 54 Page).

[235] La batalla tuvo lugar también a finales de los años setenta del siglo v a. C. Pese a que, entre las diversas comunidades de Arcadia, había disensiones (y por eso no debieron participar en la contienda los mantineos), se nos han conservado monedas acuñadas con la leyenda *Ark(adikón)*, lo que puede ser reflejo de una estructura federal (cf., además, Estrabón, VIII 3, 2; y Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, § 285). Dipea se encontraba a unos 15 km. al noroeste de Tegea, en el valle del río Helisón, un afluente, por la derecha, del Alfeo (cf. Pausanias, III 11, 7; VIII 30, 1).

[236] Durante la tercera guerra mesénica (cf. Tucídides, I 101 y sigs.), tras el terremoto que, en 464 a. C., asoló Esparta (cf. P. Oliva, *Sparta and her social problems*, Amsterdam-Praga, 1971, págs. 152 y sigs. [hay trad. esp.]). Se ignora la situación, en Mesenia, de una localidad llamada Istmo, por lo que se ha propuesto la corrección del texto, pero su existencia viene confirmada por un pasaje de Pausanias (III 11, 8).

[237] En el año 457 a. C. (cf. Tucídides, I 107-108; y G. F. Hill, *Sources for Greek History between the Persian and Peloponnesian Wars* (nueva ed. a cargo de R. Meiggs y A. Andrewes), Oxford, 1951, página 342), para ayudar a Tebas a restaurar su hegemonía sobre las demás ciudades beocias, que se había visto afectada por las consecuencias de su política propersa en la Segunda Guerra Médica (cf., *infra*, IX 86 y

36 El tal Tisámeno (a quien los espartiatas habían llevado consigo) era, en definitiva, quien, a la sazón, servía de adivino a los griegos en la región de Platea.

Pues bien, si se mantenían a la defensiva, los presagios resultaban favorables para los helenos; pero no lo eran si cruzaban el Asopo e iniciaban las hostilidades [238].

Historia de Hegesístrato de Élide

37 Por su parte Mardonio, pese a que ansiaba pasar a la ofensiva [239], no obtenía presagios propicios; y, sin embargo, también le resultaban favorables si se mantenía a la defensiva. Resulta que Mardonio se atenía, asimismo, a ritos griegos en materia

---

sigs.; y P. Cloché, *Thèbes de Béotie,* Namur [s. a.], págs. 48 y sigs.). La victoria espartana fue pírrica, ya que pocas semanas después, en Enofita, los atenienses se impusieron a los oligarcas beocios.

[238] Pues cruzar el río suponía, para ambos bandos (cf. el comienzo del capítulo siguiente), dar ventaja al enemigo: a los griegos no les convenía aventurarse en plena llanura, y con el Asopo a su espalda, por temor a la caballería persa; y tampoco a Mardonio le interesaba llevar sus tropas hasta la falda de unas colinas, de donde los hoplitas griegos difícilmente podrían ser desalojados.

[239] La prisa que tenía Mardonio por librar batalla se debía, probablemente (al margen de que el problema de los suministros pudiera preocuparle [cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...,* II, 1, pág. 56], si bien en Tebas los persas tenían, al parecer, almacenadas abundantes provisiones; cf. IX 41, 2), a la constante llegada de refuerzos al bando de sus adversarios (cf. IX 38, 2) y a las preocupantes noticias relativas a una ofensiva naval griega que podía comprometer sus comunicaciones con Asia (aunque, como es habitual [cf. nota VIII 2], Heródoto no temporaliza simultáneamente las operaciones terrestres y navales). «It was obvious —señala C. Hignett, *Xerxes' invasion...,* pág. 320— that only a decisive Persian victory in Greece could avert the risk of a general revolt of the Asiatic Greeks and the consequent severance of the Persian communications by land with Europe, and that Mardonios had not much time to spare if he was to achieve a decision before the impending catastrophe in Ionia.» Además, una victoria en Platea podía haber hecho que

de sacrificios [240], y, como adivino, contaba con Hegesístrato de Élide, el más célebre de los Telíadas [241], a quien, con anterioridad a los hechos que nos ocupan, los espartiatas, debido a las numerosas injurias que habían sufrido por su culpa, habían apresado, encarcelándolo para ejecutarlo. Entonces Hegesístrato, al verse en ese trance, dado 2
que su vida corría peligro, y decidido a afrontar numerosas penalidades para evitar la muerte [242], llevó a cabo un acto para el que faltan las palabras. Como quiera que ha-

en Atenas estallara un movimiento propersa, que habría paliado las consecuencias de Salamina.

[240] La política persa —especialmente en tiempos de Darío— fue siempre prudente con la religión de los pueblos conquistados (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, pág. 57), y Mardonio parece haberse sentido particularmente atraído por el profetismo griego (cf. VIII 133; para otros casos, cf. VI 97, 2; y VII 43, 2). Entre los helenos era de rigor el sacrificio a los dioses antes de una batalla: si los presagios, obtenidos de ciertos signos de los animales sacrificados, no eran favorables, el ataque no se llevaba a cabo; cf. R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Hérodote*, París, 1956, pág. 319.

[241] Como los Yámidas (cf. IX 33, 1), un clan de afamados adivinos originarios de Élide, en el Peloponeso noroccidental. La fama de los adivinos de esa región se debía a que sus clanes controlaban las funciones oraculares del templo de Zeus en Olimpia (cf. H. W. Parke, *The oracles of Zeus*, Oxford, 1968, págs. 174 y sigs.).

[242] El texto podría traducirse también por «...y que, antes de morir, iba a ser sometido a numerosas torturas...»; pero en el mundo griego la tortura sólo se aplicaba a los esclavos (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 304). Ahora bien, si se acepta la hipótesis de R. W. Macan (*Herodotus...*, I, pág. 673), respecto a que Heródoto fechó erróneamente la animadversión existente entre Hegesístrato y los espartanos, que habría tenido su origen en el apoyo prestado por el adivino a los persas en Platea, Hegesístrato pudo haber sido capturado por los lacedemonios tras la batalla, con lo que habría sido reducido a la condición de esclavo, y la traducción alternativa sería factible (cf., sobre el particular, P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique*, París, 1968).

bía sido inmovilizado en un cepo de madera guarnecido de hierro, se hizo con un cuchillo que, fuera como fuese, llegó a sus manos y, sin perder un instante, urdió, que sepamos, la acción más intrépida del mundo: midió la parte del pie que podría sacar del cepo y se lo amputó a la
3 altura del empeine. Acto seguido, dado que se hallaba custodiado por centinelas, practicó un agujero en la pared [243] y huyó en dirección a Tegea: viajaba de noche y, de día, se internaba en los bosques, donde reponía fuerzas, con lo que, en el transcurso de la tercera noche [244], llegó a Tegea, a pesar de que lo andaban buscando la totalidad de los lacedemonios, quienes, al ver en el suelo la mitad del pie, cuando a Hegesístrato no podían encontrarlo, se
4 quedaron sumamente perplejos por su audacia. Así fue como, en aquella ocasión, logró escapar de los lacedemonios, refugiándose en Tegea, que por aquella época no mantenía relaciones cordiales con estos últimos [245]. Posteriormente, cuando se hubo recuperado de la herida, se hizo fabricar, para adaptárselo al muñón, un pie de madera y se convirtió en enemigo declarado de los lacedemonios. A la postre, sin embargo, el odio que había abrigado hacia ellos no redundó en su provecho, pues cayó en sus manos en Zacinto, donde ejercía la adivinación, y lo ejecutaron [246].

---

[243] Al igual que ocurría en Atenas, las casas privadas espartanas tenían sus paredes construidas con adobes, y eran tan poco sólidas que los ladrones, en lugar de forzar las puertas, solían agujerear los muros (vid., en general, R. MARTIN, *L'urbanisme dans la Grèce antique,* París, 1974).

[244] Tegea se halla a 45 km. al norte de Esparta.

[245] Cf. nota IX 234.

[246] Acusándolo de 'medismo'; cf. J. WOLSKI, «L'influence des guerres médiques sur la lutte politique en Grèce», *Acta Conventus XI Eirene,* Varsovia, 1971, págs. 641 y sigs. Zacinto es la actual isla de Zante, a unos 20 km. de la costa noroccidental del Peloponeso.

Sea como fuere, la muerte de Hegesístrato tuvo lugar 38
con posterioridad a la batalla de Platea; en aquellos momentos, y contratado por Mardonio a un elevado precio, se encargaba de los sacrificios a orillas del Asopo con el mayor de los empeños, tanto por su odio contra los lacedemonios como por afán de lucro [247]. Y, en vista de que 2
ni los persas propiamente dichos ni los griegos que los acompañaban (que también contaban con un adivino particular: se trataba de Hipómaco de Léucade) obtenían auspicios favorables para librar batalla, y de que el número de los griegos aumentaba ante la constante afluencia de refuerzos, Timegénidas de Tebas [248], hijo de Herpis, le aconsejó a Mardonio que ordenara custodiar los pasos del Citerón [249], alegando que por allí era por donde, todos los días, afluían sin cesar los griegos, y que podría capturar a muchos.

[247] Todos los adivinos profesionales debían de recibir elevados honorarios. Heródoto, sin embargo, subraya la codicia de Hegesístrato por el carácter de sus fuentes de información, hostiles hacia el eleo. Cf. R. Flacelière, *Devins et oracles grecs*=*Adivinos y oráculos griegos* [trad. esp. N. Míguez], Buenos Aires, 1965, págs. 66 y sigs.

[248] El oligarca tebano que, con Atagino (cf. IX 15, 4) más apoyaba a los persas (cf. IX 86-87). Es posible que ambos ejercieran el cargo de *beotarca* (cf. nota IX 81).

[249] Cf. nota IX 75.

39 *Los persas, a instancias de los tebanos, interceptan un convoy griego en el Citerón y hostigan con su caballería al ejército aliado*

Ocho días habían transcurrido ya desde que ambos bandos tomaran posiciones frente a frente cuando Timegénidas le dio ese consejo a Mardonio [250]. Entonces este último, al advertir lo acertado de la sugerencia, envió a la caballería, cuando llegó la noche, a los pasos del Citerón que conducen a Platea; pasos que los beocios denominan «Tres Cabezas», y los
2 atenienses «Cabezas de Encina» [251]. La expedición de los jinetes persas no resultó estéril [252]: se apoderaron de qui-

---

[250] Probablemente los convoyes griegos de soldados y provisiones cruzaban el Citerón de noche, y por eso habían pasado inadvertidos varias jornadas a los vigías persas (cf., sin embargo, W. J. WOODHOUSE, «The Greeks at Plataiai»..., págs. 43 y sigs., y 56 y sigs., para un análisis escéptico de esos ocho días de inactividad por ambos bandos); de ahí que Mardonio envíe a sus jinetes por la noche.

[251] Los citados pasos del Citerón hacen en realidad referencia aquí a una única ruta (cf., *supra,* VII 176, para un similar uso del plural): el paso de Giptocastro, el más oriental de los tres que atravesaban el Citerón (cf. nota IX 75), aunque se han propuesto otras identificaciones (cf. W. K. PRITCHETT, «New Light on Plataia»..., págs. 16 y sigs.). La diferencia de denominación en la Antigüedad debía de responder a detalles del paisaje que, en la actualidad, son imposibles de identificar (quizá en función de la perspectiva, beocia o ateniense, desde la que se contemplaran: 'Tres Cabezas', porque un *triceps Hermes* se encontrara a la salida del paso, o porque en sus inmediaciones se cruzaran los caminos que conducían a Eritras, Tebas y Platea; 'Cabezas de Encina', porque, desde el Sur y antes de alcanzar la llanura, el camino atravesaba un bosque de encinas). Cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...,* págs. 520 y sigs.

[252] Dado que los griegos se habían desplazado hacia el Noroeste, para pasar de la 'primera' a la 'segunda posición' (cf. IX 25, 2), la caballería persa flanqueó por el Este, rebasándolo, el 'Asopos Ridge', donde se hallaba apostada el ala derecha del ejército griego. Resulta, sin embargo, poco convincente que los helenos no hubieran dejado custodiados los

nientas acémilas, que estaban entrando en la llanura con víveres para el ejército enviados desde el Peloponeso [253], y de los hombres [254] que iban con los carros. Una vez dueños de ese botín, los persas se entregaron a una despiadada carnicería, sin consideración para bestia u hombre alguno [255]; y, cuando se hartaron de sembrar la muerte, se hicieron cargo del resto del convoy y lo condujeron a su campamento para entregárselo a Mardonio.

Tras este incidente ambos contendientes dejaron pasar 40
otros dos días, sin que ni unos ni otros se decidieran a iniciar las hostilidades, pues, pese a que los bárbaros avanzaban hasta el Asopo para provocar a los griegos, ningún bando lo cruzaba. Con todo, la caballería de Mardonio no dejaba de hostigar y de molestar a los griegos [256]: los tebanos, que se consagraban con decisión a la guerra por ser fervorosos partidarios de los medos, se encargaban per-

---

accesos a la llanura a través del Citerón, por lo que el historiador ha debido omitir el presumible enfrentamiento entre defensores y atacantes.

[253] La única zona que podía enviar provisiones, ya que el Ática y la Megáride habían sido devastadas por los persas (cf. IX 13; 14).

[254] Probablemente hilotas y fuerzas de infantería ligera (cf. notas IX 180 y 191).

[255] Como indica A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 172), estamos ante un «tratto di brutale crudeltà, che non trova riscontro o fondamento nel resto della narrazione. L'ovvio rinvio alla follia dell'Aiace sofocleo (*Ayax* 55-65) suggerisce che nel comportamento persiano si voglia denunciare un esempio di *vis consili expers*».

[256] La caballería de Mardonio, pues, *sí* que rebasaba el río. El relato de Heródoto, sin embargo, muestra una evidente animosidad antitebana, producto sin duda de la tendenciosidad de sus fuentes de información (en ningún momento se alude a los jinetes tesalios o macedonios, que también figuraban entre las filas persas); es, por otra parte, poco verosímil que los persas esperasen ocho días hasta ordenar a la caballería que hostigara a los griegos: la medida debió adoptarse desde que los aliados pasaron a ocupar la 'segunda posición'.

manentemente de guiar a los demás jinetes hasta que comenzaban las escaramuzas, siendo, acto seguido, los persas y los medos quienes, por su parte, entraban en acción dando muestras de su valor.

Mardonio resuelve librar batalla

41 Por espacio, en suma, de esos diez días [257] no ocurrió nada más que lo que he contado; pero, a los once días desde que ambos bandos tomaran posiciones frente a frente en Platea, como los griegos habían aumentado muy considerablemente su número [258] y Mardonio se sentía exasperado por su inactividad, fue

[257] Los ocho días mencionados en IX 39, 1, y los dos citados en IX 40, 1. A lo largo de su narración de la campaña de Platea, Heródoto parece agrupar las operaciones en períodos de diez días, con lo que se estaría ateniendo al cómputo de las 'semanas' del calendario griego (la delegación ateniense permanece diez días en Esparta: cf. IX 8; el ejército griego permanece diez días inactivo en su 'segunda posición' en Platea; el avance sobre Tebas se produce diez días después de la batalla: cf. IX 86; los tebanos se rinden tras un asedio de veinte días: cf. IX 87, 1; vid. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 726). El mes griego (que era lunar y correspondía teóricamente al intervalo entre dos lunas nuevas, aunque, de hecho, se asignaba a los doce meses del año una duración alternativa de 29 y 30 días) se dividía en tres décadas: el primer día del mes era «el día de la luna nueva», el segundo «el segundo del comienzo del mes», y así sucesivamente hasta el décimo. El día once era el primero de «mitad del mes»; y, a partir del día veinte, se contaba al revés: así, el día veintiuno era «el décimo día [o el noveno, según que el mes tuviese 29 o 30 días] antes del final del mes». Cf., en general, E. Bickerman, *Chronology of the Ancient World*, Londres, 1968, páginas 27 y sigs.

[258] Los griegos debían de haber visto engrosado su número con la llegada de diversos contingentes (que los mantineos y los eleos [cf. IX 77] llegaran tarde tiende a confirmarlo), pero, como indica R. W. Macan (*Herodotus...*, I, pág. 679), «this assertion cannot be taken to mean that the numbers given above in c. 30 had by this time been largely exceeded. Hdt. was bound in his muster-roll to give the maximal estimates,

cuando Mardonio, hijo de Gobrias, y Artabazo, hijo de Fárnaces [259] (un persa que gozaba, como pocos, de la estimación de Jerjes [260]), mantuvieron un cambio de impresiones. Y, en el curso de la entrevista, se expusieron los 2
siguientes pareceres [261]. Según Artabazo, había que levantar cuanto antes el campamento, a fin de que todas las

and the figures there given must be taken to cover the accessions here recorded».

[259] La solemnidad de la ocasión justifica el empleo de los patronímicos (cf. nota VIII 2). Sobre Gobrias, cf. nota VII 14; para Artabazo, vid. nota VII 357.

[260] Cf. nota VIII 650.

[261] Resulta poco verosímil que el Estado Mayor persa (la conferencia no se desarrolló exclusivamente entre Mardonio y Artabazo; cf. el comienzo del capítulo siguiente) se planteara en estos momentos un cambio de estrategia (cf. W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai»..., pág. 58), resultando, además, el relato de Heródoto laudatorio para Artabazo (que viene a actuar como un *Warner;* cf. nota IX 54) y negativo para Mardonio (cf. nota VIII 504). De admitir su historicidad, cabrían dos explicaciones: que los persas, deseosos de que sus adversarios cruzaran a toda costa el Asopo, pretendieran aparentar una retirada, dejándoles como señuelo el botín que se encontraba en el fuerte construido al norte del río (cf. IX 15); o que hubieran llegado órdenes directas de Jerjes (por la amenaza de la flota griega contra Jonia, o por otros problemas que afectaban al Imperio; cf. nota III 753), para que las tropas de Mardonio terminaran la campaña lo antes posible. En cualquier caso, y como observa A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX*..., págs. 172-173), «è poco credibile che il dissenso tra i due comandanti esplodesse appena all'undicesimo giorno. Si può pensare che la discordia tra Mardonio e Artabazo sia iniziata molto prima e che Erodoto e la sua fonte l'abbiano sintetizzata nel suo sbocco risolutore, quando non c'era più spazio per la discussione a causa dell'atteggiamento irrevocabile e autoritario assunto da Mardonio. Il risultato del drammatico contrasto è quello di isolare sinistramente la figura di Mardonio nella sua marcia tragica, solitaria e inarrestabile verso la catastrofe».

tropas se dirigieran al recinto amurallado de Tebas [262] (donde se habían introducido abundantes víveres para los hombres, así como forraje para las bestias de carga [263]), y, tranquilamente instalados, adoptar la siguiente estrategia:
3 habida cuenta de que disponían de mucho oro, tanto acuñado como sin acuñar, de abundante plata y de copas de orfebrería, había que distribuir esos tesoros, sin escatimarlos lo más mínimo, entre los griegos, sobre todo entre los griegos que más influencia poseían en sus ciudades, quienes en seguida renunciarían a su libertad [264], con lo que
4 los persas evitarían los riesgos de una batalla. La tesis de Artabazo coincidía con la de los tebanos [265], al ser sus previsiones, como las de ellos, más atinadas que las de Mardonio; la tesis de este último, en cambio, era más radical, más temeraria y absolutamente irrevocable: convencido de que su ejército era muy superior al griego [266], estaba decidido a presentar batalla lo antes posible, para impedir que se reuniesen más enemigos de los que ya había; por ello, opinaba que había que hacer caso omiso de los presagios

---

[262] Presumiblemente a fin de tomar la ciudad como base de operaciones, no para que las tropas penetrasen en su interior, donde se habrían visto hacinadas y sometidas a un asedio.

[263] Este dato se halla en contradicción con la afirmación de Alejandro en IX 45, 2, que quizá haya que entender referida a las provisiones existentes en el fuerte del Asopo (aunque la caballería persa se encargaría de mantener asegurado el aprovisionamiento). En todo caso, la cuestión de los suministros debía preocupar, a largo plazo, a los persas; cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 730.

[264] Cf. notas IX 13 y 26, aunque, una vez abandonada el Ática, difícilmente los persas habrían logrado sus propósitos de soborno.

[265] Cf. IX 2.

[266] Según el testimonio de Heródoto (pero cf. nota VIII 509), en Platea había trescientos cincuenta mil hombres por parte persa (cf. VIII 100, 5; y IX 32, 2 [con nota IX 216]), frente a ciento once mil griegos (cf. IX 30).

obtenidos por Hegesístrato, sin insistir sobre el particular[267], y presentar batalla ateniéndose a la costumbre persa[268].

Ante esta determinación de Mardonio nadie replicó, 42
de manera que se impuso su tesis, pues era él, y no Artabazo, quien, por decisión del monarca, tenía a su cargo el mando supremo del ejército[269]. Por consiguiente, hizo llamar a los jefes de las diversas unidades y a los generales de los griegos que integraban su ejército[270], y les preguntó si tenían conocimiento de algún oráculo, relativo a los persas, que predijera su aniquilamiento en Grecia. Y, en vista 2
de que quienes habían sido convocados guardaban silencio —unos porque no estaban al tanto de los vaticinios y otros porque, pese a estarlo, consideraban una imprudencia intervenir[271]—, fue el propio Mardonio quien hizo uso de la palabra: «Dado, pues, que vosotros no sabéis nada o no os atrevéis a hablar, seré yo —que estoy perfectamente

[267] Literalmente, «sin forzarlos» (es decir, sin forzar a los presagios a ser favorables, repitiendo los sacrificios hasta obtener el resultado apetecido).

[268] No resulta clara la costumbre persa a que alude Heródoto (quizá se refiere a que los persas no tenían por norma subordinar sus planes militares a las prácticas adivinatorias). Sea como fuere, la total ausencia de mención a la presencia de magos entre las fuerzas de Mardonio es sorprendente (cf. I 132, 3).

[269] Artabazo debía de tener a sus órdenes el centro de los efectivos persas (cf., *infra,* IX 66), sin que puedan precisarse los grupos étnicos sobre los que ejercía el mando. La autoridad suprema, sin embargo, correspondía a Mardonio. La hipótesis de R. W. MACAN (*Herodotus...*, I, pág. 683), respecto a una posible dualidad en el mando, resulta en exceso hipercrítica.

[270] Los convocados en segunda instancia fueron, pues, los jefes y oficiales, con mando sobre tropas, que no formaban parte del Estado Mayor persa.

[271] Cf. nota VIII 324.

3 informado— quien lo haga. Existe un oráculo según el cual los persas, al llegar a Grecia, deben saquear el santuario de Delfos, saqueo que ha de ocasionar la perdición de todos. Por lo tanto, como estamos enterados de esta circunstancia, no vamos a atacar dicho santuario ni intentaremos saquearlo, así que no pereceremos por ese moti-
4 vo [272]. Sentíos, pues, optimistas todos los que abrigáis sinceras simpatías hacia la causa persa, en la convicción de que vamos a imponernos a los griegos». Tras expresarse en estos términos, les ordenó, acto seguido, que adoptaran las medidas oportunas y lo dejaran todo a punto, porque, al rayar el día, se libraría la batalla [273].

43 Ahora bien, yo, personalmente [274], sé que este vaticinio —que, según Mardonio, se refería a los persas— fue

[272] El oráculo a que alude Mardonio debe de ser producto de una tradición que pretendía salvaguardar *post eventum* (su datación en el invierno de 480/479, con ocasión de la visita de Mis a los diferentes santuarios [cf. VIII 133 y sigs.] es meramente hipotética; cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 689, nota 3; A. Hauvette, *Hérodote historien...*, pág. 389) la reputación de Delfos respecto a las acusaciones hacia su actitud, como mínimo ambigua, con relación a la invasión persa (cf. nota VIII 182). Esta tradición es, por lo tanto, paralela a la del relato del fallido ataque persa a Delfos (cf. VIII 35-39), pero, al tiempo, independiente de aquélla, ya que Mardonio parece ignorar la pretendida incursión del año 480.

[273] Cosa que no había de producirse, lo que abona la presunción de ahistoricidad para la serie de episodios, previos a la batalla, que Heródoto inserta en su narración, mientras los griegos permanecían en la 'segunda posición': sesión del Estado Mayor persa (IX 41), alusión a un oráculo relativo a Delfos (IX 42), advertencia a los griegos de Alejandro de Macedonia (IX 44-45; pero cf. nota IX 281), fallido intercambio de posiciones en el ejército heleno (IX 46), y desafío de Mardonio a los espartanos (IX 48).

[274] Heródoto, pues, llevó a cabo una investigación sobre el asunto (cf. C. Schrader, «La investigación histórica en Heródoto»..., pág. 674),

pronunciado a propósito de los ilirios y del ejército de los enqueleos [275], y no a propósito de los persas. Sí que hace referencia, en cambio, a la batalla que nos ocupa la profecía que compusiera Bacis [276]:

A orillas del Termodonte y del Asopo, de herboso lecho, 2
la coalición griega y el clamor del bárbaro aterrado [277],
donde caerán multitud de medos armados con arcos [278],
[precipitando
su fatal destino, cuando para ellos llegue su último día.

Sé, insisto, que esta predicción —y otras de Museo [279] similares a ella— se refiere a los persas. (Por cierto que el río Termodonte corre entre Tanagra y Glisas [280].)

---

probablemente en Delfos, donde los sacerdotes habrían aplicado el vaticinio, exculpatorio y no cumplido, a una época mítica (cf. H. W. Parke, D. E. W. Wormell, *The Delphic Oracle,* Londres, 1956, págs. 178 y sigs.).

[275] Una tribu que residía al sur de Iliria, en el Occidente de la península balcánica (cf. V 61, 2 [con nota V 279]; Estrabón 326). Según Apolodoro (III 5, 4), los enqueleos se hallaban en guerra con los ilirios y solicitaron a Cadmo, mítico rey de Tiro llegado a Beocia en busca de su hermana, Europa (cf. nota V 260), que los acaudillara (vid., asimismo, Pausanias, IX 5, 3), siguiendo los dictados de un oráculo (al que aquí alude Heródoto) que profetizaba su victoria, así como una incursión contra Grecia, durante la cual debían abstenerse de saquear Delfos (a ello se refiere Eurípides, *Bacantes* 1330 y sigs.; cf. la nota 85 de la traducción, de C. García Gual, de dicha obra en esta misma colección).

[276] Cf. nota VIII 100.

[277] El texto griego resulta agramatical, ya que, al citar el vaticinio (que se halla compuesto en hexámetros; cf. nota VII 671), Heródoto ha omitido el verbo, o frase verbal, regente, que lo encabezaría (algo así como «un día es menester que se enfrenten»).

[278] El arma más representativa de los persas (cf. I 136, 2).

[279] Cf. nota VII 37.

[280] Glisas se encontraba al nordeste de Tebas (cf. *Ilíada,* II 504; D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...,* págs. 493-494). El río Ter-

44 *Alejandro de Macedonia informa a los atenienses de los planes de los persas*

Tras la cuestión relativa a los oráculos y la exhortación de Mardonio, cayó la noche y los centinelas ocuparon sus puestos. Y, una vez bien entrada la noche, cuando parecía que la calma reinaba en ambos campamentos y que las tropas se hallaban sumidas en el más profundo de los sueños, justo entonces Alejandro, hijo de Amintas, el caudillo y monarca de los macedonios, se dirigió a caballo a los cuerpos de guardia atenienses al objeto de entrevistarse con sus ge-
2 nerales [281]. La mayoría de los centinelas permanecieron en

---

modonte (la precisión del historiador tiene por objeto distinguirlo del río de Capadocia del mismo nombre; cf., *supra*, IX 27, 4) cruzaba la llanura Aonia (cf. Pausanias, IX 19, 3) y desembocaba en el lago Hilice (el actual Iliki, a unos 8 km. al norte de Tebas; cf. J. G. Frazer, *Pausanias's Description...*, V, pág. 62).

[281] La visita nocturna de Alejandro al campamento ateniense tiene por objeto exaltar a la monarquía macedonia, exculpándola de la acusación de medismo. La tradición al respecto posee un origen ateniense, para justificar su nombramiento de *próxenos kaì evergétēs* (cf. nota VIII 708), que, si le fue concedido en 480 (cosa que es dudosa), pudo haber sido a instancias de Temístocles (cf. J. W. Cole, «Alexander Philhellene and Themistocles», *L'Antiquité Classique* 47 (1978), págs. 37 y sigs.). Pese a que el episodio, aparentemente, se acomoda con dificultad al papel de portavoz que Mardonio le había encargado desempeñar ante los atenienses (cf. VIII 140), y a que la crítica tiende a considerar ahistórica esta intervención del monarca macedonio (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 316-317), algunas de las objeciones planteadas, como la de la dificultad que Alejandro habría tenido para abandonar, sin ser visto, las líneas persas (cf. W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai»..., pág. 43), no son muy consistentes, ya que no hay que olvidar (cf. IX 31) que los contingentes macedonios estaban apostados, en el ala derecha persa, frente a los atenienses, en el ala izquierda griega, y, por otra parte, las misiones de vigilancia en los ejércitos de la época no se desarrollaban con el rigor de tiempos posteriores. El pasaje, en suma, puede ser reflejo (aun dudando de su veracidad) de la actitud ambigua que Alejandro adoptó

sus puestos, pero unos cuantos corrieron a alertar a sus generales; y, a su llegada, les notificaron que, procedente del campamento medo, se había presentado un individuo a caballo que, sin dar ninguna otra explicación, manifestaba su deseo de entrevistarse con los generales, a quienes citaba por sus nombres [282].

Los generales, entonces, al oír esta noticia, acompaña- 45
ron de inmediato a los centinelas a los puestos de guardia. Y, a su llegada, Alejandro les dijo lo siguiente: «Atenienses, lo que os voy a decir constituye un gran secreto, por lo que os ruego encarecidamente que no lo reveléis a nadie más que a Pausanias, para evitar que, de paso [283], me ocasionéis la ruina. Desde luego no os lo comunicaría si no sintiese una honda preocupación por la suerte de toda Gre-
cia, pues yo soy un griego de antigua estirpe [284] y no 2
desearía ver que la Hélade pierde su libertad y resulta esclavizada. Por eso os comunico que Mardonio y sus tropas no consiguen obtener presagios favorables, pues, de lo con-

---

durante la Segunda Guerra Médica; cf. B. Virgilio, «L'atteggiamento filoateniese e antipersiano della Macedonia con Aminta I e Alessandro I Filelleno», *Commento storico al Quinto libro delle 'Storie' di Erodoto*, Pisa, 1975, págs. 137 y sigs.

[282] Como prueba de que los conocía personalmente. Según Plutarco (*Arístides* 15), Alejandro sólo requirió la presencia de ese general ateniense, que fue quien informó a Pausanias. De los diez estrategos atenienses (cf. nota VI 506), dos por lo menos (uno de ellos era Jantipo; cf. IX 114) se encontraban al mando de los efectivos navales (cf. IX 117). Plutarco (*Arístides* 20) cita también los nombres de Leócrates y Mirónides entre los estrategos presentes en Platea.

[283] Alejandro debía de pensar que, si los generales informaban al momento a sus tropas, éstas podían ponerse nerviosas y organizar ruidos audibles desde las posiciones persas, con lo que su regreso habría resultado comprometido, al tiempo que el factor sorpresa, ahora favorable a los griegos, se habría malogrado.

[284] Cf. V 22, y nota V 83; VIII 137-139, y notas.

trario, hace tiempo que habríais trabado combate. En estos momentos, sin embargo, ha decidido hacer caso omiso de los presagios y presentar batalla en cuanto despunte el día [285], ya que teme sobremanera —sospecho— que os reunáis más efectivos. Adoptad, en consecuencia, los preparativos pertinentes. Ahora bien, si resulta que Mardonio aplaza su ataque y no presenta batalla, continuad donde estáis,
3 pues les quedan víveres para pocos días [286]. Y, si esta guerra concluye conforme a vuestros deseos, alguien debe acordarse también de mí, para liberarme [287], ya que he llevado a cabo una empresa tan peligrosa, por mi devoción a la causa griega, con ánimo de revelaros los planes de Mardonio, a fin de evitar que los bárbaros caigan sobre vosotros cuando no esperéis su ataque todavía. Soy Alejandro de Macedonia». Tras estas palabras, Alejandro regresó a su campamento para ocupar su puesto.

Pausanias intenta intercambiar las posiciones de espartanos y atenienses en las alas

46 Por su parte, los generales atenienses se trasladaron al ala derecha e informaron a Pausanias de lo que le habían oído decir a Alejandro. Y, ante esta noticia, Pausanias, lleno de temor hacia los per-
2 sas, les dijo lo que sigue [288]: «Dado, pues, que la batalla tendrá lugar al alba, es menester que vos-

[285] Cf. nota IX 273.

[286] Cf. nota IX 263. Quizá Alejandro tenía, sin embargo, noticias de que los focenses refugiados en el Parnaso (cf. IX 31) creaban problemas a los convoyes de suministros persas procedentes de Tesalia.

[287] Macedonia se hallaba nominalmente sometida a Persia desde el año 512 a. C. Cf. P. Cloché, *Histoire de la Macédonie jusqu'à l'événement d'Alexandre le Grand*, París, 1960, págs. 31 y sigs.

[288] La propuesta de Pausanias relativa a un intercambio de posiciones entre atenienses y espartanos no puede considerarse verosímil (y su historicidad ya fue criticada por Plutarco, *De Herod. malignitate* 42). 1. Estratégicamente, habría creado confusión, si no desánimo, en el resto

otros, los atenienses, os situéis frente a los persas, y que nosotros lo hagamos frente a los beocios y frente a los griegos alineados contra vosotros. La razón es la siguiente: vosotros, por haber luchado contra ellos en Maratón, conocéis a los medos y sabéis cómo es su manera de combatir; nosotros, en cambio, carecemos de esa experiencia y desconocemos todo lo relativo a esas gentes, ya que ningún espartiata se ha medido con los medos [289], pero sí que lo hemos hecho con los beocios y los tesalios [290]. Por con- 3

del ejército griego. 2. Tácticamente, la maniobra habría durado bastante tiempo y los persas podían haber aprovechado la ocasión para pasar al ataque (cf. A. Hauvette, *Hérodote historien...*, pág. 469). 3. El presunto miedo de los lacedemonios se halla en contra del *êthos* de que hacen gala en la *Historia* (cf., principalmente, VII 104; 226), y forma parte del *tópos* proateniense que ya aparece en la campaña de Salamina (cf. notas VIII 291 y 357). Sin duda nos encontramos ante una tradición antiespartana de origen ateniense, aunque también es posible que esa tradición deformara una maniobra que realmente tuvo lugar; en ese sentido, H. B. Wright, *The Campaign of Plataea...*, pág. 90, pensaba que el hecho distorsionado pudo residir en el envío de los arqueros atenienses (cf. nota IX 134) al ala derecha para apoyar a los lacedemonios contra los ataques de la caballería (cf. IX 49). No obstante se han propuesto otras hipótesis (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 308).

289 Ningún espartiata que se hallara entonces con vida, ya que todo el cuerpo expedicionario al mando de Leónidas había perecido en las Termópilas. El único lacedemonio que había sobrevivido, y que se hallaba presente en Platea, Aristodemo (cf. IX 71), no había luchado en el desfiladero con sus camaradas (cf. VII 229 y sigs.).

290 Contra los tesalios sin demasiado éxito con anterioridad a las Guerras Médicas (cf. V 63, 3-4). No poseemos testimonios sobre enfrentamientos entre Esparta y Tebas en los años inmediatamente precedentes a la invasión persa (cf. J. A. O. Larsen, «A Study of Spartan foreign policy and the genesis of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 27 (1932), págs. 136 y sigs.). Debe destacarse en este pasaje la omisión a los efectivos macedonios en el ala derecha persa.

siguiente, debéis recoger vuestras armas y acudir a esta ala; que nosotros nos trasladaremos al ala izquierda». Ante esta sugerencia, los atenienses manifestaron lo que sigue: «Hace tiempo ya —desde el mismo momento en que vimos que los persas se alineaban frente a vosotros— que nosotros, personalmente, tuvimos la intención de deciros justamente lo que ahora nos estáis proponiendo, mas lo cierto es que temíamos que semejante proposición no os resultara grata. Pero, dado que habéis sido vosotros quienes habéis planteado la cuestión, y como quiera que vuestras palabras nos han colmado de alegría, estamos dispuestos a hacer lo que decís [291]».

47 Habida cuenta de que la medida se les antojaba oportuna, atenienses y lacedemonios, al despuntar la aurora, procedieron a intercambiar sus posiciones. Los beocios [292], empero, al comprender lo que estaba sucediendo, previnieron a Mardonio, quien, nada más oírlo, también intentó modificar la formación de su ejército, haciendo que los persas pasaran a estar frente a los lacedemonios. Sin embargo Pausanias, al percatarse de que se estaba llevando a cabo semejante maniobra, comprendió que su estrategia no pasaba inadvertida, por lo que ordenó a los espartiatas que regresaran al ala derecha; y, paralelamente, Mardonio alineó a los persas en el ala izquierda [293].

---

[291] Según Plutarco (*Arístides* 16), los atenienses en principio se negaron a hacerlo, porque Pausanias «los llevaba de un lado para otro, como si fueran hilotas», siendo Arístides —a quien Plutarco pretende encumbrar— quien logró convencerlos.

[292] La tradición antibeocia de las fuentes de Heródoto para la campaña de Platea es constante (cf. IX 2; 15, 1; 38, 2; etc.).

[293] El desplazamiento que debían realizar atenienses y peloponesios, de una posición a otra, abarcaba un frente de 4 km. de longitud (desde la colina de Pirgo a la del Asopo), y otro tanto cabe suponer que separaba a las alas del ejército persa (cf. A. Boucher, «La Bataille de Pla-

Mardonio desafía a los lacedemonios

Una vez que unos y otros se hubieron situado en sus primitivas posiciones, Mardonio envió un heraldo a los espartiatas y les dijo lo siguiente [294]: «Vosotros, lacedemonios, pasáis por ser realmente personas muy valerosas ante las gentes de esta tierra, que os 48

tées»..., pág. 294); de ahí los interrogantes de C. HIGNETT (*Xerxes' invasion...*, pág. 317: «how could the two armies have had time to interchange their right and left wings twice in the morning of the twelfth day (to say nothing of the danger of such manoeuvres within sight of the enemy's army) and leave room for all the events which are supposed to have followed during the same say?»).

[294] El desafío de Mardonio a los lacedemonios constituye un apéndice antiespartano al pretendido intercambio de posiciones, citado en los dos capítulos precedentes, y es tan ahistórico como aquél. En realidad, nos encontramos ante un *tópos* épico (sobre la influencia de la épica en la *Historia,* cf. G. STEINGER, *Epische Elemente im Redenstil des Herodot,* Kiel, 1957; no hay que olvidar que, estructuralmente, la obra de Heródoto constituye, en la prosa griega, el mejor ejemplo de la llamada 'composición literaria abierta', la que no opera rectilíneamente en los detalles narrativos, sino que intercala toda suerte de retardaciones en el argumento central, como ocurre en la *Ilíada;* e, intencionalmente, el historiador pretende evitar que las hazañas de las generaciones que le precedieron sean relegadas al olvido [vid. el *Proemio*], con lo que atiende a la preservación de la gloria y la fama): el del duelo al que se confía la resolución de una guerra (cf., por ejemplo, *Ilíada,* III 67 y sigs.), un motivo que, no obstante, se había mantenido en Grecia, en la moral agonal guerrera —que no perseguía el aniquilamiento del enemigo, sino el reconocimiento de su derrota—, hasta el siglo VI a. C. (cf., *supra,* I 82; V 1). Con todo, el relato del historiador (si bien todo el pasaje se halla plagado de reminiscencias épicas) podría responder a un hecho cierto y posteriormente distorsionado: el ofrecimiento de Mardonio a los griegos de suspender las hostilidades momentáneamente (para lo cual habría que suponer que la caballería persa había estado hostigando a los helenos durante todas las jornadas que éstos permanecieron en la 'segunda posición'), a condición de que las tropas aliadas cruzaran el Asopo y presentaran batalla al norte del río.

admiran porque no rehuís el combate ni abandonáis vuestro puesto: permanecéis en él para aniquilar al enemigo
2 o para perder vosotros la vida [295]. Pero, al parecer, nada de ello era cierto; de hecho, antes de que trabáramos combate y llegásemos a las manos, resulta que os hemos visto huir y abandonar vuestra posición, encomendando a los atenienses que se midieran con nosotros en vuestro lugar y alineándoos vosotros enfrente de nuestros esclavos [296].
3 Tal comportamiento no es, en modo alguno, propio de valientes; de ahí que, con vosotros, hayamos sufrido la mayor de las decepciones. Lo cierto es que esperábamos que, respondiendo a vuestra fama, nos ibais a enviar un heraldo para desafiarnos, al objeto de enfrentaros en combate singular con los persas, pero, pese a que estábamos dispuestos a aceptar el reto, nos hemos encontrado con que, lejos de proponer algo semejante, estáis más bien amedrentados. En esa tesitura, pues, y dado que no habéis
4 promovido dicho desafío, lo haremos nosotros. ¿Por qué, pues, no nos batimos, en condiciones de igualdad numérica, vosotros, en representación de los griegos (ya que os

[295] El prestigio militar de Esparta en el mundo griego era incuestionable; cf., *supra*, VII 209, 3-4; TUCÍDIDES, IV 40; y vid. R. MAISCH, F. POHLHAMMER, *Instituciones griegas*, Barcelona, 1931, págs. 31 y sigs.

[296] Cf. nota VII 63. Libertad frente a sometimiento es, esencialmente, el rasgo diferencial entre griegos y bárbaros. Eso explica que Jerjes sea el prototipo de déspota omnímodo; y la serie de atrocidades que se le atribuyen tiene por finalidad mostrar hasta qué punto sus súbditos se hallaban reducidos a la condición de meros objetos en manos del rey (cf. VII 35, 3; 39, 3; VIII 15, 1; etc.). Es, en definitiva, la libertad ejercitada en la disciplina la que justificará el triunfo final de los griegos sobre los persas, como Demarato, en su entrevista con Jerjes, expone con rotundidad (cf. VII 101-104). Vid., en general, F. EGERMANN, «Das Geschichtswerk des Herodot. Sein Plan», *Neue Jahrb. klassische Altertum*, 1938, págs. 191 y sigs.; 239 y sigs.

aureola la fama de ser los más valientes de todos), y nosotros, en representación de los bárbaros [297]? Y, si sois de la opinión de que también se batan los demás contingentes, de acuerdo; que lo hagan inmediatamente después de nosotros. Si, por el contrario, no opináis así, sino que basta con que sólo nosotros peleemos, nos batiremos a muerte. Y, de los dos bandos, el que se alce con la victoria, la obtendrá en nombre de todo su ejército».

Hostigado por la caballería, el ejército griego decide replegarse a los contrafuertes del Citerón

Tras pronunciar estas palabras, el he- 49
raldo aguardó cierto tiempo, pero, como nadie le daba la menor respuesta, retornó a su punto de partida; y, a su regreso, informó a Mardonio de lo ocurrido. Entonces este último, exultante de alegría [298] y ufano por una nimia victoria [299], lanzó a su caballería
contra los griegos [300]. El ataque de los jinetes causó bajas 2
en todo el ejército heleno con los venablos y las flechas

---

[297] El escritor griego se traiciona, al hacer que el heraldo de Mardonio aluda a sus tropas con el apelativo de «bárbaros» (al igual que ocurre en ESQUILO, *Persas* 187 y 337).

[298] El término utilizado en griego *(pericharḗs)* tiene un sentido ominoso, y sirve para enfatizar las limitaciones de los proyectos humanos y para subrayar comportamientos afectados de *hýbris* (cf. nota VIII 396; y C. C. CHIASSON, «An ominous word in Herodotus», *Hermes* 111 (1983), págs. 115-116).

[299] Como señala H. STEIN (*Herodotus. Buch VI...*, pág. 203), «der Tropus findét häufig Anwendung, um etwas als inhalt- und wesenlos und nur scheinhaft existierend, als matt und unwirksam zu bezeichnen».

[300] La intervención de la caballería sustituye al amenazador ataque en masa de las tropas persas (cf. IX 42, 4; 45, 2), que no se producirá hasta el día siguiente (cf. IX 59, 1). Heródoto alude aquí a la estrategia que los persas debían haber empleado en días precedentes (cf. nota IX 294), aunque se han propuesto otras interpretaciones (cf. R. W. MACAN, *Herodotus...*, I, pág. 696).

que disparaban, ya que, al ser arqueros montados a caba-
llo [301], resultaba difícil aproximarse a ellos [302]. Además,
enturbiaron y cegaron la fuente Gargafia [303], de la que se
3 abastecían de agua todos los efectivos griegos. Realmente
los únicos que se hallaban situados en las inmediaciones
de la fuente eran los lacedemonios [304]; al resto de los grie-
gos, según sus respectivas posiciones, la fuente les pillaba
más o menos lejos y el Asopo más o menos cerca, pero,
como se veían en la imposibilidad de acercarse al Asopo,
de ahí que acudieran siempre a la fuente [305] (los jinetes
y las flechas les impedían aprovisionarse de agua en el río).
50 Ante semejante problema (con el ejército privado de
agua y hostigado por la caballería), los generales griegos
se reunieron con Pausanias, a fin de estudiar ésta y otras
cuestiones, para lo cual se trasladaron al ala derecha. Lo
cierto es que, pese a que la situación era la que he descrito,

---

[301] Cf. nota IX 138; Esquilo, *Persas* 26; Jenofonte, *Anábasis,* III 3, 7. Entre los partos siguió vigente este tipo de ataque por parte de la caballería (cf. Horacio, *Odas,* I 19, 11; II 13, 17; Virgilio, *Geórgicas,* III 31).

[302] Por lo pesadamente armados que iban los hoplitas (cf. nota III 620).

[303] Cf. nota IX 146.

[304] Pues el ala derecha griega se hallaba apostada al norte de Gargafia. Volvemos a encontrarnos con una versión antiespartana de presumible origen ateniense (cf. H. B. Wright, *The Campaign of Plataea...,* pág. 63), al responsabilizar a los lacedemonios de la pérdida de la fuente, cuya importancia para el abastecimiento de agua no sería lo transcendente que pretende el historiador (cf. la nota siguiente), aparte de que, en IX 50, se indica que la falta de provisiones era más acuciante que la de agua.

[305] La afirmación es difícilmente aceptable, ya que el centro del ejército griego, así como el ala izquierda, debía de aprovisionarse de agua en el arroyo que nacía en la fuente Apotripi y desembocaba en el Asopo (el que, en el estudio topográfico de Grundy, recibe la identificación de A 1), bordeando por el Oeste el 'Asopos Ridge'.

había otro asunto que les causaba mayor preocupación: ya no poseían víveres, y sus servidores [306], que habían sido enviados al Peloponeso en busca de provisiones, se hallaban bloqueados por la caballería sin poder llegar hasta el campamento [307].

En el transcurso de sus deliberaciones, los generales 51
—si los persas dejaban pasar aquella jornada sin llevar a cabo su ataque [308]— decidieron dirigirse a «la isla» [309], que dista diez estadios del Asopo y de la fuente Gargafia [310]

---

[306] Cf. nota IX 254.

[307] La incursión de la caballería persa contra Giptocastro (cf. IX 39), posición que quizá mantuvieron en su poder los efectivos de Mardonio, obligaba a variar la estrategia adoptada por los griegos (inducir a los persas a cruzar el Asopo), que había resultado fallida. Privados de la llegada de suministros, sólo cabía pasar a la ofensiva, cruzando el río (lo que habría dado ventaja a los persas), o replegarse hacia el Sur, para mantener expeditas las comunicaciones con el Peloponeso (cf. nota IX 75), que será la decisión finalmente aprobada.

[308] El ataque general de la infantería de Mardonio, no las incursiones de la caballería persa.

[309] Una colina (o dos, según la interpretación de G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 484) rodeada, al pie del Citerón (a unos 400 m. al oeste del paso de Vilia; de ahí el significado de la maniobra), por dos arroyos que se unían para formar el río Oéroe. Cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 428-429, con análisis bibliográfico. En la actualidad, la topografía del lugar no responde a las indicaciones del historiador.

[310] Como el repliegue griego se realizó hacia el Sur, las distancias que facilita Heródoto son contradictorias entre sí (por eso, alternativamente, W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 310, sugieren, siguiendo a J. A. R. Munro, «The Campaign of Plataea»..., pág. 161, que el texto puede interpretarse en el sentido de que «the island is distant from the Asopus, or rather from Gargaphia, at which they were then encamped, ten stades»). La probable ubicación de 'la isla' (en griego *nêsos*) se sitúa a diez estadios (= 1,77 km.) al suroeste de Gargarfia, pero a casi 4 km. al sur del Asopo. De ahí que se haya propuesto

(en cuyas inmediaciones se encontraban a la sazón acampados [311]), y que se halla delante de la ciudad de Platea [312].
2 La razón de que, en tierra firme, pueda haber una isla es la siguiente: el río (cuyo nombre es Oéroe [313], quien, según los lugareños, era hija de Asopo), que baja de lo alto del Citerón y corre en dirección a la llanura, se divide en dos brazos, distantes entre sí unos tres estadios, que
3 posteriormente se unen en un mismo cauce [314]. A ese paraje, pues, fue al que proyectaron trasladarse, para poder disponer de agua en abundancia y para que los jinetes no

---

(cf. W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai»..., pág. 57) la inserción de *k'* (= 20) en el texto, detrás de *toû Asōpoû*, con lo que la traducción sería «que dista veinte estadios del Asopo y diez de la fuente Gargafia» (cf., asimismo, W. K. Pritchett, «New Light on Plataia»..., páginas 25 y sigs.). En general, vid. D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...*, pág. 550.

[311] La referencia debe entenderse aplicada al lugar en que el Estado Mayor griego estaba manteniendo la sesión (en el ala derecha), no a la totalidad del ejército aliado (cf. nota IX 151).

[312] Más concretamente, a unos 2 km. al nordeste.

[313] Río de Beocia (el actual Livadostro), que nace en los contrafuertes septentrionales del Citerón, a unos 3 km. al este de Platea, y, tras un recorrido de unos 15 km. en dirección Oeste, desemboca en el Golfo de Corinto. Oéroe no es incluida por Diodoro (IV 72, 1) entre las doce hijas del dios-río Asopo (dado que el Asopo y el Oéroe constituyen ríos de distinta procedencia, es posible que la filiación posea un origen tebano, revelador del expansionismo de Tebas con respecto a Platea).

[314] Heródoto, pues, creía (en la actualidad no sucede así) que el Oéroe dividía su curso para rodear 'la isla', y que luego ambos brazos volvían a unirse, pero los brazos del Oéroe siguen cursos independientes desde su nacimiento y sólo se unen ya en plena llanura de Platea. Por otro lado, y como resulta materialmente imposible que todo el ejército griego se congregara en un espacio de algo más de 500 m. (= 3 estadios; aunque Heródoto no indica si la distancia debe entenderse a lo ancho o a lo largo), a 'la isla' sólo habrían de dirigirse parte de los efectivos helenos (cf. nota IX 316).

les causaran bajas, como ocurría cuando se encontraban a tiro. Y decidieron replegarse justo cuando montara guardia el segundo turno de noche [315], a fin de evitar que los persas advirtieran su partida y que la caballería se lanzara tras ellos, hostigándolos. Asimismo, decidieron que, una 4
vez llegados a dicho paraje (el que —dividiéndose, repito, en dos brazos— delimita Oéroe, hija de Asopo, que procede del Citerón), enviarían, esa misma noche, a la mitad de su ejército al Citerón [316] para rescatar a aquellos servidores suyos que habían ido a por víveres, ya que se hallaban atrapados en la montaña.

El centro de los efectivos griegos acampa ante Platea

Tras tomar estas determinaciones, se 52
vieron, durante todo aquel día, en constantes apuros por el acoso de la caballería. Finalmente —cuando, una vez concluida la jornada, los jinetes hubieron suspendido sus ataques—, en plena noche, y a la hora precisa en que habían acordado retirarse, fue cuando la mayoría levantó el campamento y se puso en camino. No obs-

[315] Los griegos (a diferencia de los romanos, que lo hacían en cuatro) dividían la noche en tres turnos de guardia (cf. PÓLUX, I 70; J. KROMAYER, G. VEITH, *Schlachten-Atlas zur Antiken Kriegsgeschichte*, Leipzig, 1926, IV, 1, pág. 223). El segundo turno, por lo tanto, habría comenzado hacia las once de la noche (el amanecer se produjo entre las 4.30 y las 5 de la madrugada).

[316] Probablemente (aunque Heródoto no lo entendió así; cf. el capítulo siguiente), el repliegue griego contemplaba tres objetivos distintos al pie del Citerón: el ala derecha (y no la mitad del ejército, como aquí se dice) debería dirigirse hacia Giptocastro, para recuperar el control del paso; el ala izquierda (atenienses y plateos) habría de situarse en 'la isla', para evitar un nuevo golpe de mano de la caballería persa, esta vez contra el paso de Vilia; finalmente, los efectivos que integraban el centro del ejército se apostarían al norte de Platea, controlando el más occidental de los tres pasos del Citerón en esta zona.

tante, no tenían intención de dirigirse al lugar convenido: nada más emprender la marcha, huyeron, alegres por escapar de la caballería, en dirección a la ciudad de Platea [317]; y, en el curso de su huida, llegaron al templo de Hera, que se encuentra delante de dicha ciudad, a veinte estadios de distancia de la fuente Gargafia [318]. Y, a su llegada, acamparon [319] delante del templo.

[317] Pese a que el historiador no lo indica con claridad, debe tratarse de los integrantes del centro del ejército (cf. IX 28 y 69). Aunque su repliegue, desde la 'segunda' a la 'tercera posición', pudo hacerse con cierto desorden, dado que se llevó a cabo durante la noche, es indudable que no se trató de una huida, ya que no se habrían detenido en el Hereo de Platea, sino que habrían intentado retirarse por uno de los dos pasos del Citerón que continuaban expeditos (cf. W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai»..., págs. 50 y sigs.). Probablemente Pausanias (cf. A. Boucher, «La Bataille de Platées»..., pág. 296), como los efectivos que hasta entonces habían integrado el centro debían haber sido —por la posición que ocuparon, entre el 'Asopos Ridge', a la derecha, y la colina de Pirgo, a la izquierda— los más afectados por los ataques de la caballería, ordenó una inversión de posiciones, a fin de que los atenienses y los plateos ocupasen 'la isla' (en el centro de la 'tercera posición'), y el resto de los efectivos griegos (el centro de la 'segunda posición') se apostara en el ala izquierda, en la meseta, bordeada de arroyos, en que se alzaba Platea. No obstante, cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion*..., pág. 327, para los riesgos de esta maniobra.

[318] A algo más de 3,5 km. al Suroeste. El templo de Hera *Téleia* (= «Inmaculada»; cf. Pausanias, IX 2, 7) o *Citeronia* (cf. Plutarco, *Arístides* 11; y 18) se encontraba en el ángulo Noroeste (de ahí que, para quien procede del Norte, se halle «delante») de Platea (tanto el templo [para su historia, vid. L. Prandi, «L'Heraion di Platea e la festa dei *Daídala*», *Contributi Istituto Storia Antica* 9 (1983), págs. 82 y sigs.] como la ciudad debían hallarse en ruinas; cf., *supra*, VIII 50). Sobre la diosa, cf. W. Burkert, *Griechische Religion*..., págs. 208 y sigs.; y E. Simon, *Die Götter der Griechen*, Munich, 2.ª ed., 1980, págs. 35 y sigs.

[319] Literalmente, «depositaron las armas» (cf. nota IX 147). Como indica A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX*..., pág. 178), «è l' atto conclusivo di un movimento di ritirata regolare e controllato, non certo di

El espartiata Amonfáreto se niega a abandonar su puesto, retrasando el repliegue de lacedemonios y atenienses

Mientras esos efectivos acampaban en 53
las inmediaciones del Hereo, Pausanias (que, al verlos abandonar el campamento, había creído que se dirigían al lugar convenido [320]) ordenó a los lacedemonios que recogiesen, asimismo, sus armas y que marchasen tras los pasos de los aliados que ya habían partido. Todos sus oficia- 2
les [321] estaban dispuestos a obedecer a Pausanias, cuando, justo entonces, Amonfáreto, hijo de Políadas, que se hallaba al frente del batallón de Pitana [322], manifestó que

una fuga». Vid., no obstante, PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 47, nota 2, para otra posible interpretación.

[320] Según Heródoto, a 'la isla' (cf. nota IX 309); pero vid. nota IX 316.

[321] Los *taxíarcos*, jefes de las diversas unidades que integraban el ejército espartano (aunque el término que emplea Heródoto es ateniense). Según JENOFONTE (*Const. Lac.* 11, 4), nuestra principal autoridad sobre la milicia espartana por su conocimiento de primera mano, los hoplitas espartanos se hallaban organizados en compañías *(enomotías)*, integradas por cuarenta hombres al mando de un *enomotarca*, que se agrupaban en unidades superiores, denominadas *pentecostos* (compuestas por dos *enomotías*), cada una con su propio jefe. Cuatro *pentecostos* integraban un *lóchos*, al mando de un *lochagós*, que, en número de cuatro, constituían una división *(móra)*, al mando de un *polemarco*, siendo seis las divisiones que formaban el ejército. El problema es que Jenofonte está facilitando datos relativos al siglo IV a. C., y hay que pensar que los integrantes de las divisiones variaban en función de las levas (por ejemplo, la división destruida en la Guerra Corintia sólo contaba con seiscientos hombres; cf. JENOFONTE, *Helénicas*, IV 5, 11-12), por lo que hay que suponer que, en este pasaje de Heródoto, un *lóchos* es el equivalente a las posteriores divisiones. Vid., en general, H. T. WADE GERY, «The Spartan Rhetra in Plutarch, Lycurgus VI», *Classical Quarterly* 38 (1944), págs. 117 y sigs. (reimpreso en *Essays in Greek History*, Oxford, 1958, págs. 37 y sigs.).

[322] TUCÍDIDES (I 20,3), sin citar a Heródoto —cuyo texto debía ser bien conocido de su público— manifiesta que este batallón jamás existió,

no pensaba huir ante los extranjeros [323] y que, por lo que a él se refería, no iba a deshonrar a Esparta (Amonfáreto se hallaba asombrado al ver lo que estaba sucediendo, porque no había asistido a la conferencia que había tenido
3 lugar). Por su parte, Pausanias y Eurianacte consideraban inadmisible que Amonfáreto se negara a obedecer sus órdenes, pero aún se les antojaba más inadmisible, ante la decisión que había adoptado este último [324], la idea de abandonar al batallón de Pitana, pues temían que, si lo abandonaban por atenerse a lo que habían acordado con el res-

y que mencionarlo implica negligencia en la búsqueda de la verdad. La afirmación, sin embargo, puede considerarse hipercrítica (cf., no obstante, A. W. GOMME, *A historical commentary on Thucydides,* I, Oxford, 1945, pág. 138), en el sentido de que, en su época, la denominación oficial del *lóchos* no era la que Heródoto pretende (Pitana era una de las aldeas [*kômai*] que se integraron en la posterior aglomeración de Esparta; cf., *supra,* III 55, 2; PAUSANIAS, III 16, 9). Vid., asimismo, D. H. KELLY, «Thucydides and Herodotus on the Pitanate Lochos», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 22 (1981), págs. 31 y sigs.

[323] Cf. IX 11, 2.

[324] O, según la lectura de otros manuscritos, «ante la insubordinación de este último». Resulta, sin embargo, difícil de admitir un acto de esta naturaleza en un ejército tan disciplinado como el espartano (cf. JENOFONTE, *Const. Lac.* 8), por lo que se ha supuesto (cf. W. J. WOODHOUSE, «The Greeks at Plataiai»..., págs. 52 y sigs.) que, en realidad, Amonfáreto ocupaba una posición más adelantada en el 'Asopos Ridge' (de ahí, por otra parte, que no hubiera asistido a la reunión del Estado Mayor griego, del que posiblemente formaba parte), y que habría sido mantenido allí con sus hombres para proteger la retirada lacedemonia. El episodio, posteriormente, habría sido malinterpretado capciosamente por la fuente de información de Heródoto (hay que destacar que Amonfáreto es un nombre parlante que significa «el de intachable valor»; pero, pese al arrojo de que aquí hace gala, en IX 57, 1, al creer que el resto de sus compatriotas se alejaban de la posición, decidió seguir a Pausanias). Con todo, se han propuesto otras interpretaciones; cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...,* pág. 327.

to de los griegos, tanto Amonfáreto como sus hombres, al quedarse solos, resultaran aniquilados. Por esta razón 4
mantuvieron inmóviles a las tropas laconias y trataron de convencer a Amonfáreto de que no debía actuar como pretendía.

Mientras Pausanias y Eurianacte intentaban disuadir 54
a Amonfáreto, el único oficial de los efectivos lacedemonios y tegeatas que había decidido quedarse donde estaba, los atenienses hicieron lo siguiente: como conocían el carácter de los lacedemonios (unas personas que, según ellos, piensan unas cosas y dicen otras [325]), se mantuvieron inmóviles en sus puestos [326]. Y, cuando el ejército se puso 2
en marcha, enviaron a uno de sus jinetes [327] para que com-

---

[325] La crítica a la insinceridad de los espartanos es un *tópos* de la literatura ática en el período en que ambos Estados estuvieron abiertamente enfrentados (cf. Aristófanes, *Acarnienses* 308; *Paz* 1067; Eurípides, *Andrómaca* 446 y sigs.), aunque es posible que, ya desde la Segunda Guerra Médica, existieran censuras antilacedemonias en Atenas para la estrategia que Esparta había propugnado en contra de los deseos de los atenienses (una estrategia terrestre, de defensa del Istmo, en 480, y una naval al año siguiente), censuras que se habrían agudizado cuando los lacedemonios se opusieron a la reconstrucción de los muros de Atenas en 478 a. C. (cf. Tucídides, I 89 y sigs.; F. Schachermeyr, «Sparta und Athen nach den Perserschlachten», en *Forschungen und Betrachtungen zur griechischen und römischen Geschichte*, Viena, 1974, págs. 139 y sigs.).

[326] Sin duda porque, para ocupar su posición en 'la isla' (cf. IX 51, 1), el centro del ejército tenía que tomar la delantera en su movimiento de repliegue hacia Platea (cf. nota IX 317), a fin de evitar que el intercambio de posiciones entre el ala izquierda (ocupada por atenienses y plateos en la 'segunda posición') y el centro causara un desbarajuste, entre sus integrantes, mayor del que debió producirse, dado que la retirada tuvo lugar de noche.

[327] Los atenienses carecían de caballería (cf. nota VI 130), por lo que sólo debían emplear jinetes para misiones específicas (como ocurría entre los lacedemonios; cf. IX 60, 1).

probara si los espartiatas se disponían a hacer lo propio o si, por el contrario, no tenían la menor intención de retirarse, en cuyo caso debía preguntarle a Pausanias lo que había que hacer [328].

55 Cuando llegó a las líneas lacedemonias, el heraldo vio que estos últimos se hallaban alineados en sus posiciones y que sus principales jefes estaban enzarzados en una discusión. Resulta que, como Eurianacte y Pausanias seguían intentando disuadir a Amonfáreto, para que no pusiera en peligro a los lacedemonios [329] si se quedaban solos allí, pero no podían convencerlo, finalmente se enzarzaron en una discusión generalizada que coincidió con la llegada a
2 su campamento del heraldo ateniense. Y, en plena discusión, Amonfáreto cogió con ambas manos una piedra y, depositándola a los pies de Pausanias, manifestó que, con aquel sufragio [330], votaba por que no se huyera ante los extranjeros (haciendo referencia a los bárbaros). Entonces

---

[328] El episodio que narra Heródoto está claramente distorsionado por el carácter de sus fuentes de información (cf. A. French, «Topical influences...» ..., págs. 9 y sigs.). Dada la situación de los atenienses en la colina de Pirgo, para ocupar el centro del ejército en la 'tercera posición' tenían que atravesar la llanura que separaba aquella colina del 'Asopos Ridge', por lo que es posible que el envío del jinete tuviera como finalidad solicitar a los espartanos que protegieran su retirada.

[329] Sigo la lectura de la mayoría de los manuscritos *(Lakedaimoníous)*, ya que Pausanias y Eurianacte lo que quieren decir es que no piensan abandonar a Amonfáreto, con lo que todo el ejército espartano correría su misma suerte (cf. A. Masaracchia, *Erodoto. Libro IX...*, pág. 179).

[330] En sus votaciones los griegos solían utilizar guijarros *(psêphoi)*, por lo que la determinación de Amonfáreto es tanto mayor cuanto lo es una piedra de considerables dimensiones (que debe coger con las dos manos) con respecto a un guijarro. La anécdota, sin embargo, es claramente apócrifa (de presumible origen ateniense), ya que los espartanos no empleaban los guijarros para votar (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 532, nota 53).

Pausanias, tachándolo de loco y de irresponsable, ‹se dirigió› al heraldo ateniense, que le estaba preguntando lo que le habían ordenado, y le mandó que informara a los suyos de la situación en que, en aquellos momentos, se encontraban los lacedemonios; asimismo, le indicó que pidiera a los atenienses que se acercasen a sus líneas y que, con respecto a la retirada, actuaran como ellos [331].

El heraldo, pues, regresó a las posiciones atenienses. 56
Y, como la aurora [332] sorprendió a los lacedemonios cuando continuaban disputando entre sí, en esa tesitura Pausanias —que seguía sin replegarse—, convencido de que Amonfáreto no se quedaría solo [333], si el resto de los lacedemonios se retiraban (como realmente sucedió [334]), dio

---

[331] Como el centro del ejército griego en su 'segunda posición' había estado integrado por efectivos pertenecientes a veinte Estados diferentes (cf. IX 28), su retirada tuvo que producirse con sensible lentitud. Atenienses y plateos, en el ala izquierda, y lacedemonios y tegeatas, en la derecha, debieron esperar, por consiguiente, a que el resto de las tropas hubieran completado prácticamente su maniobra de repliegue hacia Platea (cf. IX 52), para ocupar el ala izquierda en la 'tercera posición'. Ahora Pausanias indica a los atenienses que, antes del amanecer, salven la distancia existente entre la colina de Pirgo y el 'Asopos Ridge' (algo más de dos km.) y que, desde este último lugar, con el resto de los efectivos definitivamente instalados en Platea, pasen a ocupar su lugar en 'la isla', en el centro del ejército, mientras que los espartanos se dirigen hacia las estribaciones del Citerón (esto es, que realicen el repliegue al unísono), situándose nuevamente a la derecha en la 'tercera posición' (que atenienses y lacedemonios no llegarían a ocupar por el ataque de la infantería persa). Cf. P. W. Wallace, «The final battle at Plataia», *Studies in Attic epigraphy, history and topography presented to E. Vanderpool*, Princeton, 1982.

[332] Cf. nota IX 315. Se trata del amanecer del decimotercer día desde que los griegos cruzaran el paso de Giptocastro (cf. IX 19, 2); el día en que se iba a librar la batalla.

[333] Acompañado del batallón de Pitana (cf. IX 57, 1; y nota IX 322).

[334] La observación vuelve a denotar un carácter antiespartano. La

la señal de ponerse en marcha y, acompañado asimismo de los tegeatas, se llevó a todas sus demás tropas por la
2 zona de las colinas. Por su parte los atenienses, de acuerdo con las órdenes que habían recibido, tomaron una dirección distinta [335] a la de los lacedemonios: mientras que éstos, por temor a la caballería, avanzaban pegados a las lomas y a las estribaciones del Citerón, los atenienses iniciaron el descenso, en dirección a la llanura [336].

57 Entretanto Amonfáreto, que —al menos en un principio— creía que Pausanias no se atrevería, bajo ningún

---

terquedad de Amonfáreto se inserta dentro de la distinta concepción del valor en Heródoto y en la épica (al margen de otras numerosas afinidades), ya que en el historiador el heroísmo debe verse acompañado de la inteligencia (cf. M. GIRAUDEAU, «L' héritage épique chez Hérodote», *Bulletin Association G. Budé*, París, 1984, págs. 4 y sigs.).

[335] Literalmente, «opuesta», lo que, en apariencia, indicaría que mientras que los lacedemonios se replegaban hacia el Sur, los atenienses avanzaron hacia el Norte, en dirección al Asopo (y así lo interpreta E. KIRSTEN, *RE*..., cols. 2295 y sigs.), cosa de todo punto imposible. La 'oposición' en las direcciones puede interpretarse, pues, referida a la 'oposición' de los terrenos por los que unos y otros avanzaron (por un terreno llano los atenienses, y por uno escarpado los lacedemonios), o simplemente —y así lo he entendido— a la diferencia de objetivos de ambos contingentes.

[336] El relato, por el carácter de las fuentes del historiador, vuelve a presentar rasgos tendenciosos, ya que, al parecer, los atenienses no sentían, como les ocurría a los lacedemonios, temor a la caballería persa. Pese a que las precisiones topográficas del repliegue griego son muy vagas, cabe suponer que, desde el extremo occidental del 'Asopos Ridge' (cf. nota IX 331), los atenienses tomaron una dirección Suroeste para, a través de la llanura existente entre aquel punto y el río Oéroe, alcanzar 'la isla'. Por su parte, los lacedemonios avanzarían en dirección Sureste (siguiendo la colina —las lomas a que se refiere Heródoto— donde se alza la actual iglesia de San Demetrio), para intentar ocupar su posición, en las estribaciones del Citerón, a la salida del paso de Vilia, en el ala derecha del ejército griego. Con todo, resulta prácticamente imposible entrar en puntualizaciones más precisas.

concepto, a abandonarlos, insistía en quedarse allí con sus hombres, negándose a dejar su puesto. Pero, cuando Pausanias y sus tropas se alejaron, en la convicción de que lo abandonaban de veras, ordenó a los integrantes de su batallón que recogieran las armas y los llevó, al paso [337], a reunirse con el grueso del ejército, que, tras distanciarse 2 unos diez estadios [338], aguardaba al batallón de Amonfáreto apostado en las proximidades del río Molunte y de un paraje que recibe el nombre de Argiopio, donde se alza, asimismo, un santuario de Deméter Eleusinia [339]. (La

[337] Prueba de que el repliegue de Amonfáreto y sus hombres se llevó a cabo con absoluto orden, lo que abona la hipótesis (cf. nota IX 322) de que el batallón de Pitana permaneció en el 'Asopos Ridge' durante un cierto tiempo para proteger la retirada de sus camaradas.

[338] Sigo la lectura de los manuscritos («diez estadios» = 1,77 km.), en lugar de la de Hude, que adopta la conjetura de Pingel («cuatro estadios» = 708 m.) pues se acomoda mejor a la topografía de las operaciones que a continuación van a desarrollarse.

[339] Es decir, un santuario donde se celebraban cultos mistéricos (cf. nota VIII 322). Los lugares que menciona Heródoto han de considerarse meras referencias aproximadas, y no pueden identificarse con seguridad. El río Molunte, según G. B. Grundy (*Great Persian War...*, pág. 495), es un arroyo tributario del Asopo (el que denomina A6 en su mapa), y nace en el Citerón, en las inmediaciones del paso de Vilia. Se ignora cuál es el lugar al que se refiere el topónimo Argiopio (cf. D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...*, pág. 564); y tampoco es segura la identificación del punto en que se encontraba el templo de Deméter. Plutarco (*Arístides* 11) cuenta que el oráculo de Delfos prometió la victoria a los griegos «en la llanura de Deméter Eleusinia», por lo que los aliados pensaron (el vaticinio habría sido *ex eventu*) regresar al Ática, pero el jefe del contingente de hoplitas plateos tuvo un sueño por el que comprendió que la respuesta oracular no hacía alusión a la llanura de Eleusis, sino a su propio territorio. Pese a que W. K. Pritchett («New Light on Plataia»..., págs. 27-28) ha sugerido situar este santuario en los aledaños de Hisias (algo al Oeste de la antigua ciudad, donde se encontraron dos inscripciones que hacían referencia al templo; cf. *IG* VII, 1670-1671;

razón de que el grueso del ejército se quedara aguardando tenía por finalidad poder regresar en socorro de Amonfáreto y los soldados de su batallón en el supuesto de que no abandonasen el lugar que se les había asignado, sino
3 que decidieran permanecer en él.) Apenas Amonfáreto y los suyos se reunieron con sus camaradas, toda la caballería de los bárbaros se lanzó sobre ellos, pues los jinetes persas seguían utilizando la misma táctica de costumbre [340], por lo que, al ver vacío el lugar en que se habían alineado los griegos los días precedentes, espolearon sus caballos, sin interrumpir su avance, y, nada más dar con ellos, se lanzaron sobre los lacedemonios.

---

y K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 2, pág. 127), el lugar propuesto habría quedado muy lejos de la posición que debían ocupar los lacedemonios. Todo lo más que se puede decir al respecto es, según señala C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 434, que «the only safe conclusion is that the temple was situated somewhere to the north of the rocky base of Kithairon near ground suitable for cavalry, not more than ten stades from the previous Spartan position, and possibly in the neighbourhood of the depression which lies south of the Long Ridge» (la colina donde se encuentra la capilla de San Demetrio).

[340] Cf. nota IX 138. La batalla de Platea propiamente dicha comienza, pues, con una escaramuza más de la caballería. Sólo al ver que los griegos habían abandonado sus posiciones, y, sin duda, por los informes que recibió Mardonio respecto a que el frente enemigo había dejado de ser compacto, formando grupos separados entre sí, decidieron los persas cruzar el Asopo con sus efectivos de infantería.

Mardonio cruza el Asopo iniciando la batalla

58 Cuando Mardonio se enteró de que los griegos se habían retirado al amparo de la noche y vio la posición desierta, mandó llamar a Tórax de Larisa [341] y a sus hermanos, Eurípilo y Trasidao [342], y les dijo: «Descendientes de Alevas [343], ¿qué váis a seguir 2
diciendo al ver desiertos esos parajes? Vosotros, que sois vecinos suyos [344], afirmabais que los lacedemonios no huyen del campo de batalla, sino que, en el terreno militar, son los guerreros más poderosos de la tierra [345]; pero primero visteis que intentaban cambiar de posición [346] y ahora todos podemos ver que, la pasada noche, incluso se han dado a la fuga. Cuando debían medirse en el campo de batalla con quienes verdaderamente son los mejores guerreros del mundo [347], han demostrado que, en realidad, su valor es nulo y que destacaban entre los griegos porque el valor de los helenos es, asimismo, nulo. Vosotros, que 3

---

341 Cf. nota IX 7.

342 Salvo su mención en este episodio, carecemos de otras noticias sobre estos personajes, que, en unión de Tórax, desempeñan aquí el papel de meros receptores del desprecio de Mardonio hacia los griegos (como ocurre con Demarato ante Jerjes en VII 101 y sigs.; 209; 234 y sigs.). El pasaje, presumiblemente ahistórico (las consideraciones morales se anteponen a las estratégicas), está plagado de trágica ironía y constituye una premonición anticipada del triunfo espartano, lo que prueba que, para su narración de la batalla de Platea, Heródoto consultó diversas fuentes de información.

343 El mítico rey de Tesalia que organizó política y militarmente la región (cf. nota VII 31).

344 Pese a que Tesalia y Laconia se hallan entre sí a más de 200 km. de distancia, para el alto dignatario de un imperio tan inmenso como el persa esa cifra debía resultar una minucia.

345 Cf. VII 104, 4; 234; IX 53.

346 Cf. IX 46-47.

347 Cf. las palabras de Jerjes a Demarato, en VII 103, 4-5.

no sabíais nada de los persas, contabais con toda mi comprensión al elogiar a esos individuos, de quienes es posible que conocierais algún mérito; más sorpresa me producía, en cambio, el gran temor de Artabazo hacia los lacedemonios, temor que le llevó a proponer un plan en extremo cobarde (que teníamos que levantar el campamento y dirigirnos a la ciudad de Tebas para dejarnos sitiar [348]); plan
4 que, oportunamente, conocerá de mis labios el rey. Pero tiempo habrá en otro lugar para tratar este asunto; de momento no debemos permitir que los griegos actúen como lo están haciendo: tenemos que perseguirlos hasta que, una vez en nuestro poder, paguen todo el daño que han infligido a los persas».

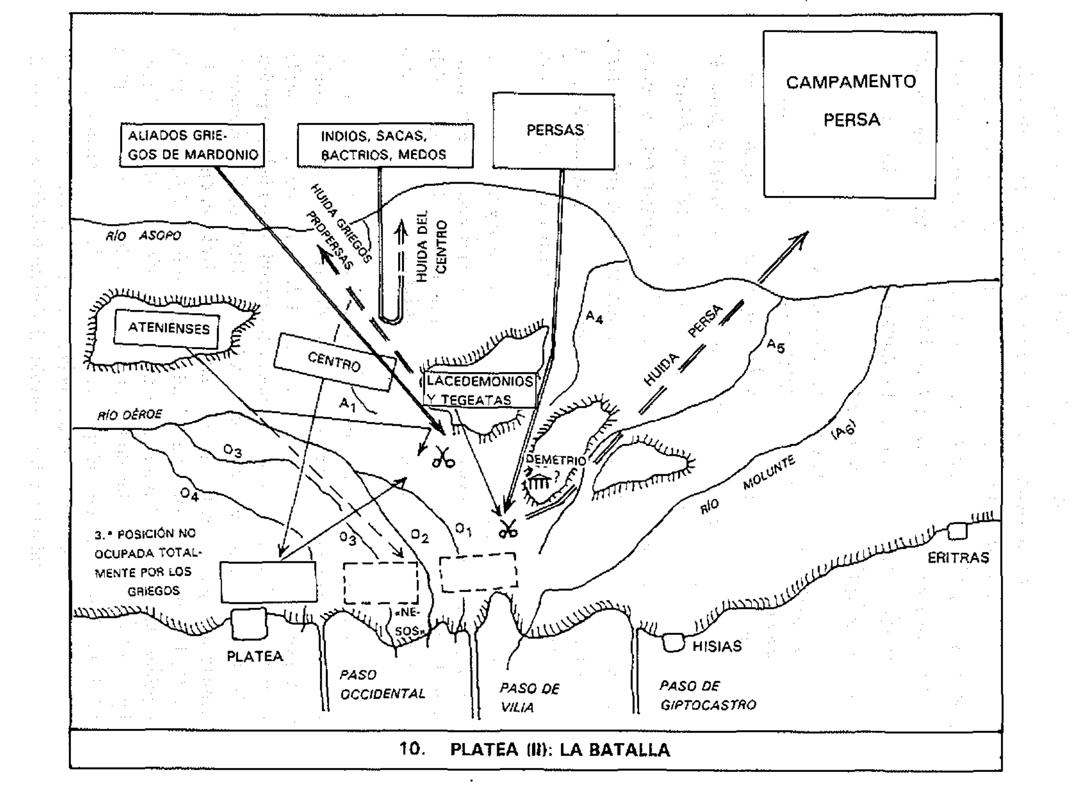
59 Dicho esto, hizo que los persas [349] cruzaran el Asopo y los condujo, a la carrera, tras las huellas de los griegos, convencido de que realmente se daban a la fuga; y lanzó a sus hombres sólo contra los lacedemonios y los tegeatas, porque las colinas le impidieron advertir que los atenienses
2 se habían dirigido a la llanura [350]. Por su parte, todos

---

[348] Cf. IX 41, 2-3, y notas *ad locum.*

[349] Tras doce días de aparente y tensa inactividad, la infantería persa entra en escena: el cruce del Asopo va a suponer jugarse el todo por el todo ante la retirada griega, que no había podido ser completada durante la noche. Al margen de las presiones a que Mardonio pudiera haber estado sometido por la situación persa en Jonia (cf. nota IX 261), es indudable que, como indica C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, páginas 336-337), «the retreat of the Greeks offered him a last chance which would be lost for ever if they got safely back to Kithairon, and the handicap of the hilly ground south of the river might seem to him to be compensated by the fact that the Greek wings during the withdrawal had become separated from the centre and from each other and so were more vulnerable».

[350] Pese a que el 'Asopos Ridge' debía impedir a los persas poder divisar a los atenienses, dada la dirección que estos últimos había tomado



10. PLATEA (III): LA BATALLA

los jefes de las demás unidades bárbaras, al ver que los persas se habían puesto a perseguir a los griegos, mandaron enarbolar de inmediato las enseñas y, a la máxima velocidad posible, iniciaron la persecución sin orden ni concierto alguno [351]. El caso es que los bárbaros, vociferando y en tropel, se lanzaron a la carga, convencidos de que iban a aniquilar a los griegos.

Lacedemonios y tegeatas se imponen a los persas. Muerte de Mardonio

60 Entretanto Pausanias, debido al acoso de la caballería, envió un jinete [352] a los atenienses y les dijo lo que sigue: «Atenienses, ante la suprema prueba que se avecina —que la Hélade se vea libre o quede esclavizada—, nosotros, los lacedemonios, y vosotros, los atenienses, hemos sido traicionados por nuestros aliados, que, durante la pasada noche, se han dado a la
2 fuga [353]. En estos momentos, pues, resulta obvio lo que,

(cf. nota IX 336), resulta inverosímil que, disponiendo los persas de caballería, Mardonio no tuviera una información más precisa de la situación de los efectivos griegos. Como en otras ocasiones (cf. nota VIII 419), el relato del historiador no incide en detalles de estrategia y táctica militares.

[351] En contraposición a la disciplina hoplítica, a los griegos debía antojárseles embarullada la forma de ataque de las fuerzas de Mardonio. El avance de su infantería, dada la necesidad de sorprender a los lacedemonios antes de que alcanzaran la base del Citerón, pudo haberse producido en dos oleadas (y a esto haría referencia Heródoto), corriendo la primera a cargo de los persas (los mejores efectivos del ejército; cf. IX 68; 71, 1; y A. Boucher, «La Bataille de Platées»..., págs. 301 y sigs.), a quienes seguirían los contingentes que integraban el centro del ejército 'bárbaro' (cf. IX 31). Sin duda Mardonio consideraba que la victoria dependía ineludiblemente de que los espartanos fueran vencidos.

[352] Cf. nota IX 327. El relato enlaza con lo narrado en IX 57, 3: el ataque de la caballería persa previo el descubrimiento por parte de Mardonio del repliegue de las fuerzas griegas.

[353] El mensaje de Pausanias (verosímil en su petición de apoyo) aparece distorsionado para exaltar el comportamiento de los atenienses. Co-

en consecuencia, debemos hacer: auxiliarnos mutuamente para defendernos lo mejor que podamos. Pues, si la caballería se hubiera lanzado primero contra vosotros, es indudable que a nosotros y a los tegeatas, que se hallan a nuestro lado sin traicionar a la Hélade, nos correspondería socorreros. Pero, como quiera que toda ella nos ha atacado a nosotros [354], es de justicia que, en este trance, acudáis vosotros en ayuda del contingente que se ve más agobiado. Ahora bien, si resulta que os ha sucedido algún contra- 3
tiempo que os impide venir personalmente a socorrernos, haced el favor de enviarnos a vuestros arqueros [355]. Bien sabemos que, en esta guerra que nos ocupa, sois vosotros quienes, con ventaja, más empeño ponéis, por lo que también [356] prestaréis oídos a esta demanda.

---

mo el triunfo en Platea se consiguió, sobre todo, merced a la disciplina espartana, al no descomponer su formación, pese al ataque de la caballería, hasta llegar al enfrentamiento cuerpo a cuerpo con la infantería persa (cf. IX 63-64), se elogia la obediencia ateniense a las directrices emanadas del Estado Mayor griego (cf. IX 51) y a la posterior indicación de Pausanias (cf. IX 55, 2). Es posible, sin embargo, que, tanto en Atenas como en Esparta, se censurara, con posterioridad a la batalla, la lentitud en el repliegue de los efectivos que, en la 'segunda posición', habían integrado el centro del ejército griego (que no había huido y permanecía apostado en los aledaños de Platea, con arreglo a las órdenes recibidas; cf. nota IX 317), lentitud que había impedido a atenienses y espartanos alcanzar sus objetivos respectivos en 'la isla' y los contrafuertes del Citerón.

[354] La afirmación no parece responder a la realidad, ya que la caballería de los griegos aliados de Mardonio debió de atacar a los atenienses (cf. IX 69, 2). Con todo, la narración de Heródoto no permite pronunciarse rotundamente sobre el particular (podría pensarse en un ataque en masa de la caballería de Mardonio, por el este del 'Asopos Ridge', para evitar que los griegos intentaran contactar con los suministros bloqueados en Giptocastro [cf. IX 50], y en un posterior desplazamiento hacia el oeste de la caballería beocia hasta encontrar a los atenienses).

[355] Cf. nota IX 134.

[356] Como ya habían hecho con la indicación lacedemonia de inter-

61 Al tener noticias de la situación de los lacedemonios, los atenienses se dispusieron a acudir en su socorro y a prestarles la máxima ayuda. Pero, cuando ya estaban en camino, los atacaron los griegos que, entre las tropas del monarca, habían sido alineados frente a ellos [357], por lo que, ante los problemas que les ocasionaba el acoso del enemigo, no pudieron ya acudir en socorro de Pausanias.
2 Así, pues, al verse aislados, los lacedemonios y los tegeatas (aquellos, incluidos los soldados armados a la ligera, sumaban cincuenta mil hombres, mientras que los tegeatas —que en ningún momento se separaron de los lacedemonios— contaban con tres mil [358]) procedieron a realizar sacrificios [359], decididos a enfrentarse a Mardonio y a las
3 tropas que tenían ante ellos. Mas, como quiera que los presagios que obtenían no eran favorables [360] y, entretan-

cambiar las posiciones (cf. IX 46-47; pero vid. nota IX 288) o la de dirigirse al 'Asopos Ridge' desde la colina de Pirgo (cf. IX 55, 2; y nota IX 331).

[357] En el ala derecha del ejército de Mardonio (cf. nota IX 199). Los contingentes que ahora atacan a los aliados son ya fuerzas de infantería.

[358] Heródoto se atiene a las cifras facilitadas en IX 28-30 (sin tener en cuenta las bajas producidas hasta entonces y la probable ausencia de parte de las tropas auxiliares, empleadas en otras misiones; cf. nota IX 254): cinco mil hoplitas espartiatas acompañados de treinta y cinco mil hilotas, cinco mil hoplitas periecos acompañados de otros tantos infantes ligeros, y mil quinientos hoplitas tegeatas acompañados de otros tantos infantes ligeros.

[359] Cf. nota IX 219.

[360] Posiblemente Pausanias (que consiguió mantener la disciplina de sus tropas durante las acometidas de la caballería) «manipulated the omens —señala C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 336— so as to delay his charge until the enemy infantry were fully committed to a fight at close quarters in sufficient numbers to make speedy retreat impossible» (cf., asimismo, G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 502; H. B. Wright, *The Campaign of Plataea...*, pág. 68).

to, muchos de ellos iban cayendo y otros muchos más resultaban heridos (pues los persas habían formado una barricada con sus escudos de mimbre y lanzaban sin parar gran cantidad de flechas [361]), en esa tesitura —debido a lo agobiados que se hallaban los espartiatas y a lo desfavorable de los presagios—, Pausanias dirigió su mirada al Hereo de Platea [362] e impetró a la diosa, rogándole que bajo ningún concepto se vieran frustradas las esperanzas de sus hombres.

Todavía estaba Pausanias formulando esta impetra- 62
ción cuando los tegeatas fueron los primeros en abandonar su puesto en la formación, dirigiéndose hacia los bárbaros [363]; e, inmediatamente después de la plegaria de Pausa-

---

[361] La habitual táctica de la infantería persa (cf., *infra,* IX 99, 3; 102, 2; JENOFONTE, *Anábasis,* I 8, 9; II 1, 6), consistente en fijar los *guérra* (cf. VII 61, 1), los escudos aquí mencionados, en el suelo mientras sus integrantes acribillaban a flechazos al enemigo (cf. nota VI 568), que, en este caso, y por el excepcional armamento defensivo de los hoplitas griegos (cf. nota VII 389), no surtirá el efecto esperado. Dado el empleo que los persas hacían de su caballería (cf. nota IX 107), una vez que su propia infantería pasaba a la acción, su misión se reducía a apoyar a los infantes (cf. W. W. TARN, *Hellenistic Military and Naval Developments,* Cambridge, 1930, pág. 53). Desde el momento en que la formación hoplítica se había mantenido en orden, la suerte de la batalla estaba echada.

[362] Cf. nota IX 318. Teniendo, sin embargo, en cuenta la posición en que debían de encontrarse lacedemonios y tegeatas (cf. nota IX 336), no es seguro que Pausanias tuviera el Hereo a la vista (cf. E. KIRSTEN, *RE...,* col. 2271). Volvemos a encontrarnos (cf., por ejemplo, VIII 77) con la habitual tendencia herodotea a insertar, en un momento decisivo del desarrollo de los hechos, datos que remiten al transfondo divino de los mismos.

[363] Pese a que A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro IX...,* pág. 183) apunta la posibilidad de que el valor de los tegeatas aparezca subrayado en un intento de menoscabar la actuación espartana, esta iniciativa de los hoplitas de Tegea debe interpretarse favorablemente a los lacedemonios, que

nias, los lacedemonios obtuvieron, en sus sacrificios, presagios favorables. Al producirse, por fin, esta circunstancia, también los lacedemonios se dirigieron contra los persas, que soltaron sus arcos [364] y les hicieron frente.

2 Primeramente se combatió en torno a la barricada formada por los escudos; y, cuando la misma se hubo desmoronado, se libró, acto seguido, un encarnizado combate, que duró largo rato, en las inmediaciones del mismísimo templo de Deméter [365], hasta que llegaron al cuerpo a cuerpo, ya que los bárbaros agarraban las lanzas del enemigo
3 y las rompían. Los persas, pues, no eran inferiores a los griegos ni en audacia ni en empuje, pero, además de no contar con armas defensivas [366], carecían de destreza militar y, en capacidad táctica, no podían compararse a sus adversarios [367]: se lanzaban sobre los espartiatas en aco-

---

se mantuvieron en sus puestos hasta que el combate cuerpo a cuerpo se hizo inevitable (cf. nota IX 360).

[364] Presumiblemente debido a la proximidad de los hoplitas griegos, contra quienes pasarían a utilizar armas cortas y alfanjes (cf. VII 61, 1).

[365] Cf. nota IX 339. A partir del relato del historiador resulta imposible establecer con claridad las diversas fases (aparentemente dos: la lucha en torno a la empalizada de escudos y la posterior resistencia persa en las cercanías del santuario de Deméter) de la batalla librada al sureste del 'Asopos Ridge'.

[366] Fundamentalmente, alusión al *aspís* metálico del hoplita, el escudo redondo (de casi un metro de diámetro y veinte kg. de peso) que, sostenido paralelo al pecho, protegía al guerrero griego desde la barbilla a las rodillas. Espartanos y tegeatas debieron aguardar a que la infantería persa se aproximase (al igual que habían resistido los iniciales acosos de la caballería) en posición defensiva, agachados detrás de sus escudos (cf. P. CONNOLLY, *Los ejércitos griegos...*, ilustración de la pág. 30).

[367] La afirmación debe entenderse referida a la inferior destreza individual y capacidad táctica colectiva de la infantería persa con respecto a los hoplitas griegos en combates cuerpo a cuerpo. Según PLATÓN (*Laques* 191c), los espartanos utilizaron la misma táctica que en las Termópi-

metidas individuales, o de diez en diez (o en grupos más o menos numerosos), y resultaban aniquilados.

En la zona en que se hallaba el propio Mardonio, que 63
combatía a lomos de un caballo blanco rodeado de un cuerpo de élite —los mil persas más valerosos [368]—, fue justamente donde los persas más presionaron a sus adversarios. Lo cierto es que, mientras Mardonio estuvo vivo, sus tropas resistieron y se defendieron, derribando a muchos lacedemonios. Pero, al morir Mardonio [369] y sucumbir los 2
efectivos que lo protegían, que eran los más aguerridos del ejército, fue cuando los demás contingentes se dieron a la fuga, cediendo ante los lacedemonios. De hecho, su mayor desventaja residía en su equipo, que carecía de armas defensivas, pues combatían contra hoplitas cuando ellos iban armados a la ligera [370].

Aquel día, de acuerdo con el oráculo dictado a los 64
espartiatas [371], Mardonio expió en su persona la muerte

---

las (aparentar movimientos de retirada; cf. VII 211, 3) para atraer a los infantes persas.

[368] Probablemente el escuadrón de caballería mencionado en VIII 113, 2 (cf., asimismo, nota VIII 579). No obstante, también es posible que ese escuadrón hubiese sido incluido entre el grueso de los jinetes persas y que Mardonio hubiera tomado parte en la batalla escoltado por los mil infantes persas más aguerridos (cf. N. G. L. Hammond, *A History of Greece*, Oxford, 1959, pág. 249).

[369] La muerte de Mardonio, el héroe negativo de la campaña de 480/479 a. C. (cf. nota VIII 141), se menciona sólo de pasada y sin concederle especial atención (a diferencia, por ejemplo, del relato sobre la muerte de Masistio; cf. IX 22).

[370] Sobre la indumentaria y armamento de los persas, cf. notas VII 320-323. Los elementos defensivos de la armadura del hoplita consistían en casco, hombreras, coraza anatómica, protecciones del antebrazo, ventrera, escudo, muslera, grebas, tobilleras y protecciones del pie.

[371] Cf. VIII 114, y notas *ad locum*.

de Leónidas [372]; y Pausanias, hijo de Cleómbroto y nieto
2 de Anaxándridas (ya he citado [373], al referirme a Leónidas, los nombres de sus antepasados más lejanos, pues resulta que son los mismos para ambos personajes), obtuvo, que nosotros sepamos [374], la victoria más gloriosa de todas.

Por su parte Mardonio murió a manos de Arimnesto [375] (un individuo que en Esparta gozaba de prestigio), quien, cierto tiempo después de las Guerras Médicas —con

[372] Como señala A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 184), «la sorte di Mardonio somiglia a quella di Creso, che con la perdita del regno espia l'usurpazione compiuta da Gige: cf. I 91... Mentre però il problema morale della responsabilità di Creso è presentato in modo sfaccettato e sfumato, così da rendere dubbia ogni soluzione perentoria, nel caso di Mardonio si ha una netta caratterizzazione negativa, che rende naturalmente accettabile e comprensibile il processo colpa-castigo. Si conclude in tal modo la tragica vicenda di Mardonio, su cui le indicazioni di VIII 114 avevano già fatto calare una luce sinistra».

[373] Cf. VII 204.

[374] Pese a las gravísimas acusaciones que, sobre Pausanias y su posterior muerte en Esparta, existían en el mundo griego (cf. nota VIII 20), al haber traicionado a los griegos y haberse exilado en Persia (probablemente en 474 a. C., tras la caída de Bizancio en manos griegas, aunque la cronología es controvertida; cf. A. Lippold, «Pausanias von Sparta und die Perser», *Rheinisches Museum* 108 (1965), págs. 320 y sigs.), Heródoto dedica en su obra encendidos elogios al vencedor de Platea. Cf., en general, E. Kirsten, «Athener und Spartaner in der Schlacht bei Plataiai», *Rheinisches Museum* 86 (1937), págs. 50 y sigs.; y J. Wolski, «Pausanias et le problème de la politique spartiate», *Eos* 47 (1954), págs. 75 y sigs.

[375] Según Plutarco (*Arístides* 19), Arimnesto lo mató de una pedrada, con lo que se cumplía un sueño profético tenido por un lidio al que Mardonio había enviado a consultar (en la misma ocasión en que se atribuye esa misión al cario Mis, en VIII 134) el oráculo de Anfiarao. Sobre la posibilidad, harto difícil (cf. Aristodemo, *F. Gr. Hist.* 104, frs. 1, 2 y 5), de que Arimnesto no fuera espartiata, cf. R. W. Macan, *Herodotus...*, I, pág. 733.

ocasión de una guerra contra todos los mesenios [376]—, combatió al frente de trescientos hombres en Esteniclero [377], donde tanto él como sus soldados perdieron la vida [378].

Entretanto, en Platea, al darse a la fuga ante los lace- 65
demonios, los persas huyeron sin orden alguno hacia su
campamento y hacia el fuerte de madera que habían erigi-
do en territorio tebano [379]. Y por cierto que me llena de 2
perplejidad que, pese a que la batalla se desarrolló en las
inmediaciones del santuario [380] de Deméter, no se vio a
un solo persa que entrara en el sagrado recinto o que mu-
riera en su interior, sino que la mayoría de ellos cayeron
alrededor del templo, en terreno profano [381]. Por eso opi-

---

[376] La revuelta de los hilotas, conocida como «tercera guerra mesénica», que se inició en 464 a. C., tras el violento terremoto que asoló Esparta; cf. P. OLIVA, *Sparta and her social problems...*, págs. 152 y sigs.

[377] La llanura mesenia situada al nordeste del monte Itome. Los trescientos soldados a las órdenes de Arimnesto debían constituir las tropas de élite puestas a disposición del monarca lacedemonio que estuviera al frente de las operaciones militares en caso de guerra (cf. TUCÍDIDES, V 72, 4; y, *supra*, VII 205, 2).

[378] Es propio de la narrativa herodotea atender al destino final de un ser humano que, por una u otra razón, haya destacado incidentalmente en su relato (cf. C. SCHRADER, en J. A. LÓPEZ FÉREZ (ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1988, pág. 512), lo que, de paso, sirve para incidir en la teoría del 'ciclo' que gobierna el acontecer histórico (cf. nota IX 171).

[379] Lo que implica que los persas cruzaron el Asopo en dirección Norte. Cf. nota IX 87.

[380] Literalmente, «el bosque sagrado», término que también puede referirse a la totalidad de un recinto sagrado aunque carezca de árboles (cf. *Ilíada*, II 506; SÓFOCLES, *Antígona* 844). Para la traducción, sigo la interpretación de J. E. POWELL, *A Lexicon to Heródotus*, Hildesheim, 1977 (= Cambridge, 1939), pág. 16.

[381] Según G. B. GRUNDY, *Great Persian War...*, pág. 503, la indicación de Heródoto permitiría suponer que el templo de Deméter se encontraba en la colina en donde, en la actualidad, se alza la capilla de San

no —si puede manifestarse una opinión sobre cuestiones relativas a los dioses [382]— que la propia diosa se negó a acoger a los persas porque habían incendiado su santuario de Eleusis [383].

66 Tal fue, en suma, el resultado de esta batalla [384].

Huida de Artabazo

Por su parte Artabazo, hijo de Fárnaces, había desaprobado, ya desde un principio [385], la decisión del monarca de dejar a Mardonio en Grecia; y, posteriormente, cuando se opuso

---

Demetrio (cf., sin embargo, nota IX 339). En su huida, la infantería persa habría bordeado dicha colina y de ahí que ningún persa se hubiese refugiado en el santuario.

[382] Como buen representante de la religiosidad tradicional (cf. nota VIII 392), el historiador tiene conciencia del carácter desvalido *(amêchanos)* del ser humano ante la divinidad (es lo que se conoce como 'cultura de culpabilidad'; cf. E. R. Dodds, *The Greeks and the Irrational* = *Los griegos y lo irracional* [trad. esp. M. Araujo], Madrid, 1960, cap. II), por lo que no está al alcance del hombre la facultad de interpretar adecuadamente la voluntad divina (cf., *supra*, II 3, 2; Hesíodo, fr. 169 Rzach; Jenófanes, fr. 34 *DK;* Solón, fr. 16 Diehl).

[383] Heródoto no ha precisado si el incendio se produjo durante la invasión del Ática acaudillada por Jerjes, en 480 (cf. VIII 50), o si tuvo lugar en la posterior incursión comandada por Mardonio (cf. IX 14). El término que traduzco por santuario *(anáktorion)* alude, posiblemente, al *telesterion* de Eleusis, la gran sala del templo de las Grandes Diosas (Deméter y Core), donde los fieles eran iniciados en los misterios (cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description...*, II, pág. 510; D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...*, págs. 644 y sigs.).

[384] Como indica Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 55, nota 2), «ce qui est raconté jusqu' ici ne forme pas un récit complet de 'la bataille de Platées'; mais l'acte principal est joué; après la mort de Mardonios et la déroute des troupes qu'il commandait, on peut tenir la victoire pour acquise». Pero que Heródoto trate independientemente el enfrentamiento entre persas y espartanos del de los demás efectivos presentes en Platea se debe, probablemente, a la diferencia de sus

a que se presentara combate, no había obtenido el menor resultado pese a sus reiteradas objeciones [386]. Por eso, como desaprobaba las medidas que tomaba Mardonio, su actitud personal fue la siguiente [387]: apenas iniciado el 2
combate, Artabazo, que sabía perfectamente [388] qué desenlace iba a tener la batalla, se puso al frente de las tropas que se hallaban a sus órdenes (tenía bajo su mando un no despreciable contingente: se elevaba a unos cuarenta mil hombres [389]) y, una vez dispuestos en perfecta formación, los instó a todos a que, con el mismo empeño que advirtiesen en él, se dirigieran estrictamente al objetivo que personalmente les señalara. Después de darles estas ins- 3
trucciones, aparentó acaudillar a sus tropas a la batalla; pero, como era él quien abría la marcha, pudo ver que los persas ya se daban a la fuga, por lo que no condujo ya a sus hombres con el mismo orden: mandó emprender la huida a marchas forzadas no en dirección al fuerte de madera o al recinto amurallado de Tebas, sino en direc-

fuentes de información, que el historiador no coordinó adecuadamente en su relato de la batalla.

385 Es decir, inmediatamente después de Salamina (cf. VIII 115, 1).

386 Cf. IX 41.

387 El relato del comportamiento de Artabazo en Platea tiene carácter apologético, para conciliar su retirada con los importantes cargos que ocupó en años posteriores (cf. nota VIII 650; y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 269-270).

388 Pues Artabazo había asumido, ante Mardonio, el papel de *practical adviser* (cf. notas IX 54 y 261).

389 Artabazo debía de comandar el centro del ejército persa (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 536-537, donde se analizan las fases de la batalla y el acierto de la decisión de Artabazo al ordenar el repliegue), o parte del mismo, por lo que es meramente especulativo suponer que estos cuarenta mil hombres aquí citados constituían los supervivientes del cuerpo de sesenta mil que habían intervenido en las operaciones de la Calcídica (cf. VIII 126 y sigs.).

ción a Fócide [390], al objeto de llegar cuanto antes al Helesponto [391].

67 Esa fue, en definitiva, la dirección que tomaron dichas tropas.

Los atenienses derrotan a los griegos aliados de los persas

Mientras que el resto de los griegos que figuraban en el ejército del rey se mostraron deliberadamente remisos, los beocios combatieron durante largo tiempo contra los atenienses [392]. Lo cierto es que los tebanos que abrazaban la causa de los medos [393], lejos de mostrarse deliberadamente re-

[390] Al noroeste de Beocia. Cf. nota VIII 158.

[391] Dado que Artabazo acabó llegando a Bizancio, en el Bósforo (cf. IX 89, 4), el Helesponto, como en otras ocasiones (cf., por ejemplo, IV 95, 1; 138, 2; V 103, 2; VI 26, 1; 33, 1; etc.), incluye el Bósforo, la Propóntide y el Helesponto propiamente dicho. Esta designación genérica era habitual en Atenas, pues el «helespóntico» fue uno de los distritos tributarios atenienses durante la segunda mitad del siglo v a. C., y abarcaba toda la zona.

[392] Heródoto, en apariencia, sólo alude, entre los efectivos que integraban el ala derecha del ejército de Mardonio, al ataque de la caballería contra los atenienses (las trescientas bajas sufridas por los tebanos mencionados a continuación debían pertenecer a tropas montadas, ya que los aristócratas de Tebas eran quienes constituían la caballería de la ciudad) y, acto seguido (cf. IX 69, 2), contra parte del centro del ejército griego. No obstante, el que los atenienses llegaran al fuerte construido por los persas, en la orilla septentrional del Asopo, más tarde que los lacedemonios (cf. IX 70, 2), al margen de la menor distancia que tenían que salvar estos últimos para llegar hasta allí, puede justificarse por el enfrentamiento de los hoplitas griegos aliados de Mardonio con los atenienses y los plateos. Sea como fuere, el historiador, por la disparidad de sus fuentes, desarrolla las diversas fases de la batalla como si constituyeran episodios aislados. La huida del ala derecha persa, al igual que la del centro, hubo de producirse cuando los espartanos se alzaron con la victoria.

[393] La precisión viene justificada porque en Tebas había ciudadanos hostiles a los oligarcas que regían la ciudad y favorables a la causa grie-

misos, desplegaron un entusiasmo no desdeñable en la batalla, hasta el extremo de que trescientos de ellos —los más prestigiosos y valientes— cayeron aquel día a manos de los atenienses. Y, cuando también ellos se dieron a la fuga, lo hicieron en dirección a Tebas [394], sin seguir en su huida a los persas y a toda la multitud integrada por sus demás aliados [395], quienes no se batieron encarnizadamente con nadie ni llevaron a cabo nada destacado.

Ello demuestra, a mi juicio, que todo el poderío de 68
los bárbaros dependía de los persas, pues, si esos efectivos [396] se dieron aquella jornada a la fuga —antes, inclu-

---

ga. Cf. U. Cozzoli, «La Beozia durante il conflitto tra l'Ellade e la Persia», *Rivista di Filosofia* 36 (1958), págs. 264 y sigs.; y D. Hegyi, «Boiotien in der Epoche der griechisch-persischen Kriege», *Annales Universitatis Budapestinensis* 1 (1972), págs. 21 y sigs.

[394] Probablemente por la ruta Platea-Tebas, que cruzaba la llanura existente entre la colina de Pirgo y el 'Asopos Ridge'. En Diodoro (XI 32, 1-2) la victoria ateniense aparece magnificada al mencionar una improbable persecución de los atenienses a los beocios fugitivos, que habrían sido nuevamente batidos ante los muros de su ciudad.

[395] Cf. nota VII 494. De estos fugitivos hay que excluir a quienes se hallaban a las órdenes de Artabazo, sin que pueda precisarse qué grupos étnicos se refugiaron con los persas en el fuerte.

[396] Aparentemente, se alude a la 'multitud', integrada por el resto de los contingentes bárbaros (excluidas las tropas de Artabazo), mencionada al final del capítulo precedente. R. W. Macan (*Herodotus...*, I, pág. 739) consideraba, sin embargo, que el capítulo 67 puede ser una interpolación posterior del propio Heródoto, con lo que los efectivos en cuestión serían los hombres de Artabazo. Es posible que la estrategia de Mardonio, al enterarse del repliegue griego de la 'segunda' a la 'tercera posición', estuviera basada en un hostigamiento de sus dos alas de caballería a las posiciones lacedemonias y atenienses, seguida de una primera oleada de infantería (los persas contra los espartanos, y sus aliados griegos contra los atenienses), que habría de verse reforzada por una segunda oleada de infantes (las tropas de Artabazo y los contingentes aquí aludidos). No obstante, el relato de Heródoto no permite esbozar con

so, de haber trabado combate con sus adversarios—, se debió a que vieron que también los persas lo hacían.

Así, pues, todos ellos se dieron a la fuga, a excepción de la caballería, en especial la de los beocios, que prestó una importante cobertura a los fugitivos, al mantenerse en todo momento muy próxima al enemigo y proteger de los ataques griegos a sus camaradas en fuga. Sea como fuere, los vencedores perseguían a las tropas de Jerjes, hostigándolas y diezmándolas.

Revés del resto de efectivos helenos ante la caballería tebana

69 En plena huida de los bárbaros, el resto de los griegos —que permanecían apostados en las inmediaciones del templo de Hera [397] y que no habían tomado parte en la batalla— recibieron la noticia [398] de que se había entablado una batalla y que Pausanias y los suyos se estaban imponiendo. Al oír esto, y sin adoptar orden de combate alguno [399], el sector de los corintios [400] se dirigió a la zona de operaciones, por las estri-

claridad el desarrollo global de la batalla. Cf. H. B. Wright, *The Campaign of Plataea...*, pág. 69; y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 337, nota 6.

[397] Cf. IX 52. Se trata de los efectivos griegos que habían ocupado el centro del ejército en la 'segunda posición' y que se habían replegado, de acuerdo con las instrucciones que habían recibido (cf. notas IX 317 y 319), hasta Platea.

[398] Seguramente un mensaje enviado por Pausanias para que acudieran en apoyo de los atenienses y plateos, y de los lacedemonios y tegeatas (cf. W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai»..., págs. 50-51); mensaje que habría sido enviado cuando la victoria griega aún no se había consumado (lo que explicaría, por ejemplo, las pérdidas que sufrieron megareos y fliasios ante el ataque de la caballería beocia, que se menciona al final del capítulo).

[399] La afirmación, difícilmente aceptable, debe ser reflejo de la rapidez con que los griegos situados junto al Hereo decidieron intervenir.

[400] Posiblemente el ala derecha de lo que, en la 'segunda posición', había constituido el centro del ejército griego (cf. IX 28, 3-4): corintios,

baciones de la montaña y por las colinas, siguiendo el camino que sube directamente al santuario de Deméter, mientras que el sector de los de Mégara y Fliunte [401] lo hicieron por la llanura, siguiendo el camino menos accidentado. Cuando los de Mégara y Fliunte estuvieron cerca 2
del enemigo, los jinetes tebanos (a cuyo frente se hallaba Asopodoro [402], hijo de Timandro), que los habían divisado en su avance a marchas forzadas y sin orden alguno, espolearon sus caballos contra ellos. Y, con ocasión de su ataque, abatieron a seiscientos de ellos y a los demás los rechazaron, persiguiéndolos hasta el Citerón [403].

---

potideatas, orcomenios de Arcadia, sicionios, epidamnios, trecenios, lepreatas, micénicos y tirintios), que, en total, habían contado inicialmente con 11.300 hoplitas. Su objetivo (teniendo en cuenta la ruta que, aunque de manera imprecisa, les atribuye Heródoto: las estribaciones del Citerón) debía ser apoyar a Pausanias y los suyos, para lo cual tenían que avanzar hacia el Este.

[401] El ala izquierda del centro griego, en la 'segunda posición' (cf. IX 28, 4-6: fliasios, hermioneos, eretrieos y estireos, calcideos, ampraciotas, leucadios y anactorios, paleos, eginetas y megareos), integrada inicialmente por 7.300 hoplitas. Su objetivo debía ser apoyar a atenienses y plateos (cf. Diodoro, XI 32), para lo cual se dirigieron hacia el nordeste, cruzando el río Oéroe, por la llanura de Platea.

[402] Tal vez el padre del Heródoto que ganó la carrera de carros en los Juegos Ístmicos, en cuyo honor compuso Píndaro la *Ístmica I* (Asopodoro aparece mencionado en el verso 34), poema que se fecha hacia 458 a. C. (cf. E. L. Bundy, *Studia Pindarica*, Berkeley-Los Ángeles, 1962, cap. 2).

[403] La intervención de los hoplitas que acudieron en socorro de los atenienses debió de resultar decisiva para que éstos consiguieran imponerse a la infantería griega aliada de Mardonio, al distraer la atención de la caballería beocia (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 338).

Los griegos capturan el fuerte persa

70 Esos efectivos, en definitiva, perecieron sin pena ni gloria[404].

Entretanto, una vez refugiados en el fuerte de madera, los persas y el resto de sus tropas se apresuraron a subir a las torres antes de que llegaran los lacedemonios; y, ya en ellas, reforzaron la fortificación[405] lo mejor que pudieron, por lo que, al presentarse los lacedemonios[406], unos y otros entablaron por la posesión del fuerte una batalla bastante
2 reñida. A decir verdad, hasta que no acudieron los atenienses, los persas se defendieron con una neta superioridad sobre los lacedemonios, dado que estos últimos carecían de experiencia en expugnar fortificaciones[407]; pero,

[404] Pese a lo que dice Heródoto, la tradición relativa a los caídos durante la Segunda Guerra Médica (incluída la batalla de Platea) era muy importante en Mégara: sus restos fueron sepultados dentro de la ciudad (cf. Pausanias, I 43, 3), y se atribuía a Simónides (cf. *escolio* a Teócrito, XII 27 = Simónides, fr. 124 Page) un epigrama compuesto en su honor.

[405] Como señala R. W. Macan (*Herodotus...*, I, pág. 742), «the exact nature of the operation here recorded is obscure. The time was past for 'strengthening' their wall by additional fortifications, nor would the ascent of the towers be the natural preliminary to such work. *Phrássein* [= «fortificar»] can hardly be watered down so as merely to *phylássein* [= «vigilar»], but might perhaps be translated, 'put into a posture of defence'».

[406] Aparte de llevar un equipo mucho más ligero que el de los hoplitas griegos (cf. IX 63, 2), las tropas persas pudieron refugiarse en el fuerte, antes de que llegaran los lacedemonios, debido a la cobertura que les había prestado su caballería (cf. IX 68).

[407] Como, en general, les sucedía a todos los griegos por estas fechas. La referencia a la mayor habilidad poliorcética de los atenienses (cf. Tucídides, I 102, 2) resulta anacrónica (motivada, además, porque, a mediados del siglo v a. C., Atenas se hallaba amurallada, cosa que no ocurría con Esparta), pues sólo la adquirieron con ocasión de las revueltas

al sumárseles los atenienses, fue cuando la lucha por la posesión del fuerte se tornó encarnizada, prolongándose durante largo tiempo. Finalmente, merced a su valor y tenacidad, los atenienses escalaron el muro y abrieron una brecha por la que, acto seguido, irrumpieron los griegos. Los primeros que penetraron en el fuerte fueron los te- 3
geatas [408], siendo ellos quienes saquearon la tienda de Mardonio [409], de la que, entre otras cosas, se llevaron el pesebre de sus caballos, una destacada pieza, toda de bronce. (Por cierto que los tegeatas consagraron el citado pesebre de Mardonio en el templo de Atenea Alea [410], pero el resto

---

de los aliados que tuvieron que sofocar en tiempos de la Liga Delo-ática (cf. PLUTARCO, *Pericles* 27; DIODORO, XII 28, 3). Pese a lo que opina F. JACOBY, *RE*..., col. 464, nos encontramos nuevamente ante una tradición proateniense.

[408] Probablemente Heródoto se está haciendo eco de dos tradiciones diferentes que no armonizó (de ahí la hipótesis de A. HAUVETTE, *Hérodote historien...*, pág. 481, respecto a que los atenienses hubieran actuado como zapadores y el asalto al muro hubiera corrido a cargo de los de Tegea), pues resulta poco verosímil que hubiesen sido los atenienses quienes escalaran el muro y abrieran una brecha, pero que los primeros en irrumpir en el fuerte fuesen los tegeatas (cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 737), cosa que parece admisible por su saqueo de la tienda de Mardonio, de la que, por esa acción, les permitieron conservar el pesebre.

[409] Quizá era la que el año anterior había utilizado Jerjes (cf. IX 82). Según PLUTARCO (*Pericles* 13) y PAUSANIAS (I 20, 4), el Odeón, que se construyó, a instancias de Pericles, en la ladera sur de la Acrópolis (y que fue terminado en el año 443 a. C.), estaba inspirado arquitectónicamente en esta tienda.

[410] Es decir, Atenea *Protectora* (cf. L. R. FARNELL, *Cult of Greek States*, Londres, 1907, I, pág. 274; aunque en Arcadia noroccidental, a unos 35 km. de Tegea, existía una localidad denominada Alea). El templo de época de Heródoto se incendió en el año 395 a. C., siendo reconstruido con gran boato (cf. PAUSANIAS, VIII 45 y sigs.; y J. G. FRAZER, *Pausanias' Description...*, IV, págs. 425-426); aunque algunas ofrendas

de su botín lo llevaron al mismo lugar en que depositaron
4 el suyo los demás griegos.) Por su parte los bárbaros, al sucumbir la fortificación, ya no se reorganizaron y a ninguno de ellos se le ocurrió defenderse: al verse encerrados en un reducido espacio decenas y decenas de miles de
5 hombres, iban aterrados de un lado para otro. Por ello, los griegos pudieron causar tantas bajas que, de un ejército de trescientos mil hombres, ni siquiera sobrevivieron (sin contar a los cuarenta mil con los que huyó Artabazo) tres millares de soldados [411]. Durante el combate, por parte de los lacedemonios de Esparta [412] murieron, en total, noventa y un hombres; por parte de los tegeatas, dieciséis; y, por parte de los atenienses, cincuenta y dos [413].

---

se salvaron (cf., *supra,* I 66, 4; PAUSANIAS, VIII 47, 2), el pesebre aquí citado no debió figurar entre ellas.

[411] Es posible que esa fuera la cifra de supervivientes en el fuerte, «but it is not likely —señala C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, pág. 340— that all the fugitives from the left wing fled to the fort; some may have escaped with Artabazos. If the 40.000 with him were the survivors from the Persian left and centre combined, the non-European parts of Mardonios' army may have lost about 10.000 men altogether, in the battle and in the storming of the fort». La cifras que proporcionan CTESIAS (*F. Gr. Hist.* 688, fr. 13: ciento veinte mil bajas) y DIODORO (XI 32, 5: más de cien mil) son también excesivas (ESQUILO, *Persas* 818; habla de «montañas de caídos»), debido a la magnitud desmedida que los autores griegos atribuían a los efectivos persas durante la Segunda Guerra Médica (cf. notas VII 901 y VIII 509; y T. CUYLER, «480-479 B. C. A Persian perspective», *Iranica antiqua* 15 (1980), págs. 213 y sigs.).

[412] Es decir, los espartiatas, excluidos periecos e hilotas.

[413] La cifra total (ciento cincuenta y nueve hombres) es inverosímilmente baja, por lo que hay que suponer que Heródoto se está refiriendo a los griegos que murieron con ocasión de la conquista del fuerte (por eso aludiría tan sólo a espartiatas, tegetas y atenienses, sin incluir las pérdidas sufridas con anterioridad a la huida de los persas: cf. IX 61, 3; 63, 1), o bien se equivocó al leer las inscripciones en honor de los

Combatientes más destacados

Entre los bárbaros destacaron la infantería persa, la caballería de los sacas[414] y, a título individual —según cuentan[415]—, Mardonio. Entre los griegos[416], pese a que tanto los tegeatas como los atenienses se comportaron valerosamente, fueron los la- 71

caídos en Platea (cf. IX 85). CLIDEMO (*F. Gr. Hist.* 323, fr. 22, *apud* PLUTARCO, *Arístides* 19, 6) indica que fue la tribu Ayántide, una de las diez que había en Atenas (cf. nota V 312), la que sufrió las cincuenta y dos bajas (aunque el testimonio de Clidemo al respecto parece tendencioso; cf. U. VON WILAMOWITZ, *Aristoteles und Athen,* I, Berlín, 1898, pág. 286, nota 36), lo que, en términos generales, quizá representara una décima parte de las pérdidas totales de los atenienses. Los mil trescientos sesenta hoplitas griegos muertos en Platea de que habla PLUTARCO, *Arístides* 19, 5, también parecen un número excesivamente exiguo.

[414] Es decir, integrantes exclusivamente del ala izquierda de los efectivos de Mardonio, que fueron los que se enfrentaron con espartanos y tegeatas. Sobre la caballería de los sacas, cf. nota VII 438.

[415] Heródoto se está haciendo eco de una versión laudatoria de la persona del caudillo persa que, sin duda, coexistía con la más extendida que reprobaba su figura (cf. nota IX 369). Estamos, pues, ante una 'doppelte Beleuchtung' (cf. TH. SPATH, *Das Motiv der doppelten Beleuchtung bei Herodot,* Viena, 1968, pág. 95).

[416] No nos encontramos, como ocurrió tras Salamina (cf. VIII 123), con una *aristía,* o premio al valor, sino con una opinión personal del historiador, que, en general, contradice la tendenciosidad de algunas de sus fuentes de información antiespartana para la campaña de Platea (cf., por ejemplo, notas IX 288 y 324). Según PLUTARCO (*Arístides* 20, 1-3; *De Herodoti malignitate* 42), atenienses y peloponesios disputaron por el reconocimiento a su primacía, siendo zanjada la cuestión por una proposición corintia tendente a que se otorgara ese reconocimiento a los plateos (cosa dudosa, pues TUCÍDIDES, III 53-59, en el 'debate de Platea', no alude ello). Las fuentes del siglo V (como ESQUILO, *Persas* 816 y sigs.; PÍNDARO, *Pít.*, I 77) coinciden en la primacía espartana (cf., asimismo, DIODORO, XI 33, 1), mientras que la literatura ática panegírica del siglo IV a. C. tendió a minimizar su decisiva actuación (cf. PLATÓN, *Menéxeno* 240).

cedemonios quienes más se distinguieron por su arrojo
2 (realmente, y como quiera que todos ellos vencieron a sus respectivos adversarios no cuento con más elemento de juicio para afirmarlo que el hecho de que se enfrentaran a los mejores elementos del enemigo y los derrotaran).

En mi opinión, el guerrero más valiente fue, con diferencia, Aristodemo, el personaje que, por haber sido el único integrante de los trescientos lacedemonios que escapó con vida de las Termópilas, fue objeto de muestras de desprecio y deshonra [417]; y, tras él, destacaron los espar-
3 tiatas Posidonio, Filoción y Amonfáreto [418]. No obstante, cierto día en que se suscitó una discusión sobre quién de ellos había sido el más valiente, los espartiatas que tomaron parte en la batalla coincidieron en que Aristodemo, abandonando temerariamente su puesto en la formación [419], había realizado grandes proezas porque, debido a la acusación que se le imputaba, era evidente que quería perder la vida, mientras que Posidonio se había comportado vale-

[417] Cf., *supra,* VII 229-231.

[418] Prueba de que su pretendida insubordinación (cf. IX 53 y sigs.) no había sido tal. La aparente contradicción entre ambos pasajes debe explicarse por la disparidad de fuentes (cf. F. Jacoby, *RE...*, col. 465). El orden en que se cita a los espartiatas (el pasaje, con todo, presenta problemas textuales; cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 59, nota 3) ha de interpretarse en prioridad decreciente a sus méritos; por eso la tradición espartana que sigue Heródoto sólo parangonaba con Aristodemo a Posidonio.

[419] Tal vez con ocasión de la carga de los tegeatas (cf. IX 62, 1). Que un hoplita rompiera la formación ponía en grave peligro a su compañero de la izquierda, a quien protegía con su escudo. Aristodemo, pues, antepuso razones personales a conveniencias colectivas, y de ahí que su valor fuera considerado temeraria irresponsabilidad (el ideal griego de muerte gloriosa no consistía en un desprecio hacia la vida; cf. J. P. Vernant, «Der griechische Tod. Tod mit zwei Gesichtern», *Hephaistos* 3 (1981), págs. 17 y sigs.).

rosamente sin tener deseos de perder la vida, por lo que contaba con más méritos. Ahora bien, también es posible 4 que se expresaran en esos términos por envidia [420]; sea como fuere, todos esos espartiatas que murieron en dicha batalla —y cuyo número he facilitado [421]— recibieron honores [422], salvedad hecha de Aristodemo, ya que este último, como quería perder la vida por la razón que he señalado, no los recibió.

Éstos [423] fueron los espartiatas que más gloria alcanzaron en Platea, pues Calícrates, el guerrero más apuesto [424], de los griegos de su época —no sólo de los lacedemonios propiamente dichos, sino de todo el mundo griego—, presente entre los efectivos helenos, murió sin tomar parte en la batalla. Este personaje, cuando Pausanias estaba realizando los sacrificios [425], se encontraba situado [426] en su 72

---

[420] Cf. nota VIII 636.

[421] Al final del capítulo precedente.

[422] Consistentes en la celebración de un funeral de carácter oficial, la erección de un monumento funerario (cf. IX 85), y la consagración de ofrendas en su honor. Cf. N. Robertson, «The collective burial of fallen soldiers at Athens, Sparta and elsewhere. Ancestral custom and modern misunderstanding», *Échos Monde Classique* 28 (1983), págs. 78 y sigs.

[423] Los honores los recibieron todos los espartiatas caídos en Platea, pero los más destacados fueron los citados nominalmente en el capítulo anterior.

[424] Por lo que ya poseía una fama intrínseca. La belleza física (la concepción griega de la misma, tanto masculina como femenina, incluía una elevada estatura [cf. I 60, 4; III 1, 3; V 12, 1; VII 187, 2]; de ahí que Plutarco, *Arístides* 17, mencione ese rasgo de Calícrates) era parangonada, en los ideales de época arcaica (cf., por ejemplo, Mimnermo, fr. 1 Diehl), a las cualidades éticas, siguiendo un *tópos* ya presente en la épica (cf. *Ilíada,* II 673 y sigs.).

[425] Cf. IX 61, 2.

[426] Posiblemente, «acuclillado» (el verbo empleado en el texto griego significa «estar sentado»; cf. Eurípides, *Suplicantes* 357; 664; Plutarco,

puesto y resultó herido de un flechazo en el costado.
2 Y, mientras sus camaradas se hallaban en plena batalla, él, que había sido evacuado de la formación, le dijo, agonizando, a Arimnesto de Platea [427] que no le importaba morir por la Hélade, sino hacerlo sin haberse empleado a fondo [428] ni haber conseguido realizar, cuando tanto ansiaba llevarla a cabo, una proeza digna de su persona [429].

73 Por parte ateniense sobresalió, según cuentan, Sófanes, hijo de Eutíquidas, originario de Decelea [430], el demo cuyos habitantes, al decir de los propios atenienses, hicieron en cierta ocasión una cosa que les reportó un perenne be-
2 neficio: resulta que, cuando, en tiempos remotos [431], los hijos de Tindáreo invadieron el Ática con un numeroso

---

Arístides 17), para protegerse con el escudo de las flechas y jabalinas que los persas estaban arrojando (cf. IX 61, 3; 62, 1).

[427] Según Plutarco (*Arístides* 11), se trataba del jefe de los efectivos plateos (Pausanias, IX 4, 2, añade que ya había estado al frente del contingente de Platea que combatió junto a los atenienses [cf., *supra*, VI 108] en Maratón), por lo que quizá el diálogo entre Calícrates y Arimnesto tuvo lugar en una fase posterior a la que lo sitúa Heródoto (ya que los plateos habían figurado, en la 'segunda posición', al lado de los atenienses; cf. IX 28, y Plutarco, *Arístides* 20). Algunos manuscritos presentan, para el nombre de este personaje, la lectura *Aeimnesto*, un plateo mencionado por Tucídides, III 52, 5, al citar a su hijo Lacón, que fue *próxeno* de Esparta en Platea. Sobre el sistema de evacuación de los heridos, cf. Jenofonte, *Helénicas* IV 5, 14.

[428] Literalmente, «porque no había empleado el brazo»; es decir, sin haber llegado al cuerpo a cuerpo.

[429] Destacar en el campo de batalla, defendiendo a su ciudad, aun a costa de la muerte, era el mejor medio para permanecer vivo en la memoria de la colectividad, y se había convertido en un lema ideológico para el ciudadano-soldado de Esparta (cf. Tirteo, fr. 9 Diehl; y N. Loraux, «La 'belle mort' spartiate», *Ktêma* 2 (1977), págs. 105 y sigs.).

[430] Cf. nota IX 80.

[431] En época mítica (cf. nota IX 160).

ejército para rescatar a Helena [432] y obligaban a emigrar a la población de los demos (pues no sabían dónde estaba escondida Helena), cuentan que, en esa tesitura, los de Decelea o —según otros— el propio Décelo, indignado ante el desafuero de Teseo [433] y temeroso por la suerte de la totalidad del territorio ateniense, reveló a los Tindáridas todo el asunto y los condujo a Afidnas [434], localidad que

---

[432] Teseo, el héroe nacional ateniense, había raptado, acompañado de su amigo Pirítoo, a Helena, mientras ésta, cuando tenía entre siete y doce años (cf. Helánico, *F. Gr. Hist.* 4, fr. 168b; Diodoro, IV 63, 2; Apolodoro, III 10, 7), danzaba en el templo de Ártemis Ortia en Esparta. Los hermanos de Helena, Cástor y Polideuces (= Pólux), hijos del mítico rey de Esparta Tindáreo (en realidad el padre putativo de los dos gemelos, pues el verdadero era Zeus [y de ahí que se les denominara Dióscuros]; cf. nota V 360), acudieron al Ática para rescatar a su hermana, aprovechando que Teseo se había ausentado de la región en pos de Perséfone (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 383 y sigs.). El mito (que es narrado por Plutarco, *Teseo* 31 y sigs., y Pausanias, I 17, 5; y que ya había sido abordado por Alcmán, fr. 21 Page, y Píndaro, fr. 258 Snell) posee carácter etiológico sobre el culto que recibían los Dióscuros en Atenas, y sobre el sinecismo de Atenas (cf. Tucídides, II 15) con respecto a las aldeas del Ática.

[433] La *hýbris* del héroe (cf. nota VIII 396) al haber raptado a una mujer, provocando la invasión del Ática, y al haber restringido la autonomía de los demos (cf., en general, F. Brommer, *Theseus. Die Taten des griechischen Helden in antiker Kunst und Literatur*, Munich, 1982). Décelo (su nombre es parlante, significando posiblemente «delator»), el epónimo de Decelea (Heródoto utiliza la forma jónica del topónimo; la transcripción de la forma ática es Decelía), representaba, al igual que Títaco, mencionado poco después, el poder de los antiguos jefes de los demos. En otra variante de la leyenda (cf. Plutarco, *Teseo* 32, 3-4), Décelo aparece sustituido por el ateniense Academo.

[434] Donde Teseo había dejado a su madre Etra el encargo de custodiar a Helena. Afidnas, uno de los más importantes demos del Ática (cf. Demóstenes, *De Cor.* 38), se encontraba a 8 km. al nordeste de Decelea. Títaco era el epónimo del demo de *Titakídai*, que debía de estar muy próximo a Afidnas.

Títaco, un natural de la zona, les entregó arteramente.
3 Por este servicio, los de Decelea siempre han gozado —y todavía lo hacen en la actualidad— de *atelía* y *proedría* [435] en Esparta; tanto es así que, incluso con ocasión de la guerra que, muchos años después de los hechos que nos ocupan, estalló entre atenienses y peloponesios, los lacedemonios, pese a saquear el resto del Ática, respetaban Decelea [436].

74 Sobre Sófanes, que era de dicho demo y que a la sazón destacó en el contingente ateniense, circulan dos versiones [437]; según una, llevaba colgada del talabarte de su coraza, sujeta mediante una cadena de bronce, un ancla de hierro que arrojaba al suelo, siempre que en plena batalla se aproximaba a sus adversarios, a fin de que éstos no

---

[435] Esto es, exención de los tributos a que un extranjero estaba sometido en una ciudad en la que permaneciera, y el privilegio a ocupar lugares de honor en las ceremonias públicas organizadas por la ciudad de que se tratase, en este caso Esparta. Ambas distinciones eran concedidas por los diferentes Estados en señal de agradecimiento a particulares o comunidades (cf., *supra,* I 54, 2). Sobre este caso concreto, cf. M. Pohlenz, *Herodot, der erste Geschichtsschreiber...,* pág. 212, nota 1.

[436] Alusión a la Guerra del Peloponeso (cf., asimismo, VI 91, 1; VII 137, 3; 233, 2), que estalló en 431 a. C. En dicho año Arquidamo devastó el Ática sin saquear Decelea (cf. Tucídides, II 23). Pese a que la acción se repitió en años posteriores (durante la llamada 'guerra arquidámica'; cf. D. Kagan, *The Archidamian War,* Ithaca-Londres, 1974), no es seguro que en este pasaje tengamos una referencia más tardía a la que aparece en VII 137, 3 (cf. nota VII 655). Vid., no obstante, Ch. W. Fornara, «Evidence for the date of Herodotus' publication», *Journal of Hellenic Studies* 91 (1971), págs. 25 y sigs.; y «Herodotus' knowledge of the Archidamian war», *Hermes* 109 (1981), págs. 149 y sigs.).

[437] H. Stein (*Herodotus. Buch IX...,* pág. 186) sugirió que las versiones que cuenta Heródoto podían circular en *escolios* (canciones que se entonaban en los banquetes y en las que los participantes no seguían un turno consecutivo, sino en zig-zag; cf., en general, R. Reitzenstein, *Epigramm und Skolion,* Giessen, 1893) en honor de Sófanes.

pudiesen, con sus acometidas, obligarlo a abandonar su puesto; y, si el enemigo se daba a la fuga, su táctica consistía en recoger el ancla y lanzarse en su persecución con
ella. En esto estriba la primera versión; según la segunda 2
—que difiere de la que acabo de relatar—, lo que Sófanes llevaba era un ancla, a modo de emblema [438], en su escudo (que se mantenía constantemente en movimiento, sin un instante de reposo [439]), y no un ancla de hierro sujeta a su coraza.

Y por cierto que Sófanes consiguió, asimismo, llevar a 75
cabo otra brillante proeza cuando, durante el asedio ateniense a Egina, mató, a raíz de un desafío, a Euríbates de Argos, un personaje que había obtenido la victoria en el *pentatlo* [440]. Pero, cierto tiempo después de este episodio, resulta que el propio Sófanes (cuando comandaba con Leagro, hijo de Glaucón, las tropas atenienses) murió valientemente en Dato, a manos de los edonos, mientras peleaba por la posesión de las minas de oro [441].

---

[438] Los emblemas en los escudos que se empleaban en las batallas iban pintados (cf. I 171, 4; ESQUILO, *Siete* 375 y sigs.; EURÍPIDES, *Fenicias* 1107 y sigs.), reservándose los motivos en bronce para escudos votivos. A finales del siglo V a. C. el emblema personal fue sustituido por una letra que identificaba a la ciudad del hoplita; cf. P. CONNOLLY, *Los ejércitos griegos...*, pág. 33.

[439] Debido al ímpetu de Sófanes.

[440] La expedición argiva en socorro de Egina, y la muerte de Euríbates, el comandante argivo, se narra con más detalles en VI 92. Sobre la cronología de la guerra entre Atenas y Egina, cf. nota VI 431 (vid., asimismo, A. ANDREWES, «Athens and Aegina, 510-480 B. C.», *Annual British School Athens* 37 (1936-1937), págs. 1 y sigs.; y N. G. L. HAMMOND, «The war between Athens and Aegina, c. 505-481 B. C.», *Historia* 4 (1955), págs. 406 y sigs.). Según PAUSANIAS, I 29, 5, la victoria de Euríbates se produjo en los Juegos Nemeos (cf. T. S. BROWN, «Herodotus' views on athletics», *Ancient World* 7 (1983), págs. 17 y sigs.). Para el pentatlo, cf. notas VI 453 y IX 224.

[441] La batalla tuvo lugar en el año 465 (cf. TUCÍDIDES, I 100, 3; IV

Noble conducta de Pausanias tras la batalla

76 Tras la derrota que, en Platea, sufrieron los bárbaros a manos de los griegos, se presentó ante estos últimos una mujer que huía del bando enemigo. Dicha mujer, que era una concubina del persa Farándates[442], hijo de Teaspis, al tener conocimiento de que los persas habían resultado aniquilados y que la victoria correspondía a los griegos, se cubrió de oro —cosa que también hicieron sus criadas—, se atavió con las ropas más elegantes de que disponía y bajó de su *harmámaxa*[443], en-

---

102, 2), cuando los atenienses intentaron instalarse en la región de Dato (la zona costera de Tracia comprendida entre el Monte Pangeo [cf. nota VII 549] y el río Nesto [cf. nota VII 537]; la ciudad denominada Dato, algo al este del Pangeo, no fue fundada por los tasios hasta la década de los cincuenta del siglo IV a. C.; cf. Diodoro, XVI 3, 7; Pseudo Escílax 68), a fin de controlar las minas del Pangeo, que se hallaban en posesión de los tasios, ante la sublevación de la isla, molesta por la política ateniense al frente de la Liga Delo-ática (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 198 y sigs.). Tucídides *(ll. cc.)* señala que los colonos atenienses fueron aniquilados en Drabesco, localidad situada a unos 25 km. al nordeste del Pangeo, en la margen derecha del río Angites (cf. nota VII 553), con lo que Heródoto se habría limitado a citar la región en que se produjo el desastre, mientras que Tucídides habría precisado el lugar. El hijo de Leagro, llamado Glaucón, como su abuelo, fue también estratego (cf. Tucídides, I 51, 4). Los edonos eran un pueblo tracio de la zona (cf. nota VII 542). Sobre las razones de la mención al destino postrero de Sófanes, cf. nota IX 378.

442 El comandante de los mares y los colcos en el ejército de Jerjes (cf. VII 79). Posiblemente era hermano del Sataspes que intentó la circunnavegación de África de Oeste a Este (cf. IV 43).

443 Cf. nota VII 246. La mujer se engalana profusamente tanto para salvar del pillaje la mayor cantidad posible de joyas cómo para aparecer, pese a su condición, dignamente ante Pausanias, una persona ligada a su padre como a continuación se indica (cf. S. Flory, «Arion's leap. Brave gestures in Herodotus», *American Journal Philology* 99 (1978), págs. 411 y sigs.).

caminándose hacia los lacedemonios, que aún seguían exterminando adversarios. Y, al ver que quien dirigía todas las operaciones era Pausanias, la mujer, que conocía ya a la perfección su nombre y su patria, por haberlos oído mencionar en repetidas ocasiones, comprendió que se trataba de él y, aferrándose a sus rodillas [444], le dijo lo
siguiente: «Soberano de Esparta [445], líbrame, como su- 2
plicante, de la esclavitud que aguarda a los cautivos [446]. A decir verdad, tú ya me has hecho un favor al aniquilar a estos sujetos, que no sienten respeto ni por seres divinos [447] ni por dioses. Además, soy natural de Cos [448]: soy

---

[444] En actitud de súplica (cf. *Odisea*, VI 310 y sigs.; VII 142).

[445] Pese a que Pausanias no era rey de Esparta, sino sólo regente (cf. IX 10), una extranjera, que sabía de su pertenencia a la familia real y que conocía su posición de caudillo militar, podía haberlo tomado como tal (aunque no debe descartarse un tono adulatorio en la apelación). Como señala A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 191), «l'episodio della donna di Cos, con quello di Lampone (cap. 78 sg.) e quello del confronto tra le due *díaitai* (cap. 82), serve a glorificare Pausania... [cf. nota IX 374]. Questo primo episodio illustra la magnanimità, la generosità e il disinteresse del comandante spartano. Il racconto vuol significare che chi si era comportato in maniera così disinteressata non poteva essere sospettato di essere sensibile al fascino della ricchezza e del potere personale».

[446] Los prisioneros de guerra solían ser puestos a la venta. Cf. nota IX 242.

[447] Se trata de los *démones* (potencias divinas indeterminadas; cf. M. P. Nilsson, *Geschichte gr. Religion...*, I, págs. 216 y sigs.; P. Chantraine, en *La notion du divin*, Ginebra-Vandoeuvres, 1952, págs. 50 y sigs.), que aquí se identifican probablemente con los héroes (y así lo interpretan algunos traductores), a quienes, en VIII 109, 3, se asocia con los dioses como aliados de los griegos en la consecución de la victoria (cf., además, nota VIII 764). La imputación a la impiedad persa recuerda los templos que éstos destruyeron en Grecia (cf. nota VIII 551).

[448] Isla de las Espóradas meridionales, a unos 20 km. al suroeste de Halicarnaso, la patria de Heródoto (de ahí, posiblemente, el interés del

hija de Hegetóridas y nieta de Antágoras; el persa que me tenía en su poder me raptó de Cos por la fuerza». Entonces Pausanias le respondió en los siguientes términos:
3 «Tranquilízate, mujer, no sólo por tu condición de suplicante, sino, sobre todo, si resulta que estás diciendo la verdad y eres hija de Hegetóridas de Cos, que se da la circunstancia de que es con quien más estrechos vínculos de hospitalidad mantengo [449] entre quienes habitan por aquellas tierras». Dicho esto, Pausanias la confió de momento al cuidado de los éforos que se hallaban presentes [450] y, posteriormente, la hizo conducir a Egina [451], que era a donde ella quería ir.

---

historiador, además del elogio a Pausanias, en narrar este episodio, ya que la isla se hallaba, durante las Guerras Médicas, bajo la autoridad de Artemisia, la tirana de Halicarnaso; cf. VII 99). Se ha pensado (cf. C. Verrall, *Classical Review* 17 (1903), págs. 99 y sigs.) que Heródoto está transcribiendo en prosa una inscripción hexamétrica, que figuraría en un cuadro o en un bajorrelieve que la mujer habría consagrado en su patria, y que el historiador pudo haber contemplado personalmente (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, págs. 319-320).

[449] Es decir, que era un íntimo amigo (cf. notas V 333; VII 184 y 1096).

[450] En tiempos de Jenofonte (*Const. Lac.* 13, 5; *Helénicas*, II 4, 36), dos éforos acompañaban al monarca espartano encargado de las operaciones militares terrestres. Con todo, no es seguro que el control que sobre el rey ejercían los éforos a finales del siglo v fuese tan estricto en tiempos de las Guerras Médicas (cf. P. Carlier, «La vie politique à Sparte sous le règne de Cléomène I.er», *Ktêma* 2 (1977), págs. 65 y sigs.).

[451] Cf. nota V 383.

Mantineos y eleos llegan a Platea demasiado tarde

Inmediatamente después de la llegada 77 de la citada mujer, lo hicieron, una vez que todo había concluido[452], los de Mantinea. Y, cuando comprobaron que habían llegado demasiado tarde para tomar parte en la batalla, se mostraron sumamente desolados y manifestaron que merecían que alguien los castigara. Con 2 todo, al tener conocimiento de que Artabazo y sus medos[453] se estaban dando a la fuga, pretendieron perseguirlos hasta Tesalia; los lacedemonios, sin embargo, no les permitieron perseguir a los fugitivos[454], por lo que retornaron a su patria, desterrando de la misma a los jefes de su ejército. Después de los de Mantinea, llegaron los 3 eleos[455], quienes, al igual que aquellos, se marcharon de-

[452] Si la secuencia de acontecimientos es tal y como la relata Heródoto, es posible que los mantineos (y quizá también los eleos) no hubieran podido unirse a las fuerzas griegas en Platea por el bloqueo a que los persas habían sometido el paso de Giptocastro (cf. IX 51, 4). Al menos, los mantineos habían enviado un contingente a las Termópilas (cf. VII 202), y en la oposición posterior de Arcadia a la hegemonía espartana (cf. notas IX 234 y 235), no secundaron a los demás arcadios (cf. IX 35, 2). No obstante, también se ha pensado que tanto en Mantinea como en Élide existían grupos propersas, y de ahí la actitud ambigua de ambas comunidades (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 320).

[453] Cf. nota VIII 586.

[454] Tanto por la tradicional renuencia lacedemonia a que se organizaran expediciones con objetivos lejanos (cf. nota VIII 542; y I. Hahn, «Aspekte der spartanischen Aussenpolitik im fünften Jahrhundert», *Acta Antiqua Hungaricae* 17 (1969), págs. 285 y sigs.), como debido a que la concepción de la guerra por los espartanos era agonal; es decir, se luchaba para obtener la victoria, y no para destruir por completo al adversario (cf. W. K. Pritchett, *American Journal Archaeology* 65 (1961), pág. 20, nota 68). Al margen de ello, es probable que los mantineos no se hubiesen presentado con más de dos mil hoplitas.

[455] Pese a su retraso, su nombre figura en el trípode délfico erigido

solados; y, de regreso a su patria, también ellos desterraron a los jefes de sus tropas [456]. Todo esto es lo que cabe reseñar a propósito de los mantineos y los eleos.

78 Por cierto que en Platea, en el contingente egineta [457], se encontraba Lampón, hijo de Píteas, que era uno de los principales personajes de Egina [458]. Este sujeto, abrigando un propósito extremadamente impío, corrió a entrevistarse con Pausanias y, a su llegada, se apresuró a decirle lo si-
2 guiente: «Hijo de Cleómbroto, acabas de realizar una gesta de una magnitud y una brillantez colosales, y la divinidad [459] te ha permitido salvar a la Hélade y conseguir, que nosotros sepamos, una gloria muy superior a la de cualquier otro griego. Culmina, por consiguiente, tu hazaña, a fin de que te aureole una notoriedad mayor, si cabe, y para que, en lo sucesivo, a la hora de incurrir en actos

---

como exvoto por los vencedores en Platea (cf. IX 81, 1). Los eleos (que habían cooperado con los lacedemonios en la defensa del Istmo; cf. VIII 72) pudieron haber sido incluidos, a instancias de Esparta, por su control del santuario de Olimpia.

[456] Por el deshonor infligido a sus ciudades (o para evitar la suspicacia de los demás griegos ante su tardanza).

[457] Integrado inicialmente por quinientos hoplitas (cf. IX 28, 6).

[458] Lampón pertenecía a la importante familia de los Psalíquidas (cf. J. H. Finley, «Pindar and the Persian invasion», *Harvard Studies Classical Philology* 63 (1958), págs. 121 y sigs.), y tuvo dos hijos que obtuvieron la victoria en certámenes atléticos: Píteas, llamado igual que su abuelo paterno, triunfó en Nemea, en el concurso juvenil del pancracio, en el año 483 (cf. Píndaro, *Nemea* V; Baquílides XIII); su hermano Filácidas venció en el Istmo, en el pancracio, el año 478 (cf. Píndaro, *Ístmica* V y VI). El episodio que va a relatar Heródoto denota una fuente antiegineta (cf. notas VI 427 y 440), al tiempo que va a permitir contrastar un *êthos* helénico al talante 'bárbaro' en el comportamiento con los cadáveres enemigos (cf. *Odisea,* XXII 412; Arquíloco, fr. 65 Diehl; Cratino, fr. 95 Kock). No obstante, vid. nota VII 1098.

[459] Literalmente, «una divinidad»; pero cf. nota VII 90.

incalificables contra los griegos, todos los bárbaros se abstengan de tomar la iniciativa. Como quiera que, a la muer- 3
te de Leónidas en las Termópilas, Mardonio y Jerjes ordenaron que le cortaran la cabeza y que la clavasen a un palo[460], si tú, en reciprocidad, haces lo mismo con el primero de ellos[461], serás elogiado, ante todo, por la totalidad de los espartiatas, pero también lo serás por el resto de los griegos, ya que, si mandas empalar a Mardonio, habrás vengado a Leónidas, tu tío paterno[462]». Esto fue lo que dijo Lampón en la creencia de que su sugerencia agradaría a Pausanias; pero éste le respondió en los siguientes términos:

«Extranjero egineta, agradezco tu deferencia y tu pre- 79
ocupación por mi persona, pero la idea que has propuesto no es atinada. De hecho, me has encumbrado a gran altura, haciendo lo propio con mi patria y mi hazaña, y luego me has reducido a la nada al aconsejarme que ultraje un cadáver y al pretender que, si así lo hago, mi fama se verá acrecentada: tal proceder es más bien propio de bárbaros que de griegos, y es algo que les censuramos[463].

---

[460] En el relato de la profanación del cadáver de Leónidas, en VII 238, 1, la orden emana únicamente de Jerjes. Es posible que Mardonio aparezca aquí involucrado en ella por la anécdota que se cuenta en VIII 114.

[461] El texto presenta problemas interpretativos, ya que aparece un pronombre *(tôi)* que, gramaticalmente, se refiere quizá a Leónidas (con lo que podría traducirse: «si tú, en reciprocidad, le ofreces a aquél una satisfacción»), aunque, lógicamente, pueda relacionarse con Mardonio; de ahí la conjetura de PH. E. LEGRAND *(toîsi)*, que no sigo, refiriéndose tanto a Jerjes como a Mardonio («en leur rendant la pareille»), aunque concretándose la acción que propone Lampón en el segundo de ellos.

[462] Cf. nota IX 59. El texto vuelve a resultar controvertido, y se ha pensado que puede presentar una laguna (cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 64, nota 2).

[463] Cf., no obstante, I 136, 1 y VII 238, 2 (la generalización está fundada en el caso aislado de Leónidas). Heródoto, por lo regular, consi-

2 Desde luego, ojalá que, si de ello depende, no cuente yo con la aprobación de los eginetas y de quienes toleran esos desafueros; a mí me basta con practicar la piedad, de obra y de palabra, con el beneplácito de los espartiatas. Y por lo que se refiere a Leónidas, a cuya venganza me instas, proclamo que ya ha sido sobradamente vengado: lo ha sido, tanto él como los demás que perecieron en las Termópilas, con el homenaje de las innumerables vidas de los aquí caídos. Tú, por tu parte, no vuelvas a darme consejo alguno; es más, debes estarme agradecido por no ser castigado.»

Reparto del botín y ofrendas a los santuarios

80 Al oír esta respuesta, Lampón se marchó. Acto seguido Pausanias lanzó un bando, para que nadie tocara el botín, y ordenó a los hilotas que reunieran las riquezas. Ellos, entonces, se dispersaron por el campamento persa y encontraron tiendas recamadas con oro y con plata, divanes con incrustaciones de oro y
2 plata, y cráteras, copas y otras vasijas de oro; también encontraron, en unos carros, sacos en cuyo interior aparecieron calderos de oro y de plata; y a los cadáveres que yacían en el suelo los despojaron de sus brazaletes, de sus collares y de sus alfanjes, que eran de oro [464], sin que se

---

deraba que la historia de los pueblos de Oriente aportaba a la civilización una contribución importante; cf. R. Rtskhiladze, «La spécificité de l'Orient dans les *Histoires* d'Hérodote», *Acta Antiqua Acad. Scient. Hungaricae* 22 (1974), págs. 487 y sigs.

[464] Probablemente, la empuñadura y la vaina, no la hoja (aunque en el 'Tesoro de Atenas' figuraba una espada de oro, que se creía que había pertenecido a Mardonio y que pesaba, según Demóstenes, *Contra Timócrates* 129, unos 2,5 kg.; cf., asimismo, D. B. Thompson, «The Persian Spoils in Athens»..., págs. 284-285). Sobre la suntuosidad de que se rodeaban los persas, cf., *supra*, VII 83, 2 (y nota VII 429), y VII 190.

prestara la menor atención a su ropa, pese a sus ricos bordados. Mientras cumplían su misión, los hilotas robaron 3
muchos objetos (pero también presentaron otros muchos: todos aquellos que no podían ocultar), que vendieron a los eginetas, por lo que ahí residió el origen de las importantes fortunas de estos últimos [465], ya que los eginetas les compraban el oro a los hilotas como si en realidad se tratara de bronce [466].

Una vez reunidas las riquezas, se procedió a reservar 81
un diezmo para el dios de Delfos [467] (con su importe se

---

[465] Esa debía ser la opinión sustentada en los círculos pericleos de la Atenas que visitó Heródoto (cf. A. French, «Topical influences on Herodotos' narrative»..., págs. 9 y sigs.), presentando a Egina como un Estado que se había enriquecido recientemente y por medios reprobables, cuando el poderío de la isla —rival de Atenas— se debía a su expansión marinera (cf. II 178, 3; IV 152, 3), lo que hizo que fuera el primer Estado griego que acuñó moneda propia (hacia 620 a. C., cosa que demuestra que su prosperidad no era reciente), creando un sistema para pesos y medidas que ejerció gran importancia en el mundo griego, pues Atenas lo adoptó para sus actividades comerciales (cf., en general, H. Winterscheidt, *Aigina. Eine Untersuchungen über seine Gesellschaft und Wirtschaft*, Colonia, 1938).

[466] Pese a que los lacedemonios vivían en un sistema económico cerrado y los capitales —que afluían a las grandes ciudades que se dedicaban al comercio, como Atenas y Siracusa— eran bastante raros en Laconia (donde sólo existía una incómoda moneda de hierro), no teniendo los particulares derecho a acumular monedas extranjeras, los hilotas no habrían efectuado una venta a tan bajo precio por ignorancia, sino por su deseo de desprenderse cuanto antes de objetos robados.

[467] Apolo. A pesar de que, en el texto griego, no se indica con claridad, es probable que se apartara un diezmo del botín para cada una de las divinidades que se citan como destinatarias de las ofrendas, lo que supondría un 30% del total. Además, esa parte destinada a los exvotos no habría consistido (como en el caso de Pausanias que se menciona al final del capítulo) en una entrega en especie a cada santuario, sino en efectivo, tras haber tasado los vencedores la totalidad del botín.

ofrendó el trípode de oro que, muy cerca del altar [468], se alza sobre la serpiente de bronce de triple cabeza [469]), así como para el dios de Olimpia (con él los griegos ofrendaron una estatua en bronce de Zeus, de diez codos de altura [470]), y para el dios del Istmo (con él se erigió una esta-

[468] A unos 20 m. del altar de Apolo (situado a la entrada del templo), que fue construido por los quiotas (cf. II 135, 4) por su liberación del yugo persa (aunque la fecha de su erección no se conoce con seguridad, pues pudo haber sido edificado durante la sublevación jonia o con inmediata posterioridad a la Segunda Guerra Médica). El trípode de Platea se hallaba, a mano derecha, ya al final de la *Vía Sacra* (cf. E. Bourguet, *Les ruines de Delphes,* París, 1914, págs. 160 y sigs.).

[469] El exvoto de Platea (una de las obras de arte más famosas de la Antigüedad; cf. Tucídides, I 132, 2; III 57, 2; Demóstenes, *Contra Neera* 97; Nepote, *Pausanias* 1; Diodoro, XI 33, 2; Plutarco, *De Herod. malignitate* 42; Pausanias, X 13, 5; Elio Aristides, III 290) era, en realidad, no una ofrenda por la victoria sobre Mardonio en Platea, sino sobre los persas en la Segunda Guerra Médica, ya que en él aparecen citados Estados que sólo enviaron contingentes a Salamina. Consistía en un trípode de oro (que sostenía un pebetero del mismo metal) que descansaba en una columna de bronce, formada por tres serpientes enroscadas, de 6 m. de altura. Durante la tercera guerra sagrada, librada entre los años 356-346 a. C., los focenses ocuparon Delfos y fundieron el oro (cf. Pausanias, IX 13-19). Posteriormente, la columna serpentina fue trasladada a Constantinopla por Constantino, conservándose aún de ella, en el Hipódromo de Estambul, un bloque de cinco metros y medio (faltan las cabezas de dos serpientes). En los anillos de los ofidios aparecen registrados, en alfabeto délfico, los nombres de treinta y un Estados griegos: lacedemonios, atenienses, corintios, tegeatas, sicionios, eginetas, megareos, epidaurios, orcomenios, fliasios, trecenios, hermioneos, tirintios, plateos, tespieos, micénicos, ceyos, melios, tenios, naxios, eretrieos, calcideos, estireos, eleos, potideatas, leucadios, anactorios, citnios, sifnios, ampraciotas y lepreatas. Cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century B. C.*, Oxford, 1969, núm. 27, págs. 57 y sigs.

[470] Aproximadamente 4,45 m. En la base de la estatua consagrada a Zeus figuraba una lista (la inscripción no se ha conservado) de veintisie-

tua en bronce de Posidón, de siete codos de altura [471]); hecho lo cual, se repartieron el resto del botín, tomando cada contingente la parte de concubinas de los persas, de oro, plata y demás riquezas (acémilas incluidas) que merecían [472]. Lo cierto es que no consta referencia alguna [473] 2
sobre qué recompensas se otorgaron especialmente a los griegos que destacaron en Platea, pero, en mi opinión personal, también [474] a ellos se las otorgaron. Por lo que a Pausanias se refiere, le reservaron una concesión extraordinaria [475] de mujeres, caballos, carros, camellos e igualmente de las demás riquezas.

te Estados griegos (cf. Pausanias, V 23), ya que, con respecto al trípode délfico, no aparecen citados los tespieos, los eretrieos, los leucadios y los sifnios (quizá porque sus contingentes habían sido poco numerosos, aunque las diferencias de citación pueden también imputarse a un descuido del periegeta; cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 323).

[471] Unos 3,10 m. Dado que el dios del Istmo era Posidón (cf. nota VIII 623), una divinidad marina (cf. A. Lesky, *Thalatta*, Viena, 1947, págs. 92-99), esta ofrenda (así como, presumiblemente, las otras dos) debió de realizarse por la victoria definitiva sobre los persas.

[472] El reparto pudo hacerse en función del número de hoplitas que habían integrado cada contingente (cf. Diodoro, XI 33, 1).

[473] Cf. nota VIII 657.

[474] Como ocurrió con Pausanias.

[475] Sigo la interpretación de Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 66, nota 2 (la traducción literal es «y para Pausanias fue reservado y otorgado diez de todo»), quien indica que «nous avons ici, comme au l. IV 88, une locution, une hyperbole, proverbiale: Pausanias reçut des dons de choix, au décuple de ce qui aurait pu suffire à le récompenser, c'est-à-dire en grande abondance».

82 Y por cierto que, según cuentan, ocurrió también lo siguiente: al huir de Grecia, Jerjes le dejó sus enseres[476] a Mardonio. Pues bien, cuando Pausanias vio que los enseres de Mardonio se hallaban rebosantes de piezas de oro y plata, y de manteles recamados, ordenó a los panaderos y cocineros[477] que prepararan un banquete tal y como solían servírselo a Mardonio[478].

Contraste entre el lujo persa y la austeridad espartana

2 Y, una vez que los criados hubieron cumplido sus órdenes, Pausanias, al contemplar divanes de oro y de plata primorosamente tapizados, mesas de esos mismos metales y la soberbia suntuosidad del festín, se quedó atónito con el lujo que ante sí tenía y, para divertirse, ordenó a sus servi-
3 dores que preparasen un banquete a la laconia[479]. Una vez lista la comida, y como quiera que la diferencia era sensible, Pausanias se echó a reír y mandó llamar a los generales griegos; y, cuando estuvieron reunidos, Pausanias les dijo, haciendo hincapié en la suntuosidad de uno

---

[476] Cf. nota IX 409. La anécdota que ahora cuenta Heródoto se halla en aparente contradicción con el saqueo de la tienda de Mardonio por parte de los tegeatas (cf. IX 70, 3), por lo que posiblemente nos encontramos ante tradiciones de distinto origen.

[477] Debían de tratarse de servidores de Mardonio que no habían muerto durante la conquista del fuerte y que habrían pasado a ser propiedad de los vencedores.

[478] Sobre la exquisitez culinaria de los persas, cf. I 133, 1-2.

[479] El plato principal de las *sisitias* espartanas (las comidas que se realizaban en común y que eran obligatorias para todos los espartiatas mayores de veinte años) consistía en una 'sopa negra' (cf. ATENEO 139), compuesta por carne de cerdo guisada con sangre y condimentada con sal y vinagre. Vid., en general, A. J. HOLLADAY, «Spartan austerity», *Classical Quarterly* 27 (1977), págs. 111 y sigs., para la frugalidad de la vida en Esparta (una austeridad con la que Heródoto simpatizaba; cf. G. L. HUXLEY, «Herodotos on myth and politics in early Sparta», *Proceedings Royal Irish Academy* 83 (1983), págs. 1 y sigs.).

y otro festín: «Griegos, la razón de que os haya convocado estriba en que quiero mostraros la insensatez del Medo, quien, pese a disponer de medios de vida como los que aquí véis, ha venido a nuestra patria para arrebatarnos los nuestros, que son tan míseros [480]». Esto fue, según cuentan, lo que Pausanias dijo a los generales griegos [481].

[480] Como indica A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 194), «il commento di Pausania al confronto dei due tipi di pasto si ispira a una tematica presente anche altrove, in punti cruciali delle *Storie:* quella della ricchezza e del benessere come fonti di rammollimento e debolezza, contrapposti alla miseria e al bisogno che sono invece fonti di iniziativa e di intelligenza, e quindi di potenza. A I 155, Creso consiglia Ciro di far godere ai lidi una vita agevole e molle, per impedire così che nasca in essi qualunque spirito di ribellione. Nell'ultimo capitolo delle *Storie* (IX 122), Ciro istituisce un ferreo rapporto di causa ed effetto tra il miglioramento delle condizioni di vita dei persiani (con lo stabilirse in sedi più confortevoli) e la loro inevitabile decadenza da padroni a soggetti». Cf., asimismo, H. G. Avery, «Herodotus' Picture of Cyrus», *American Journal of Philology* 93 (1972), pág. 534.

[481] El episodio polemiza con la tradición propersa de Pausanias, quien, a partir de 478 a. C., ejerció una autoridad cuasitiránica (cf., *supra,* V 32) que exasperó a los aliados, acabó intrigando con los persas, de quienes adoptó sus hábitos, y fue condenado por los espartiatas, muriendo bloqueado en un santuario en el que se había refugiado; cf. Tucídides, I 95; 128-134; y P. J. Rhodes, «Thucydides on Pausanias and Themistocles», *Historia* 19 (1970), págs. 387 y sigs.

83 *Recogida y sepelio de los caídos*

Con todo [482], cierto tiempo después de los hechos que he narrado, muchos plateos encontraron también cofres [483] llenos de oro, plata y otras riquezas. Y, con posterioridad incluso a estos acontecimientos, se hizo asimismo el siguiente descubrimiento [484]:
2 cuando los cadáveres quedaron descarnados, y como quiera que los plateos estaban reuniendo los huesos en un determinado lugar, se encontró un cráneo que no poseía la menor sutura [485], sino que estaba formado por un único hueso; y también aparecieron una mandíbula —concretamente, un maxilar superior—, cuyos dientes constituían una sola pieza [486] (es decir que todos ellos, tanto los dientes propiamente dichos como las muelas, estaban formados por un único hueso), y un esqueleto humano de cinco codos de altura [487].

[482] La contraposición parece referirse a lo narrado en el capítulo 80, con lo que estaríamos ante una evidencia de interpolaciones en el armazón general del relato debidas al propio Heródoto (cf. C. Schrader, en J. A. López Férez, *Historia de la literatura griega...*, pág. 515).

[483] Que quizá habían sido enterrados por los hilotas (cf. IX 80, 3), con la intención de recuperarlos posteriormente; aunque también puede tratarse de exageraciones orales ante la grandiosidad de la expedición persa (cf. nota VII 901).

[484] El texto (que, hasta la frase inicial del capítulo 85, ha sido atetizado por algunos editores) presenta una serie de problemas lingüísticos y textuales que han permitido pensar en la existencia de una laguna (cf. A. Masaracchia, *Erodoto. Libro IX...*, pág. 195). No obstante, sigo, en líneas generales (cf. pág. 240), la lectura de Hude.

[485] Para semejantes peculiaridades óseas en diversos personajes de la Edad Moderna, cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 324.

[486] Lo mismo indican Plinio (*Hist. Nat.*, VII 69), a propósito del hijo de Prusias, rey de Bitinia, y Plutarco (*Pirro* 3, 6), respecto a Pirro.

[487] Algo más de 2,20 m.

Pese a que, de hecho, el cadáver de Mardonio desapa- 84
reció un día después de la batalla [488], no puedo precisar
con exactitud quién fue el autor material de su desapari-
ción, si bien ya he oído decir de una serie considerable
de personas, de diversas nacionalidades, que fueron ellas
quienes enterraron a Mardonio, y conozco a muchos suje-
tos que, por este motivo, han recibido de su hijo Arton-
tes [489] importantes recompensas. No obstante, no he logrado 2
averiguar a ciencia cierta quién de ellos fue el que sustrajo
el cadáver de Mardonio y le dio sepultura, aunque circula
el rumor de que quien lo hizo fue Dionisófanes de Éfeso [490].

Sea como fuere [491], lo cierto es que Mardonio recibió 85
sepultura. Por su parte los griegos, tras haberse dividido
el botín, enterraron a sus muertos en Platea, efectuándolo

---

[488] Como indica Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 68, nota 1), «le chapitre 84 est hors de sa place, de la place que, s'il ne l'a jamais occupée, devait lui destiner Hérodote: à la suite des chapitres 78-79. Là, il compléterait l'histoire posthume de Mardonios, et s'intercalerait à son rang chronologique; la démarche précipitée de Lampon est du soir même de la bataille; la disparition du cadavre de Mardonios a été constatée dès le lendemain; ce n'est qu'un peu plus tard qu'on a procédé à la collecte régulière et au partage du butin (ch. 80-81). Le chapitre 84, où l'auteur fait état de renseignements recueillis probablement à des époques différentes et en différents lieux, put être rédigé indépendamment de ce qui l'entoure dans notre texte».

[489] Salvo esta referencia de Heródoto, no contamos con información adicional sobre este hijo de Mardonio.

[490] Resulta poco clara la presencia de un jonio entre las fuerzas de Mardonio en Platea (Pausanias, IX 2, 2, indica, además, que todos los presuntos responsables de la desaparición y posterior sepelio del cadáver de Mardonio eran jonios).

[491] Sigo la conjetura (no incorporada a la edición) de Hude. Adoptando la lectura de los manuscritos *(toioútōi)*, la traducción sería: «el caso es que así recibió sepultura Mardonio», haciendo referencia a que fue enterrado clandestinamente.

cada Estado por separado. Los lacedemonios hicieron tres fosas, sepultando en una a los *irenes* [492], entre cuyos restos figuraban también los de Posidonio, Amonfáreto, Filoción
2 y Calícrates [493]; en una de las tumbas descansaban, pues, los *irenes*, en otra los demás espartiatas [494], y en la tercera los hilotas. Así fue como los lacedemonios enterraron a sus muertos, en tanto que los tegeatas sepultaron a los suyos todos juntos en otra tumba [495]; y lo propio hicieron

[492] El término (que es una conjetura de Valckenaer, frente al *iréas* que transmiten los códices, y que H. Diels, *Klio* 13 (1913), pág. 314, explicaba como una versión itacista de *ēréas*, la supuesta forma laconia de *hḗrōs*, «héroe»; cf., sin embargo, R. F. Willets, «Herodotos IX 85, 1-2», *Mnemosyne* 33 (1980), págs. 272 y sigs., para otra posible lectura) designa a los jóvenes espartanos mayores de veinte años y menores de treinta, que no podían aún fundar una familia ni tomar parte en las sesiones de la *apélla*, cuyo número debía de ser importante en el ejército lacedemonio (cf. Plutarco, *Licurgo* 17, 2-3; y H. I. Marrou, «Les classes d'âge de la jeunesse spartiate», *Revue Études Anciennes* 48 (1946), págs. 216 y sigs.).

[493] No porque estos espartiatas fueran *irenes* (al menos, Amonfáreto, en su condición de comandante del batallón de Pitana [cf. IX 53, 2], es seguro que no habría pertenecido a dicho grupo), sino porque habían sido los más destacados. Como los *irenes* debían servir de ejemplo a los adolescentes de Esparta, es posible que los lacedemonios decidieran sepultarlos junto a los que más se habían distinguido en Platea, a fin de que la juventud se sintiera impelida a imitar, en el futuro, su comportamiento. Sobre Posidonio, Filoción y Calícrates, cf. IX 71-72.

[494] Quizá esta segunda tumba contenía también los restos de los hoplitas periecos (cf. IX 11, 3), a quienes Heródoto no menciona en esta relación. Cf., sin embargo, W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 325, para otra hipótesis, al considerar que «seems more likely that the first tomb contained all the Spartiates (the majority of whom may have been irens), the second the Perioeci, and the third the Helots».

[495] En época de Pausanias (IX 2, 5) sólo se conservaban tres tumbas (una de los espartanos —las tres fosas que menciona Heródoto podían

los atenienses con sus caídos [496], al igual que los de Mégara y Fliunte con las bajas que sufrieron ante los ataques de la caballería [497]. Las tumbas de todos los Estados que 3
he citado contenían, en suma, restos humanos; en cambio, todos los demás Estados, cuyas sepulturas pueden asimismo verse hoy en día en Platea, se sintieron avergonzados por no haber tomado parte en la batalla y, según mis averiguaciones, erigieron por su cuenta túmulos vacíos pensando en las generaciones venideras [498] (por ejemplo, en Platea hay un túmulo que recibe el nombre de «tumba de los eginetas» [499], tumba que, según he oído decir, erigió, diez años después de los hechos que nos ocupan y a petición de los eginetas, Cléades de Platea, hijo de Autódico, que era *próxenos* [500] de estos últimos).

pertenecer a una única tumba—, otra de los atenienses, y otra común para los demás griegos), que se hallaban a la entrada de la ciudad de Platea.

[496] Pese a que TUCÍDIDES (II 34, 5) indica que, con la única excepción de Maratón, los atenienses siempre enterraban a sus caídos en su patria, es posible que semejante medida sólo hubiese tenido carácter oficial a partir del año 465/464 a. C. (cf. A. W. GOMME, *A historical commentary on Thucydides...*, II, págs. 94 y sigs.), y en el caso de Platea fueran sepultados en el escenario de la batalla (cf. N. ROBERTSON, «The collective burial of fallen soldiers...», págs. 78 y sigs.).

[497] Cf. IX 69, 2.

[498] Para dar la apariencia de que habían estado presentes en Platea y de que habían sufrido bajas.

[499] Volvemos a encontramos (cf. nota IX 465) con una tradición antiegineta (enérgicamente rechazada por PLUTARCO, *De Herod. malignitate* 42), ya que, en Platea, combatieron quinientos hoplitas de Egina (cf. IX 28, 6). Es posible que los efectivos griegos que habían integrado el centro del ejército en la 'segunda posición' (a los que pertenecían, entre otros, megareos y fliasios) erigieran una sepultura común (recordada por PAUSANIAS, IX 2, 5) y que luego cada Estado levantara un cenotafio por sus caídos. El historiador, pues, influido por sus fuentes, incurre, citando el ejemplo de los eginetas, en la llamada «falacia de causa común».

[500] Cf. nota VIII 708, y M. B. WALLACE, «Early Greek proxenoi», *Phoenix* 24 (1970), págs. 189 y sigs.

86 *Los griegos asedian Tebas exigiendo la entrega de los filopersas*

El caso es que, en cuanto hubieron sepultado a sus muertos en Platea, los griegos mantuvieron un cambio de impresiones [501] y decidieron marchar contra Tebas, para exigirles a los tebanos la entrega de quienes habían abrazado la causa de los medos [502] (sobre todo de Timegénidas y Atagino [503], que eran los principales cabecillas), pues, si así no lo hacían, ellos no pensaban levantar el asedio de la ciudad hasta haberla des-
2 truido. Una vez tomada esa resolución, y a su llegada a Tebas justo diez días [504] después de la batalla, sitiaron la plaza, instando a sus habitantes a que les entregasen a los personajes en cuestión; pero, en vista de que los tebanos se negaban [505] a entregárselos, se dedicaron a devastar su territorio y a realizar ataques contra la muralla.

---

[501] En el curso de las mismas se insertaría el *psêphisma* de Arístides (cf. PLUTARCO, *Arístides* 21, 1-2), para proseguir la lucha contra los persas; un decreto que la crítica moderna tiende a considerar apócrifo (cf. CHR. HABICHT, «Falsche Urkunden zur Geschichte Athens...», págs. 1 y sigs.

[502] Los aliados, presumiblemente, también debieron imponer a los tebanos una sanción económica; cf. VII 132, 2; G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 665 y nota; y P. A. BRUNT, «The Hellenic League against Persia», *Historia* 2 (1953), págs. 136 y sigs.

[503] Cf., respectivamente, IX 38, 2 y IX 15, 4.

[504] Como en anteriores fases de la campaña de 479 (cf. nota IX 257), Heródoto sigue agrupando las operaciones en períodos de diez días, cosa que repite al comienzo del capítulo siguiente (el asedio dura veinte días; o diez, si el referente general sigue siendo el día en que se libró la batalla de Platea).

[505] Pues en Tebas ejercía el poder una oligarquía a la que pertenecían Timegénidas y Atagino (cf. nota IX 248; TUCÍDIDES, III 62, 3; PLUTARCO, *Arístides* 18; *De Herod. malignitate* 31; PAUSANIAS, IX 6, 2), aunque en la ciudad no habían faltado partidarios de oponerse a los persas (cf. DIODORO, XI 4; U. COZZOLI, «La Beozia durante il conflitto tra l'Ellade e la Persia»..., págs. 264 y sigs.).

Y, como quiera que los sitiadores no cejaban en sus 87
saqueos, al cabo de veinte días Timegénidas les dijo a los tebanos lo siguiente: «Tebanos, dado que los griegos han tomado la decisión de no poner fin al asedio hasta haber destruido Tebas o hasta que nos hayáis puesto en sus manos, es indudable que Beocia no debe seguir sufriendo más calamidades por nuestra causa: si lo que desean es dinero 2
y su exigencia de que les seamos entregados constituye un pretexto, démosles dinero de los fondos del Estado (pues, al abrazar la causa de los medos, no lo hicimos a título particular, sino contando con la aprobación del Estado [506]); ahora bien, si su asedio responde a que realmente nos quieren a nosotros, nos prestaremos a someternos a un proceso [507]». Los tebanos consideraron muy atinadas y oportunas sus palabras y, de inmediato, le hicieron saber a Pausanias, por medio de un heraldo, que estaban dispuestos a entregarle a las personas requeridas.

Una vez de acuerdo en estas condiciones [508], Atagino 88
huyó de la ciudad; y, aunque sus hijos fueron conducidos

---

[506] Como observa R. W. MACAN (*Herodotus...*, I, pág. 774), «the juristic principle here asserted by this oligarchic traitor [pero cf. nota IX 10] is of considerable interest, viz. that the individual citizen cannot be held responsible for the common fault, the crime or error of the community, even though he himself be its author or proposer. It is a plausible maxim, which easily lends itself to sophistry; its employment shows a considerable development of political reflexion». Cf., asimismo, A. DIHLE, «Herodot und die Sophistik», *Philologus* 106 (1962), págs. 207 y sigs.

[507] A fin de que su entrega no fuese incondicional. Vid., en general, F. J. FERNÁNDEZ NIETO, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia*, Santiago de Compostela, 1975, I, págs. 210 y sigs.

[508] Que posiblemente no se limitaron a la entrega de los oligarcas propersas, sino que, además de la sanción económica correspondiente, incluirían el reconocimiento por Tebas de la autonomía de las ciudades beocias (el liderazgo de Platea en la zona en los años siguientes se expli-

a presencia de Pausanias, éste los eximió de culpa, alegando que unos niños no eran en absoluto culpables de haber cooperado con los medos. Por lo que a los demás personajes que le entregaron los tebanos se refiere, creían que iban a ser sometidos a juicio y estaban plenamente seguros de conseguir su absolución a fuerza de dinero [509]. Pero, cuando los tuvo en su poder, Pausanias, sospechando que era eso lo que proyectaban hacer, licenció a la totalidad de los efectivos aliados [510] y condujo a sus prisioneros a Corinto, donde mandó ejecutarlos [511].

Esto fue lo que ocurrió en Platea y en Tebas [512].

---

caría con arreglo a ello) y la sustitución de las oligarquías por gobiernos moderados. Cf. R. J. Buck, «The Athenian domination of Boeotia», *Classical Philology* 65 (1970), págs. 217 y sigs.; y M. Amit, «The Boeotian confederation during the Pentekontaetia», *Rivista storia dell'Antichità* 1 (1971), págs. 49 y sigs.

[509] La venalidad se hallaba muy extendida en Grecia (cf. Tucídides, VIII 45), particularmente —dado el carácter de nuestras fuentes— entre los espartanos (cf., *supra,* III 56; VI 72; Tucídides, V 16; VIII 5; Aristóteles, *Política* II 9, 1270b; Plutarco, *Pericles* 22), y el propio Pausanias acabaría incurriendo en ella (cf. Tucídides, I 131).

[510] Algunos efectivos (como atenienses, eginetas o megareos) pudieron haber sido licenciados una vez concluido el sitio de Tebas, pero los peloponesios se debieron dirigir al Istmo antes de regresar a sus respectivas ciudades.

[511] La acción de Pausanias habría violado, aparentemente, los términos del acuerdo con los tebanos, por lo que es posible que los prisioneros fueran juzgados en el Istmo por orden del Consejo de aliados (cf. VII 172, 1; 173, 4; 175, 1; 195), y que Pausanias se limitara a cumplir la sentencia del tribunal. No obstante, se han propuesto otras interpretaciones.

[512] Como ya es habitual (cf. nota VIII 2), Heródoto, pese a la relación existente en la Segunda Guerra Médica entre las operaciones navales y terrestres, no las temporaliza simultáneamente. Por eso, y una vez concluida la campaña de Platea, pasará a continuación (tras un seguimiento de la retirada de Artabazo, en el capítulo siguiente, por las razones apuntadas en nota VIII 650) a narrar la de Mícala.

Regreso de Artabazo a Asia

89 Entretanto Artabazo, hijo de Fárnaces, que proseguía su huida tras abandonar Platea [513], se encontraba ya bastante lejos. Y, a su llegada a Tesalia, los habitantes de la zona [514] lo agasajaron con un banquete de bienvenida y le preguntaron por el resto del ejército, pues no sabían nada de lo acaecido en Platea.
Entonces Artabazo, al comprender que, si pretendía con- 2
tarles la pura verdad de lo ocurrido en la campaña, iba a correr el peligro —y con él sus tropas— de perder la vida (pues suponía que, al enterarse de lo sucedido, toda aquella gente lo atacaría), al tener en cuenta, insisto, estas consideraciones, que ya le indujeron a no revelar nada a
los focenses [515], les dijo a los tesalios lo que sigue: «Como 3
véis, tesalios, me apresuro a dirigirme a Tracia [516] a marchas forzadas y con arduo empeño, pues, en unión de las

---

[513] Cf. IX 66.

[514] El relato sobre la retirada de Artabazo se halla plagado de contradicciones e inverosimilitudes (sin duda, por el carácter de los informadores del historiador sobre el particular; cf. nota VIII 650), ya que los supervivientes de la caballería tesalia —que había combatido en Platea junto a Mardonio— debieron alcanzar la región antes que las tropas persas (y, en todo caso, la noticia del resultado de la batalla hubo de preceder al avance de Artabazo). Si, por otra parte, los tesalios aquí aludidos eran partidarios de los griegos, y no de los Alévadas (cf. VII 174; y A. WESTLAKE, «The medism of Thessaly»..., págs. 12 y sigs.), resulta poco convincente la afable acogida que recibieron los persas.

[515] Región que había atravesado antes de alcanzar Tesalia y en la que los sentimientos filopersas no eran muy acusados; cf. IX 31, 5, y nota IX 102. Vid., asimismo, H. SCHAEFER, «Das Problem der griech. Nationalität», *X Congr. internaz. di scienze storiche*, Roma, 1955, páginas 719 y sigs.

[516] Artabazo aparenta que su objetivo es Tracia (y no Macedonia o la Calcídica), porque la zona se hallaba lo suficientemente lejos para que los tesalios pudieran ignorar las razones de su misión.

tropas que aquí me acompañan, se me ha enviado desde el cuartel general a cumplir cierta misión. Pero el propio Mardonio, así como su poderoso ejército, avanza tras mis pasos, por lo que podéis considerar inminente su llegada. Agasajadlo también a él y mostráos amables con su perso-
4 na, pues, si así lo hacéis, a la larga no os pesará». Dicho esto, reemprendió, sin perder un instante, la marcha con sus tropas, atravesando Tesalia y Macedonia en dirección a Tracia, con verdadera prisa y por la ruta continental más corta [517]. Finalmente, llegó a Bizancio [518] después de haber dejado tras de sí a muchos integrantes de su ejército, que, durante el trayecto, fueron diezmados por los tracios o que resultaron víctimas del hambre y la fatiga. Y, desde Bizancio, cruzó el estrecho a bordo de unas embarcaciones.

Los samios apelan a la flota griega para que libere Jonia

90 Así fue como Artabazo regresó a Asia. Y resulta que, el mismo día en que se produjo el desastre persa en Platea, tuvo también lugar el que sufrieron en Mícala [519], en Jonia. El caso es que, mientras la flota griega, que había llegado a Delos acompañada del

---

[517] Probablemente, desde Terme, a orillas del golfo Termeo (cf. nota VII 580), cruzaría la Calcídica, en dirección a Eyón, por la posterior Via Egnatia (una ruta que ya había sido seguida, en dirección contraria, por uno de los cuerpos de ejército de Jerjes el año anterior; cf. D. Müller, «Von Doriskos nach Therme. Der Weg des Xerxes-Heeres durch Thrakien und Ostmakedonien», *Chiron* 5 (1975), págs. 1 y sigs.).

[518] Artabazo debió dirigirse al Bósforo porque el Helesponto se hallaba bajo control ateniense (cf. IX 114). E. Obst, *Der Feldzug des Xerxes*, Leipzig, 1914, págs. 211 y sigs., justificaba la no intervención de Artabazo en Sesto, cuando la plaza estaba siendo asediada por las tropas griegas, debido a las órdenes que habría recibido de regresar cuanto antes a Asia, ante los acontecimientos levantiscos que estaban teniendo lugar en la zona de Babilonia.

[519] Promontorio (de 1255 m. de altura) de Asia Menor situado frente

lacedemonio Leotíquidas, permanecía anclada en la isla [520], se presentaron ante los aliados unos emisarios de Samos (se trataba de Lampón, hijo de Trasicles, Atenágoras, hijo de Arquestrátida, y Hegesístrato, hijo de Aristágoras [521]), que habían sido comisionados por los samios a espaldas de los persas y del tirano Teoméstor, hijo de Androdamante, a quien los persas habían nombrado tirano de Sa-

---

a la isla de Samos, de la que lo separa un canal de unos 2 km. de anchura. Sobre el sincronismo a que alude Heródoto, cf. IX 100, 2.

[520] La campaña naval del año 479 aparece narrada en la *Historia* en dos secciones separadas entre sí por más de cien capítulos. Los pormenores de la concentración naval aliada en Egina, y su avance hasta Delos, se relatan en VIII 130-132; y, como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 249), «Herodotus is never at his best when describing naval operations, and was apparently not very interested in those of 479, which he perhaps felt as an anti-climax after the great seafights of the previous year». Sobre los efectivos navales con que contaban griegos y persas, cf. notas VIII 670 y 673. Leotíquidas (cf. nota VIII 675) era el *navarco* (cf. nota VIII 674, y R. Sealey, «Die spartanische Nauarchie», *Klio* 58 [1976], págs. 335 y sigs.), siendo Jantipo (cf. nota VIII 680) uno de los estrategos del contingente ateniense, que no debía de ser muy numeroso (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 717; Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 402 y sigs.).

[521] Estos personajes sólo son conocidos por su intervención en este episodio. Que Heródoto mencione los nombres y patronímicos de los integrantes de la delegación samia (cuando sólo cita, en VIII 132, a uno de los miembros de la comisión quiota que se había trasladado a Esparta y Egina con idéntico propósito al que aquí guía a los samios) puede deberse a sus estrechas relaciones con Samos, donde el historiador había estado refugiado (hacia 468/467; cf. Eusebio, *Chron.: Ol.* 78, 1), al fracasar la conspiración urdida para derrocar a Lígdamis, el tirano de Halicarnaso, en la que la familia del historiador debió de estar involucrada (cf. A. Hauvette, *Hérodote historien...*, pág. 13; F. Jacoby, *RE...*, col. 229). En general, vid. O. Pessl, *Der Samierlogos Herodots*, Graz, 1967; y B. M. Mitchell, «Herodotus and Samos», *Journal of Hellenic Studies* 95 (1975), págs. 75 y sigs.

2 mos [522]. Cuando los samios estuvieron ante los generales, Hegesístrato pronunció un largo y prolijo [523] discurso, indicando que, sólo con verlos, los jonios se sublevarían contra los persas [524], y que los bárbaros no les iban a presentar batalla [525], pues, si se daba la circunstancia de que lo hacían, los aliados no podrían encontrar otra presa más fácil. En nombre de los dioses que les eran comunes, los instó, pues, a librar de la esclavitud a unos pueblos griegos
3 y a rechazar al Bárbaro, asegurándoles que la empresa les iba a resultar sencilla, dado que los navíos persas eran poco veleros [526] y no se hallaban en condiciones de rivalizar con los suyos. Y añadió que, si los aliados abrigaban la más mínima sospecha de que los pudieran atraer a una

[522] Por su destacada actuación en Salamina (cf. VIII 85, 3), con lo que hacía poco que se hallaba al frente de la isla; cf. Ed. Will, «Notes sur les régimes politiques de Samos au Ve siècle», *Revue Études Anciennes* 71 (1969), págs. 305 y sigs.

[523] En el discurso indirecto de Hegesístrato aparece, por ejemplo, seis veces un mismo pronombre *(autós)*, en diferentes casos, referido, respectivamente, a los samios, a los griegos, a los samios, a los griegos nuevamente, a los persas y otra vez a los samios.

[524] Es posible que, tras haberse negado a avanzar más allá de Delos (cf. VIII 132, 2-3), Leotíquidas recibiera garantías fidedignas de que Jonia iba a sublevarse contra los persas (cf. G. Harris, *Ionia under Persia, 547-477 B. C.*, Evanston, 1971, págs. 168 y sigs.). Pero su avance pudo responder también a una estrategia previamente decidida por los griegos, a fin de forzar a Mardonio a presentar batalla en Grecia.

[525] Los samios, dado que parte de la flota persa había invernado en su isla (cf. VIII 130, 1), debían de estar al corriente de la baja moral que reinaba entre las dotaciones (cf. VIII 130, 3).

[526] Como semejante apreciación está en contra (cf. nota VIII 54) de la afirmación de Temístocles en VIII 60 *a*, hay que suponer que la ausencia de naves fenicias en el bando persa (cf. IX 96, 1) dejaba a estos últimos en inferioridad técnica (aunque no hay que descartar una exageración 'jonia' [cf. III 46] en labios de Hegesístrato).

trampa, ellos tres estaban dispuestos a embarcarse a bordo de sus naves en calidad de rehenes [527].

Y, como el samio insistía mucho en su petición, Leotíquidas (bien fuera porque deseara averiguarlo para obtener un presagio [528], bien fuera por una feliz casualidad de inspiración divina [529]) le preguntó: «Extranjero samio, ¿cuál es tu nombre?» Y el otro respondió: «Hegesístrato». 91
Entonces Leotíquidas dejó a Hegesístrato —si es que este último se disponía a seguir hablando— con la palabra en la boca, y exclamó: «Acepto el augurio [530], extranjero samio. Pero, antes de volver a embarcaros, haced el favor de darnos vuestra palabra, tanto tú como quienes te acompañan en esta misión, de que los samios serán decididos aliados nuestros». 2

Decirlo Leotíquidas y tener lugar la ceremonia fue todo uno, pues de inmediato los samios juraron lealtad a su alianza con los griegos [531]. 92

---

[527] Cf. nota VIII 475.

[528] En la Antigüedad los antropónimos tenían, cuando se escuchaban inopinadamente, la consideración de presagios. Cf., *supra*, VI 50, 2; VII 180; TÁCITO, *Hist.*, IV 53; y, sobre todo, la anécdota que narra CICERÓN (*De Div.*, I 46) sobre Lucio Emilio Paulo, quien, antes de enfrentarse a Perseo, halló en su casa a una hija suya de corta edad abatida: «Quid est, inquit, mea Tertia? Quid tristis es?' 'Mi pater, Persa periit'. Tum ille arctius puellam complexus. 'Accipio, inquit, mea filia, omen'. Erat autem mortuus catellus eo nomine».

[529] El pasaje es importante porque revela que la etiología histórica de Heródoto no se resuelve en un sentido exclusivamente teonómico o en uno exclusivamente antroponómico (cf. A. MADDALENA, *Interpretazioni erodotee*, Padua, 1942, pág. 68).

[530] Pues Hegesístrato es un compuesto bitemático que significa «guía del ejército».

[531] Cf. nota IV 690, y R. LONIS, «La valeur du serment dans les accords internationaux en Grèce classique», *Dialogues Histoire Ancienne* 6 (1980), págs. 267 y sigs. La lealtad, por parte de los samios enemigos

2 Tras esta formalidad, los samios se hicieron a la mar... [532], dado que Leotíquidas, considerando que su nombre constituía un presagio, dispuso que Hegesístrato navegara con ellos. Los griegos, por su parte, dejaron transcurrir aquella jornada y, al día siguiente, ofrecieron un sacrificio propiciatorio [533] que, en su condición de adivino de la flota, ofició Deífono, hijo de Evenio, un natural de Apolonia (la Apolonia situada en el Golfo Jonio [534]), a cuyo padre le había sucedido el incidente que paso a relatar.

---

de los persas, debe de referirse a la campaña entonces en curso, y la inclusión efectiva en la *symmachía* (cf. nota III 193) al momento en que todos los samios hubieran alcanzado la libertad (cf. IX 106, 4).

[532] El texto debe presentar una laguna, ya que, de acuerdo con los manuscritos, hay una contradicción entre la frase «los samios se hicieron a la mar» *(hoi mèn apépleon)*, que se refiere a todos los comisionados de Samos, y la frase siguiente, donde se indican las razones para que Hegesístrato se quedara con los aliados. Cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 88, nota 4, que propone incluir «salvo Hegesístrato» (aunque se han adoptado otras soluciones).

[533] Cf. nota VII 809.

[534] El mar Adriático (cf. VI 127, 2), a orillas del cual se encontraba Apolonia (la especificación tiene por objeto [cf., asimismo, Pausanias, V 22, 3] distinguirla de la ciudad del mismo nombre —en la Antigüedad, sin embargo, y por la extensión del culto a Apolo, había una veintena de localidades así denominadas— situada en Tracia, a orillas del Ponto Euxino; cf., *supra*, IV 90, 2; 93), una colonia de Corinto (cf. Tucídides, I 26) fundada al sur de Iliria en tiempos de Periandro (cf. Plutarco, *Moralia* 522), tirano que rigió Corinto entre 625 y 585 a. C. (cf. nota III 250). Apolonia, uno de los puntos terminales de la Via Egnatia en época romana (el otro era Epidamno), tuvo importancia en el comercio del ámbar (cf. nota III 589), como parece revelar el mito de las ofrendas de los hiperbóreos a Delos (cf. IV 33).

Historia de Evenio

En la citada Apolonia hay unos rebaños consagrados al sol[535] que, durante el día, pacen a orillas de un río (el que procede del monte Lacmón[536] y atraviesa la región de Apolonia, desembocando en el mar en las inmediaciones del puerto de Orico[537]), mientras que, de noche, se encargan de custodiarlos, a razón de un año por persona, individuos escogidos para tal menester, que pertenecen a las familias más distinguidas 93

[535] El sol es identificado aquí con Apolo (el patrón de Apolonia), en su condición de dios de la luz (cf. W. Burkert, *Structure and History in Greek Mythology and Ritual*, Berkeley-Los Ángeles, 1979, págs. 88 y sigs.), y el ganado (ovejas y/o cabras [cf. nota VIII 717]; seguramente en un número que se correspondería con los días del año; cf. *Odisea*, XII 127 y sigs.; *Himno a Apolo* 412) está consagrado a la divinidad por su relación con el mundo pastoril, del que derivan un serie de epítetos al efecto que se conocen de este dios (cf. Píndaro, *Pít.* IX 64; Macrobio, I 17, 45). Como señala G. Strasburger (*Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 48), «die... Legende erklärt die apollinische 'Inspirationsmantik', die in Apollonia geübt wurde; die darin vorkommende heilige Schafherde, die Wölfe, die Höhle haben etwas mit der Unterwelt und dem 'Jenseits' zu tun, gehören zum uralten Typ der Geschichten vom Herdenraub». Cf., asimismo, K. Meuli, *Gesammelte Schriften*, Basilea-Stuttgart, 1975, II, págs. 660-661.

[536] Un monte (de 2.295 m. de altura) perteneciente a la cordillera del Pindo y situado a unos 170 km. al sureste de Apolonia.

[537] Localidad situada a casi 50 km. al sur de Apolonia. El río al que se refiere Heródoto (que debe de estar siguiendo un testimonio oral poco escrupuloso con la exactitud geográfica) se trata, probablemente, del Aoo (el actual Vijose), que nace en la vertiente septentrional del monte Lacmón (cf. Hecateo, *F. Gr. Hist.* 1, frs. 102B y C; Esteban de Bizancio, s.v. *Lákmōn*) y, tras un curso en dirección Noroeste, desemboca a unos diez km. al suroeste de Apolonia (pero bastante al norte de Orico, por lo que se han propuesto otras identificaciones).

de la ciudad por su posición y alcurnia [538]; pues lo cierto es que los de Apolonia, en virtud de cierto oráculo [539], conceden gran importancia a los rebaños en cuestión, que pasan la noche en una gruta situada bastante lejos de la
2 ciudad. Pues bien, allí era donde los custodiaba el tal Evenio, que aquel año había sido escogido para dicho cometido. Pero en cierta ocasión se quedó dormido cuando estaba de guardia y en la gruta penetraron unos lobos que mataron a unas sesenta cabezas de ganado. Al percatarse, Evenio guardó silencio y no se lo contó a nadie, ya que tenía la intención de comprar otros animales y reemplazar
3 a los que habían muerto. Sin embargo, como quiera que los de Apolonia no dejaron de advertir lo que había ocurrido (fuera como fuese, el caso es que se enteraron), hicieron comparecer a Evenio ante un tribunal y, por haberse quedado dormido mientras estaba de guardia, lo condenaron a perder la vista [540]. Pero, nada más haberle cau-

---

[538] Según Aristóteles (*Política* IV 3, 1290b), los ciudadanos que en Apolonia gozaban de plenos derechos políticos eran escasos, y debían descender de los antiguos fundadores de la ciudad. Como la custodia de los rebaños sagrados era un acto cultual, su desempeño constituía un privilegio reservado exclusivamente a la clase dominante, que lo ejercía por turnos.

[539] Cf. nota IX 535; J. Kirchberg, *Die Funktion der Orakel im Werke Herodots...*, págs. 37-38; y H. W. Parke, *The Oracles of Zeus...*, apéndice III, págs. 279 y sigs.

[540] Con arreglo al principio de que el castigo tenía que estar en consonancia con la falta, ya que la culpa de Evenio había residido en sus ojos, que se habían cerrado por el sueño (es un tipo de castigo bien representado en los relatos míticos, como ocurre, por ejemplo, en el caso de Tiresias o Acteón, cuyas cegueras se debieron a que habían contemplado lo que no era lícito: la desnudez de Atenea el primero [cf. Ferécides, *F. Gr. Hist.* 3, fr. 92; Calímaco, *Baño de Palas* 57-133], y de Ártemis el segundo [cf. Apolodoro, III 4, 4; Higinio, *Fab.* 181; Diodoro, IV 81, 3-5; Ovidio, *Met.*, III 138-252]).

sado la ceguera a Evenio, sus rebaños dejaron de ser
fecundos y la tierra tampoco les daba fruto [541]. Y las 4
respuestas oraculares que recibieron tanto en Dodona como en Delfos [542], cuando preguntaron la causa de la calamidad que les aquejaba, fueron que [543] habían cometido una injusticia al privar de la vista a Evenio, el guardián de los rebaños sagrados, pues habían sido los propios dioses quienes habían enviado a los lobos [544], de manera que

[541] La prosperidad o desgracia, por intervención divina, siempre afectaba a una comunidad en la fecundidad o esterilidad de la tierra, las mujeres (aquí omitida) y el ganado (cf. Sófocles, *Edipo Rey* 25-27; Esquines, *Contra Ctesifonte* 111); de ahí que la fórmula religiosa y tradicional de imprecación griega hiciera hincapié en esa triple faceta (cf. Hesíodo, *Trabajos* 225-247; Esquilo, *Euménides* 916-1020).

[542] La consulta, pues, no se limitó a un solo lugar (una praxis habitual que, por ejemplo, aparece también a propósito de Creso [cf., *supra*, I 46 y sigs.] y Mardonio [cf. VIII 133 y sigs.], al enviar al cario Mis a interrogar los oráculos). El primer oráculo consultado habría sido el de Dodona, en Tesprotia (a unos 170 km. al sureste de Apolonia), la sede del más antiguo santuario oracular de Grecia (cf. II 52, 2). Sobre la coincidencia de las respuestas de Dodona y Delfos, cf. R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Hérodote...*, págs. 83 y sigs., para quien estaríamos ante la reutilización, en una leyenda sacerdotal, de un relato folclórico.

[543] Sigo la lectura de Stein, adoptada por Hude, que secluye del texto una serie de términos. Según lo transmitido por los manuscritos, la traducción sería: «Y, tanto en Dodona como en Delfos, recibieron respuestas oraculares, cuando preguntaron a los profetas la causa de la calamidad que les aquejaba: estos últimos les dijeron que habían cometido...». Pero la alusión a unos profetas se halla en contradicción con lo indicado en II 55 (donde se señala que en Dodona había sacerdotisas) y VIII 36, 2 (donde en Delfos se alude a un solo profeta). Vid., no obstante, Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 90, nota 1, para una justificación del texto de los manuscritos.

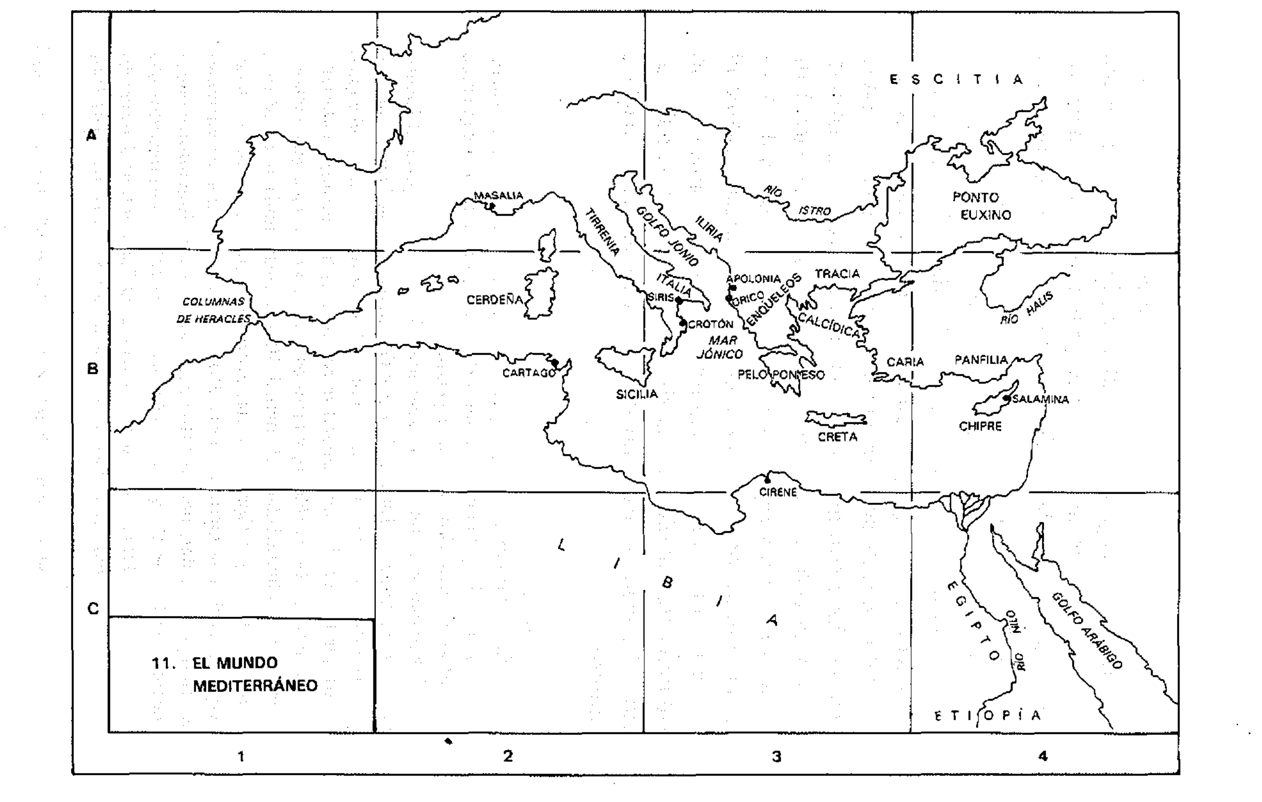
[544] Uno de los epítetos de Apolo era *lýkeios* (*lýkos* = «lobo»), que hay que relacionar con su naturaleza pastoril: Apolo habría sido para

no cejarían en su venganza hasta que los de Apolonia le dieran, por lo que le habían hecho, la indemnización que Evenio prefiriese por estimarla oportuna; y, una vez cumplidos sus deseos, los dioses, a su vez, le concederían a Evenio un don tan importante que muchas personas lo considerarían afortunado por poseerlo.

94 Estas fueron las respuestas que les dictaron los oráculos. Por su parte los de Apolonia las mantuvieron en secreto y encomendaron la resolución del asunto a ciertos conciudadanos suyos, que lo hicieron, a su entera satisfacción, como sigue. Se hallaba Evenio sentado en un banco, cuando fueron a tomar asiento a su lado y empezaron a hablar de otros temas, hasta que acabaron compadeciéndose de su desgracia. Enmascarando así el propósito de su visita, le preguntaron qué indemnización elegiría, en el caso de que los de Apolonia estuvieran dispuestos a concederle una
2 compensación por lo que le habían hecho. Entonces Evenio, que no había oído hablar de la respuesta de los oráculos, se pronunció sobre el particular, diciendo que, si se le entregaban unos campos (y citó por su nombre a los ciudadanos que, según tenía entendido, poseían las dos mejores

---

los pastores el dios que los protegía de los lobos (cf. M. P. Nilsson, *Geschichte griech. Religion...*, I, pág. 538). Como indica A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 201), «il senso degli oracoli può essere che la divinità non volle esercitare, nel caso in questione, la sua funzione protettrice per punire gli apolloniati di una qualche colpa non specificata. Si ricordi l' Apollo omerico che scatena nel libro I dell' *Iliade* l'epidemia tra le bestie e gli uomini. La risposta però può anche significare soltanto che il dio può compiere atti incomprensibili alla mente umana, come il massacro delle sue stesse greggi, e l' uomo non può e non deve scrutarne la volontà, né pensare di interpretare con le proprie misure i fatti e gli atti della sfera religiosa: come appunto quello che riguarda le bestie sacre». Estamos, en suma, ante un ejemplo más de la religiosidad arcaica que subyace en la obra de Heródoto (cf. nota VIII 392).



11. EL MUNDO MEDITERRÁNEO

fincas que había en Apolonia [545]), además de la casa más suntuosa que, según sabía, había en la ciudad, si pasaba —insistió— a ser dueño de esas posesiones, en lo sucesivo viviría sin guardarles resentimiento, pues con la concesión
3 de esa indemnización se daría por satisfecho. Y, al expresarse él en estos términos, quienes se encontraban sentados a su lado se apresuraron a decirle: «Esa es, Evenio, la indemnización que, conforme a unos oráculos que han recibido, te satisfacen los de Apolonia por haberte dejado ciego». Ante esta manifestación, Evenio, como es natural, montó en cólera, pues, a raíz de la misma, se enteró de toda la historia y se sintió engañado [546]; pero los de Apolonia compraron a sus propietarios las posesiones que él había elegido y se las entregaron. Y, poco después, se vio súbitamente dotado de una singular capacidad de adivinación [547], hasta el extremo de que llegó incluso a hacerse famoso.

---

[545] En el territorio de Apolonia, se entiende. La entidad comarcal de una pólis griega comprendía tanto la capital propiamente dicha como las aldeas y territorios de ella dependientes.

[546] Estamos ante una mentalidad primitiva en la que priva el legalismo, el cumplimiento formal, independientemente de la intencionalidad (cf., asimismo, IV 154; 201). Con todo, en la *Historia* no faltan ejemplos en los que la mera intencionalidad se equipara al hecho consumado (cf., por ejemplo, I 124, 1; 159, 4), y otros en los que se distingue entre voluntariedad e involuntariedad (cf. nota I 104). Los apoloniatas engañan a Evenio al hacer que elija sustancial e irrevocablemente, cuando él cree que se trata de una mera hipótesis. Pero, de haber sabido de antemano la respuesta oracular, podría haber solicitado algo de imposible cumplimiento, con lo que el equilibrio cósmico no se habría restablecido. Cf. J. Kroymann, «Götterneid und Menschenwahn. Zur Deutung des Schicksalsbegriffs im frühgriechischen Geschichtsdenken», *Saeculum* 21 (1970), págs. 166 y sigs.

[547] Ese es el don prometido por Zeus y por Apolo (cf. IX 93, 4),

Así, pues, Deífono, el hijo del tal Evenio, era quien, por haberlo traído los corintios [548], desempeñaba la función de adivino en la flota griega. Sin embargo, también he oído contar al respecto que Deífono ejercía su profesión por Grecia usurpando el nombre de Evenio [549], cuando no era su hijo. 95

Preliminares y desarrollo de la batalla de Mícala

Tras haber obtenido presagios favorables, los griegos abandonaron Delos, arrumbando sus naves con dirección a Samos. Y, al llegar a las inmediaciones de Cálamos [550], en territorio samio, fondearon en dicho lugar, a la altura del templo de Hera [551] que allí se alza, y se prepararon para librar una batalla naval. Por su parte los persas, al tener noticias del avance griego, también hicieron que las naves que les quedaban (pues al contingente fenicio le habían permitido retirarse de la zona [552]) ganaran mar abierto en dirección al continente. 96

---

y por eso es una capacidad 'singular' (*émphytos* significa aquí «inherente a un individuo», y no «innato»), no un saber adquirido profesionalmente (cf. *Ilíada,* I 72; *Odisea,* XXII 347 y sigs.; Píndaro, *Ol.,* VI 65; Cicerón, *Div.,* I 18).

[548] En su condición de metrópoli de Apolonia; cf. nota IX 534, y, en general, A. J. Graham, *Colony and mother city in ancient Greece,* Chicago, 1983, 2.ª ed., págs. 130 y sigs.

[549] Es decir, utilizándolo como patronímico.

[550] Posiblemente junto a la desembocadura del río Imbraso, en la costa sudoriental de la isla, a unos 4 km. al oeste de la capital, Samos (cf. Alexis de Samos, *F. Gr. Hist.* 539, fr. 1, *apud* Ateneo 572f). Desde allí hasta la extremidad occidental de Mícala (el cabo Trogilio) hay 10 km. Cf. D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...,* páginas 1030-1031).

[551] Cf. nota III 311. El Hereo se encontraba a 2 km. al oeste de Cálamos.

[552] La ausencia del contingente fenicio en la flota persa plantea uno de los mayores problemas interpretativos de las operaciones navales del

2 Resulta que, al estudiar la situación, decidieron no presentar batalla, pues lo cierto es que no consideraban a sus efectivos parejos a los del enemigo. Se iban a retirar, pues, con rumbo al continente, a fin de ponerse al amparo de sus fuerzas terrestres [553], que se encontraban en Mícala y que habían sido destacadas, a instancias de Jerjes, del grueso del ejército para vigilar Jonia [554]. Los integrantes

---

año 479, ya que, sin sus unidades (las más adiestradas y peligrosas de los efectivos de Jerjes; cf. notas VIII 54 y 336), y sin las de los egipcios (cf. IX 32), la flota persa dependía de la dudosa lealtad de los navíos de los griegos de Asia y de los de los chipriotas que habían escapado de Salamina, así como de los contingentes cilicios, panfilios, licios y carios (cf. apéndice VII al libro VII). Sin duda fue la ausencia de la flota fenicia, al margen de la importante agitación antipersa que debía reinar en Samos, lo que indujo a los almirantes persas a replegarse a Mícala (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 252), dejando en manos de los griegos una posición tan estratégica como Samos, desde la que se podía controlar la costa jonia. En todo caso, el problema de la no presencia de los efectivos fenicios en Samos, y luego en Mícala, no ha sido satisfactoriamente explicado por la crítica moderna, y las hipótesis al respecto (que hubieran regresado a sus bases tras Salamina, por el temor que sentían a sufrir más represalias (cf. VIII 90, 3) por parte persa después de la derrota, como sugiere A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, pág. 255 [pero cf. nota VIII 667]; o que hubiesen sido enviados a cumplir otras misiones, como patrullar las costas de Tracia y la Calcídica, para evitar sublevaciones que pusieran en peligro la situación de Mardonio en Grecia, o custodiar el Helesponto, en cuyo caso habría que justificar que no hubiesen acudido en socorro de Sesto, cuando la ciudad fue atacada por los griegos [cf. IX 114 y sigs.]) resultan poco convincentes.

[553] Los persas, en realidad, adoptan la misma estrategia que habían seguido durante la campaña del año 480 (cf. notas VII 1094 y VIII 386): la actuación conjunta de su ejército y su flota.

[554] Las fuerzas terrestres persas debieron de ser acantonadas en Jonia antes de que Jerjes abandonara Asia, en dirección a Grecia, en la primavera del año anterior. Sobre la agitación antipersa en Jonia, que se había

de dicho ejército ascendían a sesenta mil hombres y se hallaban a las órdenes de Tigranes [555], el persa que más descollaba por su apostura y físico [556]. Los jefes de la flota 3
persa habían resuelto, en definitiva, recurrir a la protección de esas tropas y, acto seguido, varar sus naves y rodearlas con una empalizada que salvaguardara los navíos y constituyese un refugio para ellos.

---

visto acrecentada por la derrota naval de Jerjes en aguas de Salamina, cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 252-253; y J. Wolski, «Les Grecs et les Ioniens au temps des guerres médiques», *Eos* 58 (1969-1970), págs. 33 y sigs.

[555] El aqueménida que había estado al frente de la infantería meda (cf. VII 62, 1) y que debió de regresar a Asia con Jerjes. Volvemos a encontrarnos (cf. nota VII 422) con una cifra sexagesimal tópica al evaluar los efectivos persas (de haber contado con el número de tropas que cita Heródoto, los griegos no se habrían atrevido a librar con los persas una batalla en tierra firme). Tigranes tendría a sus órdenes unos diez mil hombres (cf. W. W. Tarn, «The Fleet of Xerxes», *Journal of Hellenic Studies* 28 (1908), pág. 228), a los que se sumarían las dotaciones de las naves.

[556] Cf. nota IX 424; y, *supra,* VII 187, 2.

97 *Ante el avance hasta Samos de la flota griega, los persas se repliegan a Mícala varando sus naves y construyendo una fortificación*

Después de haber tomado esa resolución, los persas se hicieron a la mar. Y, al llegar —una vez rebasado el templo de las Potnias [557] en Mícala— al Gesón y a Escolopunte [558] (donde se encuentra un templo, en honor de Deméter Eleusinia [559], que erigiera Filisto, hijo de Pasicles, cuando acompañó a Nileo, hijo de Codro, con ocasión de la fundación de Mileto [560]), vararon en dicho lugar sus naves y las rodearon con una empa-

[557] Las «soberanas», epíteto de Deméter y Perséfone (cf. Sófocles, *Edipo en Colono* 1050; Aristófanes, *Tesmoforiantes* 1149; Pausanias, IX 8, 1). Sobre ambas divinidades, cf. nota VIII 323, y G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, págs. 115 y sigs. El templo se encontraba en la vertiente meridional del monte Mícala.

[558] El Gesón era un arroyo que desembocaba al sureste del monte Mícala (cf. Ateneo 311e; Pomponio Mela, I 17; Plinio, *Hist. Nat.*, V 31), si bien, en la actualidad, todo el golfo Latmíaco se ha visto colmatado por los aluviones del río Meandro. Escolopunte es un topónimo no identificado, que deriva de las estacas (en griego *skólopes*) que clavaron los persas alrededor de su campamento, y para el que se han propuesto diversas localizaciones (cf. J. Kromayer, *Antike Schlachtfelder...*, IV, págs. 171-172; y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 255-256).

[559] Es decir, un santuario donde tenían lugar cultos mistéricos; cf. nota VIII 322, y, asimismo, L. Deubner, *Attische Feste*, Hildesheim, 1966 [ed. revisada por B. Doer], págs. 69 y sigs., y W. Burkert, *Griechische Religion...*, págs. 413 y sigs.

[560] Cf. I 147, 1; y nota VIII 115. Nileo (cf. también *Marmor Parium* 27), o Neleo, representa aquí las migraciones que, desde Grecia continental, tuvieron lugar hacia Asia Menor al final del período micénico (cf. F. Càssola, *La Ionia nel mondo miceneo*, Nápoles, 1957, págs. 88 y sigs.). Sobre Cadmo, cf. nota V 303. Heródoto posiblemente está siguiendo al respecto un testimonio escrito de carácter logográfico (aunque la figura de Cadmo de Mileto, y su *Fundación de Mileto*, en la que algunos críticos han pensado como fuente del pasaje, es controvertida; cf. J. Lens, en J. A. López Férez (ed.), *Historia de la literatura griega...*, pág. 262).

lizada [561], hecha de piedras y de troncos (para lo cual cortaron árboles frutales), a cuyo alrededor clavaron estacas. Y estaban preparados para sufrir un asedio [y alzarse con la victoria, pues sus preparativos contemplaban ambos objetivos].

Los griegos desembarcan en Mícala entre las sospechas persas respecto a la lealtad de los jonios

Cuando se percataron de que los bár- 98
baros se habían replegado hacia el continente, los griegos se sintieron contrariados, por considerar que el enemigo se les había escapado, y se vieron ante el dilema de saber qué hacer: si regresar a su punto de partida o poner proa al Helesponto [562]. Finalmente decidieron no hacer ni lo uno ni lo
otro, sino zarpar con rumbo al continente [563]. Se pertre- 2
charon, pues, de escalas de abordaje y de todo el material necesario para una batalla naval [564], y se hicieron a la mar con destino a Mícala. Al llegar a las inmediaciones del cam-

---

[561] Con lo cual (Diodoro, XI 34, incluye, racionalizando el dato, un profundo foso) los *epibátai* medos y persas (cf., *supra,* VIII 130, 2) se agregaron a las tropas de Tigranes.

[562] Para destruir los puentes tendidos por Jerjes (cf. VII 33-36), pues los griegos ignoraban (cf. IX 106, 4) que habían sido desmantelados por una tempestad (cf. VIII 117, 1).

[563] Estratégicamente era la decisión más acertada, ya que, de haberse retirado a Delos o de haberse dirigido al Helesponto, los aliados habrían dejado Samos —y con ello toda Jonia— nuevamente en poder de los persas, y habrían desaprovechado la oportunidad de aniquilar a la flota enemiga.

[564] Los griegos, pues, se prepararon para luchar con arreglo a la táctica tradicional que se empleaba en los enfrentamientos navales: abordar al enemigo (cf. Tucídides I 49) para que, acto seguido, la infantería de a bordo (los *epibátai;* cf. notas VIII 4 y 415) entrara en acción. La utilización de maniobras como la del *diékploos* (cf. nota VI 44) aún no se hallaba generalizada.

pamento persa, y dado que nadie parecía dispuesto a hacerles frente (vieron, además, que las naves enemigas se encontraban varadas en el interior de la fortificación y que numerosos contingentes de infantería se hallaban alineados a lo largo de la costa en orden de batalla), fue cuando, a bordo de su navío y como primera medida, Leotíquidas se puso a recorrer la orilla a la menor distancia posible y, por mediación de un heraldo, transmitió a los jonios
3 el siguiente mensaje: «Jonios, prestad atención a mis palabras todos los que podéis llegar a escucharme (pues los persas no van a entender absolutamente nada de lo que quiero encomendaros [565]): cuando trabemos batalla, todo el mundo debe tener presente, ante todo, su libertad [566] y, en segundo término, nuestra contraseña: Hera [567]. Y el

[565] Como señala Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 93, nota 2), estamos ante una «affirmation téméraire: les Ioniens n'étaient pas les seuls dans les troupes barbares à comprendre le grec. Dans son ensemble, d'ailleurs, l'épisode raconté ici manque totalement de vraisemblance; on n'a pas besoin de l'explication donnée ci-après... pour y reconnaître un doublet maladroit de VIII, ch. 22; et Leutychidès passant à bord de son vaisseau sur le front de l'armée ennemie rappelle mal à propos Xerxès passant en revue, au 1. VII, ch. 100, sa propre flotte».

[566] Cf. nota VIII 762.

[567] Era usual que, con ocasión de una batalla, la contraseña utilizada por un contingente griego consistiera en el nombre de una divinidad (cf. Jenofonte, *Anábasis*, I 8, 16; VI 5, 25; VII 3, 39), que, en este caso, es el de Hera (la principal enemiga de los asiáticos ya en la *Ilíada*) porque era la gran diosa de Samos (cf. R. Tölle Kastenbein, *Herodot und Samos*, Bochum, 1976, págs. 53 y sigs.) y la flota griega había anclado frente a su templo, por lo que presumiblemente se habría encomendado a su protección. Con todo, la lectura de los manuscritos (Hebe) podría mantenerse, ya que esta diosa, que se hallaba al servicio de Hera (cf. *Ilíada*, V 720 y sigs.) y de Ares (cf. *Il.*, V 905), era hija de Zeus y de Hera (cf. Hesíodo, *Teogonía* 922 y 952), y también la esposa celeste de Heracles (cf. *Odisea*, XI 603 y sigs.), por lo que podría haber resultado particularmente apropiada para un Heráclida como Leotíquidas.

que no haya podido oírme, que se entere de lo que he dicho por quien sí me haya escuchado». (Por cierto que 4
el objetivo de este proceder de Leotíquidas era idéntico al de Temístocles en Artemisio [568]: de hecho, sus palabras pasarían inadvertidas para los bárbaros y conseguirían persuadir a los jonios, o llegarían poco después a oídos de aquellos y los inducirían a desconfiar de los griegos [569].)

Tras esta recomendación de Leotíquidas, los griegos, 99
a continuación, hicieron lo siguiente: atracaron sus naves y desembarcaron en la orilla [570]. Estaban los helenos pro-

[568] Cf., *supra*, VIII 22, 3.

[569] Es decir, de los griegos que figuraban entre sus efectivos. Lingüísticamente, todo el parágrafo cuarto de este capítulo parece una interpolación.

[570] Resulta, en apariencia, sorprendente que los persas permitieran desembarcar a los griegos, por lo que, al margen de la sospecha de que los jonios pudieran traicionarlos (cosa que no se produjo hasta que la batalla se hubo iniciado; cf. IX 103, 2), debían de tener poderosas razones para mantenerse atrincherados: en primer lugar, el número de efectivos en ambos bandos estaba probablemente equilibrado, ya que los persas no contaban con los contingentes que pretende Heródoto (cf. nota IX 555), de manera que no se sentirían numéricamente superiores como para abandonar su posición («on the Greek side —señala C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 254-255— Leotychidas possessed no land army at all and had to improvise one from the men serving in his fleet. The nucleus would be provided by the marines [los *epibátai*], but even though these probably numbered thirty to each ship [cf. nota VIII 415] the total number of hoplites would only be 3.300. It is, however, possible that the Greek shortage of manpower had compelled some Peloponnesian states to press hoplites into service as rowers, and if these had brought their arms with them or had obtained some from Samos, they would be able to swell the total of the heavy-armed infantry»). Por otra parte, es posible que los persas pensaran recibir refuerzos de Sardes (cf. IX 107, 1). Finalmente, Leotíquidas debió desembarcar al este de la fortificación persa (cf. IX 102, 1), a bastante distancia de la misma y quizá en una zona poco adecuada en principio para ello, a fin de burlar una eventual oposición del enemigo en el momento del desembarco.

cediendo a alinearse en formación de combate, cuando los persas, que advirtieron que estos últimos se preparaban para luchar, así como que habían dirigido unas recomendaciones a los jonios [571], desarmaron a los samios ante la sospe-
2 cha de que pudieran abrazar la causa griega. Resulta que los samios habían comprado la libertad de todos los prisioneros atenienses llegados a bordo de los navíos de los bárbaros (se trataba de quienes, por haberse quedado en el Ática [572], habían sido capturados por los soldados de Jerjes), y poco después los hicieron regresar a Atenas con provisiones para el viaje [573]. (Esa era la razón principal de que inspirasen desconfianza a los persas, dado que habían
3 rescatado a quinientas personas contrarias a Jerjes.) Acto seguido, y so pretexto de que conocían la zona a la perfección, los persas encargaron a los milesios la vigilancia de los pasos que llevaban a las cumbres de Mícala; la orden, sin embargo, respondió a su deseo de que se mantuviesen

---

[571] En el texto griego (además de un zeugma y de un quiasmo) se da un *hýsteron próteron:* la sucesión cronológica de los participios aparece invertida para poner de relieve que los persas, al ver los preparativos de los griegos, se percatan de la finalidad inmediata de las recomendaciones de Leotíquidas.

[572] Quienes no habían seguido la orden general de evacuación (cf. VIII 41).

[573] Teóricamente este episodio tuvo lugar en una época del año (otoño-invierno de 480/479) poco apta para la navegación, por lo que no hay que descartar que Heródoto esté siguiendo una fuente de información samia (que son importantes para la campaña de Mícala; cf. nota IX 521, y V. La Bua, «Logos samio e storia samia in Erodoto», *Miscellanea greca e romana* 6 (1978), págs. 1 y sigs., aunque su consideración de que el origen de la *Historia* se halla en una «Historia de Samos» es discutible), y que los prisioneros atenienses fueran liberados ante la inminente llegada de la flota griega por los propios samios, que los habrían comprado como esclavos a los persas.

alejados del campamento [574]. Tales fueron las precauciones que adoptaron los persas con los jonios que, a su juicio, podían urdir una traición, si la ocasión se les presentaba; y, por lo que a ellos se refiere, agruparon sus escudos de mimbre para formar una barricada [575].

Prodigios y coincidencias acaecidos en Mícala

Pues bien, una vez concluidos sus pre- 100
parativos, los griegos se lanzaron contra los bárbaros. Y, mientras tenía lugar su avance, se extendió un rumor por todo el ejército y pudo verse un caduceo [576] que se encontraba a la orilla del mar: el rumor que recorrió las filas griegas aseguraba que los helenos se estaban imponiendo al ejército de Mardonio en una batalla librada
en Beocia. Numerosos testimonios evidencian, pues, la in- 2

[574] Al igual que ocurre en el caso de los samios, Heródoto debió de ser objeto de las exageraciones de la propaganda jonia a propósito de los milesios, ya que es impensable que los persas les encomendaran la misión reseñada si abrigaban sospechas sobre su lealtad: ello hubiera supuesto que sus líneas de comunicación con Sardes podían quedar cortadas. Pese a que, en VI 19-20, el historiador asegura que, tras el fin de la sublevación jonia, en otoño del año 494 (cf. N. G. L. Hammond, «Studies in Greek Chronology», *Historia* 4 (1955), págs. 385 y sigs.), toda la población de Mileto fue asesinada o esclavizada, estamos ante una exageración similar a la relativa a los eretrieos (cf. VI 101; 119), que también figuraron entre los efectivos aliados en Salamina (cf. VIII 46, 2) y Platea (cf. IX 28, 5).

[575] Con una táctica similar a la empleada en Platea (cf. IX 61, 3), aunque la batalla de Mícala no tuvo, ni mucho menos, las proporciones de aquélla: su importancia estribó en que permitió la liberación de algunas zonas de Jonia, y fue Éforo (cf. Diodoro, XI 34, 3; 36, 6) quien la magnificó.

[576] El emblema de Hermes, en su condición de mensajero divino (cf. E. Simon, *Die Götter der Griechen*, Munich, 1980, 2.ª ed., págs. 295 y sigs.).

tervención divina en el acontecer humano [577]; por ejemplo, y pese a que, en el caso que nos ocupa, el desastre persa en Platea y el que iban a sufrir en Mícala se produjeron justamente el mismo día [578], la noticia del primero de

---

[577] Cf. notas III 555 y VII 90. No obstante, el texto también podría traducirse por «numerosos testimonios evidencian, pues, la existencia de fenómenos divinos», con lo que «più che una generale proposizione di fede nell'intervento divino nelle vicende umane —indica A. MASARACCHIA, *Erodoto. Libro IX...*, pág. 205—, la frase vuole modestamente essere un riconoscimento dell'origine divina di alcuni eventi (*tôn prēgmátōn* ha valore partitivo). In sostanza, sembra dire Erodoto, esistono fatti soprannaturali, anche se la maggior parte di essi sono naturali».

[578] La crítica no es unánime en la datación de la batalla de Platea, ya que se fecha a comienzos de agosto del año 479 (cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, pág. 725, nota 4), e incluso a mediados de septiembre (cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, pág. 530, nota 49), si bien que el comienzo del asedio de Sesto tuviera lugar antes del inicio del otoño (cf. IX 117), que en Grecia se fechaba (aunque no hay unanimidad en los calendarios) el día 18 de septiembre, hace que resulte preferible una datación a finales del mes anterior (cf. K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte...*, II, 2, pág. 53). Por otra parte, el sincronismo que establece Heródoto entre Platea y Mícala también se ha interpretado diversamente. Si, según ÉFORO (cf. DIODORO, XI 35, 3; POLIENO, I 33), el rumor de la victoria en Platea fue una invención de Leotíquidas para infundir moral a los aliados, G. B. GRUNDY, *Great Persian War...*, página 526, apuntó la posibilidad de que la pretendida victoria en Platea hiciese, en realidad, referencia al enfrentamiento, a la salida de Giptocastro, con la caballería capitaneada por Masistio (cf. IX 20 y sigs.). En cualquier caso, y dado que la estrategia naval de 479 había sido subordinada por los griegos a las operaciones terrestres (cf. nota IX 18), es difícil admitir que Leotíquidas decidiera atacar en Mícala sin saber que en Platea los griegos habían vencido (cf. W. ALY, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen*, Gotinga, 1921, pág. 193), por lo que esta última batalla se habría librado unos diez días antes que la de Mícala, y el sincronismo (análogo al de Salamina e Hímera; cf. VII 166) se habría establecido posteriormente (cf., asimismo, DIODORO, XI 24, 1).

ellos llegó hasta los griegos que se hallaban en este último lugar, con lo que sus efectivos cobraron renovados ánimos y se dispusieron a afrontar el peligro con mayor decisión.

También se produjo esta otra coincidencia: en los ale- 101
daños de ambos campos de batalla había un santuario consagrado a Deméter Eleusinia; pues el caso es que, en Platea, el combate se desarrolló, como ya he indicado anteriormente [579], en las inmediaciones del mismísimo templo
de Deméter, y otro tanto iba a ocurrir en Mícala. Y re- 2
sulta que la noticia que les llegó, respecto a que los griegos comandados por Pausanias se habían alzado con la victoria, era cierta, dado que la batalla de Platea tuvo lugar a primeras horas del día, mientras que la de Mícala se libró por la tarde [580] (que ambas se desarrollaron justamente el mismo día del mismo mes [581] quedó claro, no mucho tiempo después, merced a las averiguaciones de los griegos
sobre el particular). Antes de que les llegase dicha noti- 3
cia, los integrantes de la flota se sentían angustiados —no tanto por su propia suerte como por la de los griegos en general—, ante el temor de que la Hélade sucumbiese a manos de Mardonio [582]. Sin embargo, cuando ese porten-

[579] Cf. IX 57, 2; 65, 2.

[580] En Platea se combatió por la mañana debido a que los griegos no habían completado su repliegue de la 'segunda' a la 'tercera posición' (cf. nota IX 349). En Mícala se luchó por la tarde porque los aliados habían empleado las horas precedentes en trasladarse desde Samos al escenario de la batalla y en desembarcar sus efectivos.

[581] Posiblemente hay que secluir (como hace Macan) la expresión «del mismo mes» (el texto griego dice «el mismo día y el mismo mes»), ya que la coincidencia relevante es la del día, y resulta poco verosímil que la incertidumbre hubiese incluido la designación del mes.

[582] El texto griego puede interpretarse metafóricamente; cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 331: «that Mardonius might be the rock on which Hellas would make shipwreck».

toso rumor se hubo difundido entre sus filas, llevaron a cabo su ataque con una determinación y una celeridad redobladas. En definitiva que tanto los griegos como los bárbaros se entregaron de lleno a la batalla, ya que para ambos bandos se hallaba en juego el control de las islas y del Helesponto [583].

Los helenos derrotan a los persas

102 Pues bien, los atenienses y las tropas que, poco más o menos hasta la mitad de la formación, se hallaban alineadas a su lado, avanzaron por la playa y por un terreno llano [584]; por su parte, los lacedemonios y los contingentes que se hallaban alineados en sus proximidades lo hicieron por un barranco y por un terreno montañoso [585]. Y en tanto que estos últimos todavía estaban efectuando una maniobra envolvente [586], los efectivos de la otra ala ya se encontraban combatiendo.
2 A decir verdad, y mientras mantuvieron en pie su barricada de escudos, los persas se defendieron sin exteriorizar inferioridad alguna en el curso de la batalla; pero, cuando las tropas atenienses y las de sus vecinos de formación,

---

[583] Cf. nota IX 391.

[584] Dando por supuesto que los lacedemonios ocupaban, al igual que en Platea, el ala derecha (cf. nota IX 153), los griegos tuvieron que desembarcar al este del campamento persa, y de ahí que su ala izquierda avanzara por la playa (que no sería lo suficientemente ancha como para albergar a todo el frente aliado). Esta maniobra ha hecho pensar (cf. J. L. Myres, *Herodotus: Father of History*, Oxford, 1953, pág. 297) que la batalla no se libró por la tarde, pues los griegos habrían tenido el sol de cara.

[585] El barranco puede tratarse del cauce del Gesón, que serviría como foso natural de protección al campamento persa por el Este (cf., sin embargo, C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 256).

[586] A fin de atacar la fortificación desde el Norte, mientras que el ala izquierda lo hacía por el Este.

tras haberse dado mutuos ánimos a fin de que la hazaña fuese obra suya y no de los lacedemonios [587], abordaron la empresa con renovados bríos, la situación cambió radicalmente de aspecto: forzaron la barricada de escudos y, 3
en masa, se lanzaron a la carga contra los persas, que, aunque aguantaron su embestida y estuvieron resistiendo durante bastante tiempo, acabaron por huir en dirección a la fortificación. Entonces los atenienses, en unión de los corintios, los sicionios y los trecenios (pues ese era el orden en que se hallaban alineados [588]), se lanzaron con todos sus efectivos en su persecución, irrumpiendo con ellos en la fortificación. Al ser también conquistada dicha posición, los bárbaros renunciaron a seguir haciéndoles frente y se dieron a la fuga todos ellos salvo los persas, quienes, en 4

[587] El relato de la actuación helena en la batalla de Mícala depende probablemente de testimonios atenienses (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 550), ya que el mérito de la acción se atribuye al ala izquierda (estilísticamente es observable que Heródoto aún no haya indicado que, junto a los atenienses, se hallaban los corintios, los sicionios y los eginetas, cosa que sólo hará cuando la primera fase de la batalla haya concluido), comandada por los atenienses pese a que éstos no debían de haber aportado un contingente naval demasiado numeroso (cf. nota VIII 673), si bien la crítica no es unánime en este punto (cf. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient...*, pág. 121). Por otra parte (y sin descartar que las fases de la batalla respondieran a lo que cuenta el historiador), se advierte que Mícala presenta estrechas analogías con Platea: la primera fase estriba en una lucha ante la barricada de escudos de mimbre (cf. IX 62, 2, para Platea), la segunda en un combate ante la fortificación (cf. IX 70, 2), y la tercera en una lucha en su interior (cf. IX 70, 3-5); y, al igual que en Platea, sólo los persas, entre los efectivos bárbaros, se comportan con bravura (cf. IX 68; 71, 1).

[588] Presumiblemente de izquierda a derecha (según la lectura de otros manuscritos, también podría traducirse por «pues esos contingentes eran los que se hallaban alineados a su lado»). Sobre los efectivos aquí citados, cf. nota VIII 6.

grupos pequeños, continuaron combatiendo con los griegos que no dejaban de irrumpir en la fortificación. Por lo que a los generales persas se refiere, dos de ellos consiguieron escapar, en tanto que otros dos encontraron la muerte: Artaíntes e Itamitres [589], que comandaban la flota, lograron escapar, mientras que Mardontes y Tigranes [590], el jefe de los efectivos terrestres, murieron en plena batalla.

103 Todavía se hallaban luchando los persas cuando llegaron los lacedemonios y sus acompañantes, que contribuyeron a aniquilar los últimos focos de resistencia [591]. Y por cierto que, en el transcurso del enfrentamiento, los propios griegos sufrieron también numerosas bajas, sobre to-
2 do los sicionios, incluido su general Perilao [592]. Por su parte, los samios que figuraban entre los contingentes medos, y que se encontraban —aunque desarmados [593]— en su campamento, nada más ver que, en un principio, la suerte de la batalla resultaba indecisa [594], hicieron cuanto pu-

[589] Cf. VIII 130, 2 (y nota VIII 669).

[590] Cf. IX 96, 2 (y nota IX 555). Como Mardontes también había sido designado almirante para las operaciones del año 479 (cf. VIII 130, 2), es posible que en Mícala hubiese estado al frente de los *epibátai* medopersas (cf. R. W. Macan, *Herodotus...*, I, pág. 804; y nota VIII 667).

[591] Como se advierte, las fuentes proatenienses de Heródoto menoscabaron sensiblemente la intervención lacedemonia en la batalla; intervención que probablemente resultó decisiva para su desenlace.

[592] La ausencia de patronímico debe explicarse porque, al no seguir testimonios peloponesios, los informadores del historiador sólo le facilitaron el nombre del único estratego (del que, por lo demás, no se poseen datos adicionales) que pereció en Mícala. Es indudable, con todo, que el ala izquierda griega, al sufrir los disparos de los arqueros persas (cf. nota IX 361), en su ataque a la barricada de escudos de mimbre, debió ser la más castigada.

[593] Cf. IX 99, 1.

[594] Pese a que parte de la crítica (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 257, nota 5; o A. Masaracchia, *Erodoto. Libro IX...*, pág. 206,

dieron al objeto de ayudar a los griegos. Y, al ver que los samios habían tomado la iniciativa, fue cuando los demás jonios [595] también decidieron sublevarse contra los persas y atacar a los bárbaros.

Por otra parte, los persas, pensando en su propia 104
seguridad, habían ordenado a los milesios custodiar los senderos [596], a fin de contar —si llegaba a sucederles lo que, de hecho, les sucedió— con guías y poder ponerse a salvo en las cumbres de Mícala. Los de Mileto, pues, habían sido destacados para cumplir esa misión, tanto por la razón que he señalado como para evitar que urdiesen una traición si se hallaban presentes en el campamento. Los milesios, sin embargo, hicieron todo lo contrario de lo que les habían ordenado: al producirse la huida de los bárbaros, los condujeron por otros caminos (que justamente conducían hasta el enemigo) y acabaron siendo ellos quienes con más saña los diezmaron. Así fue, en definitiva, como por segunda vez se sublevó Jonia contra los persas [597].

---

quien traduce «come videro che la sorte della battaglia si delineava già dall'inizio a favore dei greci») interpreta el adjetivo *heteralkéa* en su acepción homérica (cf. *Ilíada,* VII 26; VIII 171; XVI 362) de «con ventaja para el otro bando», su sentido, como en VIII 11, 3, es el que reflejo en la traducción, ya que, de esta manera, se pondera positivamente la intervención samia, que no se considera mero oportunismo. A partir de Éforo, que era natural de Cime, en Asia Menor, la participación de los griegos de Asia en el triunfo heleno en Mícala pasó a ser magnificada (cf. Diodoro, XI 34-36; y J. Wells, *Studies in Herodotus,* Oxford, 1923, pág. 164).

[595] Las tripulaciones de las demás naves jonias (cf. apéndice VII al libro VII) que habían figurado en la flota persa. Cf., en general, L. Boffo, «Gli Ioni a Micale», *Rendiconti Istituto Lombardo* 111 (1977), páginas 83 y sigs.

[596] Cf. IX 99, 3 (y nota IX 574).

[597] La primera revuelta de Jonia la narra Heródoto en los libros quinto y sexto (V 28-VI 42). Para el historiador resultaba evidente la relación

105 *Combatientes más destacados* En el transcurso de esta batalla destacaron, por parte griega, los atenienses, y, entre estos últimos, lo hizo Hermólico [598], hijo de Euteno, un individuo que había practicado el *pancracio* [599]. (Por cierto que, con posterioridad a los hechos que nos ocupan —con ocasión de una guerra que hubo entre Atenas y Caristo [600]—, el tal Hermólico murió [601] combatiendo en Cirno, en territorio de Caristo, hallándose su tumba en Geres-

---

entre los sucesos de los años 499-494 y la Segunda Guerra Médica: la primera sublevación había posibilitado la primera operación naval ateniense en Jonia (cf. V 97, 3; aunque la responsabilidad moral de Persia en el estallido de la guerra no deja de ser subrayada: cf. VI 44, 1; VII 8 *a*, 1; 8 *g*, 3), mientras que la segunda iba a significar la transformación de la política naval ateniense en un objetivo imperialista que acabaría desembocando en su enfrentamiento con Esparta (cf. R. Meiggs, *The Athenian Empire*, Oxford, 1972, págs. 42 y sigs.; y, en general, G. E. M. de Ste. Croix, *The origins of the Peloponnesian War*, Londres, 1972).

[598] Un personaje que debía de ser muy popular en Atenas, pues Pausanias (I 23, 10) pudo ver en la Acrópolis una estatua a él dedicada. Sobre su padre Euteno (respecto al cual la lectura de los manuscritos es correcta), cf. E. Vanderpool, *Ostracism at Athens*, Cincinnati, 1970, págs. 245 y sigs.

[599] La especialidad atlética más dura, que consistía en una combinación de lucha y pugilato en la que, salvo introducir los dedos en los ojos o en otro orificio del rostro del adversario, se hallaba todo permitido (golpes, patadas, llaves, etc.); cf. Pausanias, III 14, 10. Para alzarse con la victoria era necesario poner fuera de combate al rival u obligarlo a abandonar. Cf. C. Durántez, *Las olimpiadas griegas*, [s.l.], 1977, págs. 274 y sigs.; y H. Bengtson, *Die Olympischen Spiele in der Antike*, Zurich-Munich, 3.ª ed., 1983, págs. 51-52.

[600] Ante la negativa de Caristo (al sur de Eubea; cf. nota VIII 331) de integrarse en la Liga Delo-ática. La guerra tuvo lugar hacia el año 472 a. C. (cf. Tucídides, I 98, 3; y G. Busolt, *Griechische Geschichte*..., III, pág. 140, nota 6).

[601] Cf. nota IX 378.

to [602].) Después de los atenienses, destacaron los corintios, los trecenios y los sicionios.

De regreso a Samos los helenos concluyen una alianza con los griegos de las islas

Después de haber aniquilado a la mayoría de los bárbaros, bien en el transcurso de la batalla o bien con ocasión de su huida, los griegos (que, previamente, habían transportado a la playa el botín, en el que encontraron algunos cofres con tesoros) incendiaron las naves [603] y la totalidad de las fortificaciones enemigas; y, tras haber hecho pasto de las llamas las obras defensivas y los navíos, zarparon de allí. Pues bien, a su llegada a Samos, los griegos mantuvieron un cambio de impresiones acerca de una posible evacuación de Jonia [604] y sobre el lugar de Grecia, que estuviera bajo su control, en el que —de abandonar la zona a los bárbaros— convenía instalar a los jonios, ya que se les antojaba imposible

106 ... 2

[602] Cf. nota VIII 37, y D. MÜLLER, *Topographischer Bildkommentar...*, págs. 413-414. Cirno es un paraje desconocido.

[603] Aunque se ha pensado que esta destrucción no debió de afectar a los navíos de los griegos de Asia, que ahora figuraban como aliados de los helenos (cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, pág. 259), la inminente llegada de refuerzos persas (cf. el capítulo siguiente) pudo impedir a los griegos poner a flote las naves varadas, por lo que habrían preferido incendiarlas a que cayeran en poder del enemigo.

[604] La idea de evacuar Jonia ya la habían considerado los propios jonios con ocasión de la conquista persa de Asia Menor en el año 546 a. C. (cf. I 170), y diversas emigraciones se habían producido tanto en dicha ocasión (cf. I 164-167), como al final de la 'primera' sublevación jonia contra Persia, en 494 (cf. VI 17). No obstante, una cuestión tan importante como la de instalar a los jonios en zonas pertenecientes a Estados de la Grecia peninsular o insular habría escapado a las competencias de los almirantes de la flota: semejante decisión tendrían que haberla adoptado los *próbouloi* aliados en su conjunto, en la sesiones que mantenían en el Istmo (cf. nota VII 705).

poder montar guardia permanentemente para proteger a los jonios; y, en caso de no brindarles su protección, no abrigaban esperanza alguna de que éstos consiguieran escapar
3 indemnes a la amenaza persa [605]. En esa tesitura, los dirigentes peloponesios [606] eran partidarios de ordenar el desalojamiento de los emporios de los Estados griegos que habían abrazado la causa de los medos [607] y de entregárselos a los jonios para que se estableciesen en ellos [608]. Los

---

[605] Cf. nota VIII 545.

[606] Es decir, los jefes de los diversos contingentes navales. En apariencia (cf., sin embargo, nota IX 608), la proposición se halla en la línea espartana de no realizar campañas militares excesivamente lejos de su territorio (cf. notas VIII 542 y 545; D. LOTZE, «Selbstbewusstsein und Machtpolitik...»..., págs. 255 y sigs.; y J. WOLSKI, «Les Grecs et les Joniens au temps des guerres médiques», *Eos* 58 (1969-1970), págs. 33 y sigs., aunque acentúa en exceso el carácter antijonio de la actitud espartana).

[607] Los pueblos de la Anfictionía pileo-délfica citados en VII 132, 1 (cf., asimismo, nota VII 626), a los que hay que añadir una serie de islas como Andros, Tenos, Paros, o localidades de Eubea como Caristo (cf. VII 95; VIII 66; 111), y quizá Estados peloponesios cuya neutralidad podía interpretarse ahora como traición (cf. VIII 73, 3), especialmente Argos (cf. VII 148 y sigs.; y TH. KELLY, «The traditional enmity between Sparta and Argos», *American Historical Review* 75 (1970), págs. 971 y sigs.), y también Acaya (cf. VII 94; VIII 73, 1). No obstante, resulta inverosímil que los Estados dorios hubiesen estado dispuestos a que los elementos jonios se vieran reforzados en la Grecia continental con la medida aquí aludida (cf. ED. MEYER, «Herodots Geschichtswerk», en *Forschungen zur alten Geschichte*, II, Halle, 1899, pág. 217, nota 1), ya que, teóricamente, los jonios habrían pasado a controlar el comercio de los Estados cuyos emporios comerciales fueran confiscados.

[608] Como indica ED. WILL (*Le monde grec et l'Orient...*, pág. 127), «cette proposition, que la vive opposition des Athéniens aurait fait échouer, est trop peu réaliste pour avoir des chances d'être authentique: sa réalisation, qui eût sans doute peu séduit les Ioniens [aunque, al decir de DIODORO, XI 37, 1-3, en un primer momento atenienses y jonios estuvieron de acuerdo con la propuesta espartana, y, sólo cuando los jonios se estaban preparando para la evacuación, cambiaron aquellos de parecer], eût

atenienses, en cambio, se negaban en redondo a que se evacuara Jonia y a que gente del Peloponeso determinara la suerte de sus colonias [609]; y, ante su decidida oposición, los peloponesios transigieron. Así fue como, a raíz de 4
entonces, los griegos admitieron en su coalición a los samios, a los quiotas, a los lesbios y a los demás isleños [610] que a la sazón cooperaban con ellos en las operaciones militares, haciéndoles jurar solemnemente que permanecerían fieles a la Liga y que no incurrirían en defección. Tras habérselo hecho jurar, los griegos zarparon a fin de destruir los puentes, pues creían que todavía los iban a encontrar tendidos [611].

---

plongé la Grèce d'Europe dans des convulsions prévisibles et peu souhaitables. On soupçonne là une tradition destinée à justifier par avance les droits athéniens à enlever l'hégémonie aux Spartiates».

[609] Estamos ante un argumento exclusivamente propagandístico (cf. nota VIII 115). Si la oposición ateniense a la propuesta espartana resulta, en apariencia, patriótica (que Jonia no fuera evacuada), en realidad es imperialista (ni Samos, ni Quíos, ni Lesbos podían considerarse colonias atenienses, pero la pretensión de Atenas a decidir la suerte de los jonios se extiende a quienes no la tenían por metrópoli). En la polémica afloran los alegatos propios de la Guerra del Peloponeso: Esparta se presenta como garante de la libertad de todos los griegos, mientras que Atenas se ampara en los derechos que le asisten por su función de guía y rectora de los griegos de Asia (cf. D. Kagan, *The outbreak of the Peloponnesian War*, Londres, 1969, págs. 9-74).

[610] Como, según Tucídides (I 89), en la toma de Sesto colaboraron aliados jonios del continente, es posible que algunos Estados continentales fueran también admitidos, aunque muchos otros siguieron en poder de Persia por espacio de varios años (cf. VI 42, y J. A. O. Larsen, «The Constitution and Original Purpose of the Delian League», *Harvard Studies* 51 (1940), págs. 175 y sigs.).

[611] Dado que el Helesponto se hallaba bajo control persa.

107 *Los persas supervivientes llegan a Sardes* Los griegos, en definitiva, zarparon con rumbo al Helesponto. Entretanto los bárbaros que, en escaso número, habían escapado con vida, internándose en las cumbres de Mícala, estaban regresando a Sardes [612]. Y, en pleno camino, Masistes, hijo de Darío, que había sido testigo del desastre que había tenido lugar [613], dirigió numerosos insultos al general Artaíntes, diciéndole, entre otras cosas, que era peor que una mujer, por haber ejercido el mando como lo había hecho, y que merecía todo tipo de castigos, por el daño que había causado a los intereses del monarca. (Entre los persas, que a uno lo consideren peor que una mujer constituye la máxima injuria [614].)
2 Entonces Artaíntes, que ya había oído demasiado, montó en cólera y desenvainó su alfanje con el propósito de atacar a Masistes y matarlo. Pero, al percatarse de que se abalanzaba contra Masistes, el halicarnaseo Jenágoras [615], hijo de Praxilao, que se encontraba jus-

---

[612] De Mícala a Sardes, por la ruta de Priene y Éfeso, había unos 150 km.

[613] En cuanto que se había topado con los supervivientes cuando, presumiblemente, acudía con socorros desde Sardes. Masistes (en persa antiguo *Mathista*, «el más grande»), que había sido uno de los generales en jefe del ejército persa en la campaña de 480 (cf. VII 82), era uno de los cuatro hijos que Atosa había dado a Darío (cf. nota VII 15), por lo que era hermano de Jerjes por parte de padre y madre.

[614] Cf. VIII 88, 3; IX 20.

[615] Lo que demuestra que, entre las tropas persas, seguían figurando griegos. Jenágoras era un súbdito de Artemisia (cf. VII 99) y, como compatriota de Heródoto, debió de ser quien, directa o indirectamente, le contó la historia sobre los fatales amoríos de Jerjes que se relatan a partir del capítulo siguiente. cf. E. Wolff, «Das Weib des Masistes», en W. Marg, *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*, Munich, 1965, 2.ª ed., pág. 672, nota 2.

to detrás de Artaíntes, lo agarró por la cintura y lo levantó,
derribándolo al suelo; y, en el ínterin, los guardias de Ma-
sistes[616] intervinieron para protegerlo. Jenágoras actuó así 3
para granjearse el agradecimiento tanto del propio Masis-
tes como de Jerjes, al salvarle la vida a su hermano; y,
merced a esa acción, recibió, por concesión de monarca,
el gobierno de toda Cilicia[617]. Al margen de lo que he
contado, ningún otro incidente ocurrió durante el regreso
de los bárbaros, que acabaron llegando a Sardes. Precisa-
mente en la ciudad se encontraba el rey[618] desde el mo-
mento en que, tras el fracaso sufrido en el enfrentamiento
naval[619], arribó huyendo de Atenas.

[616] En su condición de aqueménida y de sátrapa de Bactria (cf. IX 113, 2), Masistes (como ocurre en la *Historia* con otros importantes personajes; cf. I 113, 3; III 128; V 33, 2) tenía derecho a contar con una guardia personal.

[617] Teóricamente habría sido nombrado sátrapa (cf. nota III 444; Heródoto, sin embargo, nunca utiliza dicho término, que no sería empleado en la historiografía griega hasta Jenofonte). No obstante, Cilicia (cf. nota III 461) estuvo regida hasta finales del siglo v a. C. por una dinastía local (cf., *supra,* I 74, 3; V 118, 2; VII 98; Esquilo, *Persas* 326; Jenofonte, *Anábasis,* I 2, 12-18; *Ciropedia,* VII 4, 2; Diodoro, XIV 20), cuyos príncipes, vasallos del monarca persa, eran denominados con el título de 'Siénesis'; de ahí que se haya propuesto corregir «Licia» en lugar de «Cilicia» (vid., sin embargo, R.W. Macan, *Herodotus...*, I, página 811).

[618] Cf. VIII 117, 2. Pese a lo que indica Heródoto, también se ha pensado que Jerjes no debió permanecer en Sardes hasta septiembre del año 479 (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, pág. 14), y que los hechos narrados a partir del capítulo siguiente habrían tenido lugar unos meses antes.

[619] Es decir, en la batalla de Salamina.

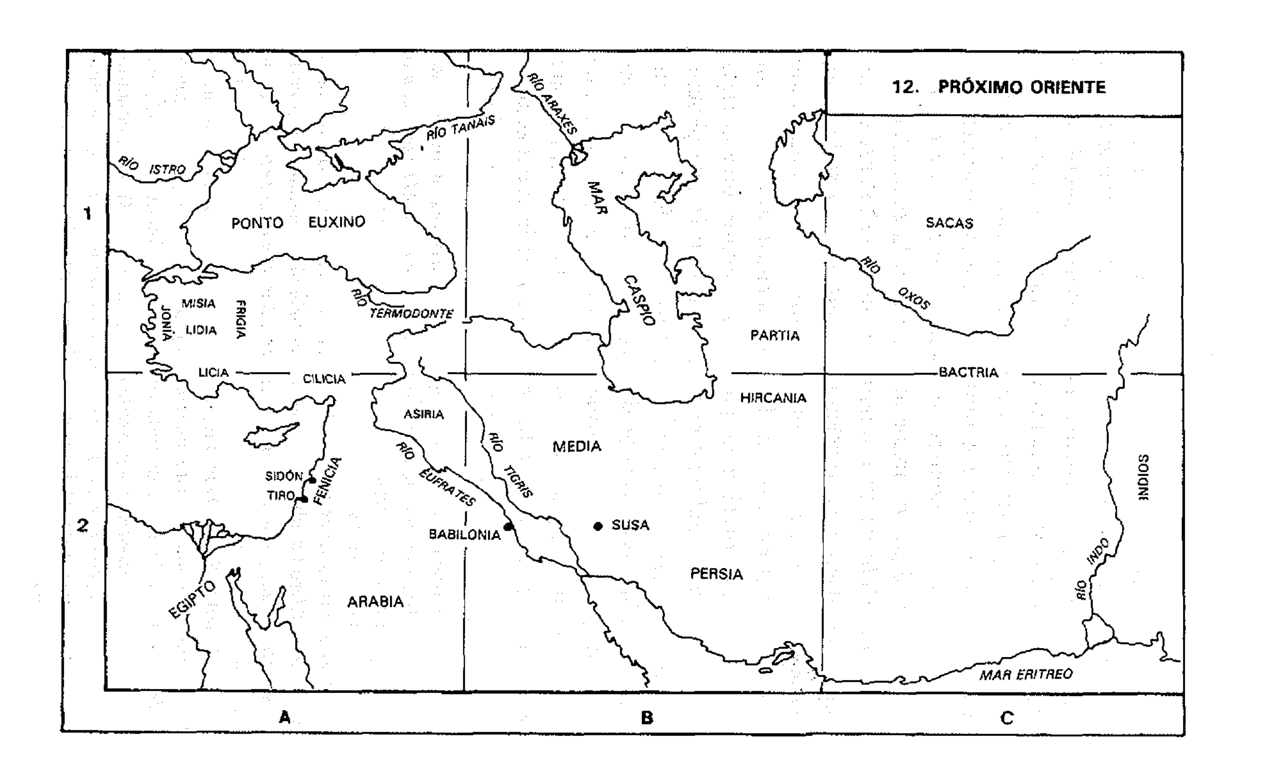
108 *Trágicos amores de Jerjes con la esposa y con la hija de su hermano Masistes*

Pues bien, mientras, por aquellas fechas, residía en Sardes, Jerjes se enamoró de la mujer de Masistes, que también se encontraba en la ciudad [620]. Pero, como, pese a los mensajes que le enviaba, no conseguía seducirla y tampoco deseaba recurrir a la violencia, por consideración a su hermano Masistes (esta misma circunstancia era la que daba también fuerzas [621] a la mujer, pues tenía la certeza de que no sería objeto de violencia), en esa tesitura Jerjes cambió de táctica y urdió el matrimonio de su hijo Darío [622] con una hija de la citada mujer y de Masistes, en la creencia de que, si así lo hacía, podría conseguir a la madre con mayor facilidad.
2 Tras haber arreglado el matrimonio y cumplido las forma-

[620] La digresión sobre la pasión desenfrenada de Jerjes, primero por la mujer de su hermano Masistes y luego por la de su hijo Darío (todo el relato constituye una intriga palaciega de harén que podía haber constituido un adecuado tema para una tragedia), aunque presenta semejanzas con la historia de la mujer de Candaules (cf. I 8 y sigs., y E. Wolff, «Das Weib des Masistes»..., págs. 668 y sigs.), podría interpretarse como una prueba más del peligro despótico que amenazó a la Hélade (cf. K. H. Waters, *Herodotos on Tyrants and Despots*, Wiesbaden, 1971, páginas 82 y sigs.).

[621] Como la mujer de Masistes (su nombre no es mencionado en ningún momento) no es objeto, en la digresión, de ningún juicio moral, prefiero esta traducción a la de «contenía», que resultaría más ambigua sobre su posible culpabilidad en la pasión que Jerjes sintió hacia ella (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX*..., pág. 100, nota 4).

[622] El hijo mayor de Jerjes que pereció víctima de las intrigas palaciegas que, en 465 a. C., le costaron la vida a su padre. Jerjes fue asesinado por el jefe de su guardia (el *hazarapatish;* cf. nota III 317), Artábano, quien acusó de ello a Darío, por lo que este último fue hecho ejecutar por su hermano Artajerjes I (cf. Ctesias, *F. Gr. Hist.* 688, fr. 13, 33; Diodoro, XI 69).


12. PRÓXIMO ORIENTE
RÍO ISTRO
RÍO TANAIS
RÍO ARAXES
PONTO EUXINO
MAR CASPIO
SACAS
RÍO OXOS
MISIA
JONIA
LIDIA
FRIGIA
RÍO TERMODONTE
PARTIA
LICIA
CILICIA
BACTRIA
HIRCANIA
ASIRIA
RÍO TIGRIS
MEDIA
RÍO EUFRATES
SIDÓN
TIRO
FENICIA
SUSA
BABILONIA
INDIOS
PERSIA
RÍO INDO
EGIPTO
ARABIA
MAR ERITREO
1
2
A
B
C

lidades de rigor [623], Jerjes regresó a Susa [624]. Pero, una vez allí, y nada más haber instalado en su palacio a la mujer de Darío, fue cuando desapareció su interés por la mujer de Masistes: de buenas a primeras [625] se quedó prendado de la mujer de Darío e hija de Masistes, y la hizo suya (por cierto que esa mujer se llamaba Artaínta).

109 No obstante, andando el tiempo, el asunto se descubrió de la siguiente manera: Amastris, la esposa de Jerjes, había tejido un gran manto, de vistosos colores y realmente llamativo, y se lo regaló al monarca, que se lo puso,
2 complacido, yendo a visitar a Artaínta. Y, complacido también con el proceder de la muchacha, la animó a pedir el obsequio que quisiera en pago a los favores que le había otorgado, asegurándole que obtendría todo lo que pidiese. Y, como el destino quería [626] su ruina y la de toda su familia, Artaínta replicó ante el ofrecimiento de Jerjes: «¿Me darás lo que te pida?» Entonces el monarca, creyendo que le iba a pedir cualquier otra cosa, se lo juró solemnemente; pero, una vez pronunciado el juramento, la muchacha le

---

[623] Que Heródoto no indica. Sobre sus características en Grecia, vid. J. P. VERNANT, «Le mariage en Grèce archaïque», *Parola del Passato* 28 (1973), págs. 51 y sigs.

[624] Cf. nota VII 18.

[625] Sobre el carácter voluble de Jerjes, cf. nota VIII 285, así como W. MARG, «Herodot über die Folgen von Salamis», *Hermes* 81 (1953), págs. 196 y sigs.; y, en general, E. HERMES, *Die Xerxesgestalt bei Herodot*, Kiel, 1951.

[626] Cf. nota IX 95. Dado que, en el relato, no se especifica la suerte que sufrió Artaínta, el texto también podría traducirse por «y, como el destino quería la ruina de toda su familia, Artaínta...» (cf. W. W. How, J. WELLS, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 334), considerando que el *têi* que aparece en griego ha sufrido atracción, con lo que la muchacha se convierte en un instrumento funesto para los suyos más que para ella misma.

pidió resueltamente el manto. Jerjes intentó por todos los 3
medios no tener que dárselo; y ello exclusivamente por miedo a Amastris [627]: temía que su mujer, que ya sospechaba desde hacía un tiempo lo que ocurría, pudiera descubrir así su infidelidad. Estaba, pues, dispuesto a darle ciudades [628], ingentes cantidades de oro y un ejército que no mandaría nadie sino ella (un ejército es un regalo típicamente persa [629]); pero, en vista de que no lograba convencerla, le entregó el manto. De ahí que, ufana con el regalo, Artaínta lo luciera presumiendo.

Amastris, sin embargo, se enteró de que Artaínta tenía 110
en su poder el manto y comprendió lo que estaba sucediendo; pero, en lugar de abrigar rencor contra esta mujer, supuso que la culpable y la instigadora del asunto era su
madre, y decidió acabar con la esposa de Masistes. Aguar- 2
dó, pues, a que su marido Jerjes ofreciera un banquete real (dicho banquete se celebra una vez al año: el día del cumpleaños del monarca [630]; y por cierto que, en persa, el banquete en cuestión se denomina *tyktá*, que, en lengua griega, quiere decir «cumplido» [631], siendo la única oca-

---

[627] Heródoto ya ha aludido al carácter cruel de esta mujer (cf. VII 114, 2), que era hija de Ótanes, el jefe de las tropas persas en la campaña de 480 (cf. VII 61, 2).

[628] Es decir, a concederle los tributos que se recaudaran en ellas (cf. II 98, 1; Tucídides, I 138, 5; Jenofonte, *Helénicas,* III 1, 6).

[629] Posiblemente el regalo consistía en poder contar con una guardia personal (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...,* III, § 20).

[630] Para las fiestas de aniversario entre los persas, cf. I 133, 1; Platón, *Alc. I* 121c.

[631] Con alusión (*tyktá* corresponde al antiguo persa *tacht;* pero vid., en general, Ph. E. Legrand, *Hérodote. Introduction,* París, 1942, página 75, nota 1; y O. K. Armayor, «Herodotus' Persian Vocabulary», *Ancient World* 1 [1978], págs. 147 y sigs.) al cumplimiento de un nuevo año por parte del rey.

sión en que el rey se unge la cabeza [632] y distribuye obsequios a los persas [633]); Amastris, como digo, aguardó a ese día y le pidió a Jerjes que le regalara a la mujer de
3 Masistes [634]. Jerjes, inicialmente, se indignó, considerando una aberración la posibilidad de entregarle a la esposa de su hermano —que, además, no tenía nada que ver en el asunto en cuestión—, pues intuía la finalidad de su petición.
111 Finalmente, empero, debido a la insistencia de Amastris y a que el monarca había de atenerse a la costumbre [635] según la cual en Persia, cuando se celebra un banquete real, no se puede desairar a quien formula una petición, Jerjes accedió realmente muy a su pesar. Y, tras ordenar que le entregaran a Amastris lo que pedía, hizo lo que sigue: a su mujer la autorizó a hacer lo que quisiera [636]; y, por otra parte, mandó llamar a su hermano y
2 le dijo lo siguiente: «Masistes, tú eres hijo de Darío y hermano mío; y, además de todo eso, eres asimismo un hombre de bien [637]. Por eso, no sigas viviendo con esa mujer con quien ahora convives: para que ocupe su lugar voy

---

[632] Mientras que, habitualmente, el monarca comparecía en las ceremonias públicas cubierto con una tiara rígida (cf. VII 61, 1; Jenofonte, *Anábasis*, II 5, 23; Arriano, *Anábasis*, III 25, 3), el día de su cumpleaños lo haría con la cabeza descubierta, perfumándosela con ungüentos en la ceremonia de celebración.

[633] Sobre la costumbre persa de que el monarca entregara regalos a sus invitados, cf. *Ester*, II 18; Jenofonte, *Ciropedia*, VIII 5, 21; 7, 1; Plutarco, *Alejandro* 69; y vid., asimismo, Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, § 17.

[634] En calidad de esclava, para poder disponer a su antojo de ella.

[635] La inmutabilidad de las leyes persas era proverbial (cf. *Daniel*, VI 9; 13; 16).

[636] Con lo cual la hacía única responsable de lo que le ocurriera a la mujer de Masistes (cf. *Mateo* 27, 24).

[637] Y, por lo tanto, dispuesto a cumplir las órdenes del monarca.

a entregarte a mi hija. Vive con ella y no continúes casado con tu actual esposa, pues no me parece procedente». Entonces Masistes, perplejo ante sus palabras, le dijo lo 3
siguiente: «Señor, ¿qué proposición sin sentido me estás haciendo? ¿Me ordenas que repudie a una mujer con la que tengo hijos e hijas ya crecidos (tú, precisamente, has elegido a una de ellas como esposa de tu hijo), y que resulta que es de mi completo agrado? ¿Me ordenas que repudie a esa mujer y que me case con tu hija? Yo, majestad, 4
considero un gran honor que me creas digno de tu hija, pero no voy a hacer nada de eso. Así que no me presiones insistiendo sobre el particular: para tu hija se presentará otro partido que no desmerezca de mi persona; en cuanto a mí, déjame seguir viviendo con mi esposa». Estos fueron 5
los términos de la respuesta de Masistes. Entonces Jerjes, irritado, le dijo lo siguiente: «Tú lo has querido, Masistes. Por nada del mundo te permitiría ya casarte con mi hija, pero tampoco vas a seguir viviendo más tiempo con tu mujer, para que aprendas a aceptar lo que se te ofrece». Al oír estas palabras, Masistes abandonó la sala, pero antes se limitó a decir: «Señor, que todavía no has acabado conmigo [638]».

Pero, en el ínterin, mientras Jerjes dialogaba con su 112
hermano, Amastris mandó llamar a los guardias de Jerjes e hizo mutilar de una manera horrible a la mujer de Masistes: ordenó que le cortaran los pechos —que mandó arrojar a los perros— y que le arrancaran la nariz, las orejas,

---

[638] Como estas palabras de Masistes contienen una velada amenaza (que se evidenciará en su posterior actuación), quizá hay que interpretar en el mismo sentido el comienzo de la última intervención de Jerjes, y traducir, en consecuencia, «tu suerte está echada, Masistes» (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 104, nota 1).

los labios y la lengua [639], enviándola luego a su casa terriblemente mutilada.

113 Entretanto Masistes, que todavía no estaba enterado de nada de lo ocurrido, pero que sospechaba que iba a sufrir alguna desgracia, se apresuró a dirigirse corriendo a su casa [640]. Y, al ver completamente desfigurada a su mujer, mantuvo de inmediato un cambio de impresiones con sus hijos y, en compañía de estos últimos y también, presumiblemente, de algunos partidarios suyos, salió para Bactria [641] a fin de sublevar dicha provincia y de causarle
2 al rey el mayor daño posible, cosa que, en mi opinión, efectivamente habría tenido lugar, si hubiera conseguido subir hasta el país de los bactrios y de los sacas [642], ya que sus habitantes sentían aprecio por él y, además, Masistes era gobernador [643] de Bactria. Jerjes, sin embargo, se informó de sus planes y envió contra él tropas que, duran-

[639] La amputación de miembros era un castigo típicamente persa (cf. III 69, 5; 118, 2; 154, 2; JENOFONTE, *Anábasis*, I 9, 13).

[640] Como observa A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro IX...*, páginas 210-211), «la scena è degna di una *rhêsis* tragica. Si ricordi nella *Medea* di Euripide il momento in cui Creonte corre dentro la stanza e si getta sui cadavere di Glauce (v. 1204 sg.)».

[641] La región del Amu Daria (*Bakhtri* era la zona del curso alto del Oxos [= Amu Daria]), en Asia Central, que constituía la duodécima satrapía persa (cf. III 92, 2), en los confines orientales del Imperio.

[642] Los sacas ocupaban la zona comprendida entre los cursos medios del Oxos y del Yaxartes (el Syr Daria), al norte del Hindukush y al noreste de Bactria y Sogdiana (cf. nota VII 344).

[643] Es decir, sátrapa (cf. nota III 444). Pese a lo que indica Heródoto, y como señala R. W. MACAN (*Herodotus...*, I, pág. 819), «Masistes and his sons would have reached Baktria long before the army collected and sent against them by Xerxes... Probably Masistes, as satrap of Baktria, did raise the province, and fell fighting at the head of the eastern levies of the empire. The gruesome story just related was an attempt to explain the cause of the revolt in terms acceptable to Hellenic romance».

te el camino, lo asesinaron en unión de sus hijos y de los efectivos que lo apoyaban.

Todo esto es lo que ocurrió a propósito de los amoríos de Jerjes y de la muerte de Masistes.

Los atenienses asedian y toman Sesto, en el Helesponto

Por su parte, los griegos que habían 114
zarpado de Mícala [644], con rumbo al Helesponto, fondearon previamente en las inmediaciones de Lecto [645], al verse obstaculizados por vientos contrarios, y, desde dicho lugar, arribaron a Abido [646], donde encontraron destruidos los puentes que pensaban que iban a hallar todavía tendidos y que constituían el principal objetivo de
su llegada al Helesponto. Pues bien, mientras que los 2
peloponesios de Leotíquidas decidieron regresar a Grecia [647], los atenienses, comandados por Jantipo [648], resolvieron quedarse en la zona para atacar el Quersoneso [649]. Los pelo-

---

644 Estamos ante un *lapsus calami*, pues, en IX 106, 4, Heródoto ha indicado que el punto de partida de la flota griega, en su singladura hacia el Helesponto, fue Samos.

645 El cabo Lecto, en la extremidad Suroeste de la Tróade, constituye el punto más occidental del continente asiático (cf. TUCÍDIDES, VIII 101, 3), una zona de frecuentes vendavales (cf. LIVIO, XXXVII 37).

646 En la costa asiática del Helesponto. Cf. nota VII 200.

647 Como señala ED. WILL (*Le monde grec et l'Orient...*, págs. 127-128), «du fait de son double rôle d'*hègémôn* de l'alliance contre les Perses et d'*hègémôn* de la confédération péloponnésienne, Sparte est la proie d'une contradiction qu'il va lui falloir résoudre. Son hégémonie hellénique lui impose d'aller de l'avant, à moins de voir les Athéniens prendre la tête; ... son hégémonie péloponnésienne lui dicte la prudence, à moins de voir ses alliés se détacher d'elle». Es indudable que, dada su estructura social, los proyectos imperialistas debían parecer a los espartanos (que, según TUCÍDIDES, I 89, 2, regresaron a Grecia directamente desde Mícala) sumamente peligrosos (cf. nota IX 606).

648 El padre de Pericles. Cf. nota VIII 680.

649 La actual península de Gallípoli, donde Atenas había tenido, des-

ponesios, en definitiva, se hicieron a la vela, en tanto que los atenienses cruzaron el estrecho, desde Abido hasta el Quersoneso, y asediaron Sesto [650].

115 Al oír que los griegos se encontraban en el Helesponto, se congregaron en la mencionada ciudad, por considerar que era la plaza fuerte más segura de la región, efectivos llegados de las ciudades aledañas, entre quienes se contaba, procedente de la ciudad de Cardia [651], el persa Eobazo [652], que había hecho transportar a Sesto los cables utilizados en los puentes [653]. Esta última localidad la ocupaban

---

de mediados del siglo VI a. C. (cf. H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967, págs. 66 y sigs.), importantes intereses comerciales (cf., *supra*, VI 34 y sigs.). Según TUCÍDIDES, I 89, los atenienses fueron apoyados en esta campaña por efectivos jonios y helespontios, con lo que estamos ante la primera empresa realizada por Atenas, en exclusivo beneficio suyo, contando con aliados (cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, III, pág. 40, nota 1; y H. SCHAEFER, *Staatsform und Politik*, Leipzig, 1932, págs. 63 y sigs.).

[650] Sesto, en la orilla europea del Helesponto (cf. nota VII 203), poseía una gran importancia estratégica para el control de la zona, por la que pasaban las importaciones de trigo desde Ucrania al Ática (cf. TUCÍDIDES, VIII 62, 3; JENOFONTE, *Helénicas*, IV 8, 5). Temáticamente, la campaña griega contra Sesto (aunque, como demuestra TUCÍDIDES, I 89 y sigs., inauguraba un nuevo período de la historia de Grecia) supone, en el marco de la obra herodotea, el corolario a las Guerras Médicas, representando el definitivo alejamiento del peligro persa, al pasar el control del Helesponto a manos griegas (cf. W. SCHMID, O. STÄHLIN, *Geschichte der griechischen Literatur...*, I, 2, pág. 596).

[651] A orillas del Golfo de Melas, en la costa septentrional del Istmo del Quersoneso (cf. VI 33, 3; VII 58, 2). Cardia se hallaba a unos 40 km. al nordeste de Sesto.

[652] No se trata del mismo personaje mencionado en IV 84 y VII 68 (cf. nota VII 367, y G. STRASBURGER, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, página 313).

[653] Cf. VII 36, 3; y notas VII 224 y 225.

los eolios de la zona [654], pero con ellos también había persas y un importante número de sus demás aliados.

Por cierto que sobre esta provincia [655] ejercía la autoridad absoluta, en su condición de gobernador nombrado por Jerjes [656], el persa Artaíctes [657], un sujeto malvado e impío que incluso había engañado al monarca, cuando és- 116

[654] Los eolios no anatolios (cf. VII 95; APOLODORO, I 7, 3), que ocupaban diversas localidades de Tracia oriental (como Eno, por ejemplo; cf. VII 58, 3; TUCÍDIDES, VII 57, 4). En general, vid. M. B. SAKELLARIOU, *La migration grecque en Ionie,* Atenas, 1958.

[655] Pese a que, en la lista de las satrapías facilitada por Heródoto, en III 89 y sigs., no se alude a una provincia europea (cf., para los problemas que plantea su enumeración, notas III 443 y 450), debe de tratarse de la satrapía de Escudra, que abarcaba Tracia y Macedonia (cf. V. PAJAKOWSKI, «De Persarum provincia Skudra quid sentiendum», *Meander* 36 [1981], págs. 75 y sigs.), y que, si no aparece citada en la Inscripción de Behistun, sí que figura en la de Naqš-i-Rustam. La capital de esta satrapía (que habría pasado a formar parte del Imperio con posterioridad al año 512 a. C.; cf. nota V 1) era Sesto.

[656] La interpretación de PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 105) resulta muy sugestiva, al traducir «véritable tyran, le gouverneur institué par Xerxès de cette province était Artayctès...», y señalar, en la nota 3 de la citada pág., que «la juxtaposition de *etyránneue* et de *hýparchos Xérxeō* n'est pas une négligence de la part d'Hérodote: officiellement gouverneur désigné par Xerxès, Artayctès se comportait en tyran». No obstante, y pese a que Heródoto abomina la tiranía, cuya esencia es la irresponsabilidad ante la ley y los demás miembros de una comunidad (cf. V 78), el término 'tirano' no siempre tiene en su obra un carácter peyorativo, al designar, como aquí, al poseedor de un poder absoluto (cf. nota VIII 334, y J. LABARBE, «L'apparition de la notion de tyrannie dans la Grèce archaïque», *L'Antiquité Classique* 40 (1971), págs. 471 y sigs.), dependiendo luego del talante personal del tirano que ese poder se ejerciera más o menos negativamente; pero era natural que un gobernador persa —es decir, un sátrapa— poseyera ese poder.

[657] El comandante de los contingentes macrones y mosinecos (cf. VII 78) en el año 480. Vid. nota VII 206.

te se dirigía contra Atenas, al apoderarse en Elayunte[658]
2 de los tesoros de Protesilao[659], hijo de Ificlo. Resulta que en Elayunte, en el Quersoneso, hay, rodeada de un sagrado recinto[660], una tumba en memoria de Protesilao, donde figuraban numerosas riquezas (copas de oro y de plata, objetos de bronce, vestidos y otras ofrendas) que Artaíctes saqueó con autorización del monarca. La argumentación
3 que adujo para burlar a Jerjes fue la siguiente: «Señor, en este lugar[661] se encuentra la casa de un griego que atacó tus dominios, por lo que recibió su merecido, encontrando la muerte. Regálame la casa de ese sujeto, para que todo el mundo aprenda a no atacar tus dominios». Con esta argumentación estaba seguro de poder convencer fácilmente a Jerjes, para que le regalara la casa de un simple particular, sin que el monarca abrigara la menor sospecha respecto a sus intenciones, pues, al aducir que Protesilao

---

[658] En la extremidad meridional del Quersoneso Tracio, a orillas del Helesponto (cf. nota VII 146). Elayunte se hallaba a unos 30 km. al suroeste de Sesto.

[659] El primer griego que murió con ocasión de la Guerra de Troya (cf. nota VII 207). Su templo en Elayunte, donde se le adoraba como a una divinidad (quizá asimilado a un dios tracio de carácter orgiástico, lo que explicaría intrínsecamente el comportamiento de Artaíctes en su santuario), poseía un oráculo (cf. PAUSANIAS, I 34, 2) que era visitado sobre todo por enfermos (cf. FILÓSTRATO, *Heroico* 670), lo que justifica las abundantes ofrendas que contenía. Vid. W. BURKERT, *Homo Necans. Interpretationen altgriechischer Opferriten und Mythen*, Berlín-Nueva York, 1972.

[660] El *témenos*, término que designaba el conjunto de edificios (santuario, capillas con exvotos, a veces residencias para los sacerdotes, etc.) y tierras consagrado a una divinidad. Cf. nota III 726.

[661] En el Quersoneso. La historia de Artaíctes se configura como un ejemplo de *hýbris* (cf. nota VIII 396) que acabará siendo castigada; por eso el persa no le dice a Jerjes que la «casa de un griego» era en realidad un santuario.

había atacado los dominios del rey, tenía en cuenta el hecho de que los persas consideran que toda Asia es propiedad suya [662], concretamente del monarca de turno. Una vez satisfecha su petición, Artaíctes se llevó los tesoros desde Elayunte a Sesto, ordenando que se sembrara el recinto sagrado de Protesilao y que sirviese de lugar de pasto; y, siempre que acudía personalmente a Elayunte, mantenía en el santuario relaciones con mujeres. Pues bien, en aquellos momentos, Artaíctes se veía sitiado por los atenienses sin que hubiera adoptado medidas para hacer frente a un asedio, ya que no esperaba la llegada de los griegos: su ataque, al parecer, lo pilló desprevenido [663].

Al llegar el otoño y seguir resistiendo los sitiados [664], 117
los atenienses estaban exasperados por hallarse lejos de su patria y no poder tomar la plaza, así que les pidieron a sus generales [665] que los condujeran de regreso al Ática.

---

[662] De acuerdo con el principio de la simetría política (Protesilao es considerado un agresor por los persas debido a que había participado en la expedición contra Troya), basada en una concepción geográfica según la cual al hombre le está prohibido alterar el reparto del mundo (cf. I 4, 4; y L. HUBERT, «Herodot und die politische Propaganda seiner Zeit», *Wissenschaftliche Zeitschrift Univ. Rostock* 18 (1969), págs. 317 y sigs.). Fue precisamente el sueño de los aqueménidas por hacerse con un imperio universal lo que les hizo responsables morales de la agresión contra Grecia, y de ahí que su derrota signifique la restauración del equilibrio cósmico (cf. notas VI 209; VII 63; y VIII 752).

[663] Cf. VIII 130, 3.

[664] El otoño en Grecia comenzaba oficialmente el 18 de septiembre, al ser visible Arturo en el firmamento, aunque el sitio debió prolongarse hasta el invierno (cf. TUCÍDIDES, I 89). El malestar reinante entre las filas atenienses se debía a que, por lo regular, tanto las campañas militares como la navegación se interrumpían a comienzos del otoño y no se reemprendían hasta la primavera siguiente.

[665] Cf. nota IX 282.

Estos últimos, sin embargo, se negaron a hacerlo antes de haber tomado Sesto o de que la Asamblea [666] ateniense les hubiera ordenado volver, por lo que los soldados se resignaron a su suerte.

118 Por su parte, los que permanecían asediados en la plaza se encontraban sumidos ya en una absoluta penuria, hasta el extremo de que cocían las correas de las camas [667] para comérselas. Y, cuando ni siquiera pudieron disponer de ese recurso, en esa tesitura los persas, incluidos Artaíctes y Eobazo, se dieron a la fuga, al amparo de la noche, tras descolgarse por la parte posterior de la muralla, que
2 era la zona en donde menos enemigos había [668]. Pero, al rayar el día, los quersonesitas [669], desde lo alto de las torres, hicieron saber lo ocurrido a los atenienses y les abrieron las puertas. Entonces la mayoría de los atenienses se lanzó en persecución de los persas, mientras que el resto ocupó la ciudad.

119 Pues bien, por lo que se refiere a Eobazo, que había huido a Tracia, lo capturaron los tracios apsintios [670], quie-

---

[666] Ya que la *Ecclesía* representaba el poder soberano fundamental del Estado ateniense (cf. H. T. Wade Gery, *Essays in Greek History*, Oxford, 1958, págs. 143 y sigs.). Dado el carácter oficial de la incursión ateniense contra Sesto, sus efectivos navales debieron verse incrementados (si es que no lo habían sido ya con anterioridad a Mícala; cf. nota VIII 673).

[667] Las correas de cuero sobre las que se colocaba lo que hacía las veces de colchón.

[668] Buena prueba de la escasa pericia poliorcética de los atenienses (cf. nota IX 407).

[669] Entre quienes debía haber descendientes de los colonos que Milcíades I se llevó al Quersoneso (cf. VI 36, y S. Mazzarino, «La politica coloniale ateniese sotto i Pisistratidi», *Rendiconti Istituto Lombardo* 72 [1938-1939], págs. 285 y sigs.).

[670] Un pueblo, establecido al norte del Golfo de Melas (cf. nota VI 158), que debía de ser bastante belicoso, si tenemos en cuenta las medidas

nes lo sacrificaron, de acuerdo con sus ritos, a Plistoro[671],
una divinidad de su país, mientras que a los persas que
lo acompañaban los asesinaron de otra manera[672]. En 2
cuanto a Artaíctes y los suyos, que habían sido los últimos
en emprender la huida, se vieron alcanzados cuando se en-
contraban algo más allá de Egospótamos[673] y, tras defen-
derse durante largo tiempo, unos murieron y los otros fue-
ron capturados vivos. A estos últimos los griegos los car-
garon de cadenas y los condujeron a Sesto (entre los pri-
sioneros figuraban también Artaíctes y su hijo, que iban
igualmente encadenados).

Y, al decir de las gentes del Quersoneso[674], a uno de 120
sus guardianes, mientras se encontraba asando pescados

---

defensivas adoptadas por Milcíades I (cf. VI 36, 2), Pericles (cf. PLUTARCO, *Pericles* 19) o Dercílidas (cf. JENOFONTE, *Helénicas,* III 2, 8 y sigs.), para evitar sus correrías por el Quersoneso.

[671] Posiblemente una divinidad guerrera (cf., *supra,* V 7, donde se alude al culto a Ares entre los tracios; y C. DANOV, «Zu den politischen und kulturellen Beziehungen zwischen Thrakern und Hellenen», *Quaderni di Storia* 2 [1975], págs. 67 y sigs.), a la que se ofrecían sacrificios humanos (no necesariamente con arreglo al ritual que narra JENOFONTE DE ÉFESO, *Efesíacas,* II 13, 2).

[672] Es decir, sin que su muerte respondiera a una ceremonia cultual.

[673] Una rada situada a unos 15 km. al nordeste de Sesto, en la costa europea del Helesponto (donde Lisandro batió, en el año 405, a la flota ateniense en el último enfrentamiento bélico de la Guerra del Peloponeso; cf. JENOFONTE, *Helénicas,* II 1, 18 y sigs.).

[674] A diferencia del prodigio narrado en IX 100, Heródoto precisa en este pasaje sus fuentes de información para salvaguardar quizá su responsabilidad respecto a la posible incredulidad que el portento pudiera despertar entre sus contemporáneos (aunque no es seguro que el historiador sólo cite sus fuentes cuando discrepa de ellas; cf., no obstante, D. FEHLING, *Die Quellenangaben bei Herodot,* Berlín, 1971). Sobre este prodigio (ya con precedentes en *Odisea,* XII 394 y sigs.), vid. W. BURKERT, *Homo Necans...,* pág. 271.

salados, le ocurrió el siguiente prodigio: los pescados salados, que estaban puestos al fuego, empezaron a saltar y a convulsionarse como si se tratara de piezas recién cogidas.
2 Quienes se habían arremolinado a su alrededor estaban atónitos, pero Artaíctes, al ver el prodigio, llamó al soldado que se encontraba asando los pescados y le dijo: «Extranjero ateniense, no te asustes ante este prodigio, pues no se ha verificado por tu causa: Protesilao de Elayunte me está haciendo saber que, a pesar de estar muerto y hallarse momificado [675], tiene, por voluntad divina, poder para
3 castigar a quien lo ofende. Por consiguiente, estoy dispuesto en estos momentos a imponerme, a modo de rescate, el pago de las siguientes cantidades: por las riquezas que cogí del santuario, voy a abonarle al dios [676] cien talentos; y, por mi persona y la de mi hijo, entregaré a los atenienses,
4 si conservo la vida, doscientos talentos [677]». Pese a esas promesas, no logró ganarse el favor del estratego Jantipo, pues los habitantes de Elayunte, con ánimo de vengar a Protesilao, pedían la muerte de Artaíctes, y el propio estratego era de esa opinión. Lo condujeron, pues, al promontorio en que Jerjes tendiera los puentes [678] (otros, en

---

[675] El texto puede interpretarse en el sentido de que la tumba de Protesilao en Elayunte contenía una reliquia (*taricheusis* es el término que, en II 85, 2, se utiliza para designar la momificación), o bien como una prueba más de la irreverencia de Artaíctes, que considera que Protesilao está, como traduce A. Barguet (*Hérodote. L'enquête...*, pág. 653), «salé comme un poisson».

[676] Cf. notas V 204 y IX 659.

[677] Respectivamente, 2.592 y 5.184 kg. de plata.

[678] Literalmente, «al promontorio hasta el que Jerjes tendió el paso», ya que el lugar se hallaba en la orilla europea del Helesponto, si bien la construcción del doble puente debió hacerse desde ambas orillas hasta alcanzar el centro del estrecho (cf. nota VII 217); no obstante, y dada la fuerza de la corriente en el paraje (el llamado *Heptaestadio;* cf. nota

cambio, dicen que lo llevaron a la cima de la colina que domina la ciudad de Madito [679]) y lo clavaron a una tabla, dejándolo allí crucificado [680]; por lo que a su hijo se refiere, lo lapidaron en presencia de Artaíctes.

Cumplida esta misión, los atenienses zarparon con rumbo a Grecia, llevándose, entre otros objetos de valor, los cables de los puentes, a fin de consagrarlos en sus santuarios [681]. Y, en el transcurso de ese año [682], no ocurrió ya nada, al margen de lo que he contado. 121

VIII 665), los puentes no se tenderían en el lugar más avanzado de la costa europea (el promontorio aquí aludido), sino en las dos ensenadas de los lados (vid. el mapa de los puentes en nota VII 220).

679 A unos 7 km. al suroeste de Sesto (cf. VII 33, y nota VII 203).

680 Pese a que, en VII 33, se atribuye la crucifixión de Artaíctes (sobre ella, cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 108, nota 3) a los atenienses, es posible que Jantipo lo entregara a los quersonesitas para que fueran éstos quienes lo castigaran.

681 Los cables, con los mascarones de proa y popa de los navíos persas destruidos en Mícala (cf. IX 106, 1), fueron consagrados por los atenienses en Delfos, erigiendo para albergarlos el 'Pórtico de los atenienses' (cf. P. AMANDRY, *La Colonne des Naxiens et le Portique des Athéniens,* París, 1953, págs. 91 y sigs.).

682 El año 479/478 (entendiendo por tal, como ocurre en Tucídides, el período comprendido entre dos primaveras, no una referencia al calendario oficial ateniense, ya que, en este último, el año nuevo comenzaba en julio). Como señala C. HIGNETT (*Xerxes' invasion...*, pág. 263), «there can be no serious doubt that he [i. e., Heródoto] intended to finish his great work at this point [incluida la anécdota que cierra la *Historia*]... It could perhaps be argued that he should either have stopped before the capture of Sestos or gone on to the capture of Byzantion, which completed the isolation of the few Persian garrisons still left in Europe, but the latter alternative would have entangled him in the sequel of Pausanias' career, while the former would have forced him to omit the final operation of the campaign of 479. By continuing his narrative beyond Mykale for a few more chapters he was able to celebrate an exploit which conferred distinction on Perikles' father and gave fresh proof of

Anécdota restrospectiva sobre la sabiduría de Ciro

122 Por cierto que Artembares [683], un antepasado del tal Artaíctes (el sujeto que fue crucificado), es quien propuso a los persas una idea que éstos hicieron suya y sometieron a la consideración de Ciro.
2 La idea decía lo siguiente: «Dado que Zeus [684], con el derrocamiento de Astiages [685], concede la hegemonía a los persas, otorgándotela a ti, Ciro, entre todo el género humano, hay que obrar en consecuencia: como poseemos un territorio reducido y, además, abrupto [686], debemos emigrar de él y ocupar otro mejor. Hay muchos cercanos al nuestro, y otros muchos que están más alejados; sólo con que ocupemos uno, despertaremos aún [687] una mayor ad-

---

the patriotism and determination of the Athenians, and which also provided a convenient excuse for the story selected by him for his final tableau». Para un breve análisis crítico de la cuestión, vid., asimismo, A. Masaracchia, *Erodoto. La battaglia di Salamina. Libro VIII delle Storie,* Milán, 1977, págs. XXX y sigs.

[683] Pese a que en este pasaje no se especifica, es posible que Heródoto pensara que ese personaje era el medo citado, en I 114-116, a propósito de la leyenda de Ciro.

[684] Ahuramazda, identificado con Zeus en *interpretatio graeca* (cf. nota V 521).

[685] *Ichtûmegû,* el último monarca de Media, que reinó de 584 a 555 a. C. (cf., *supra,* I 123-130; nota VII 50; y J. Harmatta, «The rise of the Old Persian Empire. Cyrus the Great», *Acta Antiqua Hungaricae* 19 (1971), págs. 3 y sigs.).

[686] Una característica ya mencionada en I 71, 2, y en la que abundan otros autores antiguos (cf. Platón, *Leyes* 695a; Arriano, *Anábasis,* V 4, 5).

[687] El término griego *(pléosi)* puede interpretarse con valor neutro, como hacen la mayoría de los críticos, a partir de Stein («in mehr Stücken»), o con valor masculino (como hace A. Barguet, *Hérodote...,* página 654, quien traduce «nous serons plus considérés, et par plus de gens»), a partir de Baehr («pluribus hominibus»).

miración, pues es lógico que actúe así un pueblo que posee un imperio. Además, ¿cuándo se nos va a presentar una ocasión más propicia que ahora que precisamente imperamos sobre numerosos súbditos y sobre Asia entera?» Al 3
oír estas palabras, Ciro no mostró sorpresa ante la idea y consintió en ponerla en práctica; pero, al tiempo que daba su consentimiento, les recomendó [688] también que se prepararan para no seguir impartiendo órdenes, sino para recibirlas, pues en las regiones con clima suave —concluyó— suelen criarse hombres de idéntico carácter [689], ya que es de todo punto imposible que un mismo territorio produzca frutos maravillosos y hombres valerosos en el terreno militar. Los persas, entonces, reconocieron su error y se aleja- 4
ron de su lado convencidos por la apreciación de Ciro, así que prefirieron poseer un imperio, residiendo en un territorio improductivo, a cultivar fértiles llanuras siendo esclavos de otros [690].

---

[688] Vuelve a aparecer la recurrete temática del *practical adviser* (cf. I 27; I 28 y sigs.; IV 38; VII 10; 49, 3; VIII 57). Para este caso concreto, vid. A. Bischoff, *Der Warner bei Herodot...*, págs. 78 y sigs.

[689] Literalmente, «suelen criarse hombres suaves». Heródoto se halla en la línea de Hipócrates (*Sobre los aires, aguas y lugares* 24) respecto a la teoría de la influencia del suelo y el clima de un país sobre la constitución física y las costumbres de sus habitantes (cf. F. Heinimann, *Nomos und Physis*, Basilea, 1945, págs. 23 y sigs.; 95 y sigs.; 170 y sigs.), aunque dicha teoría debía de ser un *tópos* en las especulaciones científico-médicas de los jonios (cf. G. Lachenaud, «Connaisance du monde et représentations de l'espace dans Hérodote», *Hellenica* 32 [1980], páginas 42 y sigs.).

[690] Estructuralmente este excurso que cierra la *Historia* se explica por la propia técnica narrativa de Heródoto (cf. H. R. Immerwahr, *Form and Thought in Herodotus...*, pág. 145; y, del mismo autor, en P. E. Easterling, B. M. W. Knox (eds.), *The Cambridge History of classical Literature. I. Greek Literature*, Cambridge, 1985, pág. 428), que es muy dado a citar anécdotas tras las principales secciones del relato (como la

de Epicelo tras Maratón, en VI 117, 2-3; o la del mensaje de Demarato —si no es una interpolación—, después de la batalla de las Termópilas, en VII 239). Más discutible es su significación, y las interpretaciones propuestas no dejan de ser meras hipótesis (cf. T. Krischer, «Herodots Schlusskapitel, seine Topik und seine Quellen», *Eranos* 72 [1974], páginas 93 y sigs.). Quizá el historiador, contraponiendo pobreza y poder político —una temática frecuente en su obra; cf. I 71; VII 102, 2; VIII 26, 3; IX 82—, pretende sentar un paradigma de historia universal aplicable a la derrota persa y al rumbo que la política interestatal griega estaba expuesta a seguir. En todo caso, no hay que olvidar que la obra de Heródoto presenta rasgos composicionales arcaicos; de ahí que a un comienzo jerarquizado se contraponga un final abrupto; cf. B. A. van Groningen, *La composition littéraire archaïque grecque,* Amsterdam, 2.ª ed., 1960, pág. 70.

ÍNDICE DE NOMBRES

Para la localización de los topónimos en los respectivos mapas, los nombres geográficos y los étnicos van seguidos, tras la mención del pasaje en que aparecen, de un número que hace referencia a cada uno de los mapas (1 = *Grecia Central;* 2 = *Estrecho de Salamina;* 3 = *Salamina. I: la aproximación persa;* 4 = *Salamina. II: la batalla;* 5 = *Grecia y Asia Menor;* 6 = *Peloponeso;* 7 = *Ática;* 8 = *Topografía de Platea;* 9 = *Platea. I: movimientos previos a la batalla;* 10 = *Platea. II: la batalla;* 11 = *El mundo mediterráneo;* 12 = *Próximo Oriente),* con indicación de su situación en ellos.

En este índice de nombres se han omitido los gentilicios que designan a *griegos* y *persas* por su elevada frecuencia.

ÍNDICE GENERAL